

.985
9

LOS PERUANOS EN LA ANTARTIDA

José Antonio del Busto Duthurburu

Serie / crónicas y testimonios

PUBLICACIONES DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS
HISTORICO - MARITIMOS
DEL PERU

6839

LOS PERUANOS EN LA ANTARTIDA / José A. del Busto Duthurburu

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.:
Nro. Inv.:
Fecha:

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTORICO-MARITIMOS DEL PERU

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

José Antonio del Busto Duthurburu

LOS PERUANOS EN LA ANTARTIDA

Palabras Preliminares y Prólogo

por

C. Alm. (r) Federico Salmón de la Jara

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.: 998.985/B95
Nro. Inv.: 6839
Fecha: 11 a 190

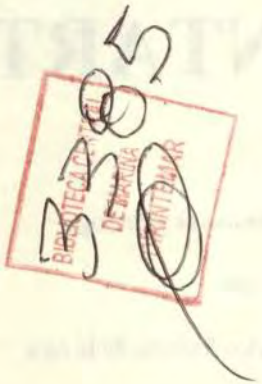
LIMA - PERU
1989

Coordinador General
V. Alm. (r) Alberto Indacochea Queirolo

Corrección e Indices
Alicia Castañeda de Gutiérrez

Diagramación
Carlos González Ramírez

Coordinación de la Edición
Julio Alva Flores



(c) INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTORICO-MARITIMOS DEL PERU

Av. Salaverry 2487, San Isidro Telfs. 22-9950 - 40-7273

Hecho el depósito de Ley

Reservados todos los derechos de reproducción total o parcial, la fotomecánica y los de traducción

1,500 ejemplares

Impreso en Perú

Talleres offset de la Dirección de Hidrografía y Navegación de la Marina de Guerra del Perú

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

PALABRAS PRELIMINARES

La realización del viaje científico del B.I.C Humboldt *a la Antártida es el primer paso del Perú para alcanzar su reconocimiento como Miembro Consultivo del Tratado Antártico y cumplir así un justo anhelo nacional que comienza a hacerse realidad con la declaración de la Asamblea Constituyente de 1979, seguida por la adhesión del Perú al Tratado Antártico el 10 de abril de 1981.*

Como consecuencia lógica se crea la Comisión Nacional de Asuntos Antárticos en 1983, elemento administrativo de carácter permanente en relación con todos los aspectos políticos, jurídicos, económicos, científicos, técnicos y otros vinculados a la Antártida. La comisión de carácter multisectorial, incluye los ministerios, organismos y entidades relacionadas con su misión.

Este libro escrito por el Dr. José Antonio del Busto, destacado historiador y Miembro de Número fundador del Instituto, embarcado en el B.I.C. Humboldt *como cronista del viaje, no es sólo el relato de la primera expedición científica a la Antártida de un buque enarbolando el pabellón peruano. El Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú desea también en él, testimoniar su homenaje a quienes lo hicieron posible y lo hicieron bien:*

El Alto Mando Naval
El Director Ejecutivo de la Expedición
El Jefe de la Expedición
El Instituto del Mar del Perú
La Dirección de Hidrografía y Navegación de la Marina
El Comandante del B. I. C. Humboldt
Los oficiales y la dotación del buque
El personal científico y técnico
Oficiales de nuestro Ejército y Fuerza Aérea presentes a bordo
El representante a bordo de Relaciones Exteriores.

El libro no hubiera sido posible sin el apoyo económico y técnico de la Dirección de Hidrografía y Navegación, en cuyos talleres, además, se efectuó la impresión de la obra; la participación eficiente y decidida de los miembros de la Comisión de Estudios Estratégico-Marítimos, que dieron su apoyo al autor y coordinaron su presencia abordo: señores Almirantes Alberto Indacochea y José Carcelén; del Comité de Edición, que tomó a su cargo la coordinación, diagramación y corrección del texto; del Sr. Jorge Seoane, a quien se deben las excelentes fotografías del viaje; y de CONCYTEC, que también ha contribuído en la financiación de la edición.

PROLOGO

No es ciertamente nueva la vocación peruana por el continente antártico. La Historia Marítima del Perú, -para limitarnos a las referencias propias- consigna en muchas de sus páginas los relatos de las expediciones al sur de nuestro continente, partidas de puertos peruanos y con tripulaciones reclutadas en el Callao. Las primeras, con fines de defensa contra las invasiones de los piratas, con la misión de fortificar l os pasos oceánicos del sur y negarles el uso de sus aguas. Así, Pedro Sarmiento de Gamboa, zarpa a fines de 1579 y logra alcanzar el estrecho de Magallanes y une el Perú con España a través del famoso paso austral, y al hacer declaración oficial de la toma de posesión de tierras prohibe "a ninguna persona, de ninguna nación bárbara ni política, católico o no católico, fiel o infiel, pueda pretender ni pretenda tener escusa por ignorancia, ahora ni algún tiempo, ni se atreva temerariamente, sin particular y espresa licencia del muy poderoso señor Rey de Castilla y León y sus herederos y subcesores, a entrar, asentar ni poblar en estas regiones y tierras deste Estrecho vulgarmente llamado de Magallanes...y del todo inhibimos a cual esquier personas de cualquier dignidad, aunque sea real o imperial, estado, grado, orden, condición, so pena de excomunión latae sententiae, en la cual eo ipso incurran si lo contrario hicieren, que no presuman ir por haber mercaderías o por otra cualquier causa, sin especial licencia vuestra y de los dichos vuestros herederos y subcesores, a las islas y tierras firmes halladas y que se hallaren, descubiertas y que se descubrieren, hacia el occidente y mediodía, fabricando y compuniendo una línea desde el Polo Artico al Polo Antártico..."[1].

---

1. *Del Busto Duthurburu, José Antonio...* Historia Marítima del Perú. *T. III, vol. 2, p. 562.*

Vuelve después de España atravesando el Atlántico para colonizar el estrecho de este a oeste y venciendo grandes dificultades que le oponen elementos y hombres, funda ciudades, bautiza y rebautiza tierras, accidentes y puntos geográficos.

Ya a comienzos del siglo XVII es Pedro Fernandes de Quiros el primer expedicionario que saliendo también del Callao reiteradamente intenta descubrir la ignota tierra austrálica y "conquista hasta su polo". Muere antes de ver coronados sus esfuerzos pero es el precursor y antecede a nutrida lista de expedicionarios de muchas naciones, que desde 1610 hasta 1940 descubren islas, mares y tierras, circunnavegan la zona polar y sobrevuelan el Polo Sur. Se inician ya profundos estudios científicos y se establecen bases en tierra antártica.

Hace ya 40 años Alberto Ulloa Sotomayor, uno de nuestros primeros internacionalistas, trató el tema del territorio polar distinguiéndolo del territorio continental señalando sus propios rasgos y diferenciando sus principios y reglas para la aplicación del Derecho Internacional.

Es grato al Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú dejar constancia que es el Embajador Gonzalo Fernández Puyó, distinguido colaborador de nuestra Comisión de Estudios Estratégico Marítimos, quien en octubre de 1954 publica el primer ensayo peruano sobre los derechos continentales en el territorio Antártico. En su trabajo. El Problema Antártico en el Cuadrante Sudamericano, *da las bases para el caso del Perú en el establecimiento de los derechos antárticos americanos, sustentándolas con razones de orden histórico, jurídico y geográfico, adelantándose a señalar que "el antecedente diplomático surgiría en cuanto se formule la Declaración Oficial pertinente o la Reserva del caso y el administrativo al dictarse las normas correspondientes de conformidad con la Declaración".*

La Marina de Guerra ha sido la institución que ha mostrado mayor interés en aproximarse al problema antártico. Ya a mediados del presente siglo diversos oficiales navales se ocuparon del tema en trabajos publicados por la Revista de Marina *y en los* Boletines de la Sociedad Geográfica. *Así el Contralmirante Manuel R. Nieto como Presidente de un comité especial emite uno de los primeros informes sobre el derecho geográfico que asiste al Perú para ocupar o reclamar un lugar en el concierto antártico.*

En el año 1962, siendo el suscrito Agregado Naval a nuestra Embajada en Santiago de Chile, recibió instrucciones de la Superioridad para gestionar la participación de un oficial peruano en la expedición que la Marina de ese país realizaría al continente Antártico, continuando una política similar a la de la Argentina de hacer sentir su presencia en esa región. Debemos recordar que en 1948 Chile organizó y llevó adelante una segunda expedición (la primera fue en 1947) en la que viajó el propio Presidente González Videla para inaugurar la base militar permanente Bernardo O'Higgins, haciendo en esa ocasión declaraciones en defensa de la soberanía chilena en ese sector. Como resultado de las gestiones realizadas ante la Comandancia en Jefe de la Marina chilena, el Teniente Primero Juan Soria Díaz formó parte de la expedición y un oficial de la Marina chilena fue huésped de la Comandancia de la Fuerza Naval del Amazonas.

A partir de 1980 más de 20 oficiales peruanos participaron en expediciones realizadas por países amigos. Igualmente lo han hecho algunos miembros del servicio diplomático, profesionales, científicos y oficiales de nuestro Ejército y Fuerza Aérea, concertando así una acertada política de interés en esta parte del mundo, indudablemente vinculada a nuestra historia, geografía, política y economía.

El Instituto de Estudios Histórico-Marítimos precedido por la Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú al iniciar sus actividades en 1963, demuestra probadamente su interés en esta parte del mundo. Georg Petersen Gaulke, inicia el estudio del Mar Gran Personaje analizando en profundidad y con amplísima bibliografía, la geología y geografía general del litoral peruano y su relación con la evolución en el esquema cronológico de la tierra, particularmente en el continente sudamericano; la teoría de la derivación de los continentes y la migración de los polos. así como la hipótesis de la existencia de un gran continente antiguo que abarcaría Africa, América del Sur, la Antártida e India, cuya desintegración se habría iniciado a fines del Paleozoico.

Ramón Mugica al tratar la oceanografía del Mar Peruano y en el capítulo correspondiente a la circulación y masas de agua en nuestras costas, estudia y describe el sistema de las masas de agua antártica interna como la de origen más lejano a nuestras costas provenientes del mar, al sur del frente polar antártico y su influencia en la salinidad, temperatura y sus diversas profundidades que

tanto influyen en el Mar Peruano y los fenómenos meteorológicos del territorio. Como consecuencia lógica y científica en el volumen sobre Biología, que escribió Jorge Sánchez Romero, incursiona, al hablar sobre el aspecto biológico del Mar Peruano, en el proceso de la vida animal y vegetal y especies de la fauna marina, con evidente influencia austral en los orígenes y ámbitos de la Corriente Peruana, algunas de cuyas especies se distribuyen desde el extremo austral del continente.

El dominio marítimo peruano desde el punto de vista ecológico, parte de un eco-sistema mayor: el Pacífico S. E. que a su vez, es parte de la gran cuenca del Pacífico. El entendimiento de los fenómenos oceanográficos y meteorológicos, así como sus incidencias en las comunidades hidro-biológicas de dicho dominio marítimo, requiere la comprensión en relación a la región y subregión antártica por el lado sur, por el norte a la de las Galápagos y por el resto con la alta mar. Dichas regiones, en particular la Antártida, ameritan un estudio cada vez más intenso incertado en el contexto del esfuerzo internacional en dicho espacio.

Es precisamente José Antonio del Busto Duthurburu, autor del tomo III, volúmenes 1 y 2, siglo XVI, quien con su probada capacidad de serio investigador nos relata las crónicas sobre las actividades y expediciones de los piratas en el extremo sur del continente y con ellas la comprobación de la unión de los dos grandes océanos. La expedición al sur, los recorridos del estrecho, las ciudades magallánicas y las admirables misiones cumplidas por Sarmiento de Gamboa, predisponiendo así a los primeros descubrimientos en la Antártida y el primigenio intento para aproximarse al sector de la "terra australis".

A fines de la década del 70, es el Instituto una de las primeras entidades que demuestra su interés por la Antártida y la presencia del Perú en ella. En repetidas oportunidades se dirige al Alto Mando Naval emitiendo opiniones y estudios realizados por miembros de número y de su Comisión de Estudios Estratégico Marítimos, presidida por el Vicealmirante Vargas Caballero, estableciendo una positiva corriente de intercambio de documentos, publicaciones y de mutua consulta con la Dirección General de Intereses Marítimos. Organiza la primera conferencia sobre el Perú y la Antártida a cargo del Capitán de Fragata Jorge Teixeira Rivarola, uno de los primeros oficiales que participa en las expediciones al continente blanco. Publica en su Revista esta conferencia y mantiene permanente contacto con la Dirección de Hidrografía y Navegación uniendo esfuerzos para el mejor conocimiento del tema. Un comité especial

constituído por el Sr. Embajador Gonzalo Fernández Puyó, Contralmirante Jorge Villalobos, Capitán de Navío Jorge Brousset y Dr. Javier Chicata Blancas tuvo a su cargo un detenido estudio sobre Propuestas de acción política del Perú hacia la Antártida, estudio que fuera remitido al Sr. Almirante Comandante General de la Marina, considerándolo de interés para la Comisión Nacional de Asuntos Antárticos (CONAAN) y sugiriendo se le hiciera llegar a dicha comisión -órgano rector de esta área, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores-, para su debida explotación.

Al aprobarse la política nacional antártica el 7 de octubre de 1987 y alcanzarse posteriormente la decisión de realizar la primera expedición científica del Perú a la Antártida, el Instituto solicita el embarque en el B. I. C. Humboldt *de nuestro Miembro de Número fundador Dr. José A. del Busto Duthurburu, solicitud que es inmediatamente aprobada por el Alto Mando Naval disponiendo su inclusión entre los miembros de la expedición como cronista de tan importante misión. No podía estar mejor representado el Instituto. En 1967 viajó en el B. A. P.* Independencia *a Polinesia, Melanesia y Australia, junto con otro notable Miembro de Número, el desaparecido Dr. Hermann Buse de la Guerra. En 1968 obtuvo el Premio Nacional de Fomento de Cultura "Inca Garcilaso", otorgado por el Ministerio de Educación al mejor trabajo de investigación histórica. En 1977 representa, en forma destacada, al Instituto como integrante de la "Expedición Francisco de Orellana" y navega a remo y a la deriva los ríos Napo y Amazonas, siguiendo el itinerario del viaje descubridor. Posteriormente por sus estudios históricos, marítimos y fluviales, la Marina lo condecoró con la Cruz Peruana al Mérito Naval.*

Como resultado de su presencia a bordo del B. I. C. Humboldt, *José Antonio del Busto Duthurburu ha escrito el interesantísimo libro que hoy prologamos:* Los Peruanos en la Antártida. *Lo dedica a "todos los que participaron en la primera expedición científica peruana al continente austral" y divide su trabajo en tres partes:* El Viaje, La Antártida y El Tornaviaje. *Cronista impenitente encabeza su libro con frases de la crónica de Pedro Sarmiento de Gamboa "y partimos del puerto del Callao, que está a 12 grados y cuarto...con que comenzamos a navegar la vuelta al sur".*

Historiador quinientista, asemeja el zarpe del buque con la escena iniciada hace 300 años cuando Pedro Sarmiento de Gamboa, zarpando también del Callao en rumbo al sur aproa al estrecho magallánico para visitar, en esta

ocasión, una tierra poco conocida con el propósito de ubicar en ella el lugar de un futuro asentamiento peruano. Día a día la crónica de viaje de José Antonio del Busto nos relata ordenadamente el ritmo de los acontecimientos a bordo, la rutina del buque, los zafarranchos de entrenamiento, el paso del buque a la cuadra de Punta Angamos y su recuerdo del Huáscar *y la inmolación de sus oficiales y marineros. En un estilo accesible pero apegado a los términos naúticos detalla las características del buque, su organización y la misión de cada uno de los que lo tripulan. Así y con profundo sentido humano, describe y analiza a cada uno de los hombres que lo acompañan a bordo: el Comandante del buque, el segundo a bordo, los oficiales, los científicos (hombres y mujeres), los tripulantes, los pescadores, sin que deje de ocuparse de uno solo de ellos. Dedica justa apreciación y elogio al Director Ejecutivo de la Expedición Contralmirante Alfredo Arnáiz y al Jefe de la Expedición Capitán de Navío Jorge Brousset. Marinero ya experimentado, José Antonio del Busto, nos habla en esta primera parte de las horas de mar y del arribo al puerto, del trajinar en tierra de los hombres de mar. Al hablar de los tripulantes del* Humboldt, *dice que "la mayoría son cholos, de casta brava y su recia figura destaca en las noches de guardia, sea en el puente, en la cubierta o en el potalón. Son fuertes, callados, disciplinados y trabajadores... Nunca se quejan". Dice también que es gente que sabe vivir y sabe morir, que nada tienen que envidiar a otros marinos del mundo y que en caso de guerra naval le preocuparía los buques y las armas, pues los marinos peruanos le inspiran absoluta confianza.*

Cada una de las singladuras del viaje de ida está extraordinariamente mostrada por el autor. Describe las zonas que el buque va cruzando en su derrota al sur y no pierde oportunidad de hablarnos de leyendas marineras y de pasajes navegados hace siglos por los primeros peruanos que llegaran a latitudes meridionales.

La segunda parte dedicada a la Antártida es una fascinante descripción de aquella parte del mundo conocida en verdad por muy pocos peruanos. Como una constancia del verdadero objetivo de la expedición, nuestro cronista relata los planes y programas científicos de la misma señalando a quienes los elaboraron y ejecutaron, y así nos habla de programas de oceanografía física, oceanografía química, biología, acústica, magnetismo, meteorología y logística, así como de la alta calidad profesional de los hombres y mujeres en ella comprometidos. Desfilan en este capítulo témpanos blancos, hielos azules, ventisqueros, amaneceres fríos, soledades magallánicas, neblinas, ballenas,

pingüinos y muchas de las especies de la fauna marítima polar, también el krill "futuro alimento de la humanidad".

Resalta debidamente el acto histórico del desembarco de la primera expedición peruana en el continente austral y la erección de la roca llevada del Callao para materializar la presencia de los peruanos en su primera expedición científica. Nos dice que "el sitio era hermoso, estaba junto a una colina nevada que caía sobre el mar y bajo un picacho negro rocoso, volcánico". Nos relata la sentida emoción de quienes terminada la larga faena tras cinco horas de esfuerzo para subir la enorme piedra al campamento y el momento vivido cuando, juntos los talones, saludan militarmente y cantan el Himno Nacional. Era la primera vez que allí se izaba el Pabellón Nacional. Era la primera vez que allí se cantaba el himno patrio y era ese grupo de peruanos con el cronista al lado quienes habían protagonizado aquel momento histórico. La Antártida había conocido el primer brote de peruanidad. No falta en el relato de del Busto la presencia de la muerte en el territorio antártico. Al describir la tumba de un marinero danés con la cruz en que están grabados su nombre y datos de su nacimiento y deceso, dice que la soledad de esta tumba era demasiada, excesiva. "Si en todas partes los muertos se quedan solos, aquí se quedan perdidos, olvidados de los demás hombres de la tierra. Las cruces de sus tumbas son cruces de eternidad".

El Tornaviaje es la tercera y última parte de su libro. Tiene ella sabor de mar y de tempestad. Se describe allí la lucha del hombre con los elementos, los peligros de la navegación, el trajín permanente en el puente y en las máquinas, las diarias novedades de las bitácoras, las observaciones en la mar y la precisión de las posiciones, el constante otear el horizonte, las horas de permanente vigilia del Comandante, oficial de guardia y vigías.

No olvida mencionar la vieja tradición de los hombres de mar en los signos del tatuaje y así nos describe los métodos, los motivos y el sentido de esta casi obligada costumbre de marineros y pescadores peruanos. El ancla, la cruz, la sirena, el corazón flechado, un nombre femenino o la imagen de una mujer desnuda, viejas condecoraciones que lucen orgullosos nuestros tripulantes y que nos trae el recuerdo de muchas horas navegadas con ellos y la constancia de su innata aptitud para el mar.

Termina su relato hablándonos de las horas finales del viaje, y su llegada

al puerto chalaco y allí hace un recuento emocionado al desfilar por la cabeza del cronista todos los integrantes de la primera expedición científica peruana al continente austral, y son las últimas frases la expresión de un abrazo espiritual. Significa así su sentido homenaje a todos y cada uno de los que a bordo del B.I.C. Humboldt *supieron cumplir la histórica misión y lo hicieron con la mayor eficiencia, siguiendo las más elevadas tradiciones navales. Arrogándose el pensar de la patria, dice a cada uno de sus compañeros de viaje: "gracias, muchas gracias en nombre del Perú".*

Por eso ahora, el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos le dice por mi intermedio a José Antonio del Busto, gracias, muchas gracias por la forma brillante en que usted ha cumplido su misión, misión de la que este libro que me honro en prologar, es la mejor prueba de sus altísimos méritos.

Lima, 12 de octubre de 1988

Federico Salmón de la Jara
Contralmirante (r)

Presidente del Instituto de
Estudios Histórico-Marítimos
del Perú

AGRADECIMIENTO

Sirvan estas líneas para expresar mi gratitud al Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú en las personas de su Presidente, Contralmirante Federico Salmón de la Jara, y de los Miembros de Número: Almirantes Alberto Indacochea Queirolo, Luis Ernesto Vargas Caballero, José Carcelén Basurto, Jorge Villalobos Urquiaga, Ramón Arróspide Mejía, y Comandantes Juan Manuel Castro Hart y Luis Felipe Villena Gutiérrez, quienes -algunos desde 1981- me propusieron Historiador-Cronista para cuando zarpara la primera expedición peruana al continente austral.

El autor

A todos los que
participaron en la Primera
Expedición Científica
Peruana al Continente Austral.



El *Humboldt*, la Antártida, y el Comandante Brousset con algunos miembros de la Expedición.

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRGENTEMAR

Lunes 4 de enero de 1988

El *Humboldt*, acoderado en la Base Naval del Callao, se mecía suavemente. Su casco, recién pintado de rojo-naranja y su castillo de color blanco, lo hacían destacar entre los buques de guerra. A babor tenía al destructor *Bolognesi* y a estribor al transporte *Independencia*. Algo más allá, dentro de un dique flotante, se carenaba un submarino. Otros barcos expelían chorros de agua que, al caer curvados al mar, despertaban a las manchas de petróleo que empezaban a danzar exhibiendo sus reflejos. Todo parecía indicar que aún era temprano. La neblina mañanera reforzaba esta impresión.

De pronto salió el sol, se desgarraron las nubes y el azul se hizo color de fondo en el cielo. Se notó algún movimiento en los buques de guerra y salieron sus marineros para formar en cubierta. El *Humboldt*, pese a ser barco científico, no fue una excepción y sus hombres -marineros navales y pescadores calificados- también cumplieron con el izamiento del Pabellón a las órdenes del Segundo Comandante, al tiempo que sonaban los chifles en los buques vecinos. Saludaron marcialmente, luego se pasó lista, se entregaron los partes y la formación se rompió.

El paisaje cambió con rapidez. Las grúas del SIMA se movieron pesadamente, los tripulantes de los buques iniciaron sus faenas de rigor, los obreros golpetearon los cascos de hierro, otros comenzaron a pintarlos con un color protector. Las fábricas del Callao hicieron sonar sus sirenas y el mundo chalaco se lanzó a producir.

En el *Humboldt* ocurrió lo mismo, sólo que con más prisa. Era su día de zarpe a la Antártida llevando a la Primera Expedición Científica Peruana. Esta era la causa por la que tenía el casco anaranjado y el castillo albo, los colores internacionales que asumen los barcos para su exploración austral.

El buque debería estar listo para las diez de la mañana, pues a partir de esa hora llegaría el Presidente de la República a presenciar su partida. Por eso todos sus hombres corrían, subían y bajaban. Cada vez se estaba más cerca del momento inicial.

El Presidente de la República, doctor Alan García Pérez, llegó pasadas las once. Salieron a recibirlo el Comandante General de la Marina, Almirante Oscar Anderson Noriega, el Director Ejecutivo de la Expedición, Contralmirante Alfredo Arnáiz Ambrosiani y el jefe de la misma, Capitán de Navío Jorge Brousset Barrios. La concurrencia, ubicada en tres estrados entoldados, se puso de pie y aplaudió. Con el Presidente venían el Ministro de Defensa, General del Ejército Enrique López Albújar. El doctor García Pérez contestó el aplauso con

un saludo de mano, luego tomó asiento y esperó.

Se dio comienzo al acto con la lectura del Orden de la Ceremonia por un oficial de la Armada. Luego siguió ésta propiamente dicha. Primero se izó el Pabellón patrio, cantándose al mismo tiempo el Himno Nacional, lo que hicieron todos de pie, los uniformados saludando castrensemente y los civiles con la mano en el pecho. Terminado ésto entre aplausos, el oficial leyó el Decreto Supremo 0010-RE del 7 de octubre de 1987, que facultaba la Expedición Peruana a la Antártida con finalidad científica.

A continuación tomó la palabra el Ministro Wagner Tizón, quien se refirió a los antecedentes del proyecto antártico y a la Primera Expedición Cientifica Peruana al continente blanco. Cuando hubo terminado, concluídos también los aplausos que se le tributaron, le correspondió hablar al Presidente. Este se puso de pie y, trató no soló de la importancia de la Expedición, sino que señaló el propósito gubernamental de establecer una base del Perú en la Antártida, la cual se nombraría Machu Picchu; escogido el terreno para la misma, se colocaría allí una piedra del Ande con una placa de bronce. Y dicho ésto, señaló a la piedra con la placa que estaba allí, junto a la escala del *Humboldt*. Tras la ovación. que fue larga, se procedió al izamiento de la piedra, lo que se hizo atándola con un cabo blanco y elevándola con un winche del buque hasta depositarla en la cubierta de popa. Allí quedo, provisionalmente, cubriéndosele con una lona gruesa.

Enseguida subió el Presidente al *Humboldt*, junto con el Ministro Wagner y el Ministro López Albújar, acompañándolos el Almirante Anderson, el Contralmirante Arnáiz y el Comandante Brousset. Saludó el Presidente a los científicos que allí lo esperaban, dándoles la mano uno a uno y haciendo lo mismo con los marinos presentes. Pasó luego al puente por invitación del comandante del buque, Capitán de Fragata Ricardo García Escudero, para presenciar el zarpe y participar de él.

Pasamos de este modo ante no menos de diez buques de la Armada surtos en la bahía, todos con su pabellón al tope y tripulaciones formadas. Saludaban al *Humboldt* que partía al austro, pero también rendían honores al Presidente de la República, aunque no estaba ésto en lo programado. Se avanzó hacia el cabezo de la isla de San Lorenzo -la Shina de los navegantes mochicas, la isla de los Lobos de los marinos españoles-, pero no se llegó a doblarlo, porque a las 12.30 del día, estando ya lejos del puerto, se detuvo la nave. Aquí se despidió el Presidente, bajó con su comitiva y acompañantes navales por la banda de estribor, y pasó a una lancha que le tenía preparada la Marina. También se ubicó allí el Comandante Brousset, quien nos alcanzaría más adelante. En otra lancha de la Dirección de Hidrografía, se embarcaron los periodistas. Quedaron en el

buque sólo los tripulantes que iban a viajar en él y un puñado de científicos. Sonó la sirena del *Humboldt*, arreciaron los motores y el barco tornó a ponerse en movimiento.

Se sintieron los primeros balances y cabeceos. A nuestra izquierda quedaba el Callao con los torreones del Real Felipe y los campanarios de las iglesias, edificios más modernos y la Escuela Naval de La Punta. Algunas gaviotas se acercaron como para encargarnos saludos a sus parientas antárticas, luego se fueron, acaso ya seguras que se los íbamos a dar. A continuación fue que pasamos el cabezo de la isla. Había mucho sol. La mar se puso traviesa y el barco se movió con más decisión. Había oleaje con alguna espuma, la brisa cobró olor a sal. Atrás quedaba el Callao con sus torres y torreones. Las olas iban hacia él y nosotros al encuentro de nuevas olas. Navegábamos hacia el océano -mar afuera o mar adentro, que más daba-, lo importante era que habíamos zarpado y estábamos ya en la Primera Expedición Científica Peruana al continente austral.

Y para mí, historiador quinientista, recordador habitual en medio de mi quehacer diario, aquello guardaba singular encanto. Entendía que esta expedición tenía muchos puntos en común con la que emprendió hacía 300 años Pedro Sarmiento de Gamboa: el zarpe del Callao, el rumbo al sur, la navegación del estrecho magallánico, la visita a una tierra poco conocida y el propósito de ubicar en ella el lugar de un futuro asentamiento humano. Sin querer le encontraba a la expedición moderna, resabios de expedición antigua. Por eso, jugando con arcaizantes pensamientos, me imaginaba escribir en un viejo libro de bitácora, a propósito del *Humboldt* y el 4 de enero de 1988: Hoy, en el nombre del Santo Cristo del Mar y de la Virgen de la Legua, Patronos del Callao, también de los santos Rosa y Martín, zarpamos del puerto de Lima, en día de perihelio, a la hora de sexta, rumbo al austro, en pos de Antártica, la Tierra Incógnita de Ptolomeo.

Martes 5 de enero de 1988

Estábamos durmiendo cuando el ruido y vibración de la cadena del ancla nos hizo saber que habíamos llegado a la bahía de Pisco. Eran las doce en punto de la noche, tal como se previó. Al amanecer acoderamos en el terminal San Martín, en Punta Pejerrey, quedando allí el buque todo el día mientras bajaban a tierra unos trabajadores que venían terminando ciertas labores y subían a bordo los últimos instrumentos y materiales de trabajo.

La bahía estaba en completa calma. Sólo había un barco fondeado frente al

puerto de Pisco. Las aguas verdes, mansas, ligeramente rizadas, más quietas no podían estar. Un pelícano flotaba con el pico descansado sobre el pecho, varias gaviotas se disputaban aleteantes los despojos de un pez. Los piqueros, por su parte, quebraban su vuelo y se precipitaban en inesperada zambullida creando flores de espuma.

El buque recibía el sol a plomo. La tierra que quedaba a su costado-tierra seca, arenosa, sin vegetación- no decía nada a decía poco sobre su esplendoroso pasado. Allí había morado el Hombre de Paracas, primer horticultor de nuestra costa e inventor de las redes de pescar; después surgió la Cultura Paracas, que brindó al mundo los famosos mantos bordados y policromados. Del horticultor-pescador nos separaban 10,000 años, de la gran cultura textil 2,500. Pero el Hombre de Paracas era uno de nuestros antepasados que subían hasta el Hombre de Paccaicasa, en Ayacucho, el primer habitante conocido del Perú; y la Cultura Paracas, una de las veinte grandes culturas aborígenes hasta la aparición de los Incas, culminación de este proceso. El Perú como Patria tenía 20,000 años de existencia. En otras palabras, éramos la patria más vieja de América del Sur. Las costas paraquenses serían hoy áridas, desérticas, sin vida, pero no exentas de historia y de mensaje. Al recalar en este sitio, la expedición recibía el aliento de los antepasados.

En el terminal San Martín, repito, pasamos la mañana y la tarde. Al finalizar ésta, a la cinco y cuarto, se dio la orden de zarpar. Empezamos a salir al mar en medio de un centenar de gaviotas. Pasamos frente a El Candelabro, geoglifo muy antiguo en la falda de un cerro peninsular -obra de indios prehispánicos, según unos, de piratas seiscentistas, según otros-mientras a estribor estaban las islas Ballestas con sus crestas blancas de guano. Allí habitan lobos marinos y pingüinos peruvianos, remotamente oriundos de la Antártida. Comenzó a soplar el viento y a inquietarse el mar, se dio un último rodeo a la península arenosa, entramos de lleno a la mar salada y la proa se puso en dirección a Valparaíso.

Miércoles 6 de enero de 1988

El clima comenzó a cambiar levemente. Los pasamanos exteriores empezaron a cubrirse de sal. Una gaviota nos sigue, volando paralelamente al buque, desde temprano. Estamos a 150 millas de la costa, el mar está tranquilo, el horizonte luce completamente circular.

En algún momento de la mañana hubo un simulacro de incendio, interviniendo, como era de rigor, el Grupo de Ataque y el Grupo de Apoyo, todos sus

integrantes con sus uniformes de faena y cascos colorados. Mandaba el Grupo de Ataque el Jefe del Departamento de Ingeniería y lo integraban el hombre-máscara con su atuendo aluminizado, el hombre-pitón y el hombre-manga, el segundo hombre-pitón con su correspondiente hombre-manga, el hombre hacha, dos hombres-extintores, un electricista y tres tripulantes con la bomba, el sistema Ridde y la moto-bomba. Conformaba el resto un mensajero, dos camilleros y el médico con un par de enfermeros, corriendo a cargo de estos últimos el servicio de enfermería y primeros auxilios. El Grupo de Apoyo lo mandaba el Jefe de Cubierta y reunía trece hombres señalados entre los tripulantes y pescadores. Este postrer agrupamiento hacía actuar a sus hombres sólo como suplentes del Grupo de Ataque. El zafarrancho de incendio fue el primero de varios simulacros que advertían fuego a bordo y se convocaban por medio de cinco timbradas. En síntesis, fue rápido, organizado y espectacular, y daba confianza de efectividad.

La tarde se empleó en perfeccionar algunas operaciones, por eso hubo ruido de martillos y taladros. Todos los trabajos se realizan al son de música peruana que brota de las grabadoras de los tripulantes. Unas veces se escuchan huaynos cordilleranos; otras, valses litoraleños. Los tripulantes son costeños y serranos en su mayoría, siendo los de la selva relativamente pocos por que cumplen su servicio esencialmente en los ríos de la Amazonía. Pero todos saben que el Perú es un país andino y cholo y eso los hace hijos de la Nación peruana. En otras palabras, los une la conciencia nacional.

Alrededor de las cuatro de la tarde, el Segundo Comandante dictó a los tripulantes una charla sobre la Antártida, para que terminen de conocer el tema y aclaren sus posibles dudas.

Hora y media después, algo antes del ocaso, el cielo se puso rojo y cruzamos el paralelo limítrofe con Chile.

Jueves 7 de enero de 1988

Hoy, dentro de la rutina de la mañana, se oyó y vio un avión militar chileno pasar sobre el *Humboldt*, de proa a popa, dar un gran rodeo y regresar, perdiéndose luego hacia el sur. Era de la base de Iquique y estaba en misión de patrulla. Dicen que dejó un mensaje de bienvenida. Lo importante es que su presencia a 200 millas de la costa, a las nueve y diez de la mañana, nos hizo ver que el tiempo a seguir estaba bueno.

Los tripulantes trabajan en las misiones que tienen asignadas. Es lo que se llama la rutina de a bordo y ellos la tienen que cumplir. Y la cumplen con

eficiencia, por eso siempre hay actividad en el barco. Son treinta y nueve tripulantes, incluyendo ocho pescadores calificados del Instituto del Mar.

A las cuatro de la tarde hubo el primer zafarrancho de abandono de buque. Todos salimos con los chalecos salvavidas puestos y los extremos del pantalón metidos dentro de los calcetines. Los salvavidas son de color naranja intenso y tienen un bolsillo pequeño para guardar un silbato que, en caso de emergencia, pueda servir para una pronta ubicación. Son chalecos modernos, seguros, pero algo complicados de colocar. El simulacro consiste en correr por los pasillos, desde el camarote, conservando su derecha, y llegar a la barca grande -la ballenera, la llaman a bordo- o a varias balsillas inflables que se catapultan al mar. La ballenera tiene capacidad para cincuenta personas y cada balsilla para aproximadamente diez. Llegados a sus puestos se pasa lista, se revisa que todos tengan los salvavidas bien atados y luego se informa al Segundo Comandante.

A las cuatro y veinte, hora de Lima, pasamos a la cuadra de punta Angamos. El mar estaba azul oscuro y el cielo era acerado. Pronto corrió la noticia y ví a la gente detenida, silenciosa, mirar por la banda de babor. Recordaban, a grandes rasgos, ese combate en el que el *Huáscar* luchó contra seis buques chilenos, les hizo frente y además no se rindió, siendo capturado -después de haber muerto muchos de sus oficiales y marineros- por abordaje masivo y con su pabellón al tope. Así fue como el *Huáscar* se convirtió hasta hoy en el buque guerrero más famoso de América y Miguel Grau, su comandante, en el héroe máximo de la Armada Peruana.

Viernes 8 de enero de 1988

La navegación sigue sin novedad, el tiempo continúa bueno. El *Humboldt* mantiene en todo momento un lindo progresar. Es lo que se llama un barco boyante y marinero.

Fue construído en el Callao en los astilleros del Servicio Industrial de la Marina (SIMA), se le dedicó a la investigación científica, conforme a un acuerdo con la República Federal de Alemania, la que financió su construcción y lo entregó al Instituto del Mar Peruano. Su nombre es un homenaje al sabio alemán Alexander von Humboldt, descubridor de la Corriente Peruana que nace en la Antártida.

Fue lanzado el 13 de octubre de 1978 y se le dieron los más modernos avances de la tecnología científica marítima. Está considerado, en su género, el buque más actualizado y completo de América del Sur y uno de los mejores del

mundo.

Sus características principales son: 76 metros de eslora total y 66 de eslora entre perpendiculares; 12,60 metros de manga y 4,35 de calado medio. Su puntal mide 6,90 metros hasta la cubierta principal y 4,40 a la cubierta de trabajo. Posee una velocidad sostenida de 14 nudos y su desplazamiento es de 1,980 toneladas.

Su organización, bajo la autoridad de su Comandante y de su ejecutivo el Segundo Comandante, presenta por Departamentos de Línea: al de Navegación, Electrónica y Comunicación, a cargo del Teniente Primero Mauro Cacho de Armero; al de Ingeniería, a cargo del Teniente Primero Alonso Burgos Acha; y al de cubierta, a cargo de Capitán de Corbeta Carlos Reátegui Aguilar. Se añaden como Departamentos de Apoyo, el de Administración, a cargo del citado Comandante Reátegui; y el de Sanidad, a cargo del Capitán del Corbeta de Sanidad Naval Félix Bustos Laimito.

El Comandante del barco, Capitán de Fragata Ricardo García Escudero, es de la tierra de Grau, vale decir, piurano. Alto, corpulento, luciendo ya algunas canas, era algo así como el rey del buque. En las noches, con su casacón de mar y mirando más allá de la proa, permanecía horas en el puente alerta a cualquier eventualidad. Atento y quieto, lucía seguro. Durante el día también estaba en el puente, pero parecía cobrar más confianza ante la visibilidad del derrotero. Siempre en su puesto, dejándose ver poco en otras partes del buque, concurría al Comedor de Oficiales cuando lo invitaba el Segundo Comandante. Entonces se sentaba y comía departiendo amigablemente con todos. Trataba a los demás con soltura, pero los demás lo trataban a él con respeto. Acabado el almuerzo se despedía sin protocolos y regresaba al puente. Allí estaba hasta la puesta del sol. Entonces se retiraba a cenar a su camarote, sin compañia alguna, y se dedicaba a mirar cartas de marear y portulanos. Luego regresaba al puente. El puente era su obsesión. El comandante de la nave era el rey, pero un rey que tenía que procuparse día y noche por la feliz marcha de su reino.

Si el Comandante era el mando y el rumbo, el Segundo Comandante era la disciplina y el orden. El Capitán de Corbeta Luis Amat y León Negri, era limeño. Flaco, pelinegro y parco, su presencia ponía a todos en movimiento. Ordenaba sin gritar y corregía sin herir. Lo cierto es que todos le obedecían. Ante él se hacía la formación dos veces al día, se le daba el parte, y luego nos retirábamos; asimismo, se cumplían ante su persona los zafarranchos de incendio y de abandono de buque, también el de hombre al agua. Comía en el Comedor de Oficiales, donde tenía su sitio sin que hubiera señal que lo indicara. Comía lo mismo que todos y no gustaba de la sobremesa. Se preocupaba que comiesen los demás, sobre todo los tripulantes y los científicos. Su autoridad no se discutía.

Nadie osaba desobedecer. Todos estaban de acuerdo en que así debería ser siempre un Segundo Comandante.

Ambos eran todavía jóvenes -uno tenía treinta y ocho años, el otro treinta y cuatro- y poseían experiencia antártica. El primero visitó el continente blanco en 1987 siendo Capitán de Corbeta, invitado por la Armada de Chile; y el otro lo hizo siendo Teniente Primero, entre diciembre de 1980 y febrero 1981, invitado por la Armada de los Estados Unidos. Estos eran los hombres que gobernaban el barco, los que guiaron el *Humboldt* desde el Callao a la Antártida. Los que llevaron a los primeros expedicionarios peruanos al continente austral.

Sábado 9 de enero de 1988

Este día nos aproximamos a la costa. Desde el amanecer aparecieron bandadas de gaviotas, pero sólo a las cinco y cuarenticinco de la tarde se vio tierra. Eran unos cerros de configuración singular, una estribación de la cordillera de los Andes.

Nos cruzamos en la lejanía con algunos barcos que habían salido de Valparaíso. Por orden del Comandante se adelantó la segunda hora -hacía dos días se adelantó la primera- para coincidir con el horario de zona. Esto hizo que a las nueve de la noche tuviéramos tanto sol como en Lima a las seis de la tarde.

Por la banda de babor se descubrieron algunas luces en el litoral. También una gran chimenea que despedía humo blanco. Las montañas se siguieron perfilando, pero cada vez con mayor dificultad.

Serían las diez y treinta de la noche cuando se ordenó a los tripulantes cubrir sus puestos de maniobra, acudiendo todos con sus uniformes blancos. Valparaíso se comenzó a divisar primero como un resplandor intenso, luego como un punto brillante, y después como un bosque de luces que bajaba de las colinas. El conjunto era hermoso, muchas luces eran amarillas, rojas y verdes.

A las once y media estábamos ya frente al primer puerto chileno y se ordenó largar el ancla. Sonaron los grilletes al correr por el escobén y el buque se detuvo, matando así muchas millas de travesía. Forzado a no seguir, el *Humboldt* quedó meciéndose con lentitud como si no llegara a convencerse que debía descansar.

Desde lo alto del puente, por especial concesión del Comandante, observo el puerto iluminado. El espectáculo era impresionante. En sus calles empinadas y en veces retorcidas había actividad vehicular y hasta nos pareció que podían distinguirse los semáforos. En todo caso, repito, se observaban luces amarillas, rojas y verdes. Unas grúas grandes trabajaban a pesar de ser muy tarde. En torno

a ellas se movilizaban camiones. Pero el grueso de la población, sino dormía, daba la impresión de descansar. En cualquier caso, las calles encendidas, ascendentes, retorcidas -como dibujadas *por un ángel borracho*- nos hicieron recordar los versos del vate chileno sobre Valparaíso en la noche:

"Tus calles como cuchillos
se van clavando en el cielo,
tu rostro como ilusión
tan pobre, sucio y tan bello,
Valparaíso en el alma
verde y rojo en el recuerdo".

Domingo 10 de enero de 1988

Acoderamos en el muelle a las nueve y quince de la mañana. Allí estaban ya esperando el Comandante Jorge Brousset Barrios y el Comandante Héctor Soldi con el Agregado Naval Capitán de Navío Francisco Quiroz Piñeiro y el Cónsul General del Perú en Valparaíso Efraín Saavedra Barrera.

Se aseguraron las espías y se bajó la escala desde el portalón de proa. De este modo atracamos en el muelle 5, delante del edificio de la Liga Marítima, que caía frente al buque. A babor teníamos en la lejanía a Viña del Mar, divisándose por la amura las dos torres del puerto -la Torre del Reloj y la Torre de la Intendencia-, el alegre restaurant del Cuerpo de Salvavidas y un embarcadero escalonado donde había niños pescando. A la amura de estribor caía el barrio viejo del puerto y a la misma banda el barrio de Playa Ancha con su iglesia neogótica de San Vicente de Paul. Los funiculares 21 de Mayo y Villaseca subían y bajaban lentamente, se oían algunas campanas dominicales y el vocear de los lancheros en el muelle Prat invitando a los turistas a dar una vuelta por la bahía por 200 pesos. El día era ligeramente frio, con más propiedad brumoso, pero sin lluvia.

Valparaíso lucía como el primer puerto chileno. Grandes barcos, grandes grúas y grandes espigones. También se notaba mucho movimiento de pequeñas embarcaciones con marineros uniformados y revestidos con chalecos salvavidas.

Al *Humboldt* se acercaron furtivamente los vendedores de vinos y los compradores de dólares. Se esperó un rato y se sirvió el almuerzo a los tripulantes, recibieron el dinero pertinente y se dio permiso para que bajaran a tierra los que no estaban de guardia.

La ciudad tenía su sello propio. Se ingresaba a ella entre las dos torres citadas y se llegaba al monumento a Arturo Prat, el héroe máximo de la Armada chilena, caído ante Grau en el combate de Iquique. El monumento, con esculturas angulares de otros héroes, era realmente de gran presentación.

Subimos a un ómnibus que hacía el recorrido "por los cerros", como nos indicaron amables transeúntes que consultamos. No nos pesó viajar en él, porque recorrimos de este modo los barrios altos de la población, avanzando por callejas pintorescas y elevadas llenas de rincones con excelente vista a la bahía. No eran barrios de gente pudiente, pero tampoco de pobreza mayor. Las casas eran modestas pero bien dispuestas y en conjunto presentaban agrupaciones agradables. Sin darnos cuenta el vehículo descendió a la ribera y llegamos a Viña del Mar.

Lo que sigue se cumplió a pie. Empezamos por recorrer la avenida General José de San Martín, que mostraba modernos edificios de hasta veinte pisos, todos muy bien presentados. El recorrido era una mezcla de jardines y malecones, playuelas de arena fina y presencia de peñascos negros. En algún momento, enclavado frente al mar, un moai de la isla de Pascua parecía mirar hacia su remota Rapa Nui con sus órbitas vacías desde su rostro hierático. Había muchos edificios modernos, acaso más de balneario que de ciudad, destacando como arquitectura exótica uno que, con grandes licencias, imitaba una pirámide maya.

El muelle Vergara, asentado sobre bloques de cemento, albergaba al restaurante La Grúa, que, en efecto, era una grúa con su base convertida en galería de cristal, y un bar, El Cabezo, donde un piano infatigable se encargaba de brindar sana alegría a los clientes. El conjunto nos hizo recordar a la Rosa Náutica de Miraflores, pero el restaurant que visitamos no tenía la esbeltez de los pilotes ni el fino trabajo de su maderamen. Sí era gracioso un trencito motorizado, con ruedas de goma y pintado de rojo y amarillo que avanzaba por el malecón cargado de turistas y de niños; se anunciaba con una campanilla y sus sones servían para despejar el camino.

Los bañistas no se adentran en el mar, pero en algunos sectores peligrosos sobrevuela un helicóptero que con un altavoz conmina a salir a la playa a los osados. No hay en las playas villamarinas una abirragada multitud. En realidad son varias playas, pero ninguna se ve sobrecargada de gente. Son más las personas que pasean a modo de sano esparcimiento dominical. El público está dividido entre bañistas que reposan en la arena y paseantes que deambulan por el malecón. Pero todos lucen alegría, pese a que el sol en ningún momento calentó demasiado.

Nos dio especial satisfacción conocer la avenida Perú, a orillas del mar,

reconocido punto de reunión de la juventud de Viña. Allí precisamente, quedaba el Consulado peruano en un edificio elegante. En sus vecindades se alquilaban coches descubiertos tirados por caballos, vehículos que luego se perdían por anchas calles de verdes arboledas.

El balneario, siempre colindante con el océano, abundaba en bares y cervecerías, también en restaurantes que ofrecían pescado, mariscos, moluscos y, a precios elevados, la centolla. Mientras los padres y abuelos dan cuenta del gigantesco crustáceo, los niños salen a comprar helados y dulces.

En algún momento se llega a la desembocadura frustrada de un río.

Cuatro o más esbeltos puentes cruzan su débil corriente que muere antes de llegar al mar. Vencemos el primer puente y nos adentramos en otro sector del balneario, el residencial.

Caminamos un trecho nada corto y regresamos por la avenida Libertad. Hay casas de mucha gracia arquitectónica, las calles se presentan limpias y arboladas. Pasamos así frente el Museo y el Teatro, notables edificios, ante el Club de Viña del Mar y luego por la iglesia parroquial, todo de presentación agradable pero siempre con inspiración europea.

Enrumbamos luego por la calle Valparaíso, concurridísima a pesar de ser domingo. Tenía las tiendas abiertas, había gran movimiento comercial. Se veían escaparates con ropa de verano y zapaterías con calzado de colores, confiterías con bellas muchachas y sus novios, y pastelerías con obesas señoras y abultados caballeros que se permitían un lapsus golosinero frente a la dieta prescrita por el médico. Eran como niñas y niños traviesos, desobedientes, pero gozaban como los que más.

Resultaban simpáticos los bares que, delante de sus fachadas, sacaban mesas y bancas para los bebedores de cerveza o expendían a los pequeñuelos las blancas "palomitas de maíz", el pop-corn de los norteamericanos. Mucha gente retornaba de la playa. Estaban todos cansados pero satisfechos. Caminaban lentamente, portando sus maletines, sintiendo que se acababa el sol del domingo pero que lo habían sabido aprovechar.

Regresamos a cenar al buque. Las piernas acusaban fatiga, pero daba un sentimiento de culpa irse a dormir por motivos de cansancio. Por ello se come, se rehace el grupo y se torna a salir.

Ahora es por la ciudad portuaria, pero de noche. Comenzamos por los barrios con establecimientos de diversión para marineros. Calles oscuras e inclinadas, con transeúntes que se balancean al andar y bares a media luz con la barra llena de copas, colaborando a la ornamentación del local náuticas banderas señaleras que colgadas del techo o clavadas en los muros, brindan sabor a vida

de mar. Hay otros bares más bulliciosos, siempre oscuros, de los que salen ruidos de vasos y botellas que entrechocan, voces de hombres que profieren palabrotas y risas de mujeres que se divierten. En las esquinas hay de todo. Flacas que parecen postes y gordas que recuerdan muebles. Abundan los hoteluchos tolerantes, llaves que se alquilan, puertas que se abren, ventanas que se cierran...En fin, nada nuevo, lo mismo que en cualquier puerto del mundo,

"alli donde hay una mujer que sin amores,
va de marino en marino eternamente".

Se sale de las callejas oscuras y llegamos a la antigua calle de la Aduana, hoy Arturo Prat, si mal no recuerdo. Posee muchos bancos y oficinas de comercio marítimo, hay bastantes tiendas cerradas y algunos bares abiertos. Es calle larga, con edificios de corte inglés del novecientos, pero calle de gran ciudad portuaria. Se llega por ella a varios monumentos de bronce : el de Carlos Condell de la Haza, hijo de irlandés y de peruana, el de lord Cochrane, el escocés que llevó a San Martín al Perú, el de Manuel Blanco Encalada, el rendido en Paucarpata. Más allá, con el león alerta, está el Arco Británico, con su mole blanquecina que destaca en la negrura nocturna.

Volvemos por la orilla del mar. Es tarde. Los funiculares han suspendido sus viajes, los autobuses tampoco prestan servicio. Estamos cansados cuando llegamos al iluminado muelle Prat, frente a la bahía. Hay luces y lanchas sobre el agua, mientras en tierra se ven ambulantes vendedores de café o chiquillos menesterosos que venden roscas y alfajores. Nos sentamos en una banca. Abundan los marineros y, naturalmente, las rameras. También hay invertidos que sufren en su soledad. La bahía está llena de barcos con fanales encendidos. Y mientras un mendigo insulta alegremente a un transeúnte que no quiso dar limosna, nos entretenemos viendo a varios marineros coreanos que forcejean con una ramerilla guapa a la que quieren llevar a su barco...La noche es serena, luminosa, casi bonita. Un buque ingresa, otro zarpa, los más están surtos, al ancla. El ruido de la ciudad decrece, el grueso de la gente se va, pero quedan hombres representativos porque, como apunta el poeta chileno:

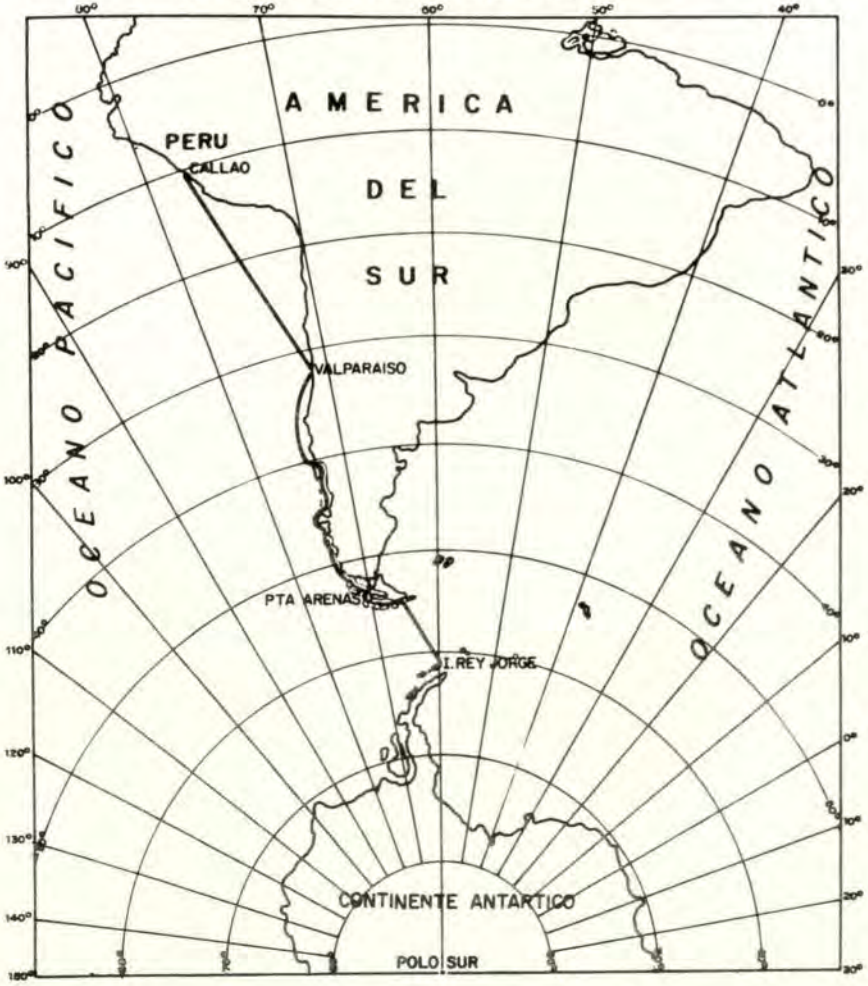
"Veo entremedio de todo,
al habitante de andar macilento,
al pescador que se echó mar afuera,
al poblador de los cerros dormidos,
al transeúnte que pisó la noche,
la noche honda de Valparaíso".

PRIMERA EXPEDICION PERUANA A LA ANTARTIDA

BIC HUMBOLDT ENERO - MARZO 1988

(ZARPE DEL CALLAO DIA 4 ENERO 88)

LEYENDA: VIAJE DE IDA Y RETORNO ——



Lunes 11 de enero de 1988

A la mitad de la mañana, en la sala de conferencias del buque, dictó una interesante charla sobre la Antártida el historiador Sergio E. López Rubio, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Duró dos horas, expuso valiosas diapositivas y hubo muchas preguntas. El Comandante Brousset, que está en el buque con nosotros, lo invitó a almorzar. El almuerzo fue simpatiquísimo y se conversó mucho de la Antártida. También fue el último gran despliegue de la cocina peruana: se le sirvió cebiche de corvina y papa a la huancaína, arroz con pato a la chiclayana y asado de res, todo precedido por un alegre pisco-sour y rubricado con cerveza Pilsen Callao. A la despedida el Comandante Brousset obsequió a su huésped con dos botellas de auténtico pisco peruano, obsequiando con otra el Capitán de Navío Fausto Torres, Agregado Naval del Ecuador, que estuvo en todo presente y se mostró persona muy agradable.

Por la tarde visitó el *Humboldt* el Embajador del Perú Luis Marchand Stens, a quien se mostró el buque minuciosamente en vista del interés que demostró por él. Se le hicieron las atenciones debidas, las mismas que respondió con fineza diplomática. Al salir a tierra fue acompañado por los Comandantes Brousset, García Escudero y Amat y León, retirándose ya tarde a su alojamiento.

Al anochecer, el Consejero en el Servicio Diplomático Peruano y Cónsul General del Perú en Valparaíso, Efraín Saavedra Barrera, ofreció un cocktail en honor de la expedición. Se llevó a cabo en su residencia de Viña del Mar, en la avenida San Martín 120. La casa quedaba frente al Casino, en el parque donde comienza la avenida Perú.

Concurrieron los Comandantes Brousset y García Escudero, con los también Comandantes Amat, Soldi y Bustos. Asistió asimismo el Embajador del Perú, y el Agregado Naval, Capitán de Navío Francisco Quiroz Piñeiro. Entre los muchos peruanos que igualmente asistieron estuvieron José Arellano Greenfield, Presidente del Club Peruano de Valparaíso, y la Presidenta de las damas de esa institución, Lily Céspedes de Rumié.

Por parte de los invitados chilenos asistieron, entre otros, el Almirante Gustavo Pfeifer, Director del Territorio Marítimo y de la Marina Mercante; el Presidente del Concejo Económico y Social así como Presidente de la Asociación de Armadores, Beltrán Urenda; los Rectores de las Universidades de Valparaíso, Santa María y Playa Ancha, Raúl Celis Cornejo (que es nieto de peruana), Arturo Niño de Zepeda y Olga Arellano, respectivamente. Otros invitados fueron Carlos Jelves, Director Regional de Turismo, y Oriana Sigall, presidenta de la Corporación Cultural de Viña del Mar. El cuerpo consular estuvo

representado por los Cónsules Generales de Argentina e Italia. En nombre de la prensa de la ciudad-puerto concurrieron: Germán Carmona, Director de *El Mercurio*; Alfonso Castagneto, Director de *La Estrella*; y Carlos Núñez, Director del Canal 4 de la televisión de Valparaíso.

Siendo el objetivo del Cónsul General del Perú saludar y presentar a la Primera Expedición Científica Peruana a la Antártida, el propósito se cumplió con creces. Los invitados acudieron con especial interés de conocer a los jefes expedicionarios y de conversar con ellos. Los oficiales de la Armada Peruana, como era de esperar, cumplieron un gran papel. El anfitrión peruano tuvo oportunidad de lucir el renombrado pisco sour y el no menos típico cebiche litoraleño, ofreciendo también variedad de bocaditos y canapés. La gente estuvo tan contenta que eran las diez de la noche y la reunión no tenía signos de concluir.

Martes 12 de enero de 1988

Zarpamos de Valparaíso a las nueve y veinte de la mañana. Nos despidieron desde el muelle los Comandantes Brousset y Soldi, que se quedan para ultimar preparativos y nos alcanzarán en Ancud.

Navegamos todo el día a vista de tierra. A la hora del almuerzo hubo alguna conversación sobre los cuarenta y cinco científicos peruanos que subirían al *Humboldt* en Punta Arenas. Se habla de establecer turnos en los servicios y los pocos que hasta aquí hemos venido, sospecho que vamos a sentir las consecuencias. Estos personajes que habían viajado desde el Callao a bordo del buque, eran los siguientes científicos o invitados.

Ricardo Vílchez Espinoza, Ingeniero Pesquero y Electrónico, Director General de Investigación en Pesca con sede de trabajo en el Instituto del Mar. Tenía experiencia profesional adquirida en Alemania, Escocia, Inglaterra, Noruega y Portugal así como en Brasil y Chile. Era hombre de tajantes convicciones y estaba obsesionado con la captura del krill.

Manuel Adolfo Gonzales Salas, Ingeniero Electrónico y Director del Departamento de Electro-Acústica en el citado Instituto del Mar. Sus prácticas se habían afectuado principalmente en el Atlántico, en la isla de Madeira. Era de natural callado, tranquilo y observador.

Completaba esta trilogía Héctor Casanova Segovia, Técnico Electrónico por la Universidad del Callao, con estudios en el Centro de Investigaciones Acústicas para América Latina. Era de espíritu travieso, muy locuaz y hombre de excelente humor, poseyendo, además, mucha gracia en el relato.

Walter Castañeda Cóndor, Ingeniero Pesquero por la Universidad limeña Federico Villarreal, el cual tenía asimismo la especialidad de electrónica, en la que destacaba como eficaz conocedor. Como los anteriores había navegado mucho en el *Humboldt*, habiendo sido en esta nave el Jefe de Laboratorios y de Electrónica.

Marcial García-Blásquez García, Capitán de la Fuerza Aérea Peruana, graduado de meteorólogo por la Universidad de Buenos Aires. Al momento de la expedición servía de nefoanalista de la Aviación Militar destacado en el Grupo Aéreo Número 4, en la Base de La Joya, Arequipa. Era hombre de genio alegre y con gran rigor profesional.

Felipe Huamán Solís, Profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la especialidad de Meteorología y Climatología, siendo por lo demás jefe de la División de Análisis y Pronósticos del Senami.

En calidad de invitados extranjeros estaban dos marinos de guerra: el Capitán de Corbeta de la Armada del Brasil Geraldo Gomdim Yuacaba Filho, y el Teniente Primero de la Armada del Ecuador Víctor Hugo Yépez Valarezo. Se integraron muy bien a los peruanos y el brasileño avanzó notablemente en su aprendizaje de la lengua española. Ambos participaron todo el viaje con mucho ánimo expedicionario, lo que significaba el primer requisito a cumplir en una misión como la nuestra.

El comedor que nos reunía era en extremo acogedor, de ahí que duraran las sobremesas. Quedaba en la banda de babor y le daban luz tres lumbreras. Tenía dos mesas grandes, para seis personas cada una, y una mesa menor para cuatro. En esta última era que comía el Segundo Comandante y los oficiales, aunque estos oficiales lo hacían de cuando en vez con nosotros. También se sumaba a nuestra mesa el médico del buque, Capitán de Corbeta de la Sanidad Naval Félix Bustos Laimito, hombre de fácil conversación y excelente humor, que desde un primer momento se evidenció gran amigo.

El comedor, para terminar, tenía un gran reloj de pared entre un televisor y un toca-cassetes asegurados en las esquinas. Junto a la puerta había un teléfono y servía para dar y recibir órdenes de urgencia.

Atendía a los comensales el primer mayordomo Eduardo Manguinuri Pizango, natural de Iquitos, ayudado por el segundo mayordomo Rafael Mendizábal Igidio y por Elio Carhuayo Lupaca, que venía a ser tercer mayordomo. Confeccionaba las viandas el cocinero Juan Vásquez, puntual y efectivo, y elaboraba el pan Víctor Cueva Flores, el panadero de a bordo, que era además consumado pastelero.

Sin embargo, entre todos estos últimos mencionados, se llevaba la palma el

inefable Manguinuri, sobrenombrado *Mangui*. Servía la mesa con inusual facilidad, mostrándose solícito sin servilismo, y teniendo cara amable aún en los momentos más tensos del viaje. Si alcanzando la comida a la mesa era experto, con la bandeja en la mano era un gran equilibrista. En efecto, cuando había mar movida y el comandante pedía que le subieran en vez del almuerzo un vaso con agua mineral, salía Manguinuri, brazo en alto y bandeja en mano, llevándole la botella y el vaso. En medio del gran movimiento del barco, partía con paso seguro, avanzaba por los pasillos sin tocar los mamparos y subía dos escaleras sin hacer uso del pasamano. Así llegaba al puente con la elegancia de un artista circense y servía el agua mineral. Todo el viaje fue muy atento.

Miércoles 13 de enero de 1988

Hoy, a las seis de la mañana, estando todavía oscuro, pasamos frente a Talcahuano, el puerto donde se encuentra el *Huáscar*. Dícese que los chilenos lo conservan muy bien. Lo presentan como el más antiguo acorazado a flote y lo muestran como reliquia del combate de Iquique. El *Huáscar*, sin embargo, para nosotros no es Iquique sino Angamos. *La Guía Turística de todo Chile* dice con hidalguía: "*es emocionante visitar su cubierta, camarotes, sala de máquinas, depósitos de municiones y el formidable cañón de proa. La visita es acompañada por didáctica explicación, por parlantes, de hechos y lugares de la heroica gesta de marineros chilenos y peruanos*".

A la mitad de la tarde pasamos frente a la isla Mocha, tan codiciada por los corsarios de los siglos XVII y XVIII. Luce mucha vegetación, se le ve rica y grande.

Todo el día tuvimos el mar de amura y hubo marcado balance. Consecuencia de ello fue que se volcaron varios vasos, por lo que se decidió en lo sucesivo prescindir de los manteles y usar tapetes individuales de material plástico. Los comensales tienen que apoyarse en los muebles y mamparos para llegar a su mesa, las sillas corren por sí solas, la sopa hay que tomarla plato en mano.

Para los tripulantes ésto es casi normal. Ellos, todos pertenecientes a la Armada Peruana, continúan laborando como si no ocurriera nada extraño. Es interesante su personalidad. Nunca murmuran, saben lo que tienen que hacer, a todos se les ve en su sitio. La disciplina que ha logrado en ellos la Armada es notable. No están acostumbrados a estar ociosos o perdiendo el tiempo. Cuando mucho, el cruzarse en los pasillos, hay un rápido cuento de aventurilla corrida en el último puerto y, riéndose del desenlace, prosiguen su marchar. Todos tienen

una rara habilidad manual y natural ingenio. Tratándose de problemas en los que hay de por medio metal, madera o jarcia, la solución es pronta.

Son hombres de marcado rigor. Callados en las maniobras, en la mesa aflora su locuacidad. Entre ellos se tratan de *cuñado*, haciendo maliciosa alusión a que tienen que ver con la hermana del otro, mas no porque exista el parentesco. Andan diariamente en uniforme de faena: mameluco u overall azul oscuro y con la gorra de visera también de ese color -la que se nos ha dado a todos- y que reza en su parte frontal: "Primera Expedición Peruana a la Antártida -BIC *Humboldt*- Enero Marzo 1988".

En las horas de trabajo -lo hemos dicho-gustan escuchar música costeña o serrana (haciéndolo hasta la saciedad, porque pecan de repetitivos), y ocasionalmente música tropical.

Por las noches, en el comedor de tripulantes -donde siempre comen lo mismo que los oficiales- se les pasa películas recreativas y con ellas rien estruendosamente, porque siempre se adelantan a las escenas en razón de su malicia y buen humor. Cuando creen que nadie los escucha lanzan palabrotas y chuscadas, cuando se sienten mirados su comportamiento es medido. Ninguno fuma a bordo, pese a que no está prohibido hacerlo, pero varios lo hacen en tierra; sí está vedado el consumo de bebidas alcohólicas y el juego de dinero.

En los puertos bajan por grupos de tres o más, vestidos de civil (porque el *Humboldt* no es buque de guerra) y marchan a divertirse. Regresan a altas horas de la madrugada, algunos están bebidos, otros han intercambiado golpes con la gente de tierra, pero todos vienen riendo y bromeando. Entonces suben la escala, se hacen presentes ante el personal de guardia, y se van a dormir.

La mayoría son cholos de casta brava -la raza definitiva del Perú- y su recia figura destaca en las noches de guardia, sea en el puente, en la cubierta o en el portalón. Son fuertes, callados, disciplinados y trabajadores. Tienen una característica: nunca se quejan.

Es gente que sabe vivir y sabe morir. La historia puede decirlo. El marino peruano -marinero, técnico u oficial- es tan marino como el que más. Nada tiene que envidiar a otros marinos del mundo. Por ello, en caso de una guerra naval, me preocuparían los buques y las armas, pero los marinos peruanos, no. Me inspiran absoluta confianza.

Jueves 14 de enero de 1988

A las nueve y treinta de la mañana se descubrió tierra al sur, avistándose una

isla crecida con elevados promontorios: era Chiloé.

Avanzamos algo más y una hora después teníamos a estribor la península de Lagui y al sur el puerto de Ancud. El *Humboldt* aminoró la velocidad y las costas insulares fueron cobrando forma. Ahora veíamos unos acantilados en los que las olas se estrellaban, sin duda ruidosamente, y unos bosquecillos atacados por el viento.

Anclamos frente a la casa-faro. Pronto se acercó una lancha y llegaron en ella los dos prácticos chilenos que nos acompañarían por los canales patagónicos. En otra lancha llegó el Comandante Jorge Brousset y el Comandante Héctor Soldi acompañados del Cónsul General del Perú en Valparaíso Efraín Saavedra Barrera. El Comandante Brousset dejaba ya todo ultimado y el Comandante Soldi se unía definitivamente a hacerse cargo de la dirección del Programa de Oceanografía Física en la Antártida. La situación del Cónsul era más bien transitorial: sólo nos acompañaría hasta Punta Arenas, desde donde retornaría en avión a Santiago.

Almorzamos con gran calma y alegría, estando el buque fondeado. A las tres y veinte se mandó cubrir los puestos de maniobra y enseguida partimos. El *Humboldt* entró entonces por el canal de Chacao, quedando a estribor la isla de Chiloé y a babor el lugarejo de Pargua, asentado en el continente.

Nos adentramos de este modo por uno de los más bellos paisajes del derrotero: todo era calma, sol y cielo azul. El buque se deslizaba sobre las aguas verdosas y lo hacía tan suavemente que por un momento desapareció la sensación de movimiento. Viajábamos, pero sin sentirlo. Nunca habíamos navegado así. Recuerdo que el Cónsul en el puente, extasiado con el momento que vivía, volvió la cabeza y me dijo a modo de amical confidencia: no puedo negar que tengo dentro de mí, una invencible vocación de marino.

La gran isla de Chiloé que teníamos a la diestra poseía una historia por demás cercana. Había pertenecido en mucho al virreinato del Perú y poco a la Capitanía General de Chile. Por este motivo a sus gobernantes y funcionarios les nombraba el virrey de Lima y las Cajas Reales de la capital peruana eran las que pagaban sus sueldos, también los de las tropas insulares encargadas de mantener el orden. Su sede de gobierno fue la ciudad de Castro, fundada en 1567, la cual se llamó así en honor a Lope García de Castro, Gobernador del Perú que precedió al virrey Francisco de Toledo. Lustros después los jesuitas de Lima pasaron a Chile y tuvieron en Chiloé un gran centro evangelizador que por muchos años fue la misión más austral de la cristiandad. Los ignacianos levantaron entonces muchas iglesias de madera que tuvieron la peculiaridad de tener una sola torre central sobre la portada del templo, como sucedió en Achao (1743) y Chonchi (1754).

Pero no fueron casos únicos, porque también tuvieron esta distinción arquitectónica las iglesias de Rilán, Tenaún, Quinchao, Quilquico, Dalcahue y Nercón, sin olvidar otros casos menores como los templos de Huyar, Chelín, Villipulli, Quehui, Quicavi, Llau-Llao, Aldachildo, Quetalco, Aplao y Detif. A la expulsión de los jesuitas en 1767, todas estas misiones se dieron en 1771 a los franciscanos del peruano convento de Ocopa. Luego fue que se independizó Chile pero Chiloé siguió siendo dependiente de Lima, hasta que en 1826 la isla se proclamó libre de España y el gobierno chileno, en razón de su proximidad geográfica, la hizo suya. Esta es, en síntesis, la historia de la ínsula que teníamos a estribor.

A partir de Chiloé comenzaron los llamados canales patagónicos, el primero de los cuales fue el ya visto canal de Chacao. Seguían siempre al sur, más canales y archipiélagos, penínsulas y bahías, por no decir paisajes novedosos y en extremo pintorescos. Pero si al hablar de Chiloé incurrimos en la realidad histórica, ahora -ganados por los canales patagónicos- nos adentramos en corrientes marinas teñidas de fantasía para ocuparnos de la bellísima leyenda del *Caleuche*. Es tan sugestiva y lejana, tan hermosa y marinera, que podría empezar así: "Había una vez un barco....".

Efectivamente, el *Caleuche* es un barco forjado por la imaginación insular con vigencia en los archipiélagos situados al oriente de Chiloé, vale decir, Chauques, Quenac, Quehui, Chaulines y Desertores. Su figura llega a Puerto Montt por el norte, a las costas de Chaiten por el este y al golfo de Penas por el sur, aunque algunos pretenden que también incide en los canales magallánicos.

La leyenda cuenta que se trata de un barco de dos palos y cargado de velas, con casco blanco o negruzco, que navega de noche por los canales, con música embrujada y faroles encendidos. Los habitantes de la región juran que lo ven pasar, dividiéndose sus opiniones en que su presencia es buena o mala pero volviendo a coincidir en que causa miedo. Esta sería, en síntesis, la pseudo-historia de la misteriosa goleta entre amiga y fantasmal.

El relato es muy hermoso para ser moderno o deberse a un solo narrador. Por eso nosotros, intrigados nos pusimos a examinarlo y -si no es mucho opinar- creímos descubrirle hasta cuatro elementos formativos: un ingrediente holandés, un ingrediente español, un ingrediente alemán y un ingrediente nativo.

El ingrediente holandés lo alcanzaría el *Kalache* o *Calauche*, barco corsario que luego de la derrota de los *pichilingues* por la armada virreinal peruana, quedó perdido y errante por el Mar del Sur, refugiándose en los canales patagónicos por donde navegaba asaltando aldeas aborígenes para robar comida y mujeres. Su capitán fue Vicente van Eucht y tanto él como su nave jamás regresaron a

Holanda. Esto que contamos sucedió en el siglo XVII.

El ingrediente español lo ofrecieron los jesuitas, religiosos que -de acuerdo a una tradición misionera iniciada en el Paraguay- acostumbraron atraer a los indígenas tocando desde sus embarcaciones instrumentos musicales europeos, especialmente el violín; luego era que venían las prédicas y bautizos, a lo que se añadieron en el caso chileno los masivos traslados marítimos de los catecúmenos chonos y caucahues a las reducciones de Chiloé y archipiélagos vecinos. Esto ocurrió en el siglo XVIII.

El ingrediente alemán está ligado a los germanos que en la primera mitad y mediados del siglo XIX arribaron desde Europa a las tierras de Osorno utilizando el estrecho de Magallanes. Estos germanos llegaron en grandes veleros de casco blanco o negro que dormían fondeados con sus muchos faroles encendidos. Coincide ésto con la época en que aparecen los fanales rojos, azules y verdes, también con los usos internacionales para que los faroles de colores cumplan un papel señalizador.

Finalmente, el ingrediente aborígen, integrador de todo lo ocurrido, que sumó lo malo, lo bueno y lo exótico de los siglos XVII, XVIII y XIX para terminar configurando un buque fantasma que hacía mal, hacía bien y, realmente, era inocuo. De cualquier modo, captó el temor a lo desconocido y dió origen a la leyenda alrededor de 1850.

Sea así o no, la integración de esta leyenda es hermosa, marinera y pertenece íntegramente a los chilenos.

Viernes 15 de enero de 1988

Al amanecer- al orto, como dicen los marinos- el paisaje seguía siendo el mismo pero había variado en algo. Era como un cuadro en el que perduraban la composición y la perspectiva, los volúmenes y las proporciones, pero en el cual había cambiado los colores en atención a las luces y a las sombras. El artífice del cambio era el sol, que a esa hora irrumpía por el oriente. Pronto se sumaron hasta siete pinceladas curvas y un breve arco iris apareció por la aleta de estribor. Era las seis y diez de la mañana.

La navegación continua tranquila persistiendo la impresión de que estamos navegando un lago de muchas islas. De este modo se pasó el golfo Corcovado y proseguimos al sur, dejando a babor la islilla del Barranco y las islas mayores nominadas Refugio, Atilio y Canalad. Entramos así al canal Moraleda, luego al Chacabuco, y a las tres de la tarde al de Pulluche. El propósito es salir por el norte

de la península de Skyring al océano Pacífico y luego embocar los canales magallánicos.

A lo largo del día hubo lluvia y algo de bruma. El sol aparece por momentos y la fauna visible se ha reducido a unas cuantas gaviotas. Las islas, sin embargo, siguen mostrando verdor, pese a que nos dicen se trata de árboles de lenga, todos de mala madera. Estamos tan cerca de estas islas que se ven los chorros de sus manantiales. Los canales se abren a diestra y siniestra. Pero hay que confesar que el espectáculo, hora a hora, va perdiendo colorido. Acaso también cabe afirmar que zumba el viento, hay menos sol y comienza a percibirse el frío. Incluso pareciera haber indicios de humedad.

A las cinco y treinta salimos al mar y comenzó el barco a moverse. Es el golfo de Penas, temido por sus temporales. Desde el puente se vió una ballena que echó un chorro enorme de vapor y luego se zambulló batiendo en el aire su cola horquillada.

Como se inició el mal tiempo y el movimiento arreciaba, se prohibió a los tripulantes caminar por los exteriores del barco. A la siete de la tarde el movimiento aumentó, alternándose el cabeceo con el balanceo y guardando ambos una frecuencia desordenada. Las olas embistieron, la proa ascendió hasta lo alto y luego se hundió hasta casi desaparecer, hubo veces en que el agua del mar la cubrió totalmente y luego barrió la cubierta. El cielo se puso negro y, además, descargó lluvia. Las olas salpicaron los cristales del puente y el mástil llegó a los 28 grados de escora. Las olas siguieron rompiendo en la proa y abriendo en el aire abanicos de espuma. No es una tormenta, es sólo mar movido, pero si algo ha perdido el horizonte es su estabilidad.

Cuando emerge la proa, desaparece la popa; la superestructura del buque es barrida por lenguas de agua que, al cubrir los vidrios de las lumbreras, oscurecen los camarotes. En el comedor las sillas están ancladas, las mesas empernadas y las cortinillas pendolan. Se distribuyó el rancho, pero en la despensa rueda la fruta por el suelo, saltan los panes del interior de la panera y caen ruidosamente los cubiertos; no habiendo mayores pérdidas porque los mayordomos han asegurado los platos. Los tripulantes bromean y ríen, porque todo ésto les hace gracia, pero lo cierto es que ahora caminan de otra manera, apoyándose en los mamparos o asiéndose de las agarraderas. Los viajantes no profesionales dan traspiés o avanzan a la carrera, no faltando el prudente que se abstiene de caminar esperando que amaine el balanceo. Porque el cabeceo aturde, pero el balance es el que desorganiza.

En algún momento, con más que trabajo, subí por la escalera y entré a la Cámara de Oficiales. Hallé a varias personas tratando infructuosamente de ver

una película. En esas condiciones era difícil seguir el argumento de la cinta, por lo que decidí marcharme de allí y subir al puente. Pero al aproximarme a la puerta vi sentada en una silla a una persona. Tenía los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Era el Cónsul del Perú en Valparaíso. Estaba mareado, mareadísimo. Al acercarme yo, no lo notó, pero al tocarle el hombro para preguntarle si quería la ayuda del médico, levantó la cara, me reconoció, y con los ojos semicerrados sólo atinó a decirme: estoy dudando muy seriamente de mi vocación de marino.

Sábado 16 de enero de 1988

El movimiento aumentó desde las doce de la noche hasta las tres de la madrugada. En el camarote se cayeron los libros de la mesa, se volcó el tacho de los papeles y la única silla de la habitación comenzó a recorrer el pequeño espacio con ritmo de ida y regreso. Se le ató para tenerla quieta, pero no por eso se consiguió el orden. Las ropas colgadas en la percha del mamparo buscaban inutilmente la dirección de la plomada. Los zapatos, sin nadie que los guiara, viajaban por el suelo y tomaban, por separado, cualquier derrotero. A todo ésto, la litera crujía y el camarote todo parecía que se iba a desarmar.

Después supe que, a esa hora, en el puente calificaban el pequeño alboroto oceánico como Mar 6 en la escala de Beaufort, ésto es, mar gruesa con viento fuerte de hasta 27 nudos y olas medianas de cuatro metros de altura. Había faltado dos grados para llegar a la categoría de temporal, otros dos para la de temporal muy fuerte y dos más para decidirse el huracán. En fin, lo nuestro, casi nada.

Como a partir de las tres de la madrugada el mal tiempo amainó, la gente pudo dormir algo. Al siguiente día, con cara de haber descansado mal, nos reunimos en el comedor para el desayuno. Se habló del mar inquieto, de los próximos canales magallánicos y también de Punta Arenas, pero la verdad es que el tema capital era siempre la Antártida. La gente estaba con ilusiones y todos hablaban con sumo interés del continente blanco. Si por ellos fuera, nos iríamos directo al Polo Sur sin pasar por Punta Arenas...pero en Punta Arenas teníamos que recoger a los científicos y por ello volvíamos a recaer en el tema. Nos esperaban allá cuarenta y cinco científicos peruanos entre los cuales estaban seis militares, tres marinos, un aviador, un diplomático y un sociólogo. El grueso de los científicos -entre los que venían cuatro mujeres- eran civiles: biólogos, hidrólogos, piscicultores, ictiólogos, oceanógrafos, químicos, geólogos, físicos, magnetólogos, acústicos, meteorólogos, ingenieros pesqueros e ingenieros

electrónicos. Además, allí se embarcarían un biólogo argentino y un oceanógrafo chileno, invitados del Perú.

A las nueve y cuarenta de la mañana ingresamos al canal de Messier, luego de doblar la península de Taitao y la península de Tres Montes. Entramos con mucha bruma y lluvia. Los prácticos chilenos son muy conocedores de la zona.

La lluvia lava al *Humboldt* plenamente, deja brillantes sus colores naranja y blanco que, a raíz de ello, lucen con la plenitud inicial. Los goterones golpean los cristales del puente y el agua corre por los pasadizos exteriores para perderse en los imbornales. A los lados del barco corre una tierra imprecisa, difícil de divisar. Dentro del buque se ve todo, incluso la nitidez de sus colores, pero fuera de él todo es bruma y paisaje incierto.

Ya se siente el frío magallánico. La gente se pone sus chompas negras y casacas forradas internamente con lana de carnero. En estas condiciones pasamos frente al barco griego *Capitán Leonidas*, encallado en un banco de mil por cuarenta metros en 1965. Era pintado de plomo, hoy está lleno de orín y la chimenea luce derribada. Se le ve desierto, habitado sólo por pájaros y se presenta tétrico contra el fondo negruzco de la isla Wellington. Dicen las malas lenguas que viajando del Atlántico al Pacífico se le encalló intencionalmente para cobrar el seguro, pues se sabía que en 1894, en ese mismo punto, había encallado y terminó hundido el vapor inglés *Cotopaxi*. Dios sabe la verdad. Lo cierto es que el barco griego está allí, algo escorado a estribor y perdido para siempre.

El paso Inglés, harto estrecho, se hace entre islas de roca con árboles no altos en su parte baja. Las aguas oscuras quedaron atrás, las nuevas son verdes y con algas. El sol quema e ilumina poco. Los canales ofrecen la impresión de ser ríos entre cerros. Los tripulantes ancashinos, todos, por separado, han recordado al Callejón de Huaylas.

Seguimos navegando. En una islilla hay una escultura blanca de la Virgen y la inscripción en grandes letras: Gracias Madre. En las cumbres altas y lejanas hay nieves. La vegetación tiende a decrecer, los manantiales a congelarse. A estribor, cuando nadie lo espera, hay un pueblezuelo que no pasa inadvertido. Es Puerto Edén, en la orilla meridional, donde sobreviven los últimos indios alakalufes, antaño pobladores de toda la región occidental del estrecho de Magallanes. Hoy viven del trueque, no pasan de setenta individuos, marchan a su total extinción.

Estos indios alakalufes fueron navegantes de canoa y piragua. Los hombres tuvieron el cabello hasta los hombros y un cerquillo recortado a la altura de la frente. Se cubrían con pieles, tallaban hachuelas y puntas de piedra, también

cazaban con arpones. Llegaron en sus momentos de auge hasta el golfo de Penas, pero sus límites naturales fueron desde el cabo Pilar al canal de Cockburn.

Valientes, fuertes, primitivos, hoy no son ni la sombra de los que vieron navegar a Magallanes.

Domingo 17 de enero de 1988

Navegamos toda la noche para amanecer en un paisaje poseído por el frío. Cada vez se ven más cumbres nevadas y orillas rocosas. Esta fue la gobernación de Pedro Sarmiento de Gamboa, aquel visionario que yo recordaba al salir del Callao. Llegó primero a estos lares para defender al Perú guardando el estrecho magallánico de los corsarios ingleses, luego viajó a España y regresó Gobernador del Estrecho dependiente del virrey de Lima.

A las cuatro y media de la madrugada, precisamente, cruzamos al canal Sarmiento, llamado así por nuestro mentado personaje, luego seguimos al estrecho de Collingwood, pasamos a las siete de la mañana entre la isla Hunter y la península Zach para ingresar al canal Smyth. Después de ésto, a las diez y cuarenticinco de la mañana, entramos al famoso estrecho de Magallanes.

La vegetación es magra, los cerros lucen sus moles de piedra violácea, hay cada vez más frialdad ambiental. Para ingresar al estrecho famoso pasamos delante de la isla Tamar y su célebre cementerio de veleros que iban del Pacífico al Atlántico; éstos eran desviados por el viento y la corriente, terminando encallados en puntas de aguja. La última víctima fue el *Santa Leonor*, de la Grace Line, encallado en 1964. Está todavía allí, con dos tercios de su casco sumergido, la popa al aire mostrando la hélice y acostado sobre su banda de estribor. Esta vez viajaba al oeste a favor del viento y la corriente, añadiéndose que la tragedia ocurrió por disputas y malentendidos entre el piloto y el práctico.

Al ingresarse al estrecho se sintió el cambio de viento y el golpear de la corriente. Las costas, que son cerros, están distantes y se exhiben como rocas peladas, oscuras, aparentemente sin nada de verdor. Las gaviotas también han acusado cambios: unas son de cuerpo blanco y alas negras y otras todas de color negro.

A las seis de la tarde pasamos frente a la Cruz de los Mares, en el cabo Froward, toda de varillas de acero pintadas de blanco. El ser de varillas opone menor resistencia a los vientos. Señala la parte más austral del continente y se puso en 1987 con ocasión de la visita del Papa a Punta Arenas. A los pies de la Cruz se ha escrito en una piedra: "Y dominará de un mar a otro mar...hasta los

últimos confines de la tierra", frase tomada del libro de los Salmos (cap. LXXI, versículo 8). Su gestor, curiosa coincidencia, fue uno de los prácticos chilenos que nos acompaña, el Almirante en retiro Roberto Benavente Mercado, quien nos explica que la Cruz posee siete luces que de noche guían como faro, con una intermitencia de cincuenta segundos; por lo demás, mide veinticuatro metros de alto y está en un promontorio que tiene 365 de elevación.

Pasado este punto se ve hacia el sur, nevado, iluminado por el sol, el monte Sarmiento, así llamado en homenaje a Pedro Sarmiento de Gamboa. Está detrás de unos cerros morados y desde donde estamos se aprecian dos picos en su cumbre. Se le ve totalmente cubierto de nieve y luce como un verdadero coloso. Se le apreciará mejor al pasar delante del canal Magdalena, pero ahora se le descubre grande, blanco, macizo, reflejando el sol poniente. Fue el paisaje más iluminado que vimos en el estrecho. Sarmiento de Gamboa tuvo que haberlo mirado, le fue forzoso hacerlo, pero nunca sospechó que a esa montaña de 2,234 metros de altura alguien le pondría su nombre. Y al verla así, por quedar en la Tierra del Fuego, debió concluir que estaba asentada en la Terra Incógnita de Ptolomeo.

El *Humboldt* avanza dejando una estela que se pierde en breve. Viramos a babor, estamos en pleno crepúsculo vespertino, y entramos al paso del Hambre. El derrotero asegura que hasta allí han osado llegar las ballenas. Hemos virado pero siempre seguimos en el estrecho, ahora viajamos hacia el norte y pasamos frente a la desembocadura del río San Juan.

Puede parecer que es obsesión, pero otra vez surge la figura del visionario Sarmiento de Gamboa, que vuelto de España fundó aquí la ciudad Rey Don Felipe luego de fijar en la entrada del estrecho la primera urbe, que llamó Nombre de Jesús. Estaba Rey Don Felipe en el lugar llamado hoy bahía Buena y antes puerto del Hambre. Hace más de veinticinco años descubrieron sus ruinas. Destacaba la derruída iglesia que tuviera a su cargo el clérigo Jerónimo de Montoya, su único párroco. Se trata de paredes y basamentos de piedra que responden al muro del altar mayor y al muro del Evangelio. En el suelo se desenterraron tres o cinco cadáveres, los demás estaban en el cementerio del muro exterior de la Epístola. El templo miraba al suroeste y en su vecindad se hallaron trozos de cerámica española vidriada y angobada, igual a la encontrada en Nombre de Jesús. Es todo lo que queda, lo demás pertenece a la historia.

Algo más al norte estuvo el fuerte Bulnes, punto de avanzada chileno en la colonización de estas regiones. Se ven junto a su reconstrucción varios refugios de pescadores y leñadores, casas rústicas ocupadas ocasionalmente, motivo por el cual sus chimeneas ahora no despiden humo. Todo está en una tierra turbosa,

húmeda, con poca vegetación, y pertenece a la península de Brunswick, la más meridional del continente.

Y así, entre añoranzas históricas y apreciaciones actuales, avistamos Punta Arenas. Era ya de noche y sus luces amarillas señalan que no es grande, también que está en la falda de una colina. Se manda a los tripulantes cubrir sus puestos de maniobra. Los hombres obedecen, callan, esperan. El buque amengua la marcha, la ciudad está ya muy cerca, se da una orden del puente y se larga la cadena. Ancla el buque, gime el viento. Estamos en Punta Arenas, a 2,671 millas del Callao. Hemos llegado lejos, se cumplió la primera etapa del viaje, sólo nos falta la Antártida. Alguién lo dice en voz alta y lo aprueban los demás. El Comandante Brousset sonrié sin acusar sorpresa, nos invita a pasar al comedor y allí ordenó servir cerveza. Brindamos por el Perú, brindamos tres veces por la patria lejana, y después, una vez más, casi con juramento, prometiendo no volver a ella hasta pisar la Antártida.

Lunes 18 de enero de 1988

Punta Arenas no será una ciudad grande pero tiene feliz presentación. Es de trazo ajedrezado, mira al levante y es la urbe más austral de Chile. Posee pocas torres y pocos edificios, pero, en cambio, tiene mucho viento, como explicaremos luego.

Nació en 1849 al trasladarse allí la guarnición de fuerte Bulnes y unirse a unos colonos que ya vivían en el lugar permutando pieles de guanaco y plumas de ñandú a los tehuelches, los indios comarcanos. Posteriormente fue presidio, factoría de barcos loberos y balleneros, y desde 1876 gran centro de ganado lanar. Su mejor época fue la segunda mitad del siglo XIX, cuando era el único puerto de ingreso al Pacífico y aún no estaba abierto el Canal de Panamá. De este tiempo quedan bellas mansiones y una tradición especial. Hoy la población pasa los 100,000 habitantes y se dedica a trabajar los hidrocarburos, la pesca y el carbón.

Salimos a recorrer la ciudad. Las calles son rectas y limpias; las casas son frecuentemente de un piso, en las calles principales las hay de dos y excepcionalmente de tres, siendo el edificio más alto el Hotel Cabo de Hornos que presenta siete pisos. Muy acogedora es la Plaza Mayor con un monumento a Hernando de Magallanes. Allí aparece el descubridor del estrecho pisando el bauprés, gorra en mano, mirando al mar. A los flancos del monumento hay dos indios que adornan el pedestal: un patagón a la derecha y un ona con su arco, a

la izquierda. Este último, está sentado y tiene la pierna diestra colgando con su dedo pulgar reluciente ya que la gente forastera lo frota y aún lo besa, pues corre la voz que hacer eso es el secreto para regresar a Punta Arenas.

El resto de la Plaza Mayor es vistoso. Tiene un pequeño monumento al asturiano José Menéndez, pionero del desarrollo económico y gran propulsor de la ciudad, y el conjunto está sembrado de árboles de típico origen magallánico. Si al este está el Hotel Cabo de Hornos y al sur la Casa de España con el Cervantes, al oeste se levanta la Catedral y la Casa de la Gobernación, y al norte el Club de la Unión, gran casona con cenador esquinero e invernadero lateral.

La Catedral es moderna. Se comenzó en 1892 por los salesianos, se inauguró en 1897, se restauró en 1920 y se consagró templo catedralicio en 1977. Posee tres naves bajas con piso de madera, una sola torre central y fachada armónica. En su interior se guardan los restos del padre José Fagnano, gran propulsor de la ciudad, finado en 1916, del Vicario Apostólico de Magallanes Arturo Jara Márquez, fallecido en 1939, y de Vladimiro Boric, primer Obispo de Punta Arenas, muerto en 1973, todos hijos de San Juan Bosco.

Los salesianos han sido los verdaderos maestros y evangelizadores de toda la región y hacia ellos tiene una deuda impagable la ciudad. No sólo por su Colegio de varones y su Liceo de mujeres, sino por el formidable Museo Padre Mayorino Borgatello, institución que recoge y guarda la historia, etnografía, zoología, botánica, mineralogía, geografía y climatología de toda la región. Funciona en un local ya insuficiente, pero cumple una misión importantísima.

La ciudad tiene rincones muy suyos, como la avenida Colón, verdadero paseo que no ha querido convertirse en alameda y que une la parte alta de la urbe con el mar; la avenida Manuel Bulnes, más moderna, con el monumento a este militar, el monumento a El Ovejero, y el monumento levantado por la colonia yugoeslava conmemorando un siglo de su llegada al lugar; el cementerio, que es una joya evocadora del tiempo viejo, también el Club Hípico con sus jardines, el Museo del Recuerdo con sus carruajes antiguos y, por último, El Mirador, punto alto del que se domina la ciudad y su puerto.

De regreso al *Humboldt* advertimos que la gente del lugar se recoge temprano en razón del frío y del viento. La verdad es que el sol cumple un papel más lumínico que térmico. Son las nueve de la noche y no termina de oscurecer. El sol brilla sin alegría, como si fuera de cobre. Pero a la postre avanza el tiempo y la ciudad es ganada por un color celeste con algo de tenebrista. La sensación es rara. Casi podríamos decir que -aunque este matiz no existe en la paleta de ningún pintor- todo está teñido de un claroscuro azulino, frío y magallánico.

Martes 19 de enero de 1988

A las nueve de la mañana salimos todos a tomarnos las fotografías que se anunciaron el día anterior. El Comandante Brousset lo hizo con abrigo de invierno, gorra blanca y guantes negros; los demás marinos con uniforme negro y gorra blanca; los pescadores con uniforme de color naranja y casco rojo; y los civiles con terno y corbata. Formamos en medio del viento y el frío. El fotógrafo de a bordo nos exigió quietud y verticalidad, luego nos retrató varias veces en la cubierta de la proa y en el muelle del puerto. Hacía tanto viento que era difícil mantenerse de pie. Pero a la postre las fotos fueron tomadas y se pudo romper la formación.

El resto de la mañana fuimos testigos de los aprestos para recibir a los científicos. Hacía días que andaba en estos quehaceres el Segundo Comandante y gracias a sus previsiones estaban ya dispuestos los turnos para el comedor, la numeración de camarotes y las literas, el orden de las duchas y la distribución de los baños. Se separó un camarote para las cuatro científicas.

A principios de la tarde, no podría precisar la hora, llegaron al buque los invitados chileno y argentino. Era el primero el ingeniero oceanógrafo José Blanco García y el segundo el biólogo Miguel Ritacco Guerrero. Dieron la impresión de ser profesionales componentes y, además, simpáticas personas.

El *Humboldt* , mientras tanto, hacía sus últimos aprestos para zarpar a la Antártida. Tuvo trabajo en ello el asesor de los equipos técnicos e ingeniero de máquinas naval Rolf Christian Roeder, alemán natural de Schlitz y vecino de Flensburg, en la frontera con Dinamarca. Alto, flaco, canoso y cincuentón, mostraba el frío razonar del hombre maduro. Tenía casi diez años trabajando en el Perú y estaba identificado con el buque desde su botadura en el Callao. Era muy adicto a todo lo peruano, pero tampoco olvidaba que era alemán. Por eso bajaba en los puertos buscando cerveza germana y viandas del país que lo vio nacer. Hablaba nostálgico de su esposa, que estaba en Lima y era alemana también. Este hombre fue uno más de los que puso al *Humboldt* apto para el viaje a emprender, trabajando codo a codo con los técnicos peruanos. Y mientras con él probaban las máquinas y tentaban los motores, cayó la noche y se presentaron los científicos.

Ocurrió ésto alrededor de las once. Venían todos cansados, pues habían partido de Lima a las diez de la mañana en un avión de Aeroperú y, tras hacer el trasbordo en Santiago de Chile y efectuar un descanso en Concepción, habían arribado a Punta Arenas a las diez y algo de la noche. En síntesis: doce horas de viaje con incómodas interrupciones y prolongadas esperas.

Con ellos venían las científicas. Eran cuatro simpáticas mujeres que desde el primer momento supieron caer muy bien a todos. Más tarde terminaríamos el viaje orgullosos de su amistad. Pero entonces se les veía cansadas, golpeadas por el frío, maltratadas por el largo viaje en avión.

Los científicos no venían en mejores condiciones. Se frotaban las manos para calentarlas y miraban con expresión de fatiga. Algunos traían la corbata levemente floja, otros, con su maletín sobre las rodillas, esperaban lo que iba a seguir, mientras sus bultos con ropa, libros y cuadernos, también sus aparatos de precisión, esperaban en la cubierta. Estaban castigados por el viaje. El único que lucía impecable, como si estuviera de partida a una recepción, era el diplomático Julio Romero Ojeda, quien con su impermeable al brazo y una corbata de elaborado nudo, esperaba estoica y elegantemente. No tenía cara de cansado y si lo estaba, su profesión le había enseñado a disimular la fatiga.

La suya fue la primera cara conocida de las tres que esa noche descubrí. había sido mi alumno en la Universidad Católica de Lima y no tenía de él mal recuerdo, todo lo contrario. Igual ocurrió con Horacio Chicata Blancas, el sociólogo de la expedición, quien no sólo había sido mi alumno sino también mi auxiliar en la Cátedra de Metodología. Finalmente estaba también allí el Teniente Coronel del Ejército Peruano Fernando Sánchez Ayala, otro antiguo alumno de los años que enseñé Historia Crítica del Perú en la Escuela Militar de Chorrillos. Los abracé a los tres como si fueran mis parientes, tal fue el gusto que me dio verlos, pero pudimos conversar muy poco porque tenían una cita masiva con el Segundo Comandante.

Hubo a estas alturas caras que me impresionaron y que recuerdo de modo especial. La estoica, casi hierática, de Roque Canaviri, que parecía hecha para sufrir la crudeza de los grandes fríos; la feliz de Tomás Moreno, más hecha para un viaje de placer al trópico que no para el duro mundo antártico; y la pícara de Eduardo Pérez Sandoval, con sus bigotes retorcidos que insinuaban ser de hierro forjado. Fueron tres grandes amigos en lo que siguió, pero entonces no sabía quienes eran ni como se llamaban. Figuras rígidas me parecieron, en cambio, las de los capitanes de Ejército que habían venido con el Teniente Coronel Sánchez Ayala: no se movían, no hablaban, sólo miraban y escuchaban. El otro plato de la balanza lo era Benjamín Vera Chamochumbi, alegre, dicharachero y discutidor, quien hacía grandes esfuerzos por permanecer callado. Perfil grave a su vez, el del Profesor Gregorio Peña, quien lucía circunspecto, igual que Nelson Lostanau, que además tenía rostro de mal genio, cosa que no resultó ser verdad.

Precedía a todos el Capitán de Fragata César Vargas Faucheux, Coordinador

Científico de la Expedición, quien terminó afirmando que los científicos llegados no eran cuarenta y cinco sino veintinueve, que sumados a los que ya estaban en el buque hacían un total de treinta y seis, debiendo añadirse a los invitados chileno y argentino, al fotógrafo Jorge Seoane Morla y al camarógrafo Miguel Silva Pellegrín. Total, cuarenta, sin contar al Teniente Primero José Marrou Adrianzén, llegado como oficial de apoyo a la dotación del *Humboldt*.

Lo cierto es que el Segundo Comandante, como se anunció, reunió a todos los viajeros en el Comedor de Oficiales, les dio la bienvenida y luego pasó a hablarles de los horarios y de la disciplina en el buque. Asignó también camarotes y distribuyó literas, tras lo cual hizo votos por el éxito de todos en el trabajo personal que desempeñarían en la expedición. Hecho ésto salió y entraron los tres mayordomos repartiendo a cada recién llegado un gran buñuelo bañado en leche condensada y un vaso de hirviente chocolate. El ánimo volvió a los cuerpos y hubo alegre conversación. Luego fue que se levantaron de sus asientos y pasaron a ubicar sus camarotes, instalándose con la mayor comodidad posible en medio de la gran austeridad reinante.

Miércoles 20 de enero de 1988

Amaneció con sol, pero el mar estuvo movido. Los científicos no fueron lo puntuales que debían ser y algunos, imposibilitados de despertarse, prefirieron seguir durmiendo a tomar el desayuno. De acuerdo a la disciplina del buque, no se les sirvió desayuno tardío.

Lo que siguió de la mañana se empleó en terminar de acomodar los bultos y maletas, ordenar los libros, calibrar los instrumentos, organizar las mesas de trabajo y acondicionar las botellas oceanográficas. Pronto se adaptaron los viajeros al ritmo de la vida de a bordo y, tras informarse de pormenores, empezaron a marchar ceñidos a ese horario de actividades que en el barco se llama rutina. La voluntad fue general. Todos aprendieron rápido. El disciplinado espíritu de los científicos supo sumarse al disciplinado espíritu de los marinos. El desconcierto no llegó a cumplir las doce horas. Esa misma mañana murió.

Después del almuerzo la mayoría de los científicos bajó a conocer Punta Arenas. Recorrieron la población varias horas y regresaron contentos, pero todos tenían algo que opinar del viento. Y es que el viento había dado fama a la ciudad:

"El viento empezó a cantar
con sus brazos fuertes
y su rápido andar...
desde el Estrecho
hasta el Ona,
en el centro de la ciudad".

En efecto, el viento de Punta Arenas es notable por su impetuosidad. Las mujeres prefieren salir con pantalones, envueltas en chales y un pañuelo en la cabeza; los hombres usan abrigo o chaquetón, se ciñen bufandas al cuello y caminan con las manos en los bolsillos. Para no perder sus gorras, los soldados y marineros de guardia, usan barboquejo. Los niños llevan todo tipo de prendas invernales y, además, gorrillas con orejeras.

Los árboles, por causa del viento, se cimbran con resignación, y si son muy jóvenes, se mueven desesperados. Los gatos no salen de las casas ni andan por los techos, los perros emigran de las calles y buscan un rincón.

Hay una esquina, la del Correo -entre las calles Bories y Menéndez- donde la gente se cae por causa del viento. Por eso, a menudo hay sangre en el suelo, sobre todo en el invierno. Y es que el viento que viene del mar, concretamente del estrecho, hace que un pie tomado de flanco golpee al otro, suscitándose el traspiés y dándose la caída.

Punta Arenas es única por el flamear de sus banderas. Flamean trepidantes, como lonas sacudidas por el vendaval. Por eso las banderas se desgarran, se descosen y por terminar deshilachadas hay que reponerlas pronto.

Por causa del viento magallánico la rotonda de la Plaza Mayor se tuvo que cerrar con mamparas y cristales, convirtiéndose así en pabellón de artesanías. Las iglesias, por su parte, tienen dos juegos de puertas. Muchas tiendas siguen igual sistema protector.

Este viento que es frío, hace que la gente se retire temprano a sus casas, de modo que a las siete de la tarde, aún con sol, las tiendas están cerradas y las calles se ven semidesiertas. A las ocho las transitan quienes tienen necesidad y a las nueve los que nos pueden evitarlo. Salir después de las diez es recorrer una ciudad dormida.

Este fue el motivo por el que muchos científicos se recogieron temprano para cenar en el buque, y fueron pocos los que tornaron a salir.

Esa noche, descansados ya, caminaron por la cubierta de popa fumando cigarrillos o formando pequeños grupos, intercambiando opiniones sobre los más variados tópicos. También hablaron de la Antártida y casi diría que fue el

tema principal. El continente blanco capitalizó la atención de aquellos hombres y al conjuro de su nombre todos se sintieron ganados por el mismo ideal: cumplir la misión encomendada. Ya todos tenían sus instrumentos listos, harían sus estudios, efectuarían sus experimentos, y luego redactarían el informe final para entregarlo al Coordinador Científico... Y hablaban de cómo iban a trabajar y qué cosa iban a hacer, porque había en todos el deseo de servir a su país como si estuviéramos en guerra. Y de verdad que estábamos en guerra. En guerra abierta y declarada contra el tiempo.

Jueves 21 de enero de 1988

La mañana transcurrió sin novedad. Se gastó íntegramente en los últimos aprestos. Pero a las doce hubo un cocktail a los científicos en la Cámara de Oficiales y todos concurrieron con gran animación.

Se sirvió pisco iqueño y cerveza chalaca, se comió maní tostado, habas fritas y almendras saladas; también hubo enrollados de salchicha y pequeñas butifarras. A mitad del ágape habló el Comandante Brousset y se presentó él mismo como Jefe de la Expedición. Seguidamente presentó a los cuatro invitados extranjeros y, por último, se hizo un brindis por el éxito de la jornada.

A todo ésto, sin advertirlo ninguno de los festejados, se izó la escala y se ordenó a los tripulantes ocupar sus puestos de maniobra. Se cobraron las espías y se enrollaron al cabestrante, entraron a ayudar los remolcadores y el *Humboldt* se comenzó a mover. Poco a poco el barco se fue apartando del muelle en medio de un mar picado. Punta Arenas, bañada por el sol, se fue alejando lentamente, destacando más que nunca sus techos de colores, el tejado pizarroso del Hotel Cabo de Hornos, la torre de la Catedral, los edificios altos, los bodegones del puerto.

Por fin el buque viró en redondo y la proa quedó apuntando al sur. Rugieron sus motores y, como asustados, se apartaron los remolcadores. Entonces fue que el *Humboldt* cobró impulso propio y empezó a moverse.

Recién aquí fue que notaron algo los científicos y apareciendo en los exteriores se dieron con la novedad que el buque ya había salido del puerto. Todos estábamos en la borda de babor o en la cubierta de popa. Así vimos alejarse Punta Arenas y tomar el rumbo austral. Las aguas se mostraron más agitadas y la proa del *Humboldt* comenzó a hendirlas. Ahora todos sentíamos el histórico llamado y mirábamos al sur, al más allá. Soplaba el viento y zumbaban los cables del mástil, empezó el verdadero navegar y el buque rompió las primeras olas

magallánicas. Todos estábamos eufóricos. Vivíamos el momento con enorme intensidad. El viento soplaba fuertísimo, desordenaba cabellos y barbas. Y entonces fue que cerrando los puños y ajustando las mandíbulas, con la fuerza que Dios da a los que tienen la razón, asumimos el derecho del Perú y nos lanzamos a la conquista de la Antártida.

SEGUNDA PARTE

LA ANTARTIDA

"...una tierra longincua que nunca habitó el género humano ...según Ptolomeo...Y esta tierra es la que llaman los descriptores de mapas Tierra Incógnita".

Pedro Sarmiento de Gamboa.

Viernes 22 de enero de 1988

Sería la una de la madrugada cuando pasamos bahía Desolada y el canal O'Brien para ingresar al canal Ballenero. El mar, que estaba picado desde ayer por la tarde, se puso más inquieto, lo que ocasionó movimiento en el buque, corriéndose las cosas de su sitio, cayendo los libros de las mesas y cambiando las sillas de ubicación. Varios científicos se levantaron para asegurar sus instrumentos y alguno, asustado, preguntó si el mar era siempre así. Se le tranquilizó diciéndole que algunas veces era peor.

Luego la gente se fue acostumbrando y el sueño terminó posesionándose de todos. Así se terminó de pasar el canal Ballenero.

A las cinco se dio el amanecer magallánico. Apareció la luz pero no el sol, surgiendo un paisaje de aguas entumecidas, cerros negruzcos y cumbres plateadas. Las orillas se vieron más nítidas.

El árbol que predomina en ellas es el lenga, que tiene hojas caducas y puede alcanzar los treinta metros de altura. Por lo demás, la fauna vista se redujo a un gavilán que sobrevoló el barco y luego a varias gaviotas que nos siguieron largo trecho esperando que echaran desperdicios de cocina al agua.

Desde temprano -igual que ayer al doblar la península Brunswick y al navegar el canal Cockburn- hizo fuerte niebla en las partes altas, perdiéndose la grandiosidad de las montañas pero conservándose la visibilidad del derrotero. Son de singular hermosura los glaciares o ventisqueros que lucen grietas azuladas con sectores proclives al ocre y al rosado. El hielo azul turquesa es el más antiguo, tiene cientos o miles de años y está duro como el acero. Es frecuente que de estas lenguas gélidas inmensas se desprendan trozos de hielo que terminan flotando en el mar. Al verlos alguien creyó que se trataba de los primeros hielos antárticos, arrastrados tempranamente hasta allí, pero pronto se le sacó de su error.

Impresionante fue a las siete y veinte de la mañana, por la banda de babor, el ventisquero Rumanche en el canal Beagle, paso del nor oeste. De una cresta nevada caía una catarata lavando el cerro negro, golpeando en dos partes la roca y terminando en el mar. Este hermoso salto de agua era fruto del deshielo del verano. Tambien fueron de gran ver los ventisqueros llamados de Alemania e Italia, siempre a babor.

Las tierras que se siguen viendo están preñadas del misterio por su fauna desaparecida. Ya se tuvo esta impresión hace un siglo cuando se descubrió la enorme caverna del Milodón, al sur de Patagonia. El animal habia dejado muy poco de su cuerpo: osteodermos o huesillos epidérmicos en un trozo de endure-

cido pellejo y vestigios de algo que podia ser la lengua seca, fibrosa y retorcida. El hallazgo conmocionó al mundo y el diario londinense *Dayly Express* hizo que se enviara una comisión científica al mando del profesor Pritchard para que internándose en los valles magallánicos.... descubriese y atrapase un milodón vivo. La expedición vino a América y exploró la Patagonia austral, pero volvió a Londres sin haber hallado siquiera un milodón muerto.

Más realista y modesta fue la búsqueda de algas en el Beagle por parte de un joven científico del *Humboldt* . Descubrió manchas de Durvillea Antártica, alga macroscópica y rojiza que flota gracias a vejigas de aire. Tales manchas eran de un metro cuadrado de extensión y algunas más grandes. Lo cierto es que Jaime Morán, su hallador, se sintió recompensado, enriqueciendo, de paso, sus apuntes de investigador viajero.

Pasamos la frontera chileno-argentina, a las nueve y media de la mañana, minuto más, minuto menos. La soledad magallánica parecía el preludio de la soledad polar. Ahora las crestas con nieve se ven también a estribor. El cielo sigue gris, no hay atisbos de sol. En este paisaje poco alegre aparecio Ushuaia.

Ushuaia es una urbe asentada en la falda de un nevado. No parece una gran ciudad, pero es una ciudad, y eso la convierte en la ciudad más austral del planeta. Alberga cerca de 30,000 habitantes, está detrás de una península y se enclava en una pequeña bahía, tranquila por añadidura. Es ciudad con reflejos metálicos y alguna vegetación. Pasamos tan lejos de ella, y además, tan rápido, que todo lo que se pueda añadir sería exageración o fantasía.

Al sur está la isla Navarino y hacia el este la bahía Mejillones, uno de los últimos refugios de los yaghanes chilenos. Aparece luego puerto Williams, con casitas amarillas de techo rojo, iglesia torreada y edificios verdes. Tres buques de la armada chilena estaban allí, también se veía un avión de transporte, todo bajo dos cerros de cumbres blancas. Se trata de una base naval. La avistamos a las doce y quince y pasamos frente a ella a las doce y treinta.

Puerto Williams, cuya población no pasa de 1,000 habitantes, me recordó a un hombre que conocí en Lima y que fue gran estudioso de los onas y yaghanes: Martín Gusinde, misionero católico de la congregación del Verbo Divino. Trabajó en estas partes entre 1918 y 1923, escribiendo valiosos libros sobre los indígenas del estrecho. Su obra es tan importante que sin ella hoy es imposible investigar la etnografía y etnología de estas inhóspitas regiones.

Los yaghanes, los hombres más primitivos de esta región, siempre vivieron al sur del Beagle, señoreando hasta las últimas islas meridionales. Andaban desnudos o con un minúsculo cubre-sexo; pasaban más de la mitad de su vida en cuclillas, pescando o cazando en piraguas de corteza cosidas y por ello tenían las

piernas deformadas. Buceaban profundamente para extraer almejas y escalaban abruptos peñascos para retorcerle el cuello a un ave dormida y degollarla a mordiscos. Sus chozas eran refugios temporales, construídos con ramas, lianas y hojas. Su lengua parece que no pasó de las 32,000 palabras, los hombres fueron eximios arponeros y todos tenían un cuidado especial por la conservación del fuego. Hoy prácticamente , los yaghanes ya no existen como pueblo.

A la una y treinta pasamos frente al *Logos*, barco-librería protestante que encalló una noche en una roca. Fue el 4 de enero, día que zarpamos del Callao. Está pintado de blanco y con la proa hacia tierra. Su encallamiento se debió a un error de interpretación en la carta de marear.

Luego fue que salimos al océano Atlántico dándonos de frente con las tres islas del último litigio chileno-argentino y que terminó, como en tiempos antiguos, con el fallo del Papa de Roma. La isla Picton queda al norte, la isla Lennox al sur y la isla Nueva al noreste. Las tres tienen árboles pero ninguna población humana. Su valor estratégico es muy grande y su posesión alcanza las llaves del estrecho de Magallanes. No deja de ser valioso este fallo papal que evitó una guerra. Una vez más rigió aquello de : *Roma locuta, causa finita.*

A las cuatro y quince de la tarde entramos al paso Drake, llamado así en honor al corsario inglés que llegara a las costas del Perú y luego diera la segunda vuelta al mundo. El movimiento del *Humboldt* hizo notar que estábamos en el temido tramo marino, encrucijada de vientos y corrientes por no decir reñidero constante del Atlántico con el Pacífico.

Lo cierto es que primero se perdió de vista la tierra a babor, luego a estribor, habiendo pasado el buque entre la Picton y la Nueva y avanzado después hasta ponerse a la cuadra de la isla cabo de Hornos.

El continente quedó atrás con sus islas y montañas. El mar se mostró insumiso y unos movimientos raros forzaron al barco a dar dos o tres panzazos desacostumbrados que hicieron crujir las estructuras. Fue el anticipo del mareo náutico que, a continuación, hizo presa de los navegantes nuevos.

Efectivamente, a la cena fueron pocos y faltaron muchos. Hay fuerte balanceo y los comensales estuvieron como si brindaran: todo el tiempo con los vasos en la mano. La sopa se toma con precauciones y el pan rueda a su gusto por la mesa, cayendo en más de una ocasión al suelo. Por prudencia se mandó amarrar los bultos, revisar los muebles empernados y cerrar las lumbreras de los camarotes, prohibiéndose también el paso por los exteriores del buque. Los mareados están en sus literas. Se acabaron las conversaciones, las discusiones y aún las opiniones. Hoy todos guardan silencio. El mareo comenzó a reinar.

Mientras tanto, los que estamos sanos nos ocupamos leyendo, escribiendo

o investigando. Nosotros lo hacemos hilvanando los pormenores históricos de la ruta buscadora de la Antártida. Y la Historia, siempre dadivosa, nos regala ocultas antiguallas.

Así, nos dirá, que los navegantes que más se aproximaron a la tierra antártica fueron los fenicios que por orden del faraón Nekao circunnavegaron Africa de este a oeste, alrededor del año 600 antes de Cristo convirtiéndose por ello en los primeros nautas conocidos del hemisferio austral. Sin embargo, el descubrimiento del océano Glacial Antártico fue muy posterior, despues del siglo XII de nuestra era. Se debió a un guerrero maorí llamado Ui-Te-Rangiora, quien en su embarcación *Te-Ivi-O-Atea* navegó muchas lunas hasta topar con una sustancia blanca, fría y sólida que flotaba en el mar y lo detuvo. Entonces fue que a este mar extraño, situado debajo de Nueva Zelanda, lo llamó Urruruz. La ruta terrestre nos resultaba más cercana. Correspondió al Inca Túpac Yupanqui -el hijo de Pachacútec y progenitor de Huayna Cápac-, que partió del Cusco y avanzó conquistando hasta más allá de la mitad de Chile. Este emperador andino siempre "fue amigo de saver cosas nuebas" y buscando "el final de la tierra" dicen que marchó hasta el estrecho de Magallanes. Llegara o no, su intención fue encontrar la tierra más austral y eso le convertiría en el primer buscador americano de la Antártida.

La búsqueda del continente blanco por los europeos es más documentada. Ya la Bula Alejandrina, del 4 de mayo de 1493, dio a los Reyes Católicos 100 leguas a partir de las Azores y Cabo Verde, "componiendo una línea desde el Polo Artico al Polo Antártico". Pero el Tratado de Tordesillas, al siguiente año, otorgó a dichos monarcas 370 leguas y abarcó de igual manera el Polo Sur. En 1519 Magallanes, gracias a ello, llegó a los 53 grados meridionales y creyó que la Tierra de Fuego era la Terra Australis Incógnita ptolemaica. En 1526 el piloto gallego Francisco de Hoces fue arrastrado por los vientos hasta el grado 55 y al reunirse a su jefe García Jofré de Loaisa, le confesó que había visto el "acabamiento de las tierras" vale decir , el cabo de Hornos y el paso Drake. En 1534 la Corona española creó la provincia del estrecho y la dio a Gutierre de Carbajal -obispo de Plasencia y pariente de Francisco Pizarro-, señalando que abarcaba del estrecho magallánico al Polo austral. Y Carlos V, en 1539, concedió a Pedro Sancho de la Hoz -conquistador del Perú y uno de los captores de Atahualpa- permiso para navegar el Mar del Sur y descubrir "hasta el dicho Estrecho de Magallanes y la tierra que está de la otra parte del". Cuarenta años después, en 1580, el Almirante desertor Juan de Villalobos -que lo era de Pedro Sarmiento de Gamboa, el futuro gobernador del estrecho- salió del cabo de Santa Lucía, en el Pacífico y navegó al sur, alcanzando el paralelo 56 entre los meridianos 74 y

76, retornándo después al Callao, su puerto de partida. Posteriormente, el almirante Gabriel de Castilla-peruano o español, no está claro- zarpó del Callao a perseguir holandeses y en marzo de 1603 llegó al grado 64 de latitud austral, hazaña que, por ignorancia o desestima, dejaron de cantar los poetas virreinales. Asimismo, en 1606, el portugués Pedro Fernandes de Quiros descubrió en Oceanía la Austrialia del Espíritu Santo-hoy Nuevas Hébridas-y tomó posesión de ella y de todas las tierras meridionales en nombre del virrey del Perú, de quien tenía poder para descubrir hasta "la coronilla del Polo". Finalmente, conforme a los documentos viejos, el tangencial descubrimiento de la Antártida ocurrió en 1599, año en que el buque holandés *Blijde Bootschap (Buenas Nuevas)*, perteneciente a la flotilla de Jacobo Mahu, fue separado de ella por un temporal, derivando hasta los paralelos 61 y 64, y avistando "una tierra alta y montañosa, cubierta de nieve como el país de Noruega", sin duda una de las Orcadas o las Shetland del Sur. El capitán de este barco se llamó Dirck Gherritz y a él pertenece la verdadera gloria del descubrimiento de la Antártida insular.

Retornando a la vida de a bordo, tenemos que a estas alturas del viaje -prescindiendo de la eventualidad del mareo- ya están listos para actuar los programas científicos de la expedición, bajo la dirección de sus respectivos jefes. Los planes de investigación fueron elaborados por el Contralmirante Alfredo Arnáiz Ambrosiani, el Comandante Brousset y el Comandante Vargas Faucheaux, Director Ejecutivo, Jefe de la Expedición y Coordinador Científico de la misma, respectivamente.

De este modo, y con la antelación debida, los planes de investigación fueron entregados a los jefes de programa. Todos los trabajos deberían de cumplirse en el estrecho de Bransfield. Las directivas en síntesis, estaban configuradas así.

Programa de Oceanografía Física: debía determinar la estructura térmica, salinidad y densidad; señalar las corrientes dominantes; y elaborar gráficos de distribución de los parámetros físicos y establecer las correlaciones con las comunidades orgánicas. Era jefe de este programa el Capitán de Fragata Héctor Soldi Soldi, oceanógrafo graduado, siendo los miembros de su equipo de trabajo los ingenieros Octavio Morón Antonio, Víctor Suárez Flores, Benjamín Vera Chamochumbi y Gustavo Laos Cruzado, así como el estudiante Jaime Morán Romero.

Programa de Oceanografía Química: debía determinar la productividad primaria mediante el estudio de la distribución, cuantitativa y cualitativa, de los nutrientes de clorofila y de carbón orgánico; el área de estudio de la distribución y concentración de oxígeno disuelto, salinidad, PH y su relación con la productividad; y proporcionar cartas de distribución de los parámetros determinados.

Detentaba la jefatura de este programa la doctora Ruth Calienes Zamudio, investigando con ella los ingenieros Nelson Lostanau Espinosa y Carmen Conopuma Rivera, también el master Tomás Moreno Beas.

El Programa de Biología: debía descubrir características y modalidades de las comunidades planktónicas y establecer las relaciones entre los diversos parámetros físicos y químicos y las comunidades planktónicas dichas. Era jefe del programa la doctora Olga Gómez Caballero, secundándola los biólogos Mario Peña Gonzales, Soledad Guzmán Cárdenas y Andrés Chipollini Montenegro, el técnico Oscar Lozano Rubio y el estudiante Oscar Villena Figueroa.

El Programa de Acústica: debía proveer estimados absolutos de la biomasa del krill utilizando las lecturas del eco-integrador y las capturas exploratorias determinadas por el campo acústico; y proporcionar cartas correspondientes de distribución geográfica. Jefe de este programa era el ingeniero Ricardo Vílchez Espinoza, laborando con él los también ingenieros Adolfo Gonzales Salas y Nikita Morales Cabrera, así como el Técnico Héctor Casanova Segovia.

El Programa de Magnetismo: debía determinar las anomalías de la intensidad del campo magnético terrestre y proporcionar cartas de tales anomalías. Era el jefe el Ingeniero Geólogo Félix Monge Castillo y los integrantes de su equipo el geofísico Roque Canaviri Mujica, ingeniero Eduardo Pérez Sandoval y Capitanes del Ejército Alfonso Solano Espósito, Walter Jibaja Alcalde y Oscar Mogrovejo Paredes.

El Programa de Meteorología: debía dar información meteorológica de superficie y altura, y describir las condiciomes del estado del tiempo y sus evoluciones, de modo que se pudiera evaluar la incidencia de factores que intervienen en la determinación del clima y brindar la información y pronósticos que se requieren para una navegación como la que efectúa el *Humboldt* . El jefe era el Capitán de Corbeta César del Carmen de la Torre, meteorólogo graduado, y los hombres de su equipo al Capitán de la Fuerza Aérea Peruana Marcial García Blásquez y el bachiller Felipe Huamán Solís.

El Programa de Logística: debía observar y estudiar las costas continentales e insulares del estrecho de Bransfield, para ubicar las mejores y más adecuadas áreas en donde se pudiera instalar una futura Estación Científica Peruana para el estudio de Meteorología, Oceanografía, Hidrología, Biología Marina, Mineralogía, Hidrocarburos y Magnetismo; y visitar bases y estaciones antárticas para adquirir experiencias. Era el jefe de este programa el Teniente Coronel Fernando Sánchez Ayala, ingeniero graduado, y sus colaboradores el Capitán de Ejército Luis Merino Amand, capitán de la Fuerza Aérea José Arispe Giles y el sociólogo Horacio Chicata Blancas.

Como personal de apoyo se nombró al Programador José León Gallegos y al Teniente Primero José Marrou Adrianzén.

Sábado 23 de enero de 1988

Toda la noche hubo bandazos y balance. Se acomodaron los bultos y maletas, se amarraron las sillas, pero aún así varias cosas se soltaron y hubo que volverlas a asegurar. Por otro lado, el mareo sigue haciendo de las suyas. No es que haya tormenta sino que el paso Drake es así de picado. Recuérdese que es el punto de encuentro de los océanos, por eso se mueve así el barco y en consecuencia, aumentan las víctimas del mareo náutico.

Amaneció un horizonte circular, plomizo, con tendencia a ser brumoso. Una gaviota negra-terca, hambrienta o ilusa- nos sigue desde la isla Nueva, confiada en los residuos de cocina que se arrojen al mar. La pobre no sabe que en el océano Antártico está prohibido arrojar desperdicios. Aparte de esta gaviota engañada no hay más signos de vida animal.

En el puente, a pesar del balance, todo marcha perfectamente. Allí está de guardia el Capitán de Corbeta Carlos Reátegui, limeño oriundo de Tarapoto, y lleva su trabajo con rara serenidad. Es lo que se llama un marino de carrera, un hombre feliz con su profesión. Ya estuvo en la Antártida hace tres o cinco años, como invitado de la Armada del Brasil. Sirvió a bordo del *"Barao de Teffé"* y trajo mucha experiencia. El es quien nos dice que hoy por la noche o mañana al amanecer aparecerán los grandes hielos flotantes, que están alertas por ello el radar y el sonar, pero que también hay siempre dos pescadores de turno en los bolsillos del puente para descubrir la presencia de los gigantes blancos a la deriva. Los ojos de estos pescadores son harto seguros y completan la acción de los aparatos. El Comandante Reátegui, sin descuidar los controles, también nos habla de orcas y ballenas, anunciando para mañana la aparición de petreles y golondrinas de mar.

El desayuno se tomó de pie, aunque algunas personas se sentaron en las pocas sillas que lograron desatar. Nos sirvieron panes con jamón y chocolate caliente en vaso: es el desayuno de mar brava, que evita platos y tazas en la mesa.

Después del desayuno volvieron al comedor los oficiales del Ejército, el Teniente de Marina Marrou y el físico Canaviri. Son los hombres destinados a quedarse en tierra en la isla del Rey Jorge. Los preside y dirige el Teniente Coronel Sánchez Ayala, experto en adiestramiento de comandos y de anfibios u hombres-rana así como en supervivencia en los hielos. Vivió más de un año en

la base argentina Esperanza, tiene gran experiencia antártica y a bordo se le conoce como *El Hombre de las Nieves*. El es quien alecciona al grupo y le brinda sus conocimientos, le alcanza equilibrio psicológico y enseña técnicas para la conservación de alimentos. Les habla de los abrigos de roca, del peligro, de las grietas en la nieve y de las precauciones para pernoctar a la interperie. Les dice que no hay que dejarse agredir por la naturaleza, que no hay posibilidad de evacuación. Se trata de bajar, prácticamente, a combatir, y que se tiene que desembarcar con actitud mental positiva.

Volviendo a la rutina de a bordo, el trabajo ha aumentado para muchos de los tripulantes y de modo especial para los mayordomos. Además de habérseles duplicado los turnos del desayuno (7.15 y 7.45 am.) del almuerzo (11.30 am. y 12 m.) y de la comida (17.30 y 18 pm.), los miércoles deben llevar la ropa de los oficiales y científicos a la lavandería, los jueves cambiar las toallas y sábanas de sus camarotes, y los viernes encerar y lustrar los pisos de los pasadizos y escalas interiores, lugares que, también tienen obligación de lavar todos los días, igual que los comedores. Tarea especial es el recambio de ceniceros, porque está ordenado fumar sólo en los comedores, para evitar los incendios, y los científicos gustan de fumar. Pero donde más se esmeran, como siempre, es en la distribución del rancho en los seis turnos dichos, atendiendo siempre las mesas con soltura, buen humor y eficacia. El buen gusto del cocinero y la buena disposición de los mayordomos fueron factores que nunca pudieron pasarse por alto.

Así como se mandó fumar sólo en los comedores, también se indicó que estaba prohibido arrojar -ya se dijo- deshechos orgánicos o inorgánicos al mar, se persigue con ello, evitar la contaminación de las aguas antárticas (según pautas aceptadas internacionalmente) y en ésto el Segundo Comandante fue muy riguroso. El Departamento de Administración corrió con hacer cumplir la ordenanza, colocándose grandes basureros de plástico con tapa en varios puntos del buque, los cuales se vaciaban diariamente, pasando su contenido a la compactadora de la Sala de Procesos, para ser guardado y posteriormente evacuado en su debido tiempo y lugar.

A las diez de la mañana amainó el viento, salió algo de sol y cambió el color de las aguas. El almuerzo fue accidentado. Se comió con el vaso en la mano y tratando de frenar al plato con los codos. Las lumbreras del comedor están cerradas y a través de sus vidrios se aprecia el subir y bajar del mar. Cuando sube se oscurece el comedor y se ven aguas con burbujas, cuando baja irrumpe la luz y todo parece volver a la normalidad.

Por la tarde mejoró el mal tiempo y a las cuatro se ofreció un agasajo al ingeniero Rolf Christian Roeder que este día cumple diez años al servicio del

Perú. Nos reunimos todos en la Cámara de Oficiales. Sólo dejaron de acudir los que estaban de guardia. Allí tomó la palabra el Comandante Amat y León, haciéndolo por los tripulantes el Técnico Víctor Cenepo, y por los científicos el ingeniero Ricardo Vílchez. Centraba la sala una gigantesca torta rectangular escoltada por botellas de vino. Al concluir los parabienes contestó las tres intervenciones el ingeniero Roeder, quien con parquedad germana agradeció muy amablemente a todos los presentes, invitando luego a que se cortara la torta. Y mientras todos lo abrazábamos y él sonreía contento, la torta se fue fraccionando y repartiendo entre brindis de amistad. Una hora después el ingeniero Roeder tornaba a sus quehaceres profesionales y todos a nuestras ocupaciones de rutina.

A las seis y diez de la tarde la niebla hizo su aparición y el *Humboldt* comenzó a hacer sonar su sirena. Navegábamos sin ver más allá de los cincuenta metros. Se temía colisionar con otro barco y por medio de la sirena se le trataba de advertir. Asimismo se temía la proximidad de un gran hielo no detectado y eso también podía traer consecuencias. El buque había sido reforzado en su proa con gruesas planchas metálicas internas, previendo un encuentro de esta índole. En este sentido las seguridades tomadas habían sido las mayores. Pero el *Humboldt* no era un rompe-hielos, tampoco un barco polar. Lo sabíamos y sabiéndolo nos habíamos embarcado en él. Ninguno se arrepentía de haberlo hecho. Pero eso no alejaba el accidente y la presencia de la niebla acrecentaba el riesgo.

Por eso los marinos hubieran preferido una gran tempestad que no una niebla, pero lo que teníamos delante era la gran niebla, no la tempestad. Una niebla densa, impenetrable, encubridora y tenaz. El radar y el sonar funcionaban incesantemente, los vigías pescadores escudriñaban sin cejar. En algún momento tendrían que aparecer los hielos a la deriva. La niebla estaba en su apogeo, cuando a las nueve y cuarenta y cinco cruzamos el paralelo 60, haciendo con ello nuestro ingreso al Círculo Polar Antártico.

El cruce del paralelo 60 significó que nos olvidáramos algo del peligro y nos pusiéramos a pensar, una vez más, en el continente blanco, cuyas ínsulas avistaríamos al siguiente amanecer.

La región llamada Antártida o Antártica, era fruto de la contradicción. Su historia comenzaba con los filósofos griegos de la antigüedad. Thales de Mileto (624-547 a.c.) fue el primero en creer que la tierra era redonda-como lo insinuaba su sombra eclipsal en la luna-, correspondiéndole a su discípulo Anaximandro (610-545 a.c.) dibujar el primer mapa con los tres continentes del Viejo Mundo, a los que ubicó en el hemisferio septentrional. Encima del septentrión, precisamente, estaban Arktos o Artkos, la Osa Mayor, constelación a la que pertenecía la Estrella Polar o Tramontana. La tierra, vista como globo, se dividió exterior

y horizontalmente por la línea equinoccial, e interior y verticalmente por un eje invisible que unía el Polo Norte con el Polo Sur. Crates de Malos (muerto en 145 a.c.), otro filósofo heleno, pensó que en esta forma la esfera no brindaba garantía de equilibrio, pues el peso del hemisferio septentrional era superior al del meridional y, para evitar el volcamiento, imaginó un continente de contrapeso. Por ser opuesto a la región ártica lo llamó anti-Artica, ésto es, Antártica o Antártida. Así nació la Antártida, por un alarde de imaginación.

La hipótesis fue afortunada y sembró la idea de los equilibrios geográficos. Pomponio Mella y Marino de Tiro la aceptaron a su manera, siendo el mas receptivo de todos el afamado Claudio Ptolomeo (siglo II d.c.), quien no sólo ubicó y diseñó el nunca visto continente austral, sino que lo llamó Terra Incógnita, región desconocida y preñada de misterio. Los geógrafos de la Edad Media siguieron a Ptolomeo con servil aceptación, pero con el advenimiento de la Edad Moderna los navegantes portugueses se encargaron de desplazar el mito. Bartolomé Días cruzó la línea equinoccial, siendo el primero en vencerla de norte a sur, y después dobló el cabo Hesperionceras, que llamó Tormentoso y hoy se nombra de Buena Esperanza (1488). Con el hallazgo de este derrotero Vasco de Gama pudo llegar a la India (1498). Como ninguno avistó la Terra Incógnita de Ptolomeo, se concluyó que debería quedar bastante más al meridión.

Correspondió a otro portugués descubrir el estrecho de Todos los Santos. Fue Hernando de Magallanes (1519), quien al navegar el paso que hoy lleva su nombre entendió que la Tierra de Fuego era el misterioso continente ptolemaico. Heredó la idea Pedro Sarmiento de Gamboa, como hemos visto, pero terminó hablando de la región antártica como de una tierra más austral.

La verdad era que si la región ártica era un océano (el Glacial Artico) rodeado de tres continentes (Asia, Europa y América del Norte), la región antártica era un continente (la Antártica o Antártida) rodeada por tres océanos (el Atlántico, el Pacífico y el Indico).

El continente antártico que íbamos a visitar medía 14.000.000 de kilómetros cuadrados, conformando con ellos una superficie igual a la de Estados Unidos y México. Los dos tercios de su perímetro estaban con hielo permanente y en invierno este hielo duplicaba su extensión al congelarse el mar. El mar congelado llegaba hasta el paralelo 70 y la capa de hielo formada sobre él podía tener de dos a seis metros de grosor. Por este motivo se llamaba a la Antártida el Continente Pulsante, pues crecía su superficie helada de marzo a noviembre y decrecía de noviembre a marzo.

Podía añadirse que era el continente más elevado del mundo, llegando a soportar una masa de hielo de 4,800 metros de espesor, promediándose a este

espesor en 2,700 metros. El peso del hielo era tal que había hundido en mucho al continente. Era un hielo de 18,000 años o más, que reconocía su origen en la última glaciación. El hielo antártico constituye el 90% del agua existente en el mundo y se calcula que si algún día se llegara a derretir, los mares del planeta subirían 70 metros el nivel de sus aguas.

La Antártida es el más frío de los continentes. Incluso la región antártica es doce grados más fría que la región ártica. La más baja temperatura antártica fue de 88 grados y se registró en la base rusa de Voxtok en 1960. Esta base está a los 3,400 metros sobre el nivel marino. El frío de los polos se debe a que los rayos del sol les caen oblícuos, lejanos y débiles, mientras en el Ecuador son directos, cercanos y fuertes.

La Antártida, por lo demás, es el lugar más seco de la tierra. Llueve hasta 200 kilómetros tierra adentro, el centro del continente sólo recibe nieve en forma de copos que luego se convierte en hielo y los hielos en glaciares. Puede parecer paradójico, pero la Antártida y el desierto del Sahara son iguales en precipitación pluvial: cinco centímetros cúbicos de agua al año por metro cuadrado.

Las tormentas de nieve son fortísimas. Logran anular la visibilidad. También el cuerpo pierde calor y hay que abrigarlo para evitar su congelamiento. No se puede tener la mano desnuda a la intemperie, pues duele de frío y, precisamente, cuando deja de doler es que ha empezado a congelarse.

El primer peruano que arribó a la Antártida fue el Teniente Primero de la Armada Juan Soria Díaz, quien viajó invitado por la Expedición Chilena de 1962; posteriormente llegaría a Vicealmirante, Comandante General de la Marina y Ministro del Interior. La primera mujer peruana que llegó al continente helado fue Isabel Santillán Rodríguez, natural de Bellavista, en San Martín, quien con ocasión del XXX aniversario del Año Geofísico Internacional, visitó la base chilena Marsh en octubre de 1987.

Domingo 24 de enero de 1988

Ayer cayó el sol a las once y media de la noche y hoy amaneció a las cuatro, en otras palabras, la noche duró menos de cinco horas. Lo positivo fue que al final de ella se desgarró la niebla y se empezó a ver mejor.

Pasadas las cinco y veinte de la madrugada, a una milla y media a babor, el pescador José Fiestas, que iba de vigía, divisó el primer hielo flotante de regular dimensión. Antárticamente hablando fue nuestro bautizo de hielo.

La mañana se anunciaba fría: estábamos a dos grados sobre cero. Una

delegación de gaviotas de la isla Rey Jorge, la más septentrional de las Shetland, nos salió a recibir. La ínsula en cuestión había surgido a la seis y media perfilada en el radar.

En el puente, donde ha estado el Comandante García Escudero toda la noche, han quedado el Segundo Comandante y el Comandante Reátegui, este último como oficial de guardia. También está el Técnico Segundo Fortunato Jiménez, curtido lobo de mar que tiene a su cargo el timón. Mientras tanto, siguen en los bolsillos del puente José Fiestas, a babor, y Lucio Ticca a estribor, ambos pescadores calificados. Estos dos vigías, bien abrigados y cubiertas las cabezas con pasamontañas, escudriñan el horizonte. Pareciera que más confían en su vista que en los prismáticos graduados: ellos miran y descubren, los prismáticos les sirven para verificar. El ojo avisor de ellos evita las "bolas de hielo" que golpearían el casco de la nave. Un hielo grande y azul, de esos que llaman "gruñones", abriría el casco como un abrelatas una lata de sardinas.

A las siete y cincuenta y cinco el vigía Lucio Ticca, avistó dos hielos gigantes que surgieron por la amura de estribor. Estaban quietos como islas y eran blancos, sólidos y altos. Se les calculó treinta metros de altura. Eran tan blancos que parecían hechos de yeso.

Estamos en un mar tres, según la escala de Beaufort. Las olas corren con algo de agresividad. Son olas viajeras o de fondo que se acomodan a las olas de viento, hijas del mar local. La niebla ha desaparecido casi por completo. Aún así el horizonte es brumoso. El radar peina la superficie y, lumínicamente, sigue indicando costas insulares; el sonar rastrea, superficies y profundidades, lanzando todo el tiempo un ruido monótono y quejumbroso que recuerda un gemido de ultratumba. Los marinos no reparan en ésto. El comandante Reátegui está contento por la precisión de los instrumentos y las cartas, lo mismo el Teniente Burgos, Jefe de Ingeniería, y el Teniente Cacho, Jefe de Navegación.

Hay una segunda embajada voladora. Ahora son gaviotas de cuerpo blanco con alas negras, petreles de envergadura mayor y golondrinas de mar, pequeñisimas, que revolotean jugando por debajo de proa.

El movimiento se acentúa porque las nuevas olas se deben a la corriente, pero el viento sopla contrario. Nos apartamos de la isla Rey Jorge pasando entre ella y la isla Elefante, para avistar el estrecho de Bransfield, pasaje marino donde está centrada la investigación antártica del *Humboldt*. El radar muestra nuevos perfiles lumínicos, el sonar insiste en hacernos llegar su quejido lugubrista. La nieve empieza a caer. El cielo sigue cerrado.

A las nueve y veintidós ingresamos a un mar sembrado de hielos flotantes. Los más grandes y lejanos tienen algo de transparencia azulada. Son hielos de

glaciares con siglos de antigüedad. Los pescadores, todos incansables observadores del océano, miran un mar nuevo donde tienen mucho que aprender. Con sus uniformes de color naranja, chaquetón con capucha y pasamontaña, observan. No preguntan, sacan sus propias conclusiones. Están tan absortos en su mirar, que nadie pensaría que van a protagonizar un hecho histórico aquella misma mañana.

Efectivamente, todo se dispuso para que a eso del medio día se efectuase la primera cala de krill. Se hizo al sur oeste de la isla O'Brien, cerca de la isla Elefante.

Corrió la cala a cargo del Comandante Carlos Reátegui, Jefe del Departamento de Cubierta y, por extensión, de las prácticas de pesca. Pero quien la dirigió científicamente fue el ingeniero Ricardo Vílchez, secundado por Adolfo Gonzales y Héctor Casanova, integrantes del Programa de Acústica. Los pescadores calificados participaron todos y fue su patrón Simeón Boulangger. El equipo de pescadores peruanos que tomó parte en la primera captura de krill lo integraron Juan Campos, Mario Aguayo, Lucio Ticca, Martín Pazos, Rolando Romero, José Fiestas y Wilfredo Pazos.

Lo cierto fue que localizada por el ecosonda la mancha de crustáceos, se lanzó la red y luego se dio la orden de sacarla. La red cayó vacía y salió con casi 100 kilos de krill. Entonces se vio al krill como una masa rojiza y goteante, bullente y pletórica de vida, pero poco a poco los crustáceos se dejaron de mover, muriendo la mayor parte por la presión ejercida por ellos mismos. A todo esto nevaba suavemente y cantidad de aves volaban sobre la popa del buque, apeteciendo un festín.

Se sacaron ejemplares para todos. Una gran parte se envió a los laboratorios, otra se llevó al comedor. El krill corrió de mano en mano y los ejemplares que terminaron en el comedor se acomodaron sobre servilletas blancas de papel. Los pescadores se quedaron en la cubierta de popa y no contentos con ver al crustáceo, se lo llevaron crudo a la boca, degustándolo. Concluyeron que tenía la consistencia de un camarón de río, pero más intenso en el "gusto amargo". Se referían al yodo.

En el comedor, a su vez, los animalillos eran observados también empíricamente. Cada comensal tuvo el suyo, y el análisis no pudo ser más directo. Era el krill un crustáceo rojizo, en mucho parecido al camarón fluvial, pero sin tenazas. Tenía el largo de un dedo meñique y la mitad del grosor de éste. Poseía céfalo-tórax y abdómen. La cabeza era diminuta, con ojos protuberantes y negros. Exhibía bigotes y antenas, amén de catorce brazos articulados y flexibles dirigidos hacia delante para captar el fitoplankton, su alimento princi-

pal, y diez pares de patas peludas nacidas del abdómen. El fitoplankton marcaba de color oscuro todo el aparato digestivo, el que se apreciaba a través del cuerpo transparente. Una armadura externa de quitina, cuyas piezas corrían hacia atrás, encubertaba al animal. La espalda era una placa rosada que incluso protegía la cabeza y la cola se doblaba hacia abajo defendida por cinco o seis plaquetas de color rojo intenso; el vientre era verde brillante con partes luminiscentes. El krill muda mucho su corteza quitinosa y se ha llegado a decir que se la come en invierno (cuando la capa de hielo le impide llegar al fitoplankton) o se convierte en caníbal para subsistir. La pigmentación general era rojiza en base a micropuntos, terminando el cuerpo en la ya vista cola abanicada de matiz rojo sangre.

Las manchas, enjambres o cardúmenes contienen millones de especímenes. Se les descubre en verano y en la noche lucen iridiscentes como "luciérnagas de mar". Practican la poligamia de grupo, depositando el macho dos bolsitas de esperma en el oviducto de la hembra. Hecho ésto, el macho se aleja para ir a morir: su misión vital ha terminado. La hembra, a su tiempo, deja caer unos doce mil huevos por vez al fondo del mar. Desde allí asciende cada generación o camada, formando una mancha que puede alcanzar un kilómetro de largo por cien metros de ancho. Es compacta, masiva, visible, y si algo la divide vuelve a constituirse de inmediato, se reunifica y sigue nadando. De este modo se recompone la formación, mostrándose el grupo rojizo, móvil y orientado.

El nombre científico del crustáceo es Euphasia Superba, más no resultaba el único representante de la bio-masa extraída. Había más de doce especies de eufáucidos que iban desde el Euphasia Pacífica hasta el Calanus o pulga de mar. En realidad, había noventa especies de krill en el océano Antártico. Pero en esta ocasión era cuantitativamente mayoritaria la Euphasia Superba que acabamos de describir. En el estómago de una ballena barbada se podían encontrar hasta dos toneladas de krill. Era también el alimento principal de focas, elefantes marinos, leopardos anfibios y pingüinos. En 1982 el hombre extrajo 528,785 toneladas métricas de krill, siendo Rusia la que capturó el 92% con 491,625 toneladas. La siguieron Estados Unidos, Japón, Polonia, Alemania Federal, Inglaterra, Francia, Corea y Chile. Pero su industrialización como alimento no es fácil. Primero hay que cocinarlo o congelarlo, (porque se deteriora en dos horas), luego quitarle la cubierta quitinosa (pues daña el intestino grueso del hombre) y también su abundante proporción de yodo. Recién entonces, ya tratado, se puede ofrecer el krill al público en pequeñas latas para consumo masivo. Es muy rico en proteínas y los saborizantes le logran quitar su gusto amargo. La gente unta el pan con pasta de krill y se pretende que su consumo sea igual o superior al de la mantequilla. Se le quiere convertir en "el futuro alimento de la humanidad", pero existe el gran



Las investigaciones científicas constituyeron la parte medular de la Primera Expedición Peruana a la Antártida.

peligro de la depredación.

Se calcula una existencia de 800 millones a 5 billones de krill, asignándose a cada mancha 5,000 a 100,000 toneladas métricas del crustáceo y 12 kilogramos por metro cúbico; pero los barcos rusos y japoneses atrapan de diez a doce toneladas por hora de labor, trabajan todo el día con ayuda de ecosondas, y asimismo, lo procesan en sus barcos factorías. A este paso el krill se acabará en pocos años.

Mientras ésto se apreciaba en el comedor, en el laboratorio había un hombre que no almorzaba por estudiar el krill recién extraído. Era el profesor Peña Gonzales, científico peruano que acabaría descubriendo en los 100 kilos de crustáceos, una especie nueva de krill antártico.

Por la tarde, a las dos, el comandante Héctor Soldi y su equipo del Programa de Oceanografía Física lanzaron sus botellas Niskin al mar, a través de un cable vertical. Se cumplió así la primera estación oceanográfica en el estrecho de Bransfield que empezábamos a navegar. Los oceanógrafos estaban con sus ropas de frío, pantalón acolchado de hule y casacón de hule forrado y con capucha, pasamontañas de lana y zapatones para el hielo. El atuendo podía parecer exagerado, pero había que combatir el frío porque todos terminaban con las manos mojadas y amoratadas, pues no se podía usar guantes. El frío era fuerte, estábamos a dos grados sobre cero, nevaba generosamente y por todos lados se veían hielos y bandejones.

Con ésto empezó una dura labor que se cumplió puntualmente durante toda la navegación del estrecho de Bransfield. Dispuestos a llevarla a cabo, los integrantes del equipo acudieron a ella en horas del día y de la noche. Allí donde correspondía una estación oceanográfica, el barco se detenía y los oceanógrafos procedían a deslizar sus botellas por el cable. Con las muestras de profundidad graduadas que obtenían, registraban la densidad, opacidad, temperatura y salinidad del estrecho. Todas estas prácticas se hicieron desde el portalón de babor, en la cubierta de popa, y cumplieron con realizarlas los ingenieros Benjamín Vera, Octavio Morón y Víctor Suárez, ayudándolos el estudiante universitario Jaime Morán.

A estas alturas del día aparecieron unos animales en el mar que buceaban a gran velocidad, emergían cada cierto trecho y tornaban a sumergirse: eran los pingüinos. Nadaban como peces, tenían algo de reptiles y bastante de aves. Desde el barco se les veía muy pequeños, motivo por el que los tripulantes comenzaron a llamarlos "pingüinitos". Nadaban paralelamente al buque, otras veces lo cruzaban por la proa, adelantándosele, pero terminaban encaramándose en un bandejón, para mirarnos desde allí con cierta altivez natural. Ataviados con

su frac negro y mostrando su pechera blanca, lucían como los eternos caballeros de la Antártida. Fue nuestro primer contacto con ellos. Creímos que les causábamos temor. Más tarde nos cercioraríamos que, mientras nosotros les hablábamos de usted, ellos nos trataban de tú.

Lunes 25 de enero de 1988

Entre témpanos blancos y hielos azules, nació la aurora y el *Humboldt* siguió navegando al sur-oeste. Estábamos en el estrecho de Bransfield. No había pájaros en el cielo ni en el mar. Este último se mostraba en calmería, parecía espejo azogado. Adelante está la isla Rey Jorge; atrás la península Antártica.

La ínsula es un peñón oscuro y cubierto de nieve orillado por un mar lleno de esos hielos como bandejas, alargados y flotantes, llamados bandejones. El amanecer es frío, la luz escasa, el aire seco. El paisaje que se plasma poco a poco es de una belleza solitaria y silenciosa.

A las siete y cinco el sol rompió la bóveda celeste y alcanzó las nieves de la isla, dándoles una connotación dorada. A bordo hay preparativos para el desembarco. Hoy bajan a tierra los que no lo harán la siguiente vez. La lista nos sacará de dudas. Esto está claro, nadie lo discute.

A la una y veinte viramos a estribor, doblamos el cabo Vaureal e ingresamos a la bahía del Almirantazgo. Lo hacemos entre hielos altos y hielos bajos. Pronto se descubre a la paloma antártica, blanca, grácil, voladora. Sobre algunos bandejones dormitan focas negras y leonadas. Las palomas son curiosas, aleteantes; las focas, quietas e indolentes.

Se almorzó con impaciencia, luego se leyó la lista de los primeros peruanos que desembarcarían en la Antártida. Para mayor claridad se puso la lista en la vitrina a la entrada del comedor. La reacción es disímil. Unos se alegran y parten a sus camarotes a ponerse el traje de frío, otros se entristecen y se quedan donde están.

En breve regresan los primeros con su mameluco de hule azul acolchado y que cubre también el pecho y la espalda, casacón igualmente de hule azul con forro y capucha adicional, botas para el hielo, chompa negra de lana y pasamontañas recogido para usarse como gorro. A todo ésto se añaden los anteojos de lentes oscuros, destinados a evitar que la blancura de la nieve y los rayos del sol causen una conjuntivitis polar, con quemadura de la retina y ceguera.

Mientras tanto se han preparado los dos botes inflables con motor fuera de

borda, los zodiac, que se han bajado por la rampa de popa. Se trata del *Inca I* con José Castillo Mori por patrón o timonel, y Juan Campos Bonilla por proel o pichero, y del *Inca II*, con su patrón Luis Gutiérrez Aguilar y Rolando Romero Rodríguez por el proel o pertiguero. Los cuatro están con sus trajes de agua. Son de caucho ceñido y de color negro. Se trata de bajar a tierra para visitar la base brasileña Capitán de Fragata Luis Antonio de Carvalho Ferraz, fundada en 1984 y que alberga a veintisiete personas. La base Ferraz se ve desde el buque y está hecha de contenedores ensamblados de metal y pintados de verde.

La gente se embarca en los zodiac por el portalón de babor. Al atuendo antártico se ha añadido, por orden superior, el chaleco salvavidas de color rojo-naranja. Se ve bien a los hombres bajando lentamente por la escala revestidos con el rojo y el azul, mientras el viento pretende arrancarles el gorro negro, en realidad el pasamontañas. Suben a los zodiac, se sientan en el piso, frente a frente y dando la espalda a la borda. Se quedan quietos, pues moverse es molestar a los demás. En el *Inca I* sube el Comandante Brousset, Jefe de la Expedición, con los Comandantes Vargas, Soldi y del Carmen, el oficial brasileño compañero de viaje y tres o cuatro científicos; en el *Inca II*, que va al mando del Teniente Coronel Sánchez Ayala, viajan otros científicos con el fotógrafo Jorge Seoane Morla, cargado de cámaras e implementos profesionales, y el camarógrafo Miguel Silva Pellegrin, portando su pesada filmadora. Allí también voy yo, el cronista.

Parten los zodiac y empieza un movimiento nuevo, grande o pequeño, según las circunstancias, acompañado del rugir del motor. Los dos zodiac avanzan por la bahía llena de hielos. Los hombres viajan agazapados en el suelo, los patrones sentados a popa, los proeles de pie en la proa haciendo equilibrio con ambas piernas, la mano izquierda detras del cinto y la derecha enarbolando la pértiga. Las embarcaciones se mueven, zigzaguean, no pueden viajar en línea recta, tienen que ir sorteando los hielos sobreaguados que puedan cortar las paredes inflables o herir la hélice. Otro trabajo de los patrones es eludir los bandejones. Estos bandejones, en varios casos, poseen focas durmientes que no se inmutan con nuestra presencia y se limitan a abrir los ojos cuando pasamos cerca.

Los pingüinos, de pie sobre otros hielos planos, parecen rendirnos honores castrenses en posición de atención. Las gaviotas son las únicas que se alborotan y nos sobrevuelan en desorden.

La tierra se va acercando. Hay playas pedregosas, promontorios oscuros, montañas de duro perfil. Ya se ven a los hombres de la base. Nos hacen señas, quieren indicarnos el mejor lugar para desembarcar. A las tres y cuarenta y cinco de la tarde pusimos el pie en la isla. Sentimos crujir la arena húmeda y gruesa

bajo nuestras botas. ¡Estábamos en la Antártida representando al Perú !

Antes que nosotros llegó el Comandante Brousset y sus compañeros de embarcación. Ello representó, oficialmente, que los derechos de nuestro país comenzaban a ser efectivos. Salieron a recibirlo varios brasileños de la base, presididos por su jefe el Capitán de Corbeta Antonio José Gomes Queiroz. Hay saludos de bienvenida y apretones de mano. Se unen al grupo los peruanos de la segunda balsilla, luego nos invitan a todos a pasar al interior de la base para combatir el frío con una taza de café, tambien nos ofrecen galletas y trozos de pastel. Aqui empieza Jorge Seoane a desenfundar nuevas cámaras, prosiguiendo así su indesmayable toma de fotografías antárticas. Los brasileños son muy amables. El Comandante Gomdim Yuacaba se siente anfitrión y el Comandante Reátegui, a su vez, se suelta y empieza a "falar" portugués con alegría. Algo después, en otro viaje de los zodiac, arribaron las doctoras Olga Gómez Caballero y Ruth Calienes Zamudio, convirtiéndose así en la segunda y tercera mujeres peruanas que hollaron la tierra antártica.

La base parece ser bastante completa. Posee dos embarcaciones grandes inflables, lanchas, una chata de metal, dos niveladoras y un pequeño camión. Pero es dentro de los módulos ensamblados e intercomunicados donde están las salas de estar, el comedor y la cocina, los pañoles de víveres, los depósitos de herramientas, las guarderías de materiales de laboratorio. Es notable el taller de mecánica, así mismo, los observatorios y lugares de estudio. Estos últimos, que nos los hicieron visitar al final, estan muy bien instalados y poseen instrumentos de la mas alta precisión. Los científicos pasan aquí largas temporadas invernales y se abocan, principalmente, a estudiar temas concernientes a la bahía del Almirantazgo. Los brasileños son atentos, nos quieren explicar todo, pero les entendemos con dificultad. Casi llegamos a la conclusión que la lengua lusitana es más comprensible cuando se lee que cuando se escucha.

En las proximidades están los restos de una antigua base inglesa abandonada. Se conservan de ella algunas habitaciones con escasos muebles y una pequeña biblioteca con varios libros, naturalmente en inglés. Sobre esta base británica, en lo alto del cerro, hay cuatro cruces que señalan las tumbas de otros tantos ingleses allí enterrados. La base viva de los brasileños y la base momificada de los europeos hoy integran un solo conjunto, destacando los contenedores verdes en la playa de piedras con capas de nieve.

Aquí aprendimos a distinguir las bases de los refugios. Son éstos contenedores, apartados de la base, los encargados de guardar alimento, abrigo, medicinas y herramientas para todo un año. Se trata de depósitos aislados para situaciones de emergencia, los mismos que deben ayudar a subsistir en el

invierno a los hombres de una base en caso de avalancha, incendio u otro tipo de siniestro. Los refugios no se tocan sin necesidad, son sagrados. De su intocable condición depende la vida de los sobrevivientes en una emergencia.

Salimos a caminar. Lo hacemos por la playa, hacia el noroeste, teniendo a nuestra izquierda la bahía del Almirantazgo. Delante van el Comandante Brousset y el Teniente Coronel Sánchez Ayala. Los siguen los Comandantes Vargas, Soldi, y del Carmen, el fotógrafo Seoane y el autor de estas líneas.

Se marcha en procura de un sitio para la instalación de la futura base peruana que se nominará Machu Picchu. La Antártida es de todos y de nadie, la base peruana se puede emplazar en cualquier lugar. La progresión se hace por la playa cubierta de nieve, frente a un mar de hielos flotantes. Se avanza con paso seguro en medio de amenas conversaciones. Con Seoane nos quedamos algo atrás escuchando al Comandante Soldi, que es un hombre muy culto y versado en la Antártida, continente que conoció integrando una expedición australiana. De repente oímos voces. Son del Comandante Brousset que llama a Seoane para enseñarle algo. Lo que parecían ser cinco piedras negruzcas en la nieve, eran en realidad, otras tantas focas dormidas, una de las cuales, el macho, empieza a desperezarse con lentitud. El animal se percata de nuestra presencia, pero no se inmuta. Fija su vista en el fotógrafo que se le acerca y recién entonces lanza un rugido amenazador. Seoane no se arredra, arremete con su cámara y quiere robarle el realismo salvaje al momento, pero las focas hembras se despiertan y dos de ellas huyen al mar. Lo hacen con torpeza y dificultad, arrastrándose sobre la nieve y dejando un surco por huella. No reptan, se arrastran pero lo hacen con tal pesadez que tardan en alcanzar el agua. Eso sí, puestas en ella pueden competir con los peces. Nos detenemos todos para no asustar a las hembras que quedan y tampoco alterar al macho. Al conocer nuestras pacíficas intenciones él se tranquiliza y se vuelve jugetón. Esconde la cabeza, no se deja retratar, cuando se desanima el fotógrafo nos vuelve a mirar y pretende asustarnos abriendo su boca grande, mostrando la dentadura y lanzando otro bramido. Pero como no lo agredimos ni nos prestamos al juego, termina cerrando las mandíbulas, hundiendo la inferior en la nieve y fingiendo que duerme profundamente como respuesta al desaire. Las dos hembras siguen su ejemplo y se duermen de verdad, confiadas en la seguridad que les brinda su amo y señor. Cuando después de reiniciar la marcha volvemos la cabeza, los animales, dormidos todos, vuelven a parecernos tres rocas oscuras rodeadas de nieve. Es lo que podríamos llamar mimetismo por contraste.

Mientras los demás avanzan en pos de su objetivo, yo me retraso para observar un grupo de pingüinos barbijos, de esos que también llaman antárticos.

Agilísimos en el agua, en tierra caminan con dificultad, inseguros, tambaleándose. Cuando se detienen mueven sus aletas como si saludaran alegres, emitiendo algunos un grito que recuerda el croar de las ranas. Todos tienen una raya negra debajo del pico, la cual les corre hasta el cuello dando la impresión de que se trata de un barboquejo.

Mas adelante hay otros pingüinos. Son los llamados papúa. Tienen el pico y las patas color naranja. Barbijos y papúas lucen lindo plumón delantero, ordenado de arriba hacia abajo, esto es, en el sentido del agua cuando el animal nada. El plumón blanco es nacarado, las plumas negras del lomo, azabachadas. Estas plumas tienen algo de córneas, siendo más duras las que recubren las aletas. Al respecto subsiste una discusión. Unos dicen que los pingüinos son aves atrofiadas, otros que son reptiles camino de pájaros. Es probable que más razón tenga la primera tesis, pero tampoco pasan inadvertidas ciertas notas reptiloides que se evidencian cuando el animal corre sobre sus cuatro extremidades. Lo cierto es que, ave disminuida o reptil evolucionado, el pingüino sigue siendo el animal más representativo del continente blanco. Lo que sí consta es, sin ascender demasiado por el árbol genealógico pingüinal, que el abuelo de los pingüinos actuales fue el ornitropo, pingüino fósil del alto de un hombre, que pesó 113 kilos y vivió en el era terciaria.

Impresiona descubrir a estas alturas, la cantidad de osamentas de ballenas diseminadas por la playa. Cráneos gigantescos, vértebras macizas y costillares largos son los huesos más frecuentes. Su presencia nos hace reflexionar que los gigantes también mueren. No está claro si los cetáceos iban allí a morir o ya muertos los sacaban a la playa los balleneros para destazarlos. De todo modos, repito, impresiona ver a tanto coloso vencido.

En la vastedad de la playa se descubre muchas piedras fracturadas, obra del frío y del hielo invernales. Hay piedras quebradas en quince trozos, aunque lo común es que lo estén en dos o tres. No hay cantos rodados ni aluviónicos. Sí hay piedras blancas, verdes y negras, también rojas que recuerdan carne cruda fresca recién cortada. Ninguna piedra es hermosa. Cuando mucho son raras sin alcanzar la categoría de exóticas.

La tierra, siempre pedregosa, es pobre en nitrógeno y en sustancias minerales nutritivas. Por este motivo y también por el clima frío, la flora antártica visible es raquítica, escasa y engañosa. Se dan más de 150 especies de algas, muchas de ellas verdes y rojas; una hierba que pareciera ser pariente del ichu andino; líquenes ramificados que, se dice son los seres vivientes más antiguos del globo; y musgos ocres, verdes o negros que forman breves superficies aterciopeladas. En la península Antártica se han descubierto dos fanerógamas, pero se

sospecha que son oriundas de América. En todo el continente blanco no se da un fruto ni una flor. Los líquenes son los vegetales más altos y no pasan de los doce centímetros. Sin embargo, en ese mundo aparentemente negado para las plantas y junto a estos misérrimos ejemplares botánicos, vive la flora más rica del globo: el fitoplanckton del mar.

A nuestro regreso, que lo hicimos individualmente, el frío y la soledad nos llevan a pensar sobre si alguna vez hubo en la Antártida un *optimun climático*. Si aquellas playas de piedras quebradas y aquellos cerros con nieves glaciales hubieran sido alguna vez lugares de fauna y vegetación importantes. Y si así fue, cómo deberíamos imaginar ese paisaje que acaso habitaron también unos hombres primitivos procedentes de Australia, como quiere el portugués Mendes Correia. Tales hombres, los australoides paleolíticos, habrían viajado a través de Tasmania y varias islas (las Auckland, Mac Quarie, Esmeralda, Adella, Campbell, Beleny) hasta arribar a las costas antárticas del mar de Bellingshausen y pasar a América por la Tierra de Graham... ¿Serían los onas, yaghanes y alakalufes, también los teues y los con, sus remotos descendientes? ¿Acaso fueron asimismo sus nietos los aush patagónicos que afirmaban provenir de varias islas y haber recorrido en su tránsito el "país de los hielos"? ¿Eran estos últimos los gigantes que encontraron en las vecindades del estrecho, Magallanes y Sarmiento de Gamboa? Todos tenían a su favor la resistencia al frío -superior a la de los esquimales y siberianos-, pero también la similitud de cráneos y de grupos sanguíneos, los ritos de iniciación, las pinturas rupestres de la cueva de Gualicho, los zumbadores de piedra y noventa y tres palabras correspondientes, siendo curioso el añadir, como apuntaba Paul Rivet, que, a falta de canguro, el presunto australiano prehistórico bautizó en América con un nombre parecido, al puma y al lobo marino, los animales más grandes que encontró. Y todo ésto sin olvidar los mantos de piel, las chozas en forma de colmena, el trenzado en espiral, las barcas hechas con trozos de corteza cosidos entre sí, las armas bumerangoides, el hacha de piedra insertada en el ojo de un bastón flexible y la enigmática "cruz de hilo" que llegó hasta la costa del Perú.

Había que imaginar a esos viajeros primigenios cazando aves y lobos de mar para comer, bebiendo apoyados en sus cuatro extremidades, y cubriéndose con pieles de pinnípedo. Yo estaba ahora en la Antártida y me exigía a mi mismo una respuesta. ¿Habría servido la Antártida de continente-puente entre Australia y América del Sur? Nunca había podido responder a esta fascinante tésis, pero ahora más que nunca me tentaba su posibilidad. Yo no afirmaba, dudaba, pero al dudar concedía.

Pensando éstas y otras cosas, caminando entre pingüinos erguidos y focas

tumbadas, llegué a las proximidades de la base Ferraz. Hacía seis horas que caminaba. Durante todo este tiempo sólo había hecho mirar, anotar y pensar. Estaba cansado y con las manos amoratadas de frío. Pero debo de reconocer que en la intimidad me sentía satisfecho, alegre, realizado. Mi primer día en la Antártida, aunque no en el propio continente, había sido harto aleccionador.

A las nueve todavía era de día. Un día brumoso y plomizo, con harto frío, también alguna llovizna que pronto se convirtió en granizar. El viento se dejó sentir y el mar se comenzó a encrespar. Los zodiac vinieron desde el *Humboldt*. Ya habían llevado al buque a todos los demás, nosotros éramos los últimos por recoger.

Los de las embarcaciones nos preguntaron de lejos por el Comandante Brousset y sus compañeros, se les contestó que seguían bastante al norte. Partieron entonces los zodiac en su busca pero, a pesar de haberlos encontrado, no los pudieron embarcar por ser las playas pedregosas y estar su mar lleno de hielos cortantes. Como si todo fuera poco, el mar se había puesto picado.

Regresaron los zodiac al embarcadero de la base Ferraz y allí llegó más tarde el comandante Brousset y su gente. Subimos a las balsillas infladas y partimos rumbo al *Humboldt*. Entumidos como estábamos por el frío, tuvimos todavía que soportar que el agua del mar nos agrediera, pues a cada rato invadía la embarcación nuestra y terminaba mojándonos inmisericorde, también salpicándonos la cara. Jorge Seoane defendía sus cámaras fotográficas y todos lo defendíamos a él, pero el mar nos seguía mojando sin tregua, su braveza no tenía traza de ceder. El patrón eludía los bandejones y cuidaba la hélice, el proel empujaba los hielos con la pértiga y daba voces de alerta al patrón. En estas condiciones llegamos junto al *Humboldt* y, en riguroso orden, fuimos encaramándonos a la escala del buque.

Estábamos empapados, los ojos enrojecidos, la boca con sabor a sal. Al subir a la cubierta ví el cielo en pleno crepúsculo vespertino, la isla teñida de azul pizarra y el mar cuajado de hielos. La luz, el paisaje, el frío, nunca los podré olvidar. Lo cierto es que entramos, nos cambiamos, tomamos un chocolate caliente y muchos se fueron a dormir. Los pocos que se quedaron en el comedor estaban sumamente contentos y yo- aunque no lo confesé- especialmente satisfecho, porque había pisado el último continente que me faltaba conocer, esa Terra Incógnita Austral que intuyera Crates el estoico y señalara desde su gabinete egipcíaco el gran sabio Ptolomeo.

Martes 26 de enero de 1988

A las seis de la mañana partieron del buque el Teniente Coronel Sánchez Ayala y los cinco hombres designados para quedarse trece días en la isla Rey Jorge . Partieron en la ballenera, con sus equipos, instrumentos, provisiones y medicinas. Entre otras cosas deben estudiar todo lo concerniente el emplazamiento de la futura base antártica peruana. El lugar del campamento -que si resulta positivo puede ser el de la base- fue elegido ayer por el Comandante Brousset y el Teniente Coronel Sánchez Ayala, pero a los cinco hombres designados cabe la responsabilidad de comprobar si el lugar elegido en la ensenada Mackaller es óptimo para asentar allí la futura base Machu Picchu.

Son ellos los Capitanes del Ejército Alfonso Solano Espósito, de Caballería, Walter Jibaja Alcalde, de Artillería, y Oscar Mogrovejo Peredes, de Comunicaciones, el Teniente Primero de la Armada José Marrou Adrianzén y el físico Roque Canaviri Mujica.

El resto de la mañana la gente se ocupó en aprestar el desembarco de la piedra que se trae desde el Callao con una placa que expresa:

PRIMERA EXPEDICION CIENTIFICA PERUANA

ENERO - FEBRERO 1988

EXPEDICION REALIZADA A BORDO DEL BIC HUMBOLDT DURANTE EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA DEL PERU DR. ALAN GARCIA PEREZ

"Las piedras no ofenden;
nada codician, tan sólo piden
amor a todos y piden
amor aún a la nada".

César Vallejo
Poeta de la Raza

A las once de la mañana bajó a tierra el Comandante Brousset y el grueso

de la gente. A bordo sólo quedaron los comandantes del buque , los oficiales y tripulantes de guardia. Como siempre, se viajó en los zodiac. El campamento estaba ya instalado en la parte alta, a unos 300 metros de la playa. Constaba de cinco carpas rojas individuales, una carpa mayor para depósito y otra, también grande, para cocina-comedor.

El sitio era hermoso. Estaba junto a una colina nevada que caía sobre el mar y bajo un picacho negro, rocoso, volcánico. En los alrededores del campamento brotaban líquenes enanos, más abajo musgos aterciopelados, y en la playa algas verdes, negras y coloradas. A la diestra del campamento se abría una playuela con ocho focas durmientes y una pequeña colonia de pingüinos reales, en viaje a las Georgia del Sur; y a la izquierda, en otra playa con piedras y nieve, se abría el más grande cementerio de ballenas que me ha sido dado conocer.

Sin embargo, lo más impresionante de todo era la ensenada Mackaller que teníamos delante, iluminada por el sol. Era una sinfonía en azul: un mar turquesa con tempanillos a la deriva y como cortina de fondo una imponente barrera de hielo de más de un kilómetro de largo por cincuenta metros de altura. Era una mole blanqui-azul, con grietas de color celeste y cuevas de azul de prusia. Se asentaba esta barrera sobre la playa terrosa, pero desde hacía siglos o milenios su hielo avanzaba hacia el mar, de arriba a abajo, de atrás a delante, de oeste a este, pero siempre hacia la ensenada, en forma constante e imperceptible. No lo hacía tan lentamente porque de cuando en vez los derrumbes sonaban como explosiones, y era que el hielo se desprendía y caía al mar. Entonces éste se agitaba, danzaban los bandejones, se depertaban las focas, se detenían atentos los pingüinos y las gaviotas partían a volar... Medio minuto después todo volvía a quedar quieto, inmutable, envuelto en un silencio que parecía indicar: aquí no ha pasado nada.

A las dos de la tarde se repartieron los almuerzos. Fueron raciones de combate del Ejército Peruano. Luego de comer, nos dispusimos a esperar la llegada del *Humboldt* a la ensenada. El barco se presentó hermoso con su casco rojo-naranja avanzando entre hielos. Ingresó lento, echó el ancla y algo después se desprendió de su costado la ballenera que se dirigió a tierra portando la piedra con la placa de bronce.

La gente entiende que hay que trabajar. Deja su descanso y se dirige a la playa en medio de la protesta de los skúas, pajarracos carniceros que vuelan en desorden, lanzan graznidos y atacan a los hombres que, sin querer, se aproximan a sus nidos con polluelos. Los agredidos se defienden con los brazos o agitando ropa por lo alto, pero las aves se dirigen a la cabeza, directamente a los ojos. El problema se supera y todos llegan a la playa.

La ballenera se acerca, fondea. Con gran trabajo se pasa la piedra a un zodiac gracias a un castillete de hierro centrado por una polea. Se lleva el castillete a la playa, pero se le emplaza a tres metros de ella, en el agua pero con piso de arena. En medio de grandes esfuerzos y meritorias maniobras se saca la piedra de la embarcación y se deposita en tierra. Se trata ahora de subirla por la pendiente, hasta el campamento, un trecho de trescientos metros, pero no hay forma de moverla. Fracasa la marcha procesional, igualmente la técnica de deslizarla a lo largo de tubos o hacerla avanzar con rodillos. Entonces algo se despierta en todos, nietos de Incas, y empezamos a tirar cuesta arriba con un cabo grueso y resistente. Se tira fuerte y se avanza poco, pero alguien descubre que poniendo tablas en el suelo se progresa más, y sobre estos rieles de madera se reanuda la tracción.

El Comandante Soldi toma el mando de la operación y gritando aquello de: listos, izar... !iza! -primero la voz preventiva y luego la ejecutiva- la piedra inicia con éxito un regular asunción. Son treinta hombres los que tiran de la soga y sus siluetas destacan contra el glaciar iluminado por el sol. Aflora el espíritu andino. Todos tiran de la cuerda, todos siguen una voz, la pendiente es superada, los obstáculos vencidos. Y al conjuro de la orden: listos, izar... !iza!, los hombres se crecen, la piedra se achica y la placa termina brillando a doscientos metros de la playa y a ochenta sobre el nivel del mar. Cuando llega a la cima el Comandante Brousset no puede con su entusiasmo y grita victorioso: !Viva el Perú!. Y las gargantas secas de esos peruanos sudorosos, contestan enronquecidos: !Viva!. Y las voces resuenan en la soledad de la ensenada, perdurando su eco como réplicas disminuídas en el silencio polar.

Son las siete de la tarde. Cinco horas ha costado el esfuerzo de subir la piedra al campamento. Se la coloca con su bronce en un pedestal expresamente construído y nos preparamos para enarbolar el Pabellón bicolor en el asta. Todos formamos, juntamos los talones, saludamos castrensemente y cantamos el Himno Nacional. La verdad es que nos sobraba conciencia histórica y antártica. Era la primera vez que allí se izaba el Pabellón peruano, era la primera vez que allí se cantaba el Himno patrio y eramos los primeros peruanos que habíamos protagonizado aquello. La Antártida, el continente blanco, había conocido el primer brote de peruanidad.

Pasado el momento solemne, punto importante de nuestra misión, nos abrazamos alborozados; en ese escenario de nieve pusimos el calor patriótico de peruanos. Brindamos con gaseosas por la patria lejana y querida. Cuando se calmaron los ánimos, estando ya sentados a la sombra del pabellón flameante, algunos de los tripulantes se apartaron y se dirigieron a la nieve que estaba en la

falda de la montaña. Eran en su mayoría gente de sierra y la presencia de la nieve les había despertado ensueños de adolescencia. Se pusieron frente a frente, se miraron con afán competitivo, y haciendo bolas de nieve empezaron una veloz guerra blanca que a todos los testigos hizo reir. Volaban los copos, zumbaba la nieve, hería los rostros, blanqueaba la faz...Era una verdadera batalla. Se dio en tierra pero no fue campal, se dio entre mareantes pero no fue naval, se dio entre amigos y fue una batalla amical.

El día llegó a su fin. El sol está por ponerse, los hielos se tornan rojizos, y el cielo se tiñe de azul crepuscular. Los skúas hacen sus últimos vuelos, están aliviados al vernos partir. Los pingüinos nos miran impávidos, las focas siguen durmiendo. Subimos a las embarcaciones y, siempre entre hielos, emprendemos el regreso al *Humboldt* . El día fue largo, exhaustivo, pero ha valido la pena el vivirlo. Adelante, cada vez más perfilada su mole, el barco espera; atrás, con su escolta de cinco hombres, ondea el Pabellón peruano en el anochecer quieto y glacial.

Miércoles 27 de enero de 1988

Zarpamos a la ocho y media de la mañana precedidos de un toque de sirena. Se estremeció la bahía del Almirantazgo y el buque comenzó a deslizarse entre los hielos. Atrás quedaba el barco científico *"Profesor W. Bernard"*, del Instituto Oceanográfico de la Universidad de Sao Paulo, que llegó al amanecer a la base Ferraz; a la salida de la bahía nos cruzamos con el *"Polar Duke"* , buque científico norteamericano, con el que hubo intercambio de algunos materiales. Luego de ésto nos adentramos en el estrecho de Bransfield por la ruta del suroeste.

Se aprecian muchos témpanos a la distancia, pero se calcula que conforme se avanza son cada vez más grandes. También se dejan ver a estribor varias islas del archipiélago de las Shetland. Así pasamos frente a la Nelson, la Robert, la Greenwich y la Livingston, hallándonos a la cuatro y treinta y cinco de la tarde frente a la isla Decepción, en realidad un volcán apagado cuyo cráter se ha trocado en bahía. Más tarde se pasará, por el lado de babor, frente a la isla Brabante y se llegará a la isla Amberes, en cuyo extremo sur occidental está la base norteamericana de Palmer, la que visitaremos mañana al atardecer.

Lo notable en esta parte del estrecho de Bransfield son los hielos gigantes, todos a la deriva, que se ven a ambas bandas. Los hay en forma de cilindros horizontales, cubos a medio hundir, pirámides escalonadas y las famosas "tortas

de novia", que parecen listas para ser cortadas y servidas. Todas flotan con pesadez, casi con solemnidad, pero hay otros casos que pecan de finos y sobresalen del agua como agujas agudas, puntas de lanza y tridentes de Neptuno.

La dimensión de los hielos flotantes de hoy no tiene comparación con la de los témpanos de días anteriores. Son hielos mayores que la Plaza de Armas de Lima y más altos que la catedral capitalina. Son tan grandes que parecen islas blancas, que viajan con elegancia y gravedad. Por excepción se dan hielos más pequeños, verdaderos tempanillos a la deriva.

Otra novedad de esta tarde fueron las ballenas. Aparecieron lejanas, jugueteando entre los hielos. No se apreciaron bien, pero sirvieron para volver a ver a los cetáceos, grandes ausentes desde el golfo de Penas. Su presencia, aunque lejana sirvió para indagar sobre ellas y su acuático vivir. Detenernos algo en esto creo que valdría la pena.

La ballena, el animal más grande que ha conocido el hombre, es el monstruo que Plinio llamó Physister y los medievales reprodujeron profusamente en sus mapas. La zoología moderna le ha brindado un sitial definitivo ubicándola en el sub-reino de los metazoos, tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los placentarios, orden de los cetáceos y familia de los balénidos.

Tiene el cuerpo pisciforme, por lo que carece de cuello, sus extremidades anteriores se han convertido en aletas y las posteriores han desaparecido, posee la piel desnuda, áspera, rugosa, y la cola -al revés que en los peces- es horizontal y de gran efecto destructor fuera del agua.

Su respiración pulmonar le permite inmersiones de veinte minutos pero en casos de emergencia puede hacerlas por espacio de dos horas. Consta, asimismo, que puede sumergirse a profundidades superiores a un kilómetro.

Su cabeza es maciza, los ojos pequeños, los oídos pequeñísimos y la boca enorme. Esta boca, precisamente, divide a las ballenas en barbadas y dentadas, vale decir, en misticetas y odontocetas. Las primeras tienen una espesa cortina de barbas flexibles y córneas de hasta tres metros de largo que nace a los lados del paladar y sirve para tamizar el agua que acumula y luego expele, reteniendo entonces los peces, muluscos, crustáceos y medusas de los que se alimenta. Las segundas poseen dientes de muy regular marfil en la mandíbula inferior, los que se insertan en alvéolos vacíos de la mandíbula superior. Sólo algunas pocas ballenas odontocetas tienen dientes en los dos maxilares, pero todas las ballenas barbadas poseen su dentadura atrofiada debido a un proceso regresivo.

No hay mayores noticias sobre su apareamiento. El coito de las ballenas sigue siendo un secreto. La gestación, según la sub-familia, dura entre ocho y doce meses, alumbrando la hembra un solo ballenato por vez y dándole de lactar

poniéndose la madre de costado. Los pezones de ésta, aunque disimulados, quedan en la parte baja y posterior del cuerpo.

Las ballenas son animales solemnes, en veces juguetones y en primavera flirteantes. Inspiran aire saliendo a la superficie en forma total o parcial, comúnmente de este último modo, y lo expelen húmedo y caliente por uno o dos agujeros situados encima de la frente, los cuales se llaman espiráculos y nacen de la cavidad nasal. El chorro de aire saliente en contacto con el clima, se condensa y forma columnas de vapor que de lejos parecen surtidores de agua.

Son animales de sangre roja y caliente. El calor interno lo conserva la gruesa capa de grasa que rodea el cuerpo del animal y forma parte de toda su estructura, incluyendo el esqueleto. Esta grasa es su riqueza y su desgracia, porque ella produce el aceite, materia por la que el hombre ha perseguido despiadadamente al cetáceo hasta casi provocar su extinción.

El volumen de la ballena, por lo demás, es algo tan descomunal que, cuando por accidente o enfermedad ésta es varada en una playa, el peso de su carne, grasa y huesos no la dejan respirar bien y muere antes de tiempo, asfixiada.

Todas las ballenas tienen boca grande, ancha y receptiva. Sin embargo, nunca atacan mordiendo, sino dando furibundos coletazos. Hablando nuevamente de lo nuestro, la conquista española del Tahuantinsuyo pudo haberla decidido el zurriagazo caudal de una ballena. En efecto, yendo dos bergantines por el mar Caribe, les salió al encuentro una ballena que, iracunda, la emprendió a coletazos con una de las embarcaciones y la hundió. La otra pudo retirarse a tiempo y así salvó de morir su capitán. Pocos, pues, son los que hoy saben que este capitán era Francisco Pizarro, natural de Trujillo de Extremadura.

Jueves 28 de enero de 1988

Hoy temprano subí al puente para presenciar la salida del sol. Allí siempre está uno de los tres tigres de mar: los Técnicos Hidrógrafos Fortunato Jiménez y Julián Candela cuando no el Oficial de Segunda Silvino Ravello, especialista en señales. Estos tres son los que, juntos o separados, siempre están allí, a guisa de timoneles, a las directas ordenes del Comandante García Escudero o de quien hace sus veces. Hoy todavía el sol no ha salido, el día está bastante brumoso y -nos explica Ravello- el buque está detenido para que cumplan con otra estación oceanográfica el Comandante Soldi y su equipo. Lo cierto es que tiene que haber una sincronización exacta entre el puente y el portalón. Cuando la operación oceanográfica se cumple, se avisa al puente y se torna a navegar. En esta ocasión,

el mar está en calmería, el silencio es total. Un silencio demasiado grande. Uno especula temerariamente y concluye que algo muy parecido debe ser el mundo de los sordos.

Se reanuda la marcha. Los témpanos siguen grandes y de formas caprichosas, las islas exhiben montañas escarchadas, posiblemente volcánicas.

A estas alturas el cielo comienza a despejarse, pero las nubosidades del verano pueden volverse a presentar en cualquier momento. Podrían ser cirrus, alto-stratus, alto-cúmulos, y nimbo-stratus. La formación más común es el stratus. Los cúmulo-limbos, propios del Cabo de Hornos, no bajan del paralelo 60. Aún así, en los mejores tiempos del verano, es difícil tener un cielo sin nubes las veinticuatro horas del día.

Respecto al viento, otro gran ausente de estos días, suele alcanzar 50 nudos y es más fuerte en los canales y pasos entre las islas. Suele silbar y gemir, pero lo peligroso es cuando brama. Entonces es capaz de arrancar una ballenera colgada en un buque y llevarla muy lejos de éste.

La humedad absoluta, por su parte, es escasa y la relativa cercana al 100% debido a la baja temperatura que mantiene el aire saturado o cercano a la saturación.

La precipitación, por ultimo, es acuosa o en forma de lluvia en la península Antártica, y gélida o en forma de nieve en el archipiélago de las Shetland. En verano es cuando más ocurre todo ésto. Una de la características del clima antártico, precisamente, es la rapidez con que se operan sus cambios. Un mismo día puede tener el mejor sol y luego la peor tempestad.

Luego del almuerzo, conforme seguíamos avanzando hacia el sur, nos acercamos a un horizonte de hielos. Eran hermosos y grandes. Se trataba de los famosos témpanos tabulares: paredes cortadas a pico, verticales, y superficies rasas, horizontales. Estos témpanos se dan sólo en la Antártida, pues proceden de barreras glaciales. Los que veíamos ahora procedían del mar de Bellingshausen y eran tan crecidos que, por su extensión, más de uno podía contener a Barranco o Miraflores. Los hay más grandes, pero esos no los llegamos a ver.

Otros témpanos, no precisamente tabulares, invitaban a dar rienda suelta a la imaginación. Eran hielos esculturales y hasta arquitectónicos. Así vimos, por la banda de babor, témpanos que a la distancia sugerían una moderna ciudad de rascacielos con algunas torres eclesiales y la mole neogótica de una importante catedral. Vinieron luego hielos aproados, puntiagudos, escalonados. Otros parecían castillos medievales, zigurats mesopotámicos o pirámides egipcias, no faltando por allí dos o tres arcos triunfales que nos trasladaron a Roma, una Roma sin columnas, claro está. Era sorprendente lo que "veían" los ojos de la

imaginación con la ayuda de la memoria. Eran témpanos muy blancos, recios, altos, inaccesibles. Fue el conjunto de hielos más sugerente que vimos. Todos eran distintos pero estaban unidos por el común denominador de la elocuencia gélida. Todos decían algo, a veces a la perfección.

Vale la pena añadir que todos los hielos flotantes asoman sólo la sétima parte de su volumen, pues las seis restantes permanecen ocultas bajo el agua. En el Artico se les llama Iceberg (montaña de hielo), pero en el Antártico se prefiere nominarlos Témpanos. Estos hielos a la deriva pueden avanzar, impelidos por el viento y la corriente, hasta dos kilómetros por hora. Otros hielos gigantes encallan y, según la temperatura reinante, duran de dos a diez años. En la Antártida hay frecuentemente témpanos que miden ocho kilómetros de largo y exhiben cuarenta y cinco metros de altura sobre el nivel del mar. El témpano antártico más grande que se conoce se descubrió en 1956, medía 335 por 97 kilómetros y tenía una área de 32,500 kilómetros, lo que lo hace mayor que el reino de Bélgica, que sólo tiene 30,500. A estos hielos gigantes a la deriva, Tomás Unger, en frase feliz, los ha llamado "islas de agua dulce".

Serían las siete de la tarde cuando fondeamos frente a la base Palmer, en la bahía de ese nombre. El ambiente era frío, plomizo, sin sol. La bandera norteamericana ondeaba sobre un conjunto de habitaciones exteriormente pintadas de azul con techo ocre. El buque ancló entre hielos flotantes más altos que él, habiendo también muchos hielos menores atestados de pingüinos.

Media hora después bajamos a la base. Nos salieron a recibir varios científicos y científicas presididos por Rob Robins, el jefe de todos. Se nos hizo pasar el salón de recibo, donde había una estufa encendida, y se nos ofreció té, café, jugo de ciruela y de naranja. La habitación tenía aire acondicionado, mesa y sillas de fina carpintería, refrigeradora y otros muebles funcionales, estando adornadas las paredes con fotografías de ballenas, témpanos descomunales y el antártico sol de media noche. En la parte central de la habitación había una vértebra de ballena bajo un costillar curvado del mismo animal. Todo era funcional, moderno y limpio, destacando en algún ángulo principal el retrato litografiado de Nathaniel B. Palmer, con un facsímil de su firma y otros efectos personales, el cual -para los norteamericanos- es el descubridor de la Antártida.

Seguidamente se nos invitó a pasar a los laboratorios, viveros, invernaderos y otras dependencias. Veintisiete científicos tienen a su cargo todo, apersonándose varios de ellos y mostrándonos sus investigaciones, experimentos, instrumentos y posibles conclusiones. En algún momento se exhibió un pingüino albino, vale decir, totalmente blanco, y por todos lados, peces, estrellas de mar y moluscos sometidos a observación y estudio. La base, hasta donde se

puede apreciar, es científicamente de primera calidad.

Queriendo gozar directamente del paisaje, salí de la base y me dediqué a contemplar los hielos flotantes de la ensenadilla que tenía delante. Sentado permanecí varios minutos, teniendo la suerte de presenciar en este tiempo el volcamiento de un hielo no necesariamente pequeño, volcamiento aparatoso y total, porque la parte de abajo quedó para arriba luego de darse un volantín lenta y casi silenciosamente. En otro momento se oyó un estruendo lejano y el susto de las aves me dio a entender que se había desgajado un gran trozo de glaciar, pero no llegué a ubicar el derrumbe porque un saliente de tierra me lo impidió.

Luego de ésto me puse de pie y empecé a caminar unos cien o doscientos metros. Quería ver más de cerca a los elefantes marinos que dormían en una playuela de piedras. Pronto me percaté de la realidad. Era un grupo formado por un voluminoso macho de nariz flácida y tres hembras de talla la mitad que la de aquel. Todas dormían y el macho -que tendría unos cinco metros de largo- se dedicó a acariciar particularmente a una de ellas, mordiéndole el cuello, abrazándola con la aleta izquierda y golpeándola delicadamente con la cola. Pero esa hembra no despertó o siguió haciéndose la dormida, lo que aprovechó otra, la que estaba a la diestra del macho, para darle a éste coquetos empujoncitos con el cuerpo, haciéndole notar su presencia... El macho no se dio por aludido, todo lo contrario, le volvió la espalda desganado y con sus dedos de la extremidad diestra comenzó a rascarse displicentemente la otra aleta, el pecho y el vientre. La hembra desairada no pudo con su indignación y reaccionó enojada, se despertó entonces celosa la que dormía o fingía dormir, también despertó la tercera y ante la indiferencia del macho se pusieron todas a reñir. El ruido que emitían era una mezcla de gruñido de cerdo, mugido de toro, ladrido de perro y croar de batracio, todo ello mezclado con resoplos y ronquidos. Sólo al final intervino el robusto galán y, lanzando un bramido superior, impuso el orden en el grupo. Entonces fue que las hembras se callaron, se echaron en el suelo y se acomodaron lo mejor que pudieron; el macho apoyó su cabeza en una roca y su flácido hocico quedó colgando en el vacío. Un minuto después todos dormían con indolente facilidad.

El elefante marino o foca elefantina es el más grande y el más feo de los fócidos. Mide hasta 6.50 metros de largo y puede pesar más de 3,000 kilos. A primera vista es grande, pesado y casi amorfo, y en el macho la naríz se alarga en forma de trompa de 40 centímetros, la misma que puede llegar al doble cuando el animal se excita. El elefante de mar es de color negro azulado, gris oscuro, marrón claro o simplemente blanco, aunque esto último no es común.

Ven poco, oyen mal y su olfato es mediocre. Su inteligencia tampoco es

superior y su agresividad sólo se evidencia en la temporada de celo -la época de brama- en que los machos se enfrentan y luchan levantando las cabezas al cielo, irguiendo el cuerpo sobre su vientre y causándose desgarrantes heridas con sus colmillos. Hacen ésto para formar un harén de veinticinco o treinta hembras que, en el caso de un macho joven y robusto, puede llegar a 150. Mientras ellos luchan a empujones y mordiscos en medio de gran brama, las hembras observan quietas y luego siguen sumisamente al vencedor. Esto ocurre en la primavera, por lo general, en las costas americanas o sus islas. La gestación dura 350 días, las crías nacen de unos 125 centímetros y llegan a pesar 45 kilos. La lactancia es de dos meses, tiempo en el que las madres no comen y adelgazan, mientras las crías crecen y engordan. Cumplidos los dos meses emigran con sus madres al mar.

Regresamos al *Humboldt* , cenamos, conversamos y algunos salimos a la cubierta de popa. Serían las diez o más de la noche y faltaba como una hora para que cayera el sol. Miré distraídamente hacia tierra y hubo algo que me llamó la atención. A mitad de una montaña con nieve y procedente de la base Palmer, una persona, diminuta, casi imperceptible, caminaba y trepaba hacia la parte más alta. En la penumbra se le veía con notable claridad: era un punto negro que ascendía en un enorme cerro blanco. Me explicaba que a esa hora alguien regresara a la base, pero no que saliera de ella. Aún así, con la curiosidad insatisfecha, vi llegar a esa persona a la cumbre y luego desaparecer.

Sinceramente, quedé intrigado y, sin posibilidades de saciar mi curiosidad, no me quedó más remedio que retirarme a dormir. Eso sí, antes de cerrar los ojos, busqué leer algo sobre Nathaniel B. Palmer, cuyo nombre llevaba la base en que habíamos estado y al que sus compatriotas consideraban el descubridor de la Antártida. Y lo que saqué en claro es lo siguiente.

Fue Nathaniel B. Palmer (1799-1877), Capitán de Navío originario de Connecticut, el marino que encontrándose cerca de las islas Shetland en 1820, determinó ir al sur en busca de focas peleteras. En el viaje avistó un extenso litoral -presumiblemente la hoy llamada península de Palmer- pero no pudo desembarcar en él por la gran barrera de hielo que se interponía. Regresaba a su país con la convicción de haber descubierto un continente, cuando se topó con Fabián von Bellingshausen (1779-1852), quien comandaba una expedición del Zar de Rusia. Los dos exploradores pudieron conversar y von Bellingshausen dijo a Palmer: "Tenemos que aceptar que ustedes los norteamericanos nos aventajaron". Luego de ésto se despidieron y el comandante de la expedición rusa hizo la hazaña de circunnavegar el continente blanco. Sin embargo, ambos viajes descubridores cayeron por tierra cuando los ingleses afirmaron que ninguno de los dos navegantes fue el primero en ver el continente austral, sino que el explorador británico

Edward Bransfield lo había descubierto diez meses antes que Palmer hubiera intentado avistarlo. Pero los norteamericanos y rusos negaron el hallazgo del inglés y los rusos, además, el de Palmer. Esta es la razón por la que el continente tiene tres descubridores y hasta hoy no se conozca al verdadero Colón de la Antártida.

Viernes 29 de enero de 1988

Amaneció sin sol, pero con más luz que cualquier día nublado. A las nueve de la mañana, conforme a lo programado, se inició, por parte de todos -por sus turnos, claro está- la visita a las pingüineras.

En un zodiac llegamos hasta ellas. Caminamos por una playa pedregosa, de guijarros rotos y afilados, que sobrevolaban treinta o cuarenta skúas hambrientos. Cien metros más allá estaban los pingüinos adelie con sus crías. Estos pingüinos adelie, una de las dieciocho especies de pingüinos, son los más numerosos en la Antártida.

Los adultos de la pingüinera que visitamos serán unos 5,000, no llegan a 80 centímetros de altura, tienen el color negro extendido por la cabeza, el lomo y parte exterior de las aletas, y una gran pechera blanca. Las patas son de un marcado color rosado. Siempre llegan a la pingüinera primero los machos, por lo que proceden a reconstruir el nido familiar que está hecho con guijarros. Monógamos ejemplares, esperan con puntualidad. Luego es que llegan las hembras y reconocen a su pareja del año anterior por esta ubicación nidal. El encuentro es emocionante. El abre las alas cariñoso y mueve la cabeza entusiasmado, ella acude presurosa y hace alardes de ternura, luego ambos erizan las plumas del cuello y de la nuca, logrando el clímax del entendimiento y moviéndose como si danzaran galantemente, señalando al cielo con sus picos. Si otras hembras pretenden al macho, la "esposa" defiende su propiedad a aletazos, haciendo desanimar a las intrusas. Luego es que los dos se dedican a poner cómodo el nido. Se afirma que el mejor regalo que el macho puede hacer a la hembra es un guijarro que pone a los pies de ella con un aire tan solemne como cómico. Por lo general, es hurtado al nido de otro pingüino, pero también proceden de nidos abandonados el año anterior y que no han sido vueltos a ocupar. Lo cierto es que las piedras, que en otras partes del mundo retienen el frío, en estas latitudes sirven para conservar el calor animal, y así los huevos no descansan sobre la nieve sino sobre el tibio lecho de guijarros, si no sobre las patas del pingüino incubador.

Puesto en su nido el pingüino adelie no lo deja en todo el período de la incubación, por muy mal tiempo que haga. En estas circunstancias resisten al viento dándole la espalda, pero en ocaciones sopla éste tan fuerte que barre con toda una colonia de pingüinos o ésta queda sepultada por la nieve.

Lo evidente es que después que la hembra pone dos huevos, el macho toma el primer turno de incubación que dura dos semanas y la hembra se va al mar a comer y refocilarse, pero a los catorce días regresa para reemplazar a su hambriento cónyuge que está ya con las conyunturas endurecidas por no haberse podido mover en todo el tiempo. La hembra toma el segundo turno por otras dos semanas, luego los turnos son más cortos y a los treinta y seis días -a mediados de diciembre- nacen los pingüinitos. Son diminutos, friolentos, asustadizos, los recubre un plumón gris y exiben torpes movimientos. Entonces los turnos por los padres se hacen de veinticuatro horas cada uno, yendo y viniendo al que está fuera del nido para traer alimento del mar y rejurgitarlo en los picos abiertos de los polluelos. Estos tienen tanto hambre que en quince minutos son capaces de devorar el equivalente a su propio peso en alimento. Se dice que los hijos conocen a sus padres por el olor y los sonidos que éstos emiten. Más tarde los pequeños se ponen de pie y por cualquier cosa que los asuste corren a buscar refugio entre los muslos de su padre o madre que está en el nido.

Existe el singular propósito de agrupar a todos estos pequeños en "guarderías" infantiles bajo el celoso cuidado de diez o doce pingüinos adultos, que los protegen de los skúas que están atentos al primero que se desmande para picarle los ojos, cegarlo, y luego comerle los riñones. De este modo los pequeños están como en un colegio, jugando dentro de un espacio limitado, y cuando alguno se escapa y sale de él, no falta el adulto que alcanzándolo con presteza le propina un aletazo debajo de la espalda, regresando el agredido con rapidez de culpable y protegiéndose con sus aletas la parte castigada para no recibir más golpes. Esto, que lo vimos directamente, nos causó mucha gracia.

La pingüinera, por lo demás, es un lugar plomizo, pedregoso, lleno de nidos vacíos y de cascarones rotos, donde predomina un olor penetrante emanado de la deyecciones. La crías hacen poco ruido y, la mayor parte del tiempo, están jugando en silencio. Estos actos lúdicos los cumplen solos o entre dos o tres polluelos, sin que en ningún momento los pierda de vista la "niñera" que los cuida.

Es notable cómo los pingüinos tenían también una "enfermería" donde los polluelos afectados por la fiebre dormitaban semi-conscientes derribados en tierra. Las "enfermeras" los vigilaban, atendían y cuidaban hasta que sanara o murieran, y sólo en este último caso abandonaban los cadáveres. Entonces era

que se avalanzaban los skúas, picoteando al pingüinillo difunto y destrozándolo de tal manera que pronto no quedaban de él sino las patas rosadas unidas por la pelvis. Todo lo demás se lo llevaban o engullían estas aves de rapiña.

Cuando conocimos a los polluelos del pingüino adelie, algunos pocos empezaban a perder el plumón gris del pecho trocándolo por otro blanco. Dicen que cuando todos tienen sus pecheras albas, los padres los llevan a conocer el mar, repitiéndose este rito varios días hasta una última incursión en que, de un empujón sorpresivo, lanzan a sus hijos al agua, los mismos que desesperados y llenos de angustia comienzan instintivamente a nadar. A partir de entonces los padres dejan de alimentarlos.

Los pingüinos, en general, son excelentes nadadores y buceadores. Lo hacen sin ondulaciones, con las patas pegadas al cuerpo y empleándolas como timones, interrumpiendo el buceo para respirar, y nadando así hasta cincuenta kilómetros por hora. Para esta finalidad natatoria y buceadora los pingüinos han logrado características especiales. Ellas son: piel protegida con capas de grasa, plumas impermeables y cortas, aletas con plumas cortísimas y escamosas, huesos sólidos y aplastados, articulaciones soldadas, saquillos oxigenadores en el pescuezo, ojos adaptados a la visibilidad submarina, lengua áspera para atrapar pececillos escurridizos, mandíbulas ágiles y fuertes, y conductos nasales para eliminar la sal.

Al retirarnos de la pingüinera a bordo del zodiac, vimos dos fócidos que nos impresionaron sobremanera. Uno era un lobo de mar grande, negro, solitario y viejo, que se había apartado enfermo para morir en paz.

Estaba en la playa pedregosa rodeado de pingüinos y desconfió mucho de nuestra presencia. Era la senilidad caracterizada. El otro era una foca de Weddell blanca, posaba sobre un hielo flotante y estaba en lo mejor de su juventud. Cuando el zodiac pasó junto al bandejón que le servía de pedestal, se irguió desafiante y nos quedó mirando retadora. Al pasar por delante de ella nos deslumbró su pelaje. Primero lució blanco, casi albino, luego, conforme nos acercamos, con destellos plateados, pero al pasar a tres metros los rayos solares influyeron y los destellos se tornaron dorados, iridiscentes. Todos los que íbamos en el zodiac nos quedamos sin decir palabra. Sólo después que pasó el soberbio espectáculo, se comentó la belleza del ejemplar orificado.

La tarde se pasó en el barco, mientras visitaban la base Palmer quienes no habían tenido oportunidad de hacerlo por la mañana o ayer. Así fue como Soledad Guzmán Cárdenas y Carmen Conopuma Rivera, una temprano y otra por la tarde, pisaron tierra, convirtiéndose en la cuarta y quinta mujeres peruanas, respectivamente, que habían pisado el continente austral.

Mientras estas visitas se efectuaban, desde el *Humboldt* algún científico describía a la isla y a sus vecinas como ricas en orita, pirita, calcopirita, granito, andesita y dirita, lo que hacía a todo este archipiélago prometedor en cobre, plomo, zinc, hierro y molibdeno. El continente, a su vez, parece atesorar petróleo. Se sabe que los rusos han hallado mica, grafito y hierro; los australianos afirman haber uranio, plomo y zinc; maliciándose que la cordillera continental guarda oro, estaño y cobre. De haber riqueza mineral, la hay; el problema es dar con ella, extraerla y transportarla.

Hoy me enteré, casi sin quererlo, que la persona que ví subir la montaña de nieve ayer por la tarde, es una científica que tiene el "hobby" de dormir todas la noches en una cabaña construída en las alturas. Se trata de una mujer que goza con el paisaje, con el silencio y con la soledad, de modo que, pudiendo hacerlo, sube la montaña diariamente y se da al gusto de ser feliz en la Antártida. Espíritu raro, sin lugar a dudas, pero, repito, feliz. Hoy, serían las diez, se le volvió a ver en su peregrinaje blanco.

Al finalizar el día se presenció el más bello atardecer antártico del viaje. A eso de las once y media cayó el sol detrás de tres grandes hielos. Estaba rojo cereza y emitía fulgores ígneos. El cielo morado se desgarró para darle paso y los tres hielos flotantes ocuparon el centro del cuadro. El conjunto hacía un paisaje dantesco. Parecía la puerta del Averno guardada por tres témpanos gigantes que emitían llamaradas al cielo. Recuerdo que a todos nos impresionó el espectáculo y que los pingüinos de las pingüineras -que veíamos a la distancia- parecían absortos, unos pisando las piedras, otros pisando la nieve, pero todos de pie, observando la agonía del astro rey. Verticales, quietos y silenciosos, parecía que lo estaban adorando y que así, estáticos, callados, reverentes, le rendían culto desde una secreta religión polar.

Sábado 30 de enero de 1988

Zarpamos de la bahía de Palmer a las tres de la madrugada, ya con luz solar, y tomamos la ruta del sur-este tratando de bordear la isla de Amberes y tomar el estrecho de Gerlache. Cuando pasamos el estrecho de Bismarck y evitamos la bahía de Flandes, la expedición estuvo en el punto más meridional de su itinerario.

De este modo topamos con la isla Wiencke, avistando su abandonada base inglesa de Lockroy, muy pequeña y construída casi en su totalidad con madera. Bajaron a reconocerla en un zodiac, el Comandante Soldi y los hombres de su



A falta de flora se halló una fauna original y numerosa.

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

equipo. Lo hicieron a las seis y diez de la mañana y regresaron una hora después. Encontraron hasta dos habitaciones de madera con cartas recibidas en 1959 y dejadas allí junto con algunos diarios y revistas de ese año, muebles viejos pero usables, provisones enlatadas y aún en buen estado, libros, cartas de marear, y una vieja estufa de chimenea, de ésas que todavía se ven en los pueblos pescadores de Escocia o Irlanda. El peñón tenía pingüinos mas no fócidos y lo sobrevolaban petreles. No hallaron ni vieron nada más.

Prosiguiendo nuestro viaje, a la diestra, apareció posteriormente el continente antártico. Tenía montañas muy crecidas y en mucho cubiertas de nieve, costas con ínsulas y penínsulas, amén de muchas bahías y ensenadas. Parecía un territorio sin vida, blanqueado por las nieves perpetuas y cubierto por cielo acerado. Impresionaba pensar que ese continente no era así, sino que estaba hundido 500 a 1,000 metros por el peso de los hielos.

A eso de la una de la tarde nos acercamos a él, desembarcando en una antigua estación desierta, también construída de madera. Era la ex-base chilena Presidente González Videla. Presentaba ocho casetas pintadas de rojo quemado, con techos a dos aguas, el asta estaba sin bandera, todos los compartimentos mostraban sus puertas y ventanas clausuradas con tablas clavadas por fuera. En torno a la base había muchas algas, predominando la porphyra roja, pero también abundaban los pingüinos papúa de pico y patas color naranja.

Presididos por el Comandante Brousset marchamos entonces a un cerro nevado que estaba a la vera de un glaciar. Allí nos retratamos con la bandera del Perú. La fotografía fue grupal y su valor histórico muy grande por representar el primer conjunto de peruanos en el continente blanco. Reunidos en torno al Comandante Brousset que aferraba la bandera, Jorge Seoane perpetuó el momento haciendo actuar sucesivamente como a diez de sus magníficas cámaras. Luego vinieron las fotos individuales con la bandera en la mano y las expresiones entusiastas de perennizar el momento con los amigos y compañeros de labor. Hubo fotografías en cantidad. Todos querían poseer una prueba de haber llegado al continente más frío de la tierra.

Pasado ésto recorrimos la pingüinera. Los pingüinos papúa, aparte de lo anotado, presentaban los ojos unidos por una franja blanca a través de su cabeza negra. La hembra pone, por lo general, dos huevos por nidada. El nido es de piedrezuelas cuidadosamente acomodadas y que él y ella -el pingüino y la pingüina- transportan y alcanzan con el pico a modo de sentida ofrenda de amor.

Se ha comprobado que las parejas son monógamas y vitalícias, y que vuelven a utilizar el mismo nido -si les es posible- todos los años.

Cuando visitamos el asentamiento pingüinal, los polluelos eran plomizos,

tenían pocos días de nacidos y se abrigaban introduciendo la cabeza y parte delantera del cuerpo entre las extremidades inferiores de sus madres que seguían de pie en los nidos. Había otros adultos que todavía tenían un huevo incubando sobre sus patas palmípedas de color naranja, defendiéndolo del frío del suelo y procurándole calor con el vientre, advirtiéndose el caso de otra hembra que ya tenía un polluelo y seguía incubando un segundo huevo que de seguro, tampoco daría fruto. Aún así, tanto ella como sus congéneres adultas, seguían verticales en sus nidos, defendiendo a sus crías con el pico cuando alguien acercaba un pie. No atacaban, se defendían, pero pasado el peligro tornaban a su pacífica rigidez. Conmovía apreciar como cumplían con la ley del instinto, ley que les mandaba morir pero no dejar que muriera su prole. Aquí la naturaleza predicaba una vez más, ese atávico designio al que ni siquiera el hombre puede escapar: más quieren los padres a los hijos, que los hijos a los padres. Y, valgan verdades, éste era el gran secreto afectivo que hacía posible la supervivencia de las especies.

Domingo 31 de enero de 1988

Amanecimos en pleno mar y sin presencia de hielos. No obstante, el agua marina sigue fría en grado intenso. Si una persona cayera al mar, moriría de frío en un minuto y medio. Y es que el hombre, ser eminentemente tropical, no está preparado para estas temperaturas bajas, de ahí que la Antártida sea para los humanos la región de la tierra más hostil y peligrosa.

A las diez y media de la mañana, por ser domingo, se llevó a cabo un acto litúrgico en la Cámara de Oficiales, ante una pequeña cruz de acero hecha por los tripulantes con válvulas y piezas desechadas del buque. Se leyó el Evangelio de San Mateo que habla de Jesús caminando sobre las aguas y luego se rezó por el éxito del viaje. Todo el acto se cumplió en quince minutos y fue más que regularmente concurrido.

A las once dictó una charla sobre fotografía Jorge Seoane, la que resultó novedosa e interesante por tratar en mucho a las fotos en la nieve y en el mar. Se le hicieron cantidad de preguntas, que él absolvió con criterio altamente profesional, pues, hoy por hoy, es ya un experto en fotografía antártica.

A estas alturas empieza a tener visible actividad el Capitán de Fragata César Vargas Faucheaux, Coordinador Científico de la Expedición. Centraliza a los programas de investigación y ante él tienen que rendir y presentar su informe todos y cada uno de los científicos. Tacneño, Ingeniero Pesquero y Oceánografo, hizo sus estudios y prácticas de oceanografía en España. Más tarde fue profesor

de oceanografía, por concurso, en la Escuela Naval de Colombia con sede en Cartagena de Indias, y Catedrático en la Universidad Tadeo Lozano, de Bogotá. Se asimiló a la Armada Peruana en 1970 y lleva su coordinación con alegría, algo muy útil en estas soledades frías.

Los que tienen y tendrán que ver con él son los científicos. Peculiares, singulares, su presencia alcanzó verdadera razón de ser a la expedición. Aún así, el balance sobre sus personas es con creces positivo. Su característica principal es el amor por la verdad científica. Investigan a cualquier hora del día o de la noche. Gozan estudiando, investigar es su obsesión. Si se les prohibiera la investigación serían, sencillamente, infelices. Se detienen ante cosas que a otros no suscitan interés y es que con su intuición especializada, ven donde los demás no suelen ver nada. Van de lo conocido a lo desconocido con la ayuda de un método científico. Son prácticos. No pierden el tiempo: lo ahorran, lo organizan y lo alargan.

Se sienten premiados con el hallazgo de una fanerógama en la nieve, de un poliqueto en la arena o de un mineral enrarecido en la falda de una montaña. Son celosos de sus secretos y descubrimientos. Tienen valentía especial, pues se arriesgan por algo que consideran valioso. Son negligentes con su salud y vida, duros consigo mismos y por ende con los demás. No se cansan ni se aburren. Con frecuencia sus "manías" son hábitos encaminados a producir más y mejor. Fuman mucho, beben poco, aborrecen la frivolidad, la mentira y la inexactitud. De verdad que constituye un verdadero placer en esta expedición, tener alguna duda, acudir a ellos y obtener la solución. Es como viajar con una enciclopedia a la mano. Viajar con ellos, repito, ha sido una lección positiva para todos los expedicionarios.

Para aprovechar su presencia, precisamente, el Segundo Comandante organizó en base a varios de ellos un ciclo de conferencias en la Cámara de Oficiales para las tardes de navegación. Así disertaron, por sus especialidades, el diplomático Julio Romero y el sociólogo Horacio Chicata (*El status jurídico de la Antártida y los intereses del Perú*); el biólogo acústico Miguel Ritacco (*El krill en la Antártida*); el oceanógrafo José Luis Blanco (*Oceanografía Física en el Estrecho de Bransfield*); el Capitán de Corbeta brasileño Geraldo Gomdim y el Teniente Primero Mauro Cacho (*La navegación en la Antártida*); el Teniente Coronel Fernando Sánchez Ayala (*Supervivencia en la Antártida*); el Capitán de Fragata Héctor Soldi (*Oceanografía Física en la Antártida*); el ingeniero Ricardo Vílchez (*Acústica en la Antártida*); la doctora Ruth Calienes (*Oceanografía Química en la Antártida*); Capitán de Corbeta César del Carmen (*Meteorología en la Antártida*); el físico Félix Monge (*Magnetismo en la*

Antártida); y el Capitán de Corbeta de Sanidad Naval Félix Bustos Laimito (*Primeros auxilios en bases antárticas*). Acaso por ser el mayor me dieron la primera conferencia (*La conquista de la Antártida e historia de la vocación peruana por el continente helado*) y fue dictada el lunes 25 de enero, a las cuatro de la tarde.

Mientras todo ésto sucede o se planifica, la navegación prosigue sin novedad y la gente cumple con sus obligaciones de rutina. También se nos comunica la exacta posición. Estamos otra vez dirigiéndonos al estrecho de Bransfield, para lo cual hemos virado a babor. No tocaremos la isla Trinidad, pero venceremos su punta del Cóndor. Luego tomaremos el rumbo nor-noreste y avistaremos la isla Decepción mañana al amanecer.

Lunes 1° de febrero de 1988

La isla Decepción se presentó negruzca y con hielos en sus partes altas. Está formada por el cráter de un gran volcán apagado. Las aguas del mar lucían gruesas y la proa del *Humboldt* se hundía en las olas haciéndolas estallar al punto que salpicaban el puente del buque. No se veía vegetación ni animales, salvo algunas gaviotas blanquinegras.

Exteriormente la isla no presenta playas sino acantilados y se ingresa a su bahía interior -la bahía de Foster- entre dos eminencias rocosas: una de 140 metros de altura y la otra, a la izquierda, de sólo 84. La tripulación bautizó a estas torres de piedra con el nombre de los Cuernos del Diablo y de verdad que parecían en su conjunto una cornamenta luciferina tiznada y chamuscada.

El paso entre los peñones es impresionante por su riesgo. El buque tiene que acercarse a la roca de la derecha, la más alta, porque hacia la de la izquierda, aunque no se ve, hay un bajo que lo haría nuafragar. Aproamos a la bocana, se siente la correntada y un viento distinto nos sale a recibir. Nos vamos deslizando junto a un peñasco agudo de 47 metros de alto que las cartas náuticas llaman El Monolito, el que rozamos con la banda de estribor, venciendo así el ingreso a la bahía. Un ambiente de tranquilidad se presenta ante nosotros: tierras oscuras y quemadas, aguas frías y dormidas, un paisaje solitario y yerto. Las playas son extrañas: piedras negras, arenas negras y -quien lo creyera- nieves negras, por acción del polvillo volcánico imperante. Nunca habíamos visto nieve negra, pero la verdad es que hoy la hemos llegado a conocer. Aquí todo es frío, silencio y soledad. No hay nada edificante para el espíritu. El nombre de la isla no puede ser más exacto: Decepción.

A la mano diestra, conforme penetramos la bahía, están las ruinas de una vieja estación ballenera y también de la base británica Biscoe, más adelante, igualmente abandonada, está la base chilena Pedro Aguirre Cerda, y en tercer lugar, aunque desde aquí no se ve, la base argentina Decepción, asimismo sin gente, esta vez a la mano izquierda. Todas están desiertas desde 1967, año en que explotaron varios de los pequeños volcanes de la isla y hubo lluvia de piedras incandescentes entre vómitos la lava. El calor derritió las nieves altas y cantidad de agua descendió formando barro y arrastrando piedras. Un huayco lo llamaríamos nosotros; los chilenos y argentinos, un alud. De este modo se arruinó todo y lo que no fue arrasado por los lodos terminó maltrecho por las piedras. Se dispuso la evacuación general y desde entonces no hay gente en la isla.

Con tan poco alegres novedades llegamos al centro de la bahía de Foster. Se descolgó la ballenera y bajaron a ella Jorge Seoane y Miguel Silva con sus cámaras de fotografiar y filmar. Salieron a tomar vistas e imagino, también a retratar el *Humboldt*. La embarcación, conducida por sus tres tripulantes luchó con el viento que la quería desviar, regresando media hora después los cinco hombres, todos mojados y tiritando de frío. El buque aminoró su marcha y ancló frente a la solitaria factoría inglesa, molestando a un elefante marino que, asustado y arrastrándose sobre su vientre, se precipitó al mar. De la playa, procedente de unas aguas termales, salían vapores sulfurosos. En la parte alta, observándonos sin humear, estaban los pequeños volcanes agresivos. No están muertos, duermen, pero nadie quiere ver su despertar.

Bajamos a la ballenera por la escala de gato y nos acomodamos en la embarcación. Hacía mucho frío. Desde el barco se había visto una tumba solitaria marcada por una cruz blanca que contrastaba con la nieve negra. Ahora nos dirigíamos casi directamente hacia ella. Arribamos sin novedad a la playa y pisamos su arena gruesa, salpicada de piedras carbonizadas, negras o enrojecidas, hijas de la última erupción volcánica. Atraído por la soledad de la tumba, me acerqué a ella. Su cruz de madera decía: "Tommerm Hans A. Culliksen 7-4-1881 - 4-1-1928". Se trataba de un marinero danés y la cruz, redondeada en sus extremos superiores, había sido hecha con cierto cuidado por el carpintero de a bordo. La sepultura no podía tener más paz, pero aunque recordaba aquello de:

"Dios mío, qué solos
se quedan los muertos",

la soledad de esta tumba era demasiada, excesiva. Si en todas partes los muertos

se quedan solos, aquí se quedan perdidos, olvidados de los demás hombres de la tierra. Las cruces de sus tumbas, son cruces de eternidad.

Apartado de este paraje visité un galpón grande de madera con techo de calamina. Era una mezcla de angar, taller y depósito, lleno de latas vacías, cajas, lonas, cilindros, tablas y otros objetos deteriorados. Al costado del edificio estaba un avión monomotor, sin motor, alas ni cola, todo pintado de rojo naranja, en cuyo fuselaje decía: Antartic Survey. El avión y el galpón habían sido de los ingleses.

Seguí caminando por la playa, de vez en cuando adornada con huesos de ballena. También se ve una casa grande de madera pintada de verde y con el techo de calamina roja. Hay allí tres o cuatro casitas más, iguales a ésta, con sus puertas y ventanas blancas. En su interior se hallaron latas de conservas. Estas y otros comestibles formaban parte probablemente del almacén de víveres, lugar que por lo común en la Antártida, está separado de las demás construcciones de las bases.

Por la playa se ve abandonados pero sin sufrir herrumbre, tanques de combustible, hornos de hierro y chimeneas de latón, habiendo otros dos tanques grandes pintados de rojo que, aseguran, sirvieron para almacenar aceite de ballena. Se ve, asimismo, varias casetas derruídas, cementerios de cilindros y barriles, cuatro botes desfondados, mucha madera suelta y algunas cosas más, todas rotas o inservibles.

Al final de la tarde se dejaron ver algunos animales. Skúas en corto número, varias palomas antárticas y un pingüino solitario. Este último, posiblemente enfermo y abandonado, se asustó tanto con mi presencia que echó a correr sobre sus dos patas traseras y después sobre sus cuatro extremidades. Era de especie papúa. Al final de la playa dormían hasta tres o cuatro familias de focas de Weddell. Eran animales grandes, oscuros, mimetizados en la arena negra. Algunos de ellos me miraron fijamente mientras los demás, la mayoría, ni siquiera despertaron.

Al tiempo que yo me entretenía observando estos animales mayores, las biólogas removían las arenas y piedrezuelas recogiendo poliquetos, anfípodos y ofiuroideos, los que introducían en bolsas de formol para su posterior estudio. Otros científicos recogían líquenes, musgos y algas, mientras el geólogo se inclinaba para examinar trozos de toba volcánica.

Se dice que la isla tiene un promedio de cincuenta sismos al año, también que su bahía se hiela en invierno al punto de poderse cruzar caminando de un extremo a otro. Se pueden contar muchas cosas más, pero, para mí, por encima de todo, esta isla es un monumento a la soledad. Colabora a esta apreciación un

sol de radiación oblícua que nos ilumina débilmente a la hora de volver al buque. Y es que esta isla Decepción deja en el visitante un sabor especial, con algo de tristeza, abandono y muerte,acaso porque atrás, con sus brazos blancos extendidos, una cruz fija el sepulcro de un vikingo a quien el mundo y el tiempo han olvidado para siempre.

Si la tarde fue poco alegre, la noche tuvo alborozo inusual. El Teniente Mauro Cacho había averiguado que al siguiente día era cumpleaños del Comandante Brousset y hecho precisos planes para que todos esperáramos las doce de la noche. Ordenó al cocinero hacer una torta especial, adornó la Cámara de Oficiales con banderas señaleras y se dispusieron brindis de pisco sour y algarrobina. La gente estaba alertada, unos durmieron un poco, otros esperaron sin dormir.

El buque estaba anclado y todavía en calma cuando el radiotelegrafista Jaime Sandoval informó que algo extraño ocurría en la bahía de Foster, porque -desde la lumbrera de su oficina- había visto una embarcación no identificada que, con hasta cinco personas vestidas de rojo. avanzaba en dirección al *Humboldt* . Lo dijo con tal desconcierto que, a lo que se entendió, podría haber visto cinco almas de difuntos. Corrimos todos a la borda y, en efecto, un zodiac con cinco individuos trajeados de naranja iridiscente se acercaba al buque. Se les dio el alto y respondieron en español. Se les lanzó la escala de gato y se encaramaron a la cubierta. Recién entonces se presentaron. Eran un argentino con su esposa y tres españoles, todos científicos, que estaban en un campamento y engrosaban una expedición argentina. De día no habían advertido nuestra presencia, porque estaban al fondo de la bahía, tras una puntilla, pero en la oscuridad nocturna habían avistado los faroles del *Humboldt* y decidieron acercarse a él. Se les recibió amablemente, pidiéndoles que se estuvieran quietos porque en breve habría una celebración. Esperaron media hora, luego se les hizo pasar a la Cámara de Oficiales, allí se reunieron con todos, y una comisión señalada para ello salió a buscar al Comandante Brousset.

El Jefe de la Expedición entró a la cámara en medio de una salva de aplausos. Uno a uno lo fuimos saludando todos, correspondiendo él con un abrazo, luego se hizo un silencio y el Comandante García Escudero tuvo palabras de salutación, felicitándolo por su anomástico, expresándole nuestro contento y deseándole toda la ventura del caso para que finalizará con éxito la expedición que dirigía.

En medio de este clima los relojes dieron las doce de la noche y todos coreamos un happy birthday en el que al jefe máximo se le llamó *Jorgito*, al tiempo que en la pared se descubría una cartulina con la caricatura de un párvulo y la leyenda alusiva: "En un día como hoy, nació el niño Brousset".

Tras esto se lanzaron al aire caramelos y se hizo brindis. La gente estaba contenta, hubo palabras y palmas, apareciendo unas cartas cerradas que se entregaron al homenajeado: eran de su familia y las había traído secretamente un científico en su maleta. Abrió el Comandante Brousset la primera y resultó ser de su esposa, abrió las otras, que eran de sus hijos, y también leyó su contenido. Luego de ésto, emocionado, nos dirigió la palabra a todos, agradeciéndonos el agasajo, mostrándose satisfecho de ser nuestro jefe y reconociendo públicamente que pocos hombres en el mundo habían festejado su cumpleaños en el cráter de un volcán. Era cierto. Estábamos en el centro de un volcán hundido y anegado.

En eso se invitó a pasar a la mesa y se descubrió la torta. Era geográfica, como que con ella el cocinero se pudo graduar de cartógrafo. Sobre una tabla forrada en papel azul estaba -todo en relieve bizcochado y con crema blanca- la península Antártica, el archipiélago de las Shetland y el estrecho de Bransfield, flameando una pequeña banderita en lo alto de la isla Rey Jorge.

Por ser la torta más artística hecha hasta el momento, alguién pidió una ovación para su artífice.

Servida y comida la torta no faltó quien puso una cinta con música y un huayno se dejó oir en la Cámara. Se puso de pie el Comandante Brousset y tomando de la mano a la doctora Isabel Gómez Caballero, la invitó a bailar. Salieron ambos al centro, les hicimos rueda, batimos palmas y el ambiente se encendió en una alegría general. Se animó con ella el Técnico Fortunato Jiménez y sacando a bailar a la doctora Carmen Conopuma, se sumó a la primera pareja. Todos estábamos en medio de gran entusiasmo. Por su parte los argentinos y españoles, con los ojos extremadamente abiertos, se abstraían sobremanera observando los pasos del huayno, sus variantes, zapateos y figuras. De modo que, cuando la danza concluyó, fueron los primeros en romper con los aplausos.

La fiesta duró hasta las dos de la madrugada, hora en que la mayor parte de los asistentes se despidieron y se marcharon a dormir, mientras unos pocos subíamos al puente para disfrutar del antártico placer de ver, en breves minutos, la salida del sol de verano.

Martes 2 de febrero de 1988

A las ocho y media de la mañana se ordenó a los tripulantes cubrir sus puestos de maniobra y poco después el buque levó anclas. Recorrió así la bahía de Foster, hizo sonar su sirena para despedirse de los argentinos y españoles que

quedaban en su campamento y, acto seguido, se enfiló hacia la salida. En la orilla diestra había una playa con focas dormidas, en la otra sólo estaba el pingüino solitario del día anterior y algunas palomas antárticas.

De este modo nos fuimos hacia la bocana, acercándonos a El Monolito y rozándolo peligrosamente con la banda de babor, mientras por la de estribor esquivábamos el banco y navegábamos a cuarenta metros del farallón. Reteniendo la respiración pasamos así entre los Cuernos del Diablo, al tiempo que el técnico Candela hacía sus marcaciones y nos libraba del banco que amenazaba al barco por la amura de estribor.

De este modo salimos al mar abierto, constatando que nos esperaba un gran témpano a dos millas de distancia. Respiramos aliviados, eludimos el hielo flotante y nos retiramos a cumplir nuestras faenas.

Todo el día navegamos al oriente de la isla Livingston, venciendo la punta Bernard y la punta Pin, dejando también a la cuadra el estrecho de Mac Farlane. En las cercanías de este último alguién avistó una orca, pero la noticia llegó a todos demasiado tarde. Dicen que reapareció dos veces y que luego se esfumó. Nos habría gustado verla para describirla pero, por no haber llegado a tiempo, nos contentaremos con saber que la orca es un cetáceo delfínico de hasta nueve metros de largo y que luce predominante negro en su parte superior y blanco en la inferior. Tiene unos veintidós dientes por mandíbula, lo que lo hace gran depredador. Se sabe que en el estómago de una orca se hallaron trece marsopas y catorce focas. Es el cetáceo más temido por el hombre, pues su ferocidad y voracidad sólo son superadas por la euforia alimenticia de los tiburones tropicales.

El *Humboldt* sigue su marcha. La gente comenta que la expedición va muy bien, que están por cumplirse los últimos objetivos y que ya se vislumbra el éxito final. A decir verdad la moral está por los cielos y ello se debe a todos. Sin embargo, gran parte de esta actitud se debe al Comandante Brousset -del que hoy es su cumpleaños- por el acierto conque ha sabido conducirla. Hasta hoy sólo lo hemos mencionado ocasionalmente, pero su persona y vida merecen un comentario mayor.

El Capitán de Navío Jorge Brousset nació en Lima, el dos de febrero de 1945, ingresó a la Escuela Naval en 1961 y egresó de Alférez en 1965. Posteriormente fue Jefe de los Departamentos de Señalización Naútica e Hidrografía y Señalización (1971); Coordinador y Asesor para el Levantamiento Hidrográfico y Señalización del Lago Titicaca (1976); también Jefe de Hidrografía y Jefe de Administración; y desde 1986 Sub Director de Hidrografía y Navegación. Fue asimismo, Comandante de diversos buques de la Armada

Peruana, hizo prácticas en unidades de la Marina de guerra brasileña, y estudios de perfeccionamiento en Suecia y Estados Unidos. Asistió representando al Perú a reuniones internacionales en Francia, Canadá, Estados Unidos, Bolivia y Chile, participando en 1983, con este último país, en la XIX Expedición del Instituto Antártico Chileno al continente austral, experiencia que cumplió a bordo de la motonave *"Alcázar"*. Sus servicios marítimos, lacustres y fluviales están vinculados a la costa, sierra y selva del Perú. Finalmente, sirvió como asesor de la Cancillería en asuntos fronterizos y fue Presidente de la Comisión Técnica Peruana en la ejecución de obras portuarias para el servicio del Perú en Arica, conforme el Tratado de 1929. Desempeñaba el cargo de Sub Director de Hidrografía y Navegación, como vimos, cuando fue nombrado Jefe de la Primera Expedición Científica Peruana a la Antártida a bordo del BIC *Humboldt*. Durante el desarrollo de esta expedición es que se le conoció más cercamente, con los perfiles humanos que no suele recoger la hoja de servicios.

El Comandante Brousset se mostró en todo este tiempo de natural severo, amigo de la disciplina y gran organizador. Tomó el mando de la expedición en Ancud y desde entonces -sin desmedro de la autoridad del Comandante del buque ni de su segundo- fue el jefe absoluto de todos los expedicionarios. Animoso desde el principio, era en las dificultades el primer batallador. Esperaba los obstáculos con serenidad, luego actuaba con decisión, finalmente los superaba con creces. Era de ánimo subido, no conocía la depresión. Debía ser terco, su rostro tenía algo de duro, pero su caracter admitía alegría en la conversación. La gente le temía, como se debe temer al jefe, con respeto, sin rencor; él lo sabía y no abusaba de ello. Aceptaba explicaciones, mas no siempre daba la razón. Tenía fama de genio fuerte, pero nunca lo evidenció. Mano dura en brazo firme, no hubo ningún desmán por parte de los expedicionarios. Tampoco perdió los papeles, ni nos los hizo perder. Siempre fue el jefe. No tuvimos ocasión de tratarlo demasiado, pero, en síntesis, ésto es lo que podemos decir de él.

Miércoles 3 de febrero de 1988

A las ocho y veinte de la mañana estábamos frente a las islas Greenwich y Robert, apreciándose el estrecho Inglés que las separa, el mismo que dicen se hiela en invierno y permite caminar de isla a isla. Ambas están hoy cubiertas de nieve y sol les arranca destellos plateados.

Serían las diez de la mañana cuando pasamos frente a un témpano de regular

tamaño que tenía varios puntos negros en su superficie. Acercados a él resultaron ser nueve focas descansando. El cuadro era nuevo porque antes sólo habíamos visto focas dormidas en playas y bandejones, pero el témpano éste tenía una belleza especial en razón a sus contrastes. Las focas nos vieron pasar y, como siempre, nos saludaron con su indiferencia.

Metazoos vertebrados, mamíferos placentarios y pinnípedos fócidos, las focas son animales anfibios por excelencia. Exhiben el cuerpo prolongado para mejor nadar y su pelaje es liso, brillante y tupido. Sus extremidades cortas se han transformado en aletas con dedos y uñas. Tienen algo de perros, sobre todo cuando dan pasos cortos en el mismo sitio y mueven la cabeza. Poseen gran vista, su voz es como un ladrido ronco o un mugido suave, cuando se irritan rechinan los dientes y si se encolerizan lanzan mugidos fuertes. Sus oídos carecen de pabellones y, como los agujeros de la nariz, pueden abrirse y cerrarse a voluntad, permanecen siempre cerrados durante la inmersión. Comen peces, moluscos y crustáceos. Son torpes en tierra, andan encorvando y alargando alternativamente el cuerpo y dirigiéndolo unas veces hacia atrás y otras hacia adelante. Pese a esta pesadez, cuando huyen es difícil que las pueda alcanzar un hombre. En el mar son agilísimas y se desplazan como delfines. Su mucha grasa les permite dormir sobre nieve o hielo, pero también lo hacen sobre rocas. Pueden permanecer en el mar varias semanas, más siempre terminan saliendo a tierra para reposar, dormir o calentarse al sol. Después de los delfines son los animales más inteligentes del mundo, aunque su comportamiento perezoso e indolente les disimula esta facultad. Su gestación es larga, su lactancia corta y su vida infantil muy lúdica. Adultos y pequeños se sienten atraídos por la música y el canto, sintiendo especial predilección por el tañido de las campanas. En la Antártida hay cinco especies genuinas de focas: la foca de Weddell, que se refugia en cámaras de hielo en invierno; la foca de Ross, la más escasa de todas; la foca cangrejera, gran comedora de crustáceos; el leopardo de mar, de lomo moteado y falsa sonrisa; y el elefante marino, uno de los animales más feos del globo. Se habla también del oso marino, en el océano antártico neo-zelandés, de piel afelpada y suave, pero acaso sea la ya vista foca de Ross.

A las cuatro de la tarde, con un radiante sol de verano, ingresamos a una avenida de témpanos de impresionante presencia. Fue como un paseo entre lunas llenas. Llegué a contar catorce témpanos a babor y once a estribor. Todos eran enormes y de una blancura infinita. Hielos chicos casi no los había, pero los grandes parecían hacer calle para vernos pasar. El mar estaba azul y el cielo sin nubes. El espectáculo era tan extraño que el Comandante Brousset y algunos con él subimos al sobre-puente para poderlo apreciar en toda su grandeza estética.

Desde el sobre-puente y bajo la cofa o "nido del cuervo", en medio de balanceos y cabeceos acentuados, vimos a la distancia, en la lejanía, a la península Antártica sembrada de montañas blancas, mientras a la izquierda, también lejanos, estaban los perfiles de la isla Rey Jorge. Había tanto sol, el mar estaba tan azul y el cielo tan limpio, que parecía un inmejorable día tropical. La belleza antártica de una tarde de verano, la veíamos plasmada en el paisaje que teníamos delante.

En algún momento de esta tarde, estando detenido el buque para cumplir una estación oceanográfica, se escuchó gritar a un animal que no pudo ser visto por nadie. Se sabía de donde venía el grito y se barrió el sector con los prismáticos, pero no se pudo localizar a su autor, concluyéndose que debía ser un ave pequeña que descansaba flotando en el mar y que su plumaje la mimetizaba con el brillo del agua soleada.

El día fue perdiendo luminosidad al acercarse el crepúsculo vespertino. El *Humboldt* se aproximó a la costa continental y a las ocho y treinta y cinco entramos a la bahía Esperanza, toda llena de hielos, donde está la base Esperanza bajo bandera argentina.

A las nueve de la noche desembarcamos en ella, saliéndonos a recibir su jefe, el Mayor de Ejército Argentino José Murga. Hubo abrazos y saludos de bienvenida. Los argentinos eran todos militares y la base notoriamente castrense. Estaban uniformados de rojo naranja con cuello de piel de zorro y llevaban zapatos negros con fundas internas de lona crema que morían a la mitad de la canilla.

Luego de este encuentro nos llevaron al casino, percatándonos desde un primer momento que caminábamos entre pingüinos adelie que, totalmente domesticados, nos seguían y festejaban agitando sus aletas.

En el casino nos invitaron café en un ambiente de gran cordialidad, mientras en otro sector el Teniente Coronel Sánchez Ayala se reencontraba con cinco amigos militares que habían servido con él allí y paseaba lleno de alegría con ellos, los mismos que le mostraban todas las cosas nuevas y, para feliz recordación, todas las cosas viejas. Lo que más lo impresionó fue una placa colocada por los militares argentinos en homenaje al Ejército Peruano, como recuerdo de sus servicios prestados en la base Esperanza durante un año entero, cuando tenía el grado de Mayor. La placa estaba en un lugar preferencial, exactamente en el pedestal del asta de la bandera.

Mientras tanto, el grueso de los visitantes peruanos recorría las diversas instalaciones guiados por los argentinos en medio de la penumbra crepuscular. Eran grupos uniformados de azul guiados por hombres uniformados de rojo naranja. A todo esto salió también el Comandante Brousset con su comitiva y se

le mostró la pequeña capilla dedicada a san Francisco de Asís, donde en lugar preferencial estaba una estatuilla de la Virgen de Luján. Seguidamente se nos hizo visitar la escuela primaria, el correo, el radio, el hospital, el depósito de víveres, el interior de una casa particular. Todos los edificios estaban levantados dentro de una dispersión preventiva contra los incendios. Las paredes exteriores eran de color ladrillo oscuro, los zócalos amarillos y los techos confeccionados de calamina, siendo las escalerillas de ecceso todas de hierro y pintadas de negro. Los aproximadamente veinte edificios estaban defendidos de los fuertes vientos con cables de acero que actuaban como tirantes oblícuos clavados en tierra. El conjunto se veía bien, pero tenía más de cuartel que de base científica.

Eran ya las once de la noche y no terminaba de oscurecer, por lo que se podía caminar sin luz artificial, divisándose los pequeños accidentes del terreno con harta precisión. Pero luego arreció la niebla y con ella el frío, haciéndose necesario regresar al *Humboldt*. De este modo nos despedimos, siendo acompañados hasta el propio embarcadero, donde siempre sin luz artificial, nos embarcamos en los zodiac y en la ballenera.. Y así entre hielos y bandejones ocupados por pingüinos erguidos y focas tendidas, regresamos al buque. Fue esta visita a la base Esperanza la única que hicimos con luz crepuscular, pero eso le dio un cariz especial a toda ella. Fue una visita en la penumbra.

Algo que impresionó mucho a los peruanos fueron los perros. Esperanza es la única base de la Antártida que conserva los perros de origen siberiano que se emplearon para halar trineos, descubrir grietas y anunciar temporales con sus aullidos. Aunque pasados un tanto de moda, todavía quedan allí once animales a cargo de un soldado perrero. Se habla que en el próximo barco vendrán cinco canes más. Lo cierto es que todos son blancos, de mucho pelo y con una capa de grasa que se puede comprobar al tacto, pues se dejan acariciar si se está con el perrero. Comen carne de foca y de pingüino, en invierno les dan alimentación especial, no toman agua, lamen la nieve y con ello se evitan beber. Son tan hechos al frío que tienen que dormir sobre la nieve, pues de no ser así, enferman. Están separados unos de otros por ser peleadores y asegurados con una cadena gruesa de diez metros de largo, lo que también impide que salgan a matar focas o depreden pingüineras. Cuando de noche hace viento o frío, se enroscan haciendo un anillo y así duermen mientras la nieve cubre sus cuerpos totalmente. En verano los pingüinos los miran de lejos, mas picados por la curiosidad se acercan hasta diez metros y cinco centímetros, causando así la frustración de los canes que se lanzan contra ellos. Sin embargo, mañosamente, los perros se hacen los dormidos y empiezan a retroceder en forma imperceptible uno a dos metros. El pingüino, lejos de percatarse, atraviesa la barrera prohibida y entonces el can da

un gran salto sorpresivo, cae sobre él y lo devora. Uncidos al trineo forman la jauría (que los argentinos llaman "maroma") y en ella siempre hay un perro líder que señorea y manda a los demás. Cuando el líder es nuevo la jauría no obedece y los diez o doce animales uncidos por correas se niegan a seguir, se echan en el suelo, defecan y bajan la cola. Pero el líder se impone a mordiscos y los canes terminan poniéndose de pie, levantando la cola, alertando las orejas, sacando la lengua y poniéndose en movimiento. Cuando el hambre arrecia en la expedición, un perro suele ser sacrificado para que coman los otros. Hoy los perros han sido desplazados por los vehículos a motor y oruga. Los chilenos también tuvieron cánidos traídos de Alaska, Siberia y Groenlandia, pero ya no los poseen. Los argentinos son los únicos que los conservan, como un gesto romántico y agradecido hacia esos animales que, años ha, los ayudaron en la conquista de la Antártida.

Jueves 4 de febrero de 1988

Toda la mañana se pasó en el mar, habiéndose navegado la noche entera. Viajamos entre hielos crecidos que marchan a la deriva a una velocidad de tres nudos. De cuando en vez nos detenemos para cumplir con las estaciones oceanográficas programadas. Todas las pruebas e investigaciones están a punto de concluir.

Los científicos están contentos y el Comandante Vargas Faucheux, lo disimula, pero también lo está.

Volviendo a los hielos flotantes, la gente se ha puesto muy exigente. Al principio deslumbraban por su tamaño y forma, pero ahora los expedicionarios viven tan acostumbrados a ellos que, incluso, los critican. Antes eran témpanos altos, amplios, gruesos, de formas caprichosas impregnadas de glacial belleza; ahora muchos los ven puntiagudos en exceso, grotescamente aplastados, de silueta inelegante, amorfos en demasía o desproporcionados a más no poder. La verdad es que el hombre es muy difícil de contentar. Acaso la conclusión sería: lo poco estimula, pero lo mucho satura.

Nuestro próximo objetivo es la base naval chilena Arturo Prat, en el centro de la isla de Greenwich, en el interior de una bahía que mira al norte y sale al estrecho Inglés. El lugar exacto se llama puerto Soberanía.

Llegamos a la base Prat a eso del medio día. Es pequeña, pintada de rojo naranja, y tiene muy poco espacio libre, pues se encuentra entre dos glaciares. Bajamos a las tres de la tarde en medio de un mar movido, mojándonos todos,

pero llegando finalmente a un pequeño muelle, al que subimos por una escala de gato.

Nos salió a recibir muy amablemente el Capitán de Corbeta Oscar Tapia, jefe de la base, con sus principales subordinados. Y como hacía frío y soplaba el viento, nos invitó a pasar al edificio central, casi el único existente, donde nos presentó al resto de la dotación y enseñó todas las dependencias. Tenía una docena y hasta más pares de skyes colgados verticalmente en un pasadizo, salón de estar, biblioteca y una gran mesa de billas. En una salita realmente acogedora nos hizo tomar asiento, ofreciéndonos un trago especial y charlando largo más de una hora. Entre otras cosas, nos contó que los chilenos recién llegados a la base, víctimas del aburrimiento, salían en invierno al estrecho Inglés para pescar, pero que en vez de llevar sólo los implementos de pesca, también tenían que portar picos, palas y hachas. Esto último para poder hacer un agujero en el hielo. Más lo cierto era que después de romper metro y medio de él, cuando por fin se descubría al fondo el agua del océano antártico, estaban todos tan cansados que casi siempre regresaban a la base sin haber lanzado el anzuelo. Esta, por lo general, era la primera, única y última salida a pescar.

Luego de la charla pasamos a recorrer los exteriores, llegando hasta la ermita de madera, llena de peticiones y preces escritas por los que alguna vez allí confiaron a Dios sus tribulaciones. Era notable comprobar como casi todos pedían por su salud y su familia, destilando cada inscripción lágrimas de soledad.

La base Arturo Prat estaba en vísperas de festejar sus cuarenta años de existencia, pues se fundó el 6 de febrero de 1947, por lo que estaba por concluirse el pedestal de un busto al piloto Pardo y había diversos aprestos para la fecha.

A las seis de la tarde, previa invitación del Comandante Brousset, nos retribuyó el Comandante Tapia la visita, acudiendo al *Humboldt* con seis de sus hombres. Hubo intercambio de obsequios. Los chilenos trajeron una botella de vino y una placa para la cámara del buque, los peruanos les regalaron dos botellas de auténtico pisco iqueño en su caja de madera. Se sirvieron bocadillos, hubo brindis y se charló amigablemente. Estando ya por oscurecer, los visitantes se despidieron y retornaron a su base.

Entonces fue que el Comandante García Escudero ordenó el zarpe, abandonando el *Humboldt* la gélida bahía y saliendo al estrecho Inglés para navegarlo de oeste a este. El propósito era retornar al estrecho de Bransfield. Dejar a babor las islas Robert y Nelson, y recalar en la bahía del Almirantazgo, en nuestra ya conocida isla del Rey Jorge.

Viernes 5 de febrero de 1988

Hoy, a las diez y media de la mañana -en pleno estrecho de Bransfield, centro de nuestras operaciones-, el Comandante Brousset hizo comunicar por altavoz que se habían cumplido los objetivos de los programas de investigación y que el éxito había coronado todos los esfuerzos; por tanto, agradecía a todos los científicos su labor y anunciaba que, prácticamente, podía darse por cumplida la misión de la Primera Expedición Científica Peruana a la Antártida. Todos nos sentimos triunfadores y una sensación de general satisfacción embargó el alma de los expedicionarios. En síntesis: volveríamos con la misión cumplida, nadie se podía dar por defraudado.

El ambiente se distendió sobremanera y cada cual exteriorizó su alegría relatando pormenores de su investigación. También hubo bromas frente a ese continente helado, llegándose a decir que el Perú debería poblar la Antártida con arequipeños, porque ellos eran los únicos peruanos familiarizados con la "nevada".

Lo cierto era que los expedicionarios habían cumplido su misión y que ello se debió en mucho al excelente estado de salud imperante. Y era verdad. A todos, desde hace semanas, ha sorprendido la ausencia de enfermedades. Y es que en la Antártida el clima es tan frío, seco y sano que no existen los microbios, no habiendo tampoco, en consecuencia, enfermedades causadas por ellos. El caso más notorio es el de la gripe, de la que no hubo ninguno atacado en todo el tiempo. Se ha comprobado también que, en la Antártida, sólo hay una bacteria por cada 473 centímetros cúbicos de nieve. Si a ésto se sumaba el estar convenientemente alimentados y la eficacia de la vestimenta, la salud expedicionaria tenía mayor explicación. Lo peligroso en estos viajes antárticos son los golpes y traumatismos, pero tampoco hubo nada que lamentar por este lado. No se dio ni siquiera una fractura. Aún así, el servicio médico del buque nunca bajó la guardia. La tuvo siempre a su cargo el Capitán de Corbeta y Doctor en Medicina Félix Bustos Laimito, natural de Barranco, especialista en Cirugía General y Cirugía Oncológica. Su presencia a bordo significó una garantía. Los pocos que sufrieron algún leve percance en su salud, tuvieron en él al médico y al amigo. Lo secundaban dos enfermeros calificados: el Técnico de Tercera Carlos Guerrero Pichillingue, natural de Huacho (especializado en Oftalmología, Anestesiología y Reanimación Cardio-pulmonar) y el Oficial de mar de Primera Gustavo Vargas Toro, natural de Caraz (especializado en Cardiología y Cuidados Intensivos). Ambos eran muy preparados y lucían sobresalientes calificativos de estudio. Estos fueron los hombres del Servicio Médico Naval. Y porque en todo tiempo

estuvieron prontos a curar o prevenir, se les recuerda aquí con gratitud.

Esta tarde, en las últimas horas de la misma, se vio una isla en la lejanía, la cual desapareció poco después. Se trataba de un espejismo marino. Así como en tierra se cree ver agua, en el agua se cree ver tierra. Son ilusiones ópticas debidas a la refracción de la luz. Pero los antiguos nunca pudieron explicárselo tan categóricamente, conformándose con llamar "celajes" a estas visiones engañosas. El celaje más afamado de la historia ha sido la isla de San Brandán, que aparecía cuando no la buscaban y desaparecía cuando iban hacia ella. La ínsula San Brandanis logró presencia cartográfica y diversos puntos del Atlántico riñeron por exhibirla en sus mapas.

Antes de caer el sol, a las ocho y cuarenta de la noche, entramos a la bahía del Almirantazgo -siempre llena de hielos gigantes y de bandejones- y vimos a la distancia la bandera peruana al viento y junto a ella las carpas blancas y rojas. El campamento estaba tal cual la habíamos dejado pero, por causa de la distancia no se veían sus cinco hombres. Se les habló por walkie-talkie y respondieron estar bien. Entonces se aprestaron a desembarcar el Comandante Brousset, el Comandante Soldi, Jorge Seoane y Miguel Silva para dejar en tierra al Teniente Coronel Sánchez Ayala y a los capitanes Merino y Fitzcarrald.

Los tres últimos debían levantar un plano topográfico del sitio donde estaba el campamento y pasar dos días en él. No hubo otro viaje a la isla. Los demás nos quedamos en el buque, haciendo planes para bajar a tierra al siguiente amanecer.

A estas alturas del viaje ya podemos decir algo más sobre la isla del Rey Jorge. Su extensión es de 1,338 kilómetros cuadrados y está cubierta por una masa de hielo de 130 kilómetros cúbicos. Su mayor elevación es de 575 metros, correspondiendo 70 a la capa de hielo. La nieve tiene un promedio de 100, pero donde más se acumula llega a 326. El verano comienza en diciembre y termina en marzo. El día más largo de diciembre tiene veinte horas y la noche más larga de junio muestra igual duración. Es isla de vientos ciclonales que corren furiosos 205 días al año, cobrando diez metros por segundo y llegando a 52 en su máxima velocidad. Mayo, setiembre y octubre son los meses más ventosos. La temperatura promedio es de 2.1 grados sobre cero, 8 en el verano y 4.9 en el invierno. Las precipitaciones anuales pasan de 555 milímetros cúbicos y la presión atmosférica llega a 990 grados, siendo esta última bastante inestable.

La fauna, finalmente, es relativamente variada. Empezaría con la otaria o lobo de mar, la foca de Weddell, el elefante marino, el leopardo de mar y por excepción la foca de Ross. Seguirían los pingüinos adelie, papúa y barbijo, con alguna visita del pingüino real. Los petreles están representados por el petrel gigante, el petrel de las nieves, el petrel de Wilson y ese otro que llaman paloma

del Cabo. También hay cormoranes, palomas antárticas, palomas dominicas y golondrinas de mar. El chionis es un ave pequeña que permanece en la isla todo el año. En tierra hay insectos, tardígrados, arácnidos, crustáceos, nemátodos, rotíferos y protozoarios. El krill abunda en el óceano así como 40 especies de peces siendo la bahía del Almirantazgo, además, un punto muy visitado por las ballenas.

Esta sería la síntesis más escueta de esa isla en la que estámos y que figura en los mapas indistintamente como isla Rey Jorge o simplemente, King George, en honor a Jorge V, Rey de Gran Bretaña de 1910 a 1936.

Sábado 6 de febrero de 1988

Amanecimos, como de costumbre, en medio de hielos y bandejones. Contra todo lo que se previó, no hubo ocasión de bajar a tierra, pero la mañana se vio recompensada porque a eso de las nueve, Héctor Casanova Segovia se convirtió en el primer buzo peruano que se sumergió en el océano Glacial Antártico. Lo hizo en la proa del *Humboldt* , en operación destinada a colocar el aparejo en el blister de los traductores del buque. La inmersión fue a nueve metros y medio de profundidad y duró treinta minutos, siendo la temperatura superficial de 0.1 y la submarina de 0.6 grados. Lo siguió esa misma mañana el Oficial de Mar Luis Gutiérrez Aguilar, quien se convirtió así en el segundo buzo peruano de la Antártida.

Dos horas después se anunció la visita a la base polaca Arctowski, en la entrada de la bahía del Almirantazgo, y se proporcionó la lista de los que irían. Fuimos en la ballenera, con los Comandantes Vargas y del Carmen, partiendo a la una y media de la tarde. Eramos alrededor de veinte personas y el viaje duró casi dos horas. La embarcación se movió mucho, todos nos mojamos, pero la pericia del timonel Mario Aguayo y del proel Martín Pazos, hizo que se sortearan los hielos, mientras Luis Blas corría a cargo del motor. El *Humboldt* se perdió de vista, pero a cambio de su presencia vimos paisajes magníficos: barreras heladas cortadas a cuchillo, hielos gigantes a la deriva, tempanillos de color azul turquesa y bandejones convertidos en lechos de focas. Por fin, luego de una apretujada travesía, llegamos a la base polaca.

Nos salió a recibir un vehículo anfibio, todo de hierro y con ruedas de oruga, que nos sacó del mar y nos llevó a la playa de piedras, la que trepó con relativa facilidad, conduciéndonos luego a la base a través de una apisonada carretera. Nos recibió allí el jefe de la dotación científica Piot Presler, quien nos hizo pasar

al interior de la base, donde sus compatriotas nos saludaron y dieron la bienvenida. Estábamos en una habitación metálica, forrada íntegramente con madera de color champagne y el efecto logrado no podía ser más cálido. En el centro, en lugar preferencial, destacaba un cuadro de la Virgen de Czestochowa, muy rico en rojos y azules, copia de alguna tabla medieval en la que tampoco faltaban los dorados. Luego estaba un gran escudo de Polonia y en la parte posterior un retrato ampliado del Papa polaco Juan Pablo II.

Nos invitaron a sentarnos y en dos largas mesas que allí había, nos sirvieron café y gaseosas, jugo de uvas, galletas, caramelos, dulce de leche con gelatina amarilla, chocolate, palitos de pan, diminutos chorizos y algunas novedades más que cayeron muy bien.

Fue la mesa mejor presentada y atendida que tuvimos en una base antártica.

Se conversó luego en inglés y el Comandante del Carmen, a modo de presente, entregó un escudo del *Humboldt* a la base. De inmediato salió un polaco con un clavo y un martillo y colgó el escudo en un lugar preferencial de la pared. Acto seguido, se obsequió una botella de pisco al jefe Piot Presler, rotulando el regalo una salva de aplausos. Hubo palabras y brindis, departiendo todos amablemente aunque, confieso, sin entendernos demasiado.

En medio de esta animada conversación se sacó en claro que la base Arctowski se había fundado en 1977 en el cabo Thomas, en la bahía del Almirantazgo, y que dependía directamente del Instituto de Ecología de la Academia Polaca de Ciencias. Se dedicaba a investigar oceanografía, meteorología, magnetismo y sismología, añadiendo estudios de fisiología, psicología, geología, glaciología e hidrología. En invierno tenía unas veinte personas, pero algún verano logró tener setenticinco. El nombre de la base se inspiraba en Henryk Arctowski (1871-1958), explorador polar polaco que entre 1897 y 1899 hizo valiosas investigaciones en la Antártida y posteriormente, en 1910, en el océano Glacial Artico, sobretodo en la isla de Spitzberg.

Los científicos locales, siempre amables, nos enseñaron luego las distintas dependencias de la base, todas en casetas amarillas, salvo una vidriada: era el invernadero y allí cultivaban frambuesas, lechugas, tomates... y flores. Arrancaron unas cuantas de estas últimas -amarillas, rojas y azules- y las obsequiaron a las doctoras Gómez Caballero y Guzmán Cárdenas, que iban con nosotros. Halagadas por la cortesía, todo el tiempo que siguió, ellas continuaron caminando con las flores en la mano.

Otro grupo, mientras tanto, incursionaba por la playa y visitaba el ingenioso faro. Prestaba valiosísimos servicios a los buques que navegaban el estrecho de Bransfield, porque, entre otras cosas, señalaba la presencia del hospital y su

servicio de cirugía que con frecuencia requerían los marineros atacados de apendicitis. A los pies del faro, una foca de Weddell dormía en medio de envidiable paz. Nos acercamos para verla de cerca. La vimos a nuestro antojo sin que el animal hiciera mucho por despertarse. Estábamos ante el mamífero más austral del mundo. Muy rico en grasa, vive siempre cerca de la costa y, cuando el mar se congela, se refugía en cámaras de hielo y respira allí por aberturas que hace con sus propios colmillos. Su cachorro pesa 27 kilos al nacer y el doble a las dos semanas, pues la leche materna contiene un 40% de grasa. Las hay negras, leonadas y blancas. La que teníamos delante era de color ceniza.

De vuelta a la base, iniciamos el retorno. La amabilidad polaca había sido superior. Agradeciéndola nos despedimos. A eso de las cinco y media tornamos a subir al vehículo anfibio que, por tierra y por mar, nos condujo hasta la ballenera. De este modo emprendimos el regreso.

El viaje de retorno, por contar con el viento y la corriente a favor, duró sólo una hora. Pero sirvió -y en esto el sol ayudó mucho- para admirar la impresionante belleza de los témpanos. Estaban en la boca de la bahía. Los había colosales y exhibían singular blancura, sobresaliendo cincuenta o más metros sobre la superficie del mar. Unos flotaban, otros estaban encallados, los había cortados a pico, también de forma irregular, pero todos parecían islas de cristal de roca en un mar quieto y azul. Fueron los últimos grandes hielos que vimos. No eran esculturales ni arquitectónicos, pero sí lo suficientemente grandes como para que un hombre puesto sobre cualquiera de ellos pareciera una hormiga subida en un terrón de azúcar. Con estas imágenes en la retina, llegamos a la escala del *Humboldt*.

Estaba yo cenando en el comedor cuando el Segundo Comandante se acercó y me dijo que, si quería aprovechar las horas de sol que quedaban, fuera a tierra a cumplir el propósito que le había confesado el día anterior: reunir vértebras y costillas de ballenas para constituir la Sala Antártica Peruana en el Museo Naval del Callao. Ni corto ni perezozo acepté y en un zodiac, en campañia de Walter Castañeda que se brindó a acompañarme, pase a tierra en la penunbra del atardecer.

Una vez en la playa hicimos una linda selección de osamentas de cetáceo, reunimos las piezas por unidades y las ordenamos por su forma y volumen. Pero cuando quisimos regresar al barco no pudimos, porque los tempanillos flotantes se habían cerrado tanto en las cercanías de la playa, que no podía llegar un zodiac a ella. Desde el buque, por walkie-talkie, también nos hicieron ver esta imposibilidad, añadiendo que los hielos estaban tan cerrados y eran tan filosos, que cortarían la primera embarcación inflada que pretendiera aproximarse: la balle-

nera, por lo demás, si bien no corría peligro de sufrir cortes, por razón de las albarradas de hielos, tampoco se podía acercar.

Nos decidimos, pues, a pasar la noche en la isla, empezando a caminar hacia un punto alto para defendernos mejor del viento y del frío porque, a decir verdad, en la playa no lograríamos sobrevivir a causa de la baja temperatura nocturna. Estábamos así decididos, cuando el Teniente Mauro Cacho, nos comunicó por walkie-talkie que no nos arriesgásemos al frío, que volviésemos a bajar a la playa que, en un zodiac, él iría por nosotros desde el buque.

Así lo hicimos, salió el zodiac del *Humboldt* , pero por la oscuridad no lo podíamos ver. Cuando logramos divisarlo apreciamos que no tenía cómo acercarse a la playa, tal era la cantidad de hielos flotantes y bandejones a la deriva. Estábamos rondando las once de la noche y la oscuridad era cada vez mayor. Por fin nos vieron los del zodiac y trataron de acercarse más, pero los hielos, siempre los hielos, eran tantos y tan cerrados, que la embarcación no podía avanzar. Los tempanillos subían y bajaban entrechocando entre sí, al tiempo que integraban una lenta procesión que la corriente y el viento llevaban hacia el oeste.

En estas circunstancias hubo un ruido muy fuerte y se advirtió un derrumbe en el glaciar, pero pasó el ruido y todo quedó en tal silencio que podíamos escuchar el entrechocar de los hielos en el agua y de vez en cuando hasta su resquebrajamiento. A todo ésto el motor del zodiac se volvió a encender, apagándose y encediéndose a voluntad del patrón para defender la hélice de los hielos sobreaguados. Finalmente logró abrirse paso con muchísima dificultad, acercándose a la playa en medio de necesarias precauciones y encallando en la arena, lo que aprovechamos Castañeda y yo para subir al zodiac y acomodarnos lo mejor posible. Estaban allí el Teniente Cacho, el Oficial de Mar Luis Gutiérrez Aguilar y el pescador calificado Rolando Romero Rodríguez. Hecho ésto nos apresuramos a zarpar.

Sin embargo, la traba de los hielos a la deriva no nos dejaba salir. Avanzamos entre las olas, pero habiendo vencido sólo unos setenta metros, se hizo un cerco de hielos en torno a nosotros mientras el viento nos arrojaba agua vidriada a la cara y teníamos que protegernos los ojos. Con los dos remos se empujaron los grandes trozos helados mientras el motor se encendía y se apagaba intencionalmente. Castañeda y yo, al carecer de remos, golpeábamos los hielos con dos costillas de ballenato que traíamos. El Teniente Cacho, a su vez oficiando de patrón, seguía apagando y encendiendo el motor, insistiendo en abrirse camino. Estábamos en un punto en que no podíamos avanzar ni retroceder, los hielos habían aumentado en número y tamaño, se seguían fusionando entre sí

configurando un anillo gélido que se cerraba en torno nuestro. No se podía ver el barco, del *Humboldt* tampoco nos veían a nosotros, alrededor nuestro había hielos y tempanillos de hasta tres metros de alto. Sólo el walkie-talkie nos mantenía en contacto con el buque mientras la procesión de los hielos nos arrastraba hacia poniente. Estos hielos, por momentos nos inmovilizaban y sus aristas cortantes pretendían herir las bordas de la balsilla inflada. Si estó ocurría nos hundiríamos en el agua helada y moriríamos de frío; sino actuábamos pronto, también podíamos morir triturados.

A remazos se abrió una brecha y con las costillas se mantuvo abierta, saliendo por allí el zodiac de su atolladero. Pero la hora tenía visos de desdichada y el viento y la corriente no nos dejaban avanzar. Los hielos seguían viniendo sobre nosotros y corríamos el riesgo de volver a quedar atrapados, pero la experiencia antártica y la sangre fría del Teniente Cacho se impusieron y luchando contra todo con mano firme en el timón, haciendo visajes con la proa y dando voces sobre lo que debíamos hacer y no hacer, salimos a un sector de mar libre donde, siempre sorteando tempanillos y bandejones, pudimos avistar al *Humboldt* con sus luces encendidas. Hubo un respiro por parte de todos: había pasado lo peor. Atrás, lenta, silenciosa, inmutable, seguía la procesión de los hielos.

Nos sacó de nuestra contemplación la voz del Segundo Comandante que a través del walkie-talkie inquería sobre nosotros. Le respondimos en el más feliz de los tonos: sí, Comandante, vencimos el cerco de hielos, estamos dirigiéndonos al buque.

Empapados, entumidos, prendiendo y pagando el motor ante nuevos hielos sobreaguados, nos acercamos al *Humboldt* . Bregando contra la corriente le dimos la vuelta por popa, luego alcanzamos la escala. El mar movido no nos dejó tomarla fácilmente, pero al segundo o tercer intento logramos aferrarla y subir. Varias personas salieron a recibirnos, todas nos preguntaban cómo estábamos, pues conocían el trance que acabábamos de vivir. Y nos felicitaron por haber llegado, porque el temor general era que los hielos filudos cortaran al zodiac y nos hundiéramos con los restos desinflados de la embarcación. Eso, a Dios gracias, era lo que no había sucedido.

Luego de reconfortarnos con alimentos muy calientes, todos nos fuimos a dormir. Yo, en realidad, no pude hacerlo. Tenía en mí, desde temprano, una punzante inquietud. El sismólogo de la base Arctowski me había dicho por la tarde que acababa de detectar un fuerte terremoto en algún lugar del Pacífico sudamericano. Claro está, no me dijo que era en Lima, más el temor a que allí hubiera estado el epicentro, me preocupó. No quise alarmar a nadie, pero

dirigiéndome al camarote del Teniente Alonso Burgos Acha, gran amigo y radioaficionado que generosamente nos brindaba cada semana su transmisor para hablar con la familia, le comuniqué mi temor. No cayó en saco roto mi inquietud, porque inmediatamente se comunicó con Natan Sterenthal, otro ángel de la comunicación que operaba de intermediario en Lima. Le preguntó si había habido allí algún movimiento telúrico y él le contestó que no.

Entonces fue que, tranquilizado al saber que nada malo había ocurrido en Lima y por extensión tampoco a los míos, me fui a dormir a mi litera como el más feliz de los mortales.

Domingo 7 de febrero de 1988

Tras una noche que se caracterizó por los muchos bandejones que golpearon el casco del barco, nació un día plomizo o, por lo menos sin sol.

A las nueve de la mañana bajé con Walter Castañeda a completar la tarea empezada ayer en el cementerio de ballenas. Ahora lo recorrimos con luz, no con penumbra, caminamos toda la playa y nos detuvimos repetidas veces a admirar los crecidos cráneos, las largas columnas vertebrales y los curvados costillares de cetáceo. Recogimos veintisiete costillas y siete vértebras enormes, luego fue que regresamos al buque a almorzar.

Retornamos a tierra a las tres de la tarde y concluímos la labor. A las cuatro, habiendo ya un sol fuerte, se comenzó a desmantelar el campamento y, previo canto del Himno Nacional, se arrió el Pabellón. No faltaron los vivas y los aplausos, tampoco las fotografías. Lo cierto es que todos colaboramos en trasladar los bultos del campamento a la playa, bajando así cajas de víveres y de medicinas, pequeños muebles portátiles, utensilios varios y aparatos de medición, también las carpas de lona plegadas y enfundadas. Todo se pasó a la ballenera y se llevó al *Humboldt* en varios viajes.

Mientras tanto, los científicos recorrían la playa con acuciosidad. Unos buscaban fósiles, otros piedras enrarecidas, líquenes ramificados o vertebrillas de lobos marinos. No encontraron caracoles ni animales que vivieran entre valvas, contentándose con algunos caparachos viejos y algas de variado color.

Como hacía calor, se sintió sed, y no teniendo agua para beber, recurrimos a los grandes trozos de hielo -muchos de ellos más altos que un hombre- diseminados por la orilla. Con piedras rompimos sus aristas y sus crestas, introduciéndonos los pequeños trozos en la boca y succionándolos con fruicción. Era un hielo duro, cristalino, sano y de excelente sabor. Quiero decir con esto

último, que carecía de salinidad por proceder de glaciar, por lo cual todos se animaron a vivir la experiencia, calmando así su sed, gracias a un auténtico hielo antártico.

Al final, luego de varios viajes de la ballenera, quedamos en la playa unos pocos hombres con el Comandante del Carmen. Los demás ya estaban en el buque. Aquí fue que reunimos las vértebras y costillares cetácicos y partimos con la embarcación repleta de osamentas.

Este fue nuestro último día en la isla del Rey Jorge, la que, igual que el primero, seguía luciendo imponente. Nos alejábamos de ella y estaba por caer el sol. La ballenera se apartaba de la orilla y navegaba entre hielos con focas durmientes. El glaciar estaba hermoso, las montañas señeras, la ensenada quieta y la bahía inmensa. El espectáculo era magnífico. Entonces fue que, a pedido del Teniente Coronel Sánchez Ayala, puse nombres incaicos a los más visibles accidentes del paisaje. A la bahía del Almirantazgo se le bautizó la bahía de los Incas, a la ensenada del campamento la ensenada de los Auquis, al glaciar gigante la barrera Pachacútec, a la montaña menor Huayna Cápac y a la más altiva Túpac Yupanqui. De este modo quedó el campamento Machu Picchu enclavado entre nombres indios del viejo Perú. Perduren o no los nombres, eso es cosa de los mapas.

Lunes 8 de febrero de 1988

A las tres de la madrugada levamos anclas y, algo así como un par de horas después, entramos a la bahía de Fildes, al sur-oeste de la isla Rey Jorge. Allí estaban ya los buques de guerra chilenos *"Piloto Pardo"* y *"Capitán Luis Alcázar"*. A bordo de este último había estado por primera vez en la Antártida el Comandante Brousset en 1983.

Eran tantas las bases a visitar en la bahía de Fildes que tuvimos que separarnos en grupos. Los comandantes del Carmen y Vargas visitarían con un grupo la base chilena Rodolfo Marsh y la base rusa Bellingshausen; el Comandante Soldi iría a la base uruguaya José Artigas; y el Comandante Brousset, con otro grupo, a la Gran Muralla, que era la base china. Yo fuí en este último grupo.

Lo hicimos en la ballenera, secundada por un zodiac previsto para el desembarco. Desde el mar se veía la base con muchos contenedores pintados de rojo escarlata y puertas y ventanas amarillas. Nos salió a recibir un zodiac con el intérprete que hablaba perfectamente el español y se llamaba Lang Yingjie, desembarcando en su compañía y siendo recibidos por Zhang Kuncheng,

biólogo y curtido explorador antártico, que era el segundo jefe de la base. Este nos llevó a conocer al primer jefe Tiá Genzheng, ingeniero mecánico de también lucida hoja de servicios.

El recibimiento fue fino, muy oriental, y se llevó a cabo en una salita larga con mesas chinas de poca altura, coloridas flores artificiales en una esquina, calendarios de seda con figuras a pincel en la pared, un gran jarrón de porcelana y chinescos faroles de cristal. Hubo palabras de bienvenida y palabras de agradecimiento. Nos sirvieron té, ofreciéndonos excepcionalmente azúcar, pues los chinos y japoneses lo beben sin endulzar. Añadieron galletas de chocolate, carne seca azucarada, crocantes avellanas y blandos caramelos envueltos en comestible papel de arroz. Algunos tomaron una gaseosa anlatada, roja y de raro sabor.

Pasamos luego a la sala de recreo, donde funcionaba también el bazar, habitación con cuadros de garzas lanzadas al vuelo y pagodas entre riscos arbolados, todos paisajes sinenses.

Seguidamente nos mostraron los laboratorios de biología -siendo allí atendidos por dos biólogos viejos, cada uno de los cuales era la imagen del sabio en su versión confuciana-, deteniéndonos a la salida en el monumento conmemorativo de la fundación de la base en 1985; una gran piedra redonda o casi tal, sobre un pedestal monolítico en el que se había escrito el nombre de Gran Muralla en caracteres chinos, bajorrelievados y pintados de rojo. No faltó quien descubriera una campana, elemento cristianizante llevado a China por los misioneros nestorianos primero y franciscanos después, estos últimos en el siglo XIII. Estaba en un lugar central y, sin duda, servía para congregar gente, señalar jornadas de trabajo o transmitir órdenes.

Más allá, en un palo a modo de poste, había como veinticinco flechas de madera indicando las principales ciudades chinas y la distancia hasta ellas. En el mástil ondeaba la bandera comunista y en un cartel elevado se veía la caricatura de un oso panda dándole la mano a un pingüino.

La base Gran Muralla tiene una dotación de cincuenta hombres todo el año y se nota en ella mucha actividad. Los científicos andan con el blusón revolucionario que difundiera Mao Tse Tung, no es notoria la presencia de mujeres, aunque sabemos que las hay, como que una de ellas nos atendió en el bazar.

Cumplida la visita, el jefe de la base y su segundo nos acompañaron hasta la playa, donde se despidieron con cortesías, y subimos a un vehículo anfibio de oruga que, por ser todo de hierro, parecía negado para flotar. Con todos los visitantes encima, el vehículo encendió sus motores y partió, avanzó por la playa pedregosa y luego se introdujo en el mar. Navegó entonces unos quinientos

metros hasta llegar a una lengua de tierra, la que subió sin dificultad, volviendo al mar con mucho ruido pero sin mayores movimientos. Aquí fue que nos alcanzó la ballenera y en ella regresamos al buque.

Cabe advertir que en todas las bases que visitamos, el Comandante Brousset, jefe de la expedición, hablaba con elegancia a la hora del saludo y sus palabras, serenas, pensadas, siempre estaban dirigidas a lograr un acercamiento beneficioso al Perú. Los extranjeros visitados iban cambiando su expresión al tiempo que lo escuchaban. Incluso los chinos de la Gran Muralla, aunque no todos entendían lo que hablaba, intuían que estaba diciendo algo importante y, además, bien dicho.

Después de almorzar y descansar un rato, el *Humboldt* zarpó hacia la base argentina José Jubany, no sin avistar en el recorrido a la base de Corea del Sur, que promete ser la mejor con el tiempo.

Llegamos a Jubany a eso de las tres y media de la tarde, desembarcando casi inmediatamente. Nos recibió con gran amistad su jefe, el ingeniero mecánico, Domingo Nemesio Ledesma Escalante, quien en otro vehículo de oruga, más pequeño que los mencionados atrás, nos llevó hasta la propia base y allí nos dispensó cumplidas atenciones haciéndonos también firmar el libro de visitas. Departimos amablemente con varios científicos que allí estaban y yo aproveché para hacerlo con dos especialistas en pinnípedos: Roberto Fontana y Marco Favero. A ellos les conté lo que había visto en la base Palmer respecto al elefante marino y las tres hembras, contestándome que, no me había equivocado, que esas escenas solían ocurrir con los grupos extraviados y que pese a que, lo visto no era común, tampoco un flirteo -sin ser época de brama- era demasiado raro. Y a partir de ese momento comencé a recibir una clase sobre elefantes marinos, lección que, aparte de ilustrarme mucho, me entretuvo sobremanera.

Cuando regresé a donde estaban los demás, los encontre riendo por haber un tema que divertía a todos. Secretamente los argentinos nos habían estado contando las veces que decíamos "ya", y los peruanos también a los argentinos las veces que decían "che". Parece que había algo así como un empate; por lo que recién nos percatamos los peruanos que usábamos la muletilla más repetidas veces de lo que creíamos. Pero el "ya" rimense tenía más usos que el "che" porteño, porque poseía varios significados. Entre otros equivalía a: sí, ahora, de acuerdo, listos, muy bien, hasta aquí, termina y ¿entiendes?

La base Jubany no era grande y, en invierno se quedaban en ella entre diez y quince científicos. Hay uno de ellos, precisamente, que ha venido dieciseis veces a la Antártida y dice que piensa regresar otras veces más. Según sus compañeros, sufre de "fiebre blanca".

La verdad es que nos sentíamos bien tratados y estábamos muy contentos, pero nos teníamos que ir. Jubany era la última base antártica que visitábamos, resultó muy agradable a todos los peruanos y además, muy útil para mí. Nos despedimos en la playa con apretones de mano y abrazos, pero algo después, a eso de las seis, fue el jefe de la base al *Humboldt* con diez compañeros - respondiendo a una invitación peruana- y estuvieron hasta las nueve departiendo con excelente humor. Miguel Rittaco, muy alegre, ofició de maestresala entre sus amigos del Perú y sus compatriotas platenses. El rato fue muy divertido, todos la pasamos muy bien.

Al irse los visitantes, los que habíamos participado del agasajo nos quedamos solos en la Cámara de Oficiales. Algunos nos acercamos para ver por la lumbrera una gran barrrera de hielo. Nos pareció hermosísima con sus grietas de azul intenso. Alguien señaló el cielo a nuestras espaldas y, cambiando de lumbrera, vimos entonces nubes moradas fileteadas de oro primero y de rojo después, nubes que se reflejaban en el mar calmado. Así nos despidió la Antártida: con sus mejores hielos, sus mejores cielos y su mejor mar.

Como empezó el buque a navegar y yo no estaba tan conforme de partir así, pretendiendo ver cómo se alejaba del archipiélago de las Shetland y del continente helado, salí de la Cámara de Oficiales. Eran las diez y la penumbra ganaba terreno. En la cubierta de popa, donde ahora me encontraba, soplaba el viento y salpicaba el mar. El buque se movía y los montes oscilaban al tiempo que se iban haciendo pequeños. El barco navegaba veloz en su afán de vencer millas. Ya casi no había luz. Pero miré hacia lo alto y ví al Pabellón peruano que flameaba, que flameaba en dirección a tierra, que flameaba como si quisiera decir algo. Las banderas dicen mucho, pero no hablan. Sin embargo, entre el ruido del mar y los silbidos del viento, me pareció oir que la mía afirmaba: ¡volveremos!

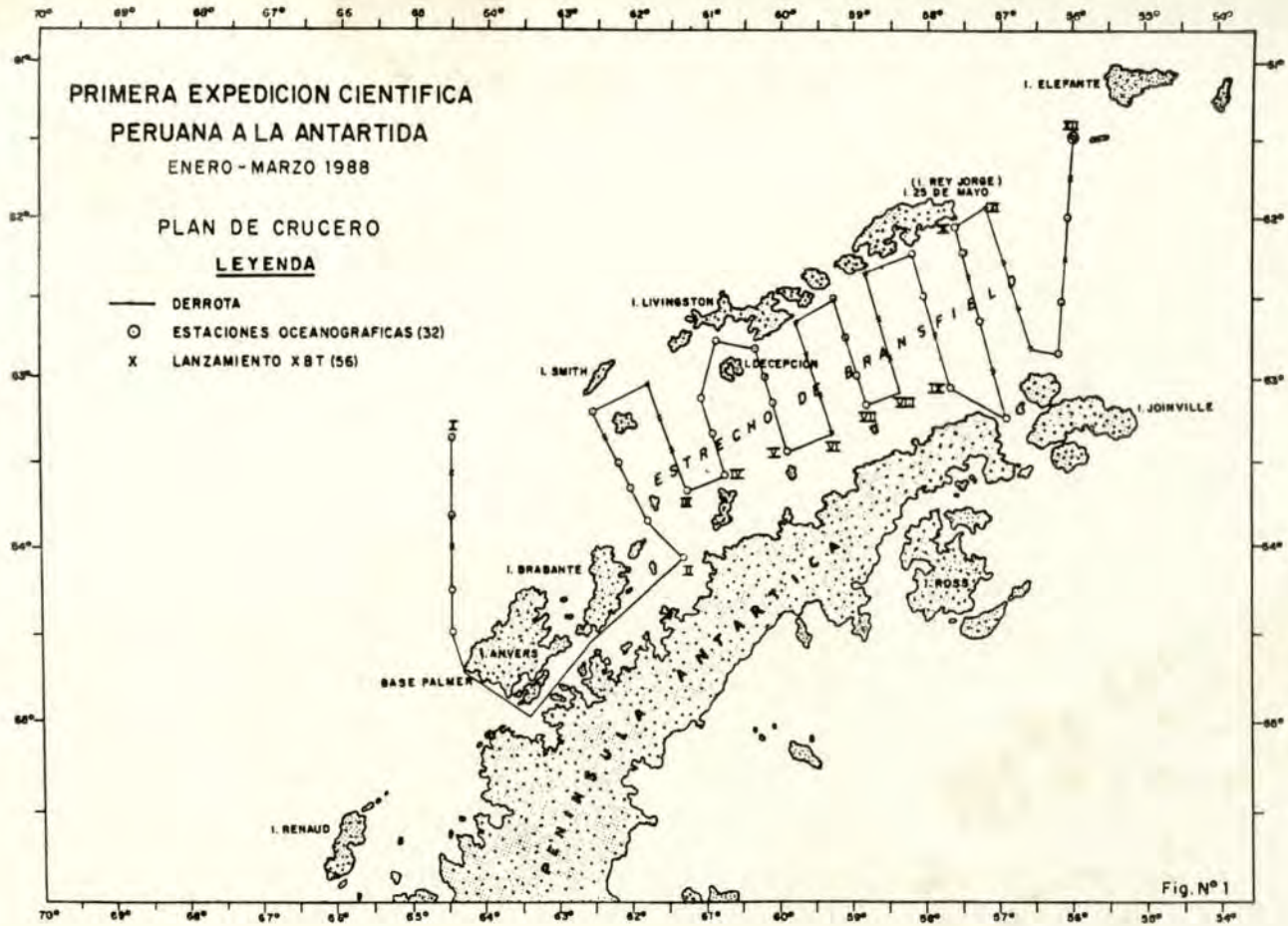

PRIMERA EXPEDICION CIENTIFICA
PERUANA A LA ANTARTIDA
ENERO - MARZO 1988
PLAN DE CRUCERO
LEYENDA
DERROTA
ESTACIONES OCEANOGRAFICAS (32)
LANZAMIENTO XBT (56)
I. ELEFANTE
(I. REY JORGE)
I. 25 DE MAYO
I. LIVINGSTON
I. SMITH
I. DECEPCION
I. JOINVILLE
I. BRABANTE
I. ANVERS
BASE PALMER
I. ROSS
I. RENAUD
ESTRECHO DE BRANSFIELD
PENINSULA ANTARTICA

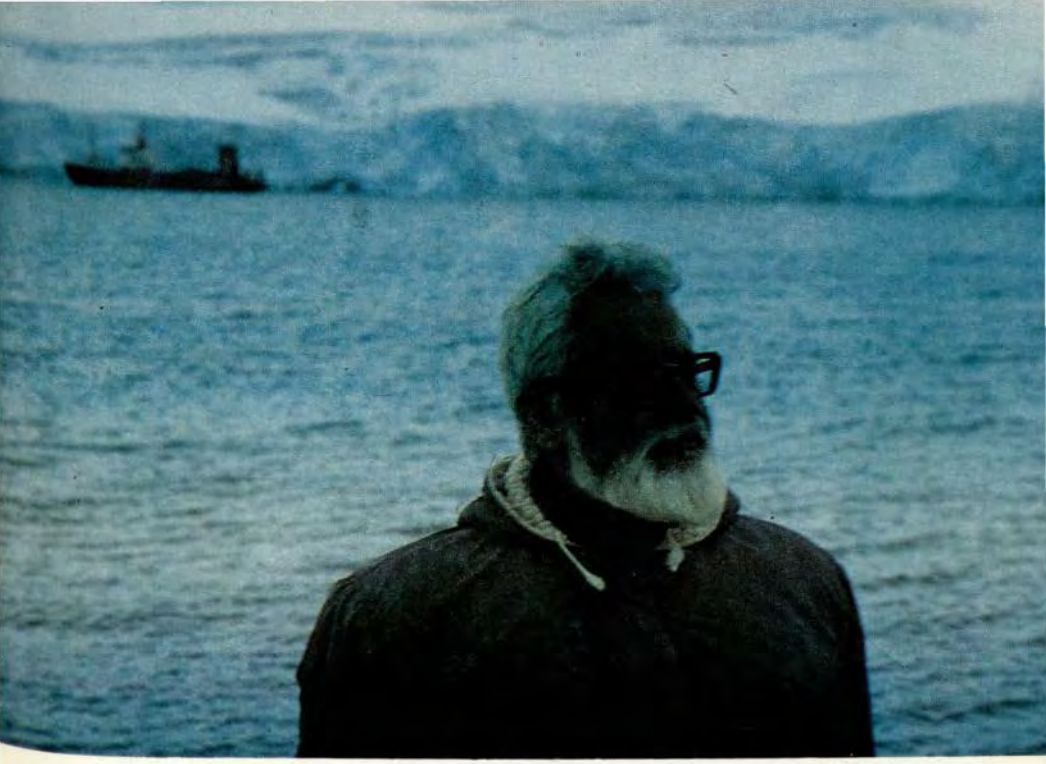
Fig. N° 1

TERCERA PARTE

EL TORNAVIAJE

"...y siempre...tractó de volverse a Chile y a Lima".

Pedro Sarmiento de Gamboa.



El doctor José Antonio del Busto Duthurburu, historiador-cronista de la Primera Expedición Científica Peruana a la Antártida.

Martes 9 de febrero de 1988

Entramos al paso Drake a las cuatro y quince de la madrugada e inmediatamente el barco acusó recibo de ello. Las ropas comenzaron a pendolar en las perchas, los zapatos a correrse de sitio y los objetos a caerse de las mesas. En resúmen, nada importante pero sí espectacular.

Amaneció algo nublado, pese a lo cual el océano se veía libre de hielos. Luego hizo algún frío y el movimiento del barco aumentó. A las nueve de la mañana el vaivén se había acentuado mucho y la gente empezó a caminar aferrándose a los pasamanos o encontrándose en las encrucijadas con desusada velocidad. También se notaron lentitudes y apresuramientos al transitar por las escaleras.

Se almorzó mal porque la gente no se sentía bien: era el mareo. Los movimientos del barco son cada vez más bruscos. Todo el buque cruje y el balanceo ha sacado a los libros de los estantes y a los cajones de la base de las literas. Por su parte, las puertas se abren y cierran solas, las sillas se desplazan sin rumbo y las lumbreras son lamidas por lenguas de agua, brindándonos así segundos de oscuridad.

En la Cámara de Oficiales todo está acordelado, algunos platos caen y se rompen en el comedor, en los reposteros de la cocina entrechocan los cubiertos.

Somos pocos los que concurrimos a la cena, incluso podría asegurarse que menos que en el almuerzo. Los demás están en sus literas, aunque no pueden dormir por causa de los seis movimientos que allí se perciben: adelante, atrás, izquierda, derecha, arriba y abajo. Las cortinillas de la litera (esas que nos pusieron para poder dormir pese a la luz solar en el día antártico) se mueven desordenadamente buscando la vertical. Alguno que se ducha creyendo combatir el mareo náutico, observa que el chorro de agua cae caprichosamente, que cae torcido, que no impacta precisamente en su cuerpo. La cosa se pone tan movida que, no sólo se suspende la función de cine, sino que se ordena a los tripulantes no transitar por los exteriores.

Ganado por la curiosidad pido permiso y subo al puente deseoso de ver el mar desde lo alto. En el puente hay más movimiento que en el comedor, añadiéndose una visión impresionante: la proa se hunde y el mar la barre, las amuras y las aletas llegan al nivel de las olas, y las bandas oscilan alarmantemente como si invitaran al mar a penetrar. Los mástiles se vuelven locos y los cables de acero zumban.

El horizonte no existe, sólo hay mar abultado, en movimiento, olas que crecen y atacan, olas que agreden y se van. Incluso hay olas que de lejos parecen

montañas. Se comunica a todos la verdad: estamos en un mar 7, según la escala de Beaufort. No era la mayor tormenta que yo había visto (he vivido un mar 9 entre Nueva Zelanda y la isla de Pascua, allá por el año 1967), pero ésta también era de impresionar. Un viento bramador la hacía más impresionante todavía.

Dando tumbos regresé a la tercera cubierta. No quería entrar al camarote: debía estar en el más logrado desorden. Pero me vencí y lo hice. Efectivamente, el caos era total. Comencé por amarrar la silla que encontré en el suelo, luego recogí mis libros y cuadernos, junté mis dispersos zapatos, enderecé el tacho de los papeles y me dediqué a reunir las prendas de mi atuendo antártico diseminadas. Cuando logré darles unidad, hice un paquete liado, lo aseguré a la silla -que también estaba atada- y luego de ésto, entre cansado y aburrido, me tendí en la litera sin deseos de dormir. Estuve un rato con los ojos abiertos, pero luego los cerré, y -sin llegar al extremo de contar olas en vez de corderitos- me quedé profundamente dormido.

Miércoles 10 de febrero de 1988

El movimiento llegó a su apogeo a las tres de la madrugada, momento en el que me desperté. Como me había dormido con la ropa de diario, me levanté y salí. Algunos estaban en el comedor y todos comentaban que el mástil había llegado a oscilar treinta y cinco grados. Acabado el café, con gran trabajo en el camino, regresamos a nuestros camarotes. Poco después aclaró, pero no amainó la braveza del mar.

Al desayuno concurrimos diecisiete personas. Hubo auto-servicio: un pan con queso, otro con jamón y una gaseosa enlatada. Nada de sillas ni de mesas, tampoco de platos, tazas ni cubiertos. Tomamos el desayuno de pie, con los panes en la mano, la gaseosa en el bolsillo y tratando de hacer equilibrio con las piernas.

A las nueve de la mañana era imposible caminar sin apoyarse en los mamparos. Subí al puente, pedí permiso e ingresé. Los Oficiales, bajo la mirada del Comandante García Escudero, se esmeraban en estudiar la carta de navegación, mientras los Técnicos trataban de ejecutar lo que se les ordenaba. Pero el movimiento era tan grande que había muchas dificultades para cumplir con ambas cosas. Esto, porque el puente es donde más se percibe el vaivén después del sobre-puente y la cofa. Un hombre de pie, en el puente, se siente proyectado hacia babor o estribor. Por este motivo los Oficiales estudiaban las cartas aferrados a los muebles y los Técnicos maniobraban asidos de pasamanos y agarraderas. El mar, por lo demás, también hacía lo suyo, presentando la

terrible belleza que a veces suele mostrar lo monstruoso.

El resto del día fue como lo hemos venido relatando. Se hizo demasiado largo porque no se podía leer ni escribir. Amainó el viento, es verdad, pero el cielo se puso negro. El mar unas veces lo teníamos de amura y otras de aleta, también de proa, mas nunca de popa, y esto era lo que originaba el movimiento. Felizmente no había rayos ni trompas marinas, tampoco lluvias ni turbonadas. Consuelos relativos para quienes sufrían la mar movida.

Por fin, a las seis de la tarde, acaso algo más, amainó el mal tiempo, asomó parcialmente el sol y -cuando nos preparábamos a vivir una noche de infierno- el mar mejoró su genio y el buque comenzó a navegar con más soltura.

Curioso, como siempre, subí al puente y con la licencia del caso, ingresé. La gente ya estaba en sus puestos con más naturalidad, todos tranquilos, aunque todavía con los brazos en jarra y los pies separados. El Comandante, en su lugar de mando, observaba el horizonte. Se notaba su triunfo: el paso Drake estaba vencido.

Un resplandor lejano por la banda de babor indicaba que por allí había caído el sol; unas sombras oscuras frente a la amura de estribor eran las primeras ínsulas americanas. Atrás quedaba la Antártida, ahora estábamos de vuelta al continente donde habíamos nacido.

Y calmada la ira del mar, tornamos a encontrar su serena belleza, al punto de coincidir con las viejas sagas vikingas que lo cantaban como:

Camino de la ballena,
morada de los peces,
encuentro de las focas,
recreo de las aves,
palestra de los hombres,
tumba de los héroes.

Jueves 11 de febrero de 1988

A las tres y quince de la madrugada fondeamos en la boca del canal Beagle y nos detuvimos a esperar a los prácticos chilenos. Ese era el sitio, precisamente, donde en 1826 el capitán Robert Fitz Roy, comandante del *Beagle*, descubrió a los yaghanes, que entonces habitaban hasta la isla Picton. Aquí también o cerca de aquí, Thomas Bridges, misionero anglicano del siglo XIX, inició su *Diccionario de Lengua Yaghan*, notable por su erudición.

A las seis de la mañana, habiendo llegado los prácticos, retomamos la navegación, penetrando el célebre canal del Beagle -llamado así en honor al barco citado, en el que viajaba Darwin- que nos dio el primer saludo de verdor americano con los pocos vegetales que tenía. Aquello bastó para hacernos sentir satisfechos. Después de no haber visto árboles ni arbustos en la Antártida, lo poco verde que vimos aquí, nos impresionó como si hubiéramos divisado la selva.

Remontamos el canal con lentitud, al menos eso nos pareció a todos los que esperábamos ver Ushuaia en lontananza. A las diez y diez estuvimos frente a este puerto. Parecía una ciudad escapada de una postal. Mostraba casitas verdes, azules, blancas, rojas y amarillas con techo a dos aguas. Destacaba el campanario puntiagudo de la iglesia y la Casa del Gobernador, edificio grande con una torre con tejado de pizarra. Ambas construcciones acusaban arquitectura muy particular, pues recordaba la de los pueblos suizos y austriácos de montaña.

Se atracó a eso de las once, dándonos con la sorpresa que en el muelle nos estaba esperando el Contralmirante Alfredo Arnáiz Ambrosiani, Director Ejecutivo de nuestra expedición, quien había venido expresamente desde Lima a recibirnos, recoger los primeros informes y también a saludarnos. Lo acompañaban el Agregado Naval peruano en Buenos Aires, Capitán de Navío Emilio Benalcázar Coz, y un grupo de marinos argentinos con uniforme de invierno.

Se le recibió en la cubierta de proa, a la que subió acompañado por el Comandante Brousset, y una vez en ella saludó militarmente, dando luego la mano a todos y a cada uno de los oficiales de Marina, Ejército y Aviación allí formados. Luego pasó a la Cámara de Oficiales, donde fue recibido por los científicos con un caluroso aplauso, estudiosos que estaban presididos por su Coordinador, Comandante César Vargas Faucheux y los jefes de programa. Saludó también a todos ellos y cuando ésto se hubo cumplido, hubo un silencio general. Habló entonces el Comandante Brousset, quien expresó su satisfacción por la visita del Contralmirante Arnáiz, otorgando después la palabra al Comandante Vargas, Coordinador Científico, quien luego de expresarse en términos muy precisos sobre las investigaciones, presentó e hizo informar muy oralmente sobre el desarrollo de las mismas a los jefes de programa. Hablaron así el Comandante Héctor Soldi, la doctora Ruth Calienes, la doctora Isabel Olga Gómez, el ingeniero Félix Monge, el Comandante César del Carmen, el Teniente Coronel Fernando Sánchez Ayala y el ingeniero Ricardo Vílchez, por los Programas de Oceanografía Física, Oceanografía Química, Biología, Magnetismo, Meteorología, Logística y Acústica, respectivamente.

El Contralmirante Arnáiz estaba contento. Y tenía razón de estarlo porque

su responsabilidad había sido enorme. Sobre su persona había gravitado la totalidad de la expedición, incluyendo aprestos, desarrollo y resultados. Por eso tomó la palabra, expresando su particular complacencia, felicitando a todos los expedicionarios y, finalmente, dándoles las gracias en nombre del Perú y de la Armada Peruana. Sus palabras fueron reconocimiento oficial de que la Primera Expedición Científica Peruana al Continente Austral había sido un éxito. Nosotros lo sabíamos, pero ahora resultaba muy gratificante que otra persona lo reconociera y, en este caso, nadie mejor que el Contralmirante Arnáiz, Director Ejecutivo de la expedición.

Acto seguido se sirvió una copa de vino blanco helado, el Contralmirante conversó simpáticamente con todos, hizo preguntas con natural curiosidad y, cuando lo consideró oportuno, se retiró, siempre acompañado por el Comandante Brousset.

Entonces fue que la gente rompió en comentarios festivos, pasó a almorzar al comedor, cobró sus dólares con alegría, se cambió de ropa y bajó a conocer la capital de la Tierra de Fuego.

Ushuaia es una ciudad que tendrá 30,000 habitantes. Es moderna pero sin pretensiones, es funcional y sin lujos. Carece de Plaza Mayor, presentando, en cambio, pequeñas plazoletas esquineras y una gran avenida principal advocada al Libertador José de San Martín. Esta arteria corre en el sentido del mar y todas sus calles paralelas son a mayor altura que ella, por lo que las calles perpendiculares resultan descendentes.

Las tiendas venden ropa invernal y artículos de cuero, también mucha mercadería europea, pero a precios elevados. Hay confiterías y restaurantes, varias tiendas de embutidos y muchas ferreterías. La iglesia, que regentan los salesianos, muestra el campanario agudo y cuadrangular propio a los pueblos alpinos, y la Casa de Gobierno, amarilla y de varios pisos, culmina en esa gran torre central con tejas negras, lo que le da singular prestancia.

Hay poco movimiento vehicular. Los automóviles son mayormente franceses, casi no hay autobuses, faltando por completo las bicicletas, triciclos y motocicletas, aunque estas últimas han sido reemplazadas por unos carritos motorizados de ruedas gruesas, aptos para subir las calles empinadas de la población.

Ushuaia fue fundada en 1884 sobre una reducción de indios onas y su nombre -en lengua ona- significa "bahía que mira al levante". Es urbe que ha evolucionado rápidamente. Al comienzo tenía sólo casas con techos de calamina, hoy esas construcciones quedan como casos de excepción, habiendo surgido luego los edificios mayores, algunos de originalidad señalada.

No es ciudad de viejas tradiciones, acaso porque para muchos es sólo urbe de paso: vienen a desempeñar un puesto o a instalar un negocio, cumplen su cometido y se van. La vinculación con Europa nace con los primeros misioneros ingleses de la Iglesia Anglicana y con los primeros misioneros salesianos de la Iglesia Católica Romana. Aquellos fueron los meritorios pioneros, éstos los verdaderos exploradores del país, los descubridores de su tormentosa geografía y, sobre todo, los protectores de sus indígenas: los onas.

Los onas fueron los más antiguos habitantes de la Tierra de Fuego y del extremo sur del continente. Eran cazadores nómades y acaso horticultores seminómades, pero nunca, que sepamos, alcanzaron la categoría de sedentarios. Los hombres usaron un manto cerrado y cosido de piel de guanaco que les llegaba por atrás a los talones y por delante abajo de las rodillas, dejando el brazo derecho descubierto y libre para disparar el arco. Ocasionalmente usaron calzado hecho con el cuero calloso de las rótulas del guanaco y, siempre o casi siempre, un gorro de piel corto y terminado en punta -en veces descubierto arriba- que les protegía la frente y las sienes y que se ataba a la nuca. Lo curioso de todas estas prendas es que el pelaje de los cueros se usaba hacia afuera y se ensalivaba con la lengua para combatir el frío. Su arco medía más de un metro de largo y era de madera muy dura, su cuerda estaba hecha de tripas secas y trenzadas de auquénido, y el carcaj confeccionado con cuero de lobo marino. Las flechas eran de caña con punta de piedra y raras veces pasaban de ochenta centímetros. Para sus cacerías solían llevar un guardapelo con amuletos ceñido a la frente. Cuando se reunían los grupos en lugares prefijados, casi siempre en invierno, los varones se entretenían practicando la lucha cuerpo a cuerpo, desnudos y ante círculos de espectadores. Las mujeres usaban un faldón desde la cintura a los pies, y una capellina, ambas prendas de piel con la lana hacia afuera. En los viajes llevaban la leña y la comida, paletillas de lobo para usar como platos y bolsas de burda confección. No usaban prenda de cabeza. Si había un hijo pequeño lo portaban a la espalda en una cuna portátil hecha con seis maderos atados. Por la noche, construían un refugio en base a unos palos separados en la base y unidos en lo alto que revestían con cueros amplios y pelados, logrando así un toldo cónico y estrecho. En los descansos diurnos los varones se divertían lanzando al aire aros de paja para practicar tiro al vuelo. Era impresionante ver marchar a la familia ona por parajes tan inhóspitos. El hombre encabezaba el grupo con sus armas en la mano, las mujeres portaban los enseres y llevaban los hijos pequeños en la espalda, y los mayorcitos cargaban bultos ligeros. Completaba este conjunto el perro magallánico, nieto de especies aborígenes y de canes europeos náufragos. Cazaban mucho, pescaban poco y recolectaban frutos donde los podían hallar.

Su vida mísera y errante estaba adaptada al clima y a la producción del país. Ver avanzar así a los grupos de onas con sus perros por los helados páramos, era un espectáculo único en el mundo.

Viernes 12 de febrero de 1988

A las nueve y veinte de la mañana partimos del muelle en un autobús puesto por la Armada Argentina a disposición de los tripulantes del *Humboldt*. Tomamos primero la calle de Maipú, junto al mar, y luego la llamada de las Malvinas Argentinas. De este modo, después de salir al campo y recorrer dieciocho kilómetros, llegamos al Parque Nacional de Tierra de Fuego.

Era éste un hermoso lugar que tenía 63,000 hectáreas llenas de árboles típicos de la región, los que formaban frondosos bosques bajo un paisaje de montañas azules y nevadas. El olor era el propio a la vegetación exhuberante. El terreno estaba cruzado de continuo por conejos y sobrevolado por las aves. Los conejos, nutrias y ratas almizcleras son animales intrusos, pero integran la volatería autóctona el cauquén, el pato-vapor, el pájaro carpintero y el rayadito, sumándose -en los 6 kilómetros que tiene el parque sobre el cauce del Beagle- el albatros de ceja negra, el ostrero overo y el cauquén blanco. Finalmente, impresionaba de modo especial el lago Roca, imbuído de una paz llena de sol que mostraba sus aguas frescas y limpias, orilladas por playuelas de piedras alabastradas. Entre los árboles predominaba el lenga, convertido por ello en el más representativo de todos, el leña dura, el notro, el fiire, el guindo y el canelo. Alguien empezó a buscar un calafate, otro árbol regional cuyo fruto, negro y brillante, dicen que tiene la virtud de hacer regresar al forastero que lo prueba.

Hartos de verdor y vegetación los que en la Antártida no habíamos visto casi ninguna planta, subimos al autobús y comenzamos a dar vueltas, llegando a contemplar el feracísimo paisaje desde la falda de una montaña. Desde ella incluso, avistamos el mar. Luego fue que regresamos a Ushuaia.

Conocimos, una vez allí, el sector industrial, con sus fábricas y chimeneas, también las graciosas casitas de los trabajadores, apreciando de paso a sus familias. Pasamos igualmente frente a planteles escolares, descubriendo en todo singular movimiento y mucha gente por las calles.

Después de ésto se nos hizo visitar el antiguo Presidio de Ushuaia, reclusión de torva fama, del que afirmaban que era imposible escapar, porque si algún preso lo intentaba, días después se le veía regresar por causa del hambre y del frío. Todavía se conserva una vieja locomotora y un pequeño vagón en que se llevaba

a los reclusos a cortar madera, pues eran tiempos en que los barcos navegaban a carbón. El edificio carcelario es imponente y tétrico. Cuentan que los presos encendían grandes fogatas en los dos extremos del pasillo largo y que de ese modo lograban el mejor calor de la ciudad. Es construcción recia, con muchas ventanas enrejadas y las rejas con gruesos barrotes. A sus celdas se llevaba a los incorregibles y más peligrosos delincuentes del país. Allí purgaban sus condenas hasta el cumplimiento de las mismas. Alguno de ellos, en sus ratos de ocio, llegó a tallar el Himno Nacional en un fósforo, palillo que hoy se guarda en el Museo de la Ciudad.

En la Base Naval de Ushuaia se nos ofreció un suculento almuerzo por parte de la Armada Argentina. Hubo chorizos con ensalada de lechuga y tomate y cantidades de carne asada de ternero, amén de vino tinto y pan blanco. Los marinos argentinos estuvieron muy gentiles y en un momento dado, uno de ellos ofreció la recepción. El Técnico Dagoberto Caycho Porras se puso entonces de pie y, con palabras muy del caso, agradeció en nombre de los tripulantes del *Humboldt*. Hubo aplausos para uno y otro, prosiguiendo la comida en medio de gran fraternidad. Tras ésto cantaron baladas peruanas los Oficiales de Mar Orlando Villacorta Tafur y José Castillo Mori, luciéndose como decimista el Técnico Julio de la Cruz Chacaltana -el único tripulante negro de nuestra expedición-, quien con quimba y gracia guineas recitó todo aquello de: Palmero sube a la palma..., haciendo reir a todos. Para agradecer el agasajo habló finalmente el autor de estas líneas, siguiéndose los clásicos abrazos de despedida y los deseos de buen viaje.

Salí de la Base Naval en compañía del Sub-Oficial Magnano, quien me había contado la vigencia que entre los marinos argentinos tiene la llamada Tormenta de Santa Rosa, porque en estos mares suele darse alrededor del 30 de agosto. Pero el motivo de salir en su compañía fue el haberme también hablado de Elena Gastelumendi de Santín, "la última ona", septuagenaria que vivía en Ushuaia y estaba reconocida como la postrera exponente de su raza. Juntos, pues, fuimos a visitarla, pues yo mostré vivo interés en conocerla y alcanzarle, con mi mano mestiza, el saludo de los indios del Perú. Así llegamos a su casa, en la avenida San Martín 238, pero allí nos comunicaron que la anciana aborígen estaba pasando unos días en el campo (donde el gobierno argentino le había asignado una pequeña propiedad) y sólo pude conversar con su hija, una mujer amable y cincuentona, con quien le dejé mis saludos. Fue así como perdí la oportunidad de conocer a esta auténtica reliquia fueguina.

Por la noche, a eso de las nueve, el Contralmirante Alfredo Arnáiz Ambrosiani invitó una cena en el restaurant Moustacchio -en la esquina de la avenida

San Martín y la calle Godoy-, el cual era uno de los mejores de la ciudad. concurrieron el Comandante Brousset y los también Comandantes García Escudero, Amat y León, Soldi, del Carmen y Vargas Faucheux, el Capitán de Fragata Juan Carlos Cicala, que acompañaba al Contralmirante, las doctoras Gómez Caballero y Conopuma Rivera, el Teniente Coronel Sánchez Ayala y los Tenientes de Marina Cacho de Armero y Marrou Adrianzén, así como los científicos Moreno Beas, Monge Castillo, Canaviri Mujica, Laos Cruzado, Vera Chamochumbi y el fotógrafo-científico Seoane Morla. La cena fue agradable desde el principio hasta el fin, transcurrió en medio de anécdotas y recuerdos de la Antártida. Se comió sólo frutos del mar, sobresaliendo los pescados, la centolla, calamares, mariscos y moluscos. En algún momento, desde la ventana del comedor, los comensales pudimos ver al *Humboldt*. Estaba acoderado al muelle y con sus luces encendidas. Hubo añoranzas y frases de reconocimiento. Se le recordó al ancla en la inmensidad de una bahía helada o en marcha por un pasaje de témpanos, siempre con linda estampa, con perfil altivo y señorial. Evocamos cuando en la Antártida éramos los siempre yentes y vinientes. Los que partíamos temprano con el alma llena de proyectos y los que regresábamos cansados al anochecer. Pero esos pequeños viajes nos habían servido para contemplar al *Humboldt* en toda su grandeza y reconocerlo algo así como nuestra casa paterna en el mundo de los hielos. Tenía calor de hogar y en él habíamos vivido todos como hermanos.

En otro momento de la cena el ingeniero Benjamín Vera Chamochumbi tomó la palabra y, con frases de aprecio para todos, se refirió al éxito de nuestra jornada antártica. Tuvieron especial valor sus pensamientos, porque entre los civiles era el único que había estado anteriormente en el continente blanco, engrosando una expedición argentina en 1983. Después hizo lo mismo el Contralmirante Arnáiz, quien habló en términos altamente significativos, pues se refirió al tiempo, al esfuerzo y al fruto de la expedición austral. Lo escuchamos con verdadera gratitud. El -desde la intimidad de su escritorio y en la soledad de su oficina- había sido el "cerebro" de la expedición y gracias a él, a sus cálculos y previsiones, todo había resultado triunfal. Por eso una ovación cerró sus palabras y luego levantamos nuestras copas de vino y brindamos a su salud. El ambiente estaba simpatiquísimo, y así fue hasta que regresamos al buque.

Eran ya las doce de la noche, el sol había caído hacía dos horas, la ciudad se ofrecía a nuestros ojos con una visión especial. Desde la proa del *Humboldt* la vimos viva, bullente, iluminada. Estaba hermosa y sus muchas luces recordaban una asamblea de luciérnagas. Ushuaia, la ciudad que miraba al levante, era la ciudad más meridional del mundo y nosotros habíamos tenido la suerte de

conocerla.

Sábado 13 de febrero de 1988

Partimos de Ushuaia a las siete y treinta de la mañana en medio de gran sol, quedando atrás la ciudad con sus casitas de colores, bosques de lenga y montañas con crestas de hielo. En el muelle quedó agitando la mano el biólogo marino Miguel Ritacco Guerrero, quien ha congeniado mucho con los peruanos y su viaje culminó aquí. También acudió a despedirnos una delegación de la Armada Argentina.

Se navegó toda la mañana por nuestros ya conocidos canales magallánicos, siempre grises, rocosos, solitarios. De cuando en vez aparecieron los glaciares con sus moles amenazantes de hielo acumulado. No por conocido dejó de ser impresionante el de Rumanche, con su gran salto de agua. Ahora, lo hemos dicho, hay sol, cielo despejado y agradable temperatura, todo lo cual alegra el desolado paisaje. Los únicos animales que se ven son aves voladoras.

Sin embargo, estamos ya en tierras que señorea el cóndor y supervigila el puma. Dicho en otras palabras, se respira el Ande con su fauna más meridional: el guanaco y el ñandú, el zorro y la liebre gris, el tucuquere y el huairano, el chingue y el tuco-tuco. Es también tierra de castores, vizcachas y gatos monteses, del huemul y del ciervo, del pillo y del flamenco. Mas no por nombrar a todos estos especímenes estamos olvidando al pingüino magallánico, con pintas blancas en el cuerpo y en el pico, el cual posee las aletas más cortas de todos los pingüinos del mundo, lo que le ha ganado el mote mutilatorio de *pájaro manco*.

Son igualmente notables los peces de esta parte del estrecho. Sobresalen el robalo, la merluza de cola, el abadejo y los cardúmenes de sardina fueguina, seguidos por sabrosos animalejos como caracoles, mejillones y cholgas que precede y acaudilla ese cangrejo gigante que se llama la centolla.

A estas alturas los científicos han comenzado a redactar sus informes preliminares que entregarán al Comandante Vargas Faucheux en Punta Arenas. A su vez, el Teniente Marrou ha solicitado a todos -científicos, tripulantes, pescadores- la devolución de la ropa antártica dentro de su bolsa de lona, salvo la ropa interior y los calcetines.

Se dice que en Punta Arenas bajarán el diplomático Julio Romero, el ingeniero Rolf Christian Roeder, el fotógrafo Jorge Seoane y, posiblemente, el comandante César del Carmen, quienes tienen prisa en llegar a Lima y que, por tanto, viajarían en avión a la capital peruana.

Mientras tanto, la navegación prosigue inalterable pero lenta a través de los canales. Estos canales son intrincados, revueltos y confusos, y si en ellos no se tienen buenas cartas de marear, cualquier barco corre el riesgo de perderse.

Los principales canales fueron explorados entre 1788 y 1789 por un marino peruano, natural de Arequipa: el entonces Capitán de Navío José Antonio de Peralta y Rivera de las Roelas, VII marqués de Casares, quien como comandante de la fragata del Rey *Santa María de la Cabeza*, hizo prolijos estudios cartográficos sobre ellos. Vuelto a España fue Mayor General del Departamento de Cádiz y La Carraca, alcanzando el grado máximo de Jefe de Escuadra de la Real Armada y muriendo en 1795 siendo virrey electo del Nuevo Reino de Granada. Fue un gran explorador del estrecho y escribió un voluminoso informe de sus experiencias magallánicas pero, desgraciadamente, creemos que este valioso trabajo se ha perdido.

A las cinco y media se formó un hermoso arco iris detrás de nosotros, de modo que parecía que habíamos pasado por debajo de él. Luego de ésto la tarde se fue apagando paulatinamente, se hundió el sol entre las montañas nevadas y el canal quedó cubierto por una pátina plateada.

Domingo 14 de febrero de 1988

A las seis de la mañana largamos el ancla en Punta Arenas, quedándonos todo el tiempo fondeados sin llegar a atracar. La mañana fue sin novedad, pero al finalizar ella, tras despedirse de todos, en un remolcador partió el Contralmirante Arnáiz, hombre que -a lo que se ha dejado ver- es de notoria valía humana. Partió en su compañía, su ayudante, el Comandante Cicala. Viajaron asimismo con ellos el Comandante César del Carmen, el diplomático Julio Romero (que recibió a bordo la noticia de haber sido nombrado Cónsul General del Perú en Washington), el fotógrafo oficial de la expedición Jorge Seoane Morla y el ingeniero Rolf Christian Roeder, todas personas de logradas virtudes que habían sabido granjearse la simpatía general. Todos ellos fueron los primeros en marcharse, haciéndolo con sus maletas y equipos de trabajo, en medio de un mar agitado y un viento regular.

Aquí, en cambio, subió al *Humboldt* el periodista de *El Comercio* de Lima, Javier Ascue Sarmiento, quien desde un primer momento comenzó a hacer reportajes y entrevistas a los expedicionarios. Había querido ir con nosotros a la Antártida, mas al no otorgarse permiso a ningún periodista para hacerlo, se vió forzado a quedarse. Pero ahora, otra vez en Punta Arenas, nos estaba esperando

con sus máquinas fotográficas y libretas de apuntes; con mayor fortuna, por cierto, pues se le concedió licencia para seguir hasta Valparaíso.

Punta Arenas nos pareció esta vez más pequeña, apreciada sólo desde el mar. Así debió ver el puerto la tripulación de la corbeta *Unión* al mando del Capitán de Navío Nicolás del Portal, cuando el 16 de agosto de 1879 fondeó aquí inquiriendo por buques chilenos y extranjeros que, en plena guerra del Pacífico, traían armas desde Europa. La población de Punta Arenas sufrió entonces "inmensa alarma... pues creía que iba a ser bombardeada", pero la *Unión* no efectuó un solo disparo sobre el indefenso puerto, sino que enterado Del Portal que ya el día 4 había zarpado de allí el vapor inglés *Glengley* escoltado por el crucero *Loa*, se limitó a comprar carbón y víveres que se llevaron a bordo y luego -ante la sorpresa de la población- partió el buque nuestro para volver a su mar de origen a integrarse a la Armada Peruana. Con esta incursión de la corbeta *Unión* al estrecho de Magallanes, quedó en claro que el pabellón bicolor del Perú se paseó incólume por toda la costa de Chile.

A las cinco y treinta de la tarde, estando el sol todavía muy alto, zarpó el *Humboldt* de Punta Arenas a seguir su travesía.

A partir de Punta Arenas la alimentación comenzó a cambiar: ahora contiene menos grasas y calorías. La verdad es que la alimentación en la Antártida fue siempre rica en calorías, proteínas y vitaminas. Se requerían 5,000 ó 6,000 calorías diarias si se trabajaba al aire libre y sólo 4,000 si se laboraba en ambiente cerrado. Por eso, porque trabajábamos a la intemperie, el desayuno constó siempre de leche, café, té o chocolate, pan, roscas, mantequilla y mermelada, añadiéndose algo variable que podía ser queso, jamón, chorizo, salchicha, tortilla, mondongo, tallarines o tacu-tacu con huevo frito; el almuerzo significó una entrada, sopa, guiso y postre, pan y un vaso de bebida, preferentemente jugo de piña o de naranja; y la cena conllevó sopa, guiso y postre, pudiéndose añadir una taza de té, café o manzanilla. Velaba por el orden de ésto una comisión de rancho integrada por un oficial, un científico, un tripulante y un pescador.

Nos dieron tanto pollo que el ingeniero Vílchez bromeaba y decía que nos iban a crecer plumas; el ingeniero Roeder, a su vez, se mostró amigo incondicional de las papas; y el ingeniero Castañeda, comió de todo sin opinar, salvo la vez que se olvidaron de poner ají en la mesa, ocasión en la que protestó enérgicamente. Los invitados extranjeros, por su parte, no querían creer que existía una papa amarilla y un maíz morado. Tuvo que servirse chicha y mazamorra de este último color para que aceptaran la realidad de la mazorca oscura. Tampoco fue fácil que entendieran la acción del limón sobre el pescado, pero la prueba existencial del cebiche mató las dudas celosas. La verdad es que

a todos satisfizo el cuidado que se puso en la alimentación. Se comía lo necesario para trabajar o dormir bien. En los días de gran frío se esmeraron en darnos carne y grasas. Sólo en los de mar brava se comió poco y mal, pero, paradójicamente, en esos días sobró más comida que nunca.

A lo que nunca se pudieron acostumbrar los extranjeros fue al repetitivo consumo de arroz. Disimularon mientras pudieron, pero llegó un momento en que preguntaron alarmados si siempre comíamos tanto el consabido cereal. Y de verdad que de la cocina venía arroz blanco y graneado, pero también amarillo, verde y rojizo, arroz con huevo frito, arroz con menestra y guisos con arroz, arroz con pollo y arroz con pato, arroz con carne de res y arroz con seco de cordero, arroz a la fritanguita, frituras de arroz, aguadito de arroz y dulce de arroz con leche. Cuando, por fin, apareció el arroz chaufa, recién se llegó a la clave del misterio. El arroz en el Perú, aunque traído por los españoles, nos lo enseñaron a comer los chinos, motivo por el que hace más de un siglo que los peruanos comenzamos a consumir arroz en forma diaria y hasta varias veces al día. Dieran gracias los extranjeros de a bordo que lo comíamos con tenedor, porque más complicado hubiera sido si lo comiéramos con palitos.

Ahora, sólo para peruanos: la verdad es que no nos habíamos dado cuenta que comíamos tanto arroz.

Lunes 15 de febrero de 1988

Hoy salió el sol a las seis de la mañana y se ocultó a las nueve y media de la noche.

Este día ya no se divisaron montañas nevadas, pero, a cambio de ello, comenzaron a verse incontables manantiales hijos de los deshielos.

A las ocho y veinte aparecieron a babor dos arco iris de extraordinaria grandeza. Nunca había visto un par de ellos juntos, pero en esta ocasión fui testigo de su posibilidad. Se esfumaron con la rapidez que aparecieron, reduciéndose a la nada en cuestión de breves minutos. Fue un espectáculo realmente excepcional.

Dos horas después pasamos nuevamente junto al barco encallado *Santa Leonor*, accidentado hace un cuarto de siglo y que luce escorado con la hélice al aire, la chimenea casi a nivel del agua y el casco rojo enmohecido. Las aves marinas se han apropiado del barco, por lo cual entran y salen por sus lumbreras y escotillas con plena libertad.

Todo el tiempo navegamos en aguas tranquilas y fluyentes, entre orillas

arboladas de lenguas que, a intervalos, se muestran pedregosas. El sol no se manifiesta del todo, pues está lejos de calentar, pero alegra un algo el paisaje. No sería de extrañar que una hora más tarde el cielo se ponga oscuro, surja niebla, llueva y granice, porque dicen que la volubilidad de este clima es notoria.

Vencido el canal Smyth, luego del medio día ingresamos al canal Collingwood, a media tarde al canal Sarmiento, al anochecer al canal de los Inocentes y una hora antes de la media noche al canal de la Concepción. Estos canales magallánicos, -de mañana, tarde o noche- presentan una belleza que no se da en otras partes del mundo. El paisaje tiene algo de lúgubre, le falta feracidad, abunda en rocas negruzcas, pero a la vez todo aquello le añade un peculiar encanto.

Inherentes a este paisaje, a uno y otro lado del estrecho, fueron los famosos "gigantes" magallánicos. Se sabe que eran cobrizos y que el primero de ellos fue visto en el lado del Atlántico, en San Julián, por el propio Hernando de Magallanes, cuyo cronista Pigafetta lo describe exageradamente, como "un hombre de figura gigantesca...tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura". Francis Drake también los conoció y los apreció crecidos, pero no tan grotescamente. La más ecuánime descripción se debe a Pedro Sarmiento de Gamboa quien, por extensión, los llama "gigantes" para luego aclararnos que sólo eran "gente grande", eximios flecheros y cazadores de guanacos, los cuales se cubrían con pieles y calzaban voluminosas abarcas. De ahí, precisamente, el nombre de "patagones" y la denominación de Patagonia. Relata Sarmiento que para apresar y contener a uno de ellos fueron necesarios diez españoles, concluyendo el navegante al contemplarlo prisionero: "es crecido de miembros". Esta corpulenta raza de aborígenes fue aceptada por los cartógrafos de la época, quienes -acogiéndose a la más novedosa versión de Pigafetta- dibujaron a los "gigantes" tan grandes como árboles medianos, por lo que los europeos les llegaban al cinto. Esta raza se extinguió en el siglo XVIII, siendo el último ejemplar que se conoce el capturado por un hombre que tuvo que ver con el Perú. En efecto, lo apresó Juan Antonio de Arriaga y Gurbista, el Corregidor de Tinta, en el Cusco, contra el cual se levantó Túpac Amaru. El cautivo era "un Indio de estatura gigantea" y lo apresó en la bahía de San Julián, captura que comunicó Arriaga al virrey de Lima.

Fue también por esta comarca que ocurrió a Pedro Sarmiento de Gamboa algo por demás extraño. Sucedió el domingo 7 de febrero de 1580, día en que habiendo subido a una montaña para conocer mejor los canales, tuvo necesidad de quedarse a dormir allí, pues cayó el sol y le fue imposible el regreso. Con él estaban el piloto y dos marineros de su nave. Fue entonces que, en la oscuridad nocturna, presenció algo inesperado, desconocido e inexplicado hasta hoy. Por

eso, a su vuelta al barco, escribió al siguiente día: "Esta noche, a una hora de noche, a la banda del sueste cuarta al sur, vimos salir a una cosa redonda, bermeja como fuego, como una adarga, que iba subiendo por el cielo o viento. Sobre un monte alto se prolongó; y estando como una lanza alta sobre el monte, se hizo como media luna entre bermeja y blanca..." Y a continuación dibujó un círculo, luego un cuerpo elíptico y, por último, una media naranja que flotaba en el espacio estrellado.

Martes 16 de febrero de 1988

Amanecimos con el mismo paisaje que ayer: orillas con bosquecillos de lengas, cerros rocosos, peñas tajadas y muchos manantiales que corren al mar.

A las siete y cuarenta y cinco pasamos otra vez frente al *Capitán Leonidas*, igualmente encallado, pero tan bien asentado sobre una roca que ofrece la impresión de estar solamente fondeado. Asimismo se ha convertido en morada de aves marinas.

Si en la madrugada se venció el canal Wide, en la mañana se navegaron los canales Angostura Inglesa y Messier, de modo que a las doce y veinticinco avistamos el golfo de Penas y lo hallamos calmado, refrescado por el viento. Su horizonte estaba nítido y las orillas de tierra se abrieron para dejarnos pasar. El *Humboldt* no acusó haber salido de los canales y siguió navegando en medio de la calmería.

La tarde fue tan serena que me animé a poner en orden mis apuntes sobre el campamento Machu Picchu, escritos en base a lo que me narraron los cinco peruanos que se habían quedado en él. Esta historia, a grandes rasgos, sería la siguiente.

Hubo, desde un comienzo, el propósito de instalar un campamento en la isla del Rey Jorge, concretamente en la bahía del Almirantazgo, desde el cual se pudieran estudiar las posibilidades de asentar allí o cerca de allí la definitiva primera Base Antártica Peruana. Este campamento deberían integrarlo tres militares, un marino y un científico.

Viajaron con este fin cinco Capitanes del Ejército Peruano a las órdenes del Teniente Coronel Fernando Sánchez Ayala, quien -como sabemos- tenía gran experiencia antártica. Se determinó que el campamento acogiera a tres de ellos, que el marino fuera el Teniente Primero José Marrou Adrianzén y el científico Roque Canaviri Mujica, geofísico de profesión.

El problema se presentó cuando el Teniente Coronel Sánchez Ayala tuvo

que señalar a sus tres hombres, pues los cinco militares tenían la firme determinación de quedarse en el campamento y todos exhibían los mismos méritos y requisitos. Eran ellos los Capitanes: Fernando Fitzcarrald Guerrero, de Infantería; Alfonso Solano Espósito, de Caballería; Walter Jibaja Alcalde, de Artillería; Luis Merino Amand, de Ingeniería; y Oscar Mogrovejo Paredes, de Comunicaciones. Para solucionar el caso pues sólo tres podían quedarse en tierra, el asunto se sometió a la suerte, resultando agraciados los Capitanes Solano, Jibaja y Mogrovejo. Entonces el Capitán Fitzcarrald (sobrino nieto del célebre pionero y cauchero Fermín Fitzcarrald) regresó a servir al Programa de Magnetismo, y el Capitán Merino, pasó al de Acústica.

Los militares, el marino y el científico bajaron a tierra la mañana del 26 de enero y permanecieron en ella hasta el 7 de febrero. Acamparon en cinco carpas individuales de color rojo encendido, destinándose otra grande a depósito y despensa, y una última a comedor y punto de reunión. Los cinco hombres se organizaron por turnos y la integración fue total.

Comenzaron por reconocer el terreno y experimentar la conservación de alimentos en el hielo. Las exploraciones se extendieron a la base del glaciar frontero, que caía sobre el mar, familiarizándose con las focas y pingüinos, y presenciando alguna vez la pacífica intrusión de dos ballenas a la bahía. Pero lo verdaderamente operativo fue la constante atención del magnetómetro, el primer levantamiento geográfico, el mantenimiento del equipo electrónico en el frío y la ya mentada conservación de alimentos en ambiente gélido. Su música diurna fue el gritar de los skúas y en el silencio de la noche el ruido de los desmoronamientos del glaciar. En todo tuvo un valor especial la iniciativa de cada uno y la entrega colectiva de los cinco. Se tenía noticia que otros grupos militares habían acampado en el hielo tres o cuatro días, pero el grupo peruano decidió hacerlo a lo largo de trece, con sus noches. La clave del éxito fue haber mantenido siempre la actitud mental positiva.

Cumplió un papel especial en todo ésto la preparación impartida por el Teniente Coronel Sánchez Ayala, quien tenía para la supervivencia en los hielos una experiencia superior. Conocía mucho del temperamento humano y medía a los hombres por su resistencia ante lo adverso. Fue él quien hizo el definitivo levantamiento topográfico de la región y el que con una dedicación a toda prueba, impartió instrucción a los cinco peruanos sobre cómo resistir el silencio, la soledad y el frío.

Miércoles 17 de febrero de 1988

A las dos de la madrugada salimos del golfo de Penas y doblando la península de Taitao el *Humboldt* hizo su ingreso a los canales patagónicos. Aunque amaneció a las seis el sol salió tres cuartos de hora después, levantándose sobre las montañas del continente, vale decir, remontando la cordillera de los Andes.

Reina una calma muy agradable, el paisaje es hermoso, las islas son boscosas y el cielo muy azul. Hay una sensación diferente: uno sabe que a ambos lados del buque hay tierras con gente. Qué distinta era la Antártida, donde no se alcanza con los ojos, en los cuatro puntos cardinales, a divisar un punto habitado por humanos.

Pasando a otro asunto, decimos ahora que sólo los que han navegado mucho saben lo que es el "marismo". No se debe al ocio, porque la gente cumple sus trabajos con dedicación, es, sencillamente, el aburrimiento progresivo luego de muchos días de mar. Es la saturación no concientizada que, sin entrar en pormenores, hace descubrir una monotonía insoportable. Entonces, cuando se nos acerca alguien ya sabemos de qué nos va a hablar, cuando se va sospechamos lo que quiso decir y no dijo, cuando no se acerca pensamos lo que no quiere decir y cuando habla con otro creemos intuir lo que le está diciendo. A ésto hay que añadir una buena cuota de neurosis. Porque en un barco los neuróticos se encuentran y contactan a poco de haber subido a él. Primero intiman, luego se saturan, finalmente se repelen. Pues bien, ésto es lo que hay que evitar en todas las navegaciones largas. Y para combatirlo, una vez más se concertó para las tres de la tarde el "bautizo de los moros", vale decir, la ceremonia de iniciación de los que habían vencido el paralelo 60 sur por primera vez en su vida.

Comenzó la ceremonia con la llegada del dios Neptuno y su corte. Iba vestido con túnica y manto, llevaba la cabeza con corona y en la diestra empuñaba un tridente de cartón. Lo seguían tres Nereidas de traje blanco y largo, una cinta colorada por ceñidor y sandalias, todo de corte helénico. Terminaba este séquito el Sumo Sacerdote del Mar, con manto pluvial y túnica, y el Verdugo, desnudo de la cintura para arriba, con un capuchón negro que le ocultaba el rostro y en las manos un mazo flexible en forma de pez. Dieron todos una vuelta por la cubierta de popa, que estaba atestada de gente, disfrazada en su mayoría, pues por orden superior tenía que estar vestido vistosa y estrafalariamente todo aquel que, siendo tripulante o científico, tuviera la condición de "moro".

Había, pues, por este motivo hombres con los más variados disfraces: piratas

tuertos con pañuelo en la cabeza, momias egipcias forradas en papel higiénico, un guerrillero con boina y metralleta de palo, un bombero con overall y casco rojos, un alpinista con pantaloncito tirolés de cuero, un boxeador con los guantes puestos, un turco con gran turbante, un futbolista con su pelota bajo el brazo y varios más, cerrando filas el enigmático hombre-leche, todo vestido de blanco. Unos más y otros menos, pero todos disfrazados ingeniosamente.

La cubierta de popa, para todo ésto, estaba adornada con las banderolas señaleras, había una tribuna para las autoridades con experiencia antártica y delante de ella una alberca de lona llena de agua teñida de azul en la que flotaban trocitos de poroflex blanco que simulaban hielos a la deriva. Se comenzó la función cuando dos tripulantes lanzaron al aire cohetes trazadores que dejaron una estela de humos de colores.

Entonces fue que el propio dios Neptuno pasó lista y uno a uno se fueron acercando los "moros", arrodillándose delante suyo. Entonces, sin lugar a protesta, el Sumo Sacerdote del Mar les introducía una galleta en la boca. El trance era duro porque la galleta venía remojada en una sopa de huevo crudo con sal, pimienta, mostaza, aceite, leche y ají. En el momento que el "moro" recibía en la boca la galleta para engullirla, el Verdugo le propinaba un golpe en la nuca con su mazo y lo arrojaba a la alberca.

El primero en pasar por este bautizo fue el Teniente Alonso Burgos Acha, que por primera vez había ido a la Antártida, concediéndosele el primer lugar entre los oficiales menores. Luego vinieron todos los demás tripulantes y científicos.

A todo ésto corría el vino y se repartían maníes tostados y habas fritas, siguiendo los caramelos y las galletas chocolatadas. Gozaban de modo especial las personalidades reunidas en el estrado: los Comandantes Brousset, García Escudero, Amat y León, Reátegui y Soldi, aunque este último se apartaba de cuando en vez para filmar las crudísimas escenas del bautizo. Desfilaron así y pasaron por las manos del Verdugo todos los tripulantes y la legión de científicos, no escapando de estos últimos sino el ingeniero Benjamín Vera Chamochumbi, por ser el único civil que había estado anteriormente en la Antártida.

La tarde fue de las buenas, si no de las mejores, y no hubo nadie que se dejara de divertir. Destacaron en sus papeles el dios Neptuno (Oficial de Mar Orlando Villacorta), el Sumo Sacerdote (pescador Mario Aguayo) y el Verdugo (pescador Rolando Romero). No consignamos aquí el nombre de las tres Nereidas porque nos lo pidieron así y nosotros respetamos su deseo, pero no tenemos el mismo compromiso con la doctora Ruth Calienes, a quien incluso censuramos, por haber sido la única del grupo de científicas que se negó a ser Nereida en este

ceremonial.

A las seis de la tarde hubo una parrillada con carne de res y presas de pollo, chorizos y salchichas, papas y ají molido, amén de dos cervezas por persona. Fue otro de los inolvidables momentos de este viaje en materia de conformidad, alegría y buen humor.

A las ocho y cuarenta se dio el ocaso más espectacular de estos días. El sol cayó detrás de las islas moradas que lucían con destellos de oro viejo y el cielo, de encendido rojo fuego, dejó pasar a bandadas de pelícanos que viajaban de retorno a sus nidos. El *Humboldt*, contagiado de este paisaje, lucía como un ascua y, en medio de una navegación feliz, seguía calmadamente su travesía.

Para tener una idea exacta del derrotero de hoy, nos dirá el libro de bitácora que a las dos de la madrugada ingresamos al canal Darwin, a las cinco y media al canal Moraleda y a eso del medio día al golfo del Corcovado. La tarde se gastó íntegra en navegar al norte.

Próximos a la isla de Chiloé no podemos olvidar el glorioso combate de Abtao, en el que el peruano Capitán de Navío Manuel Villar derrotó, el 7 de febrero de 1866, a dos barcos de la escuadra española. Actuaron en esta ocasión la fragata *Apurímac* así como las corbetas *Unión* y *América*, sumándoseles la goleta chilena *Covadonga*. Posteriormente Williams Rebolledo, el jefe de la Escuadra de Chile, escribiría a Villar: "Esta oportunidad me permite congratular a Vuestra Señoría y a los Jefes, Oficiales y Tripulaciones peruanas por el arrojo y serenidad que han manifestado durante las dos horas que duró el combate bajo un fuego sostenido por ambas partes, y por el resultado favorable que se ha obtenido, el cual se debe a la Escuadra del Perú".

Lo interesante es que en Abtao pelearon juntos por la misma causa, Miguel Grau, héroe máximo de la Armada Peruana, y Arturo Prat, héroe máximo de la Armada Chilena.

Jueves 18 de febrero de 1988

Pasada la media noche de ayer llegamos frente a Ancud, donde bajaron los prácticos chilenos, y a partir de allí entramos definitivamente en el Pacífico. Hoy se navega sin ver costa en medio de fuerte sol.

El ambiente se ha puesto bastante especial. Los científicos redactan sus informes preliminares y el Comandante Vargas Faucheux se prepara a recibirlos mañana a las cuatro de la tarde. Casi todos desembarcarán en Valparaíso pasado mañana, viajarán a Santiago ese mismo día y por la noche saldrán a Lima en

avión. Unos pocos dicen que se quedarán dos o tres días en Santiago para conocer bien esa capital. Pero todos hablan de pasajes, pasaportes y maletas. Esto, al menos, es lo que se percibe en el comedor.

En los camarotes se lustran zapatos y se planchan ternos, se preparan camisas y se sacan corbatas. Hay encargos de los que se quedan a los que se van y entrega de paquetes en guardianía de los que se van a los que se quedan. Muchos acuden a la lavandería donde el lavandero debe entregar la última ropa limpia. Si todavía esta ropa no está lista, la gente confía que Gerardo Guerra, el Oficial de Mar lavandero, sabrá cumplir a tiempo con todos.

En la Cámara de Oficiales parecen haberse reunido los que ya tienen todo en orden. Los nerviosos se pasean, los linfáticos leen, los pícnicos conversan y los asténicos prefieren ver televisión. No se habla de los atléticos porque se han ido a la segunda cubierta para hacer distensionante gimnasia. No es que sea exactamente así, porque la clasificación peca de dogmática, pero es que en mucho es así.

A las seis de la tarde la mayoría de la gente científica no ha hecho muchas cosas, pero está rendida por el cansancio. Hay eufória por desembarcar y viajar a casa. Por eso se habla de la esposa y se exhiben fotografías de los hijos. Hay caras que han perdido su gravedad académica ante la proximidad hogareña.

Para los tripulantes hay una novedad. El buque ha dispuesto que toda la dotación, en dos autobuses, conozca Santiago de Chile. Saldrán de Valparaíso uno el lunes y otro el martes próximos. Se llevarán raciones de combate para cumplir con el almuerzo y se visitará el centro de la ciudad. La noticia gusta a varios que no han estado en Santiago.

Hemos navegado hoy a la altura de Osorno y de Valdivia, y nos acercamos a la de Talcahuano y Concepción. Ayudan el viento y la corriente, tenemos lo que se llama el mar de popa. Aprovechándose la calma se hace alguna lectura con su respectiva reflexión.

Según las crónicas del siglo XVI y también la arqueología, los Incas conquistaron más de la mitad del territorio continental de Chile que hoy empieza en el paralelo 18 y termina en el 54, aproximadamente. En efecto, ganaron y retuvieron por armas hasta el río Maule, que está a la altura de las modernas ciudades de Constitución y Talca (al sur del paralelo 35), así como del lago de Colbún y de la laguna del Maule (al sur del paralelo 36), origen del citado río. En otras palabras, los Incas rebasaron en muchas leguas a la ciudad de Santiago, la actual capital del país. Por eso es que el cronista Cieza de León escribe de los emperadores peruanos: "pudieron tanto, que conquistaron y señorearon desde Pasto hasta Chile y sus banderas vieron por la parte del Sur al río de Maule y por

la del Norte al río Angasmayo (hoy Patía, en Colombia) y estos ríos fueron término de su Imperio, que fue tan grande que hay de una parte a otra más de mil trescientas leguas". La afirmación es veraz, corta y definitiva.

En cambio, aunque generosa, nos parece temeraria la de ese otro cronista que fue sochantre de la catedral de Santiago de Chile, el clérigo Cristóbal de Molina, sobrenombrado el *Chileno*, quien sostiene que el Inca Túpac Yupanqui conquistó por el sur "hasta el Estrecho de Magallanes", el Finisterre indiano. Pero la frase puede tener interpretación. Lo probable es que Túpac Yupanqui -que fue gran conquistador y el Inca que avasalló Chile- llegara exploratoriamente hasta la región de Osorno y que al intuir erróneamente que allí finaba el continente y empezaba el mundo de las islas, dedujera que había llegado "al final de la tierra" (que era para el sochantre el estrecho de Magallanes), por lo que regresó al Bío-Bío y al Itata, asentando sus fronteras útiles en la orilla diestra del Maule.

La conquista incaica significó para Chile la organización curacal, la aparición de los canales de riego y el perfeccionamiento de la agricultura, la introducción de los auquénidos de carga, el conocimiento del maíz y el uso condimental del ají. Se erigieron guarniciones militares (destacando las de Pucara, Cerro Chena y el Maule) y se llevaron los mitimaes que enseñaron la definitiva vida sedentaria con sus enseñanzas políticas (un gobierno central, leyes y costumbres), económicas (trabajo, artesanía y mejora nutricional), religiosas (culto solar y cosmovisión andina), lingüísticas (la lengua quechua o runa simi), matemáticas (los quipus) y cronológicas (el calendario). En conclusión, esta acción civilizadora de los Incas fue realmente superior y causó la admiración de los españoles del adelantado Diego de Almagro en 1535.

La vigencia del río Maule como frontera meridional duró más de doscientos cincuenta años por obra de los españoles: fue el límite del primer empadronamiento de tierras ordenado por el Gobernador Alonso de Ribera en 1603, borde austral del obispado de Santiago y, por último, división de las dos únicas intendencias chilenas en 1783: la de Santiago y la de Concepción.

Mañana temprano pasaremos frente al río Maule, motivo de tanta disquisición, pero nadie pensará en estas cosas.

Viernes 19 de febrero de 1988

Hoy fue para los científicos su último día de navegación. Lo han dejado ver en las conversaciones del desayuno y lo han repetido en el almuerzo. Han comido

frugalmente y se aprestan a viajar a Lima, pues llegaremos a Valparaíso esta tarde a las cinco.

El día es caluroso. Nos cruzamos con diferentes barcos. El continente se ve lejano entre brumas.

Por fin se entregaron los informes preliminares. Ahora todos los científicos descansan, menos el Comandante Vargas Faucheux, su coordinador, para quien empieza el gran trabajo de leerlos, ordenarlos y presentarlos esta noche al jefe de la expedición.

Luego de pasar frente a Piedra Feliz y caleta Membrillo, con un virage a estribor entramos a la bahía de Valparaíso. Ahora, son las cinco de la tarde, logramos una apreciación que no teníamos: de Valparaíso es más impactante su visión nocturna que la diurna. Pero no por eso deja de verse gran puerto y, por añadidura, gran ciudad. No se atraca todavía por no haber muelle disponible, pero nos quedamos al ancla a la altura de la Universidad Santa María. Algunos entusiastas hacen planes para bajar a tierra y asistir a las últimas presentaciones del Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar. Se quedarán a dormir en tierra o tendrán que regresar a las doce de la noche, pues luego no habrá embarcación que los traiga a bordo.

Se cena como cualquier día, salvo los que van a desembarcar, que lo hacen más a prisa. Luego empieza a oscurecer y la ciudad comienza a encender sus luces. Otra vez las luces verdes, rojas y amarillas. Ese es el Valparaíso que habíamos visto la vez anterior, el Valparaíso nocturno cantado por los poetas.

No todos los que están bajando a tierra van al Festival de Viña del Mar. Hay varios que quieren pasear la ciudad, recorrerla y conocerla, porque subieron en Punta Arenas y nunca han estado aquí. Estos parten, como siempre, en grupos dispuestos a caminar. Los demás nos quedamos en el buque mirando los destellos de Viña y sus fuegos artificiales.

La nota pintoresca la ofreció una hermosa goleta de madera, diseñada conforme a líneas del siglo XVII, que navegando a la vela pasó junto al *Humboldt* con cantidad de turistas norteamericanos en la cubierta. Los que la tripulaban y servían iban todos disfrazados de filibusteros y vestían conforme a los usos atuéndicos de la Hermandad de la Costa. Era simpático ver a los turistas con sus jarros de vino en la mano, cantando a coro entre fanales encendidos, como si se dirigieran a la isla de la Tortuga. Daban la impresión de estarla pasando bien, si no de divertirse grandemente.

En la negrura de la noche Valparaíso, una vez más lucía refulgente. También lucía clara su pequeña historia. Fue bautizado así por los españoles de Almagro en 1536, pues su nombre indio era Quintil. En 1542 ya oficiaba de puerto, pero

nunca tuvo fundación formal ni fundador reconocido. En 1599 poseía ya una capilla con diez casas alrededor y posteriormente tuvo un castillete advocado a San José y destinado a la defensa del puerto. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII dependió casi únicamente de los barcos salidos del Callao y su mayor vínculo comercial fue con el Tribunal del Consulado de Lima (fundado en 1613), el que tenía un Diputado en Chile, el cual vivía en Santiago. El verdadero auge de Valparaíso empezó en 1778 con la libertad de comercio, decretada por Carlos III y recomendada por su Ministro José de Gálvez. A partir de entonces rompió sus lazos con el Callao, y desde 1748 con la Armadilla del Mar del Sur y la Feria de Portobelo. Al sobrevenir la Independencia de Chile, de allí zarpó el 20 de agosto de 1820 la Escuadra Libertadora que llevó a San Martín al Perú, la que guió lord Cochrane con grado de Vice-almirante. En 1822 Valparaíso recién se convirtió en ciudad y tuvo Cabildo o Ayuntamiento. Ocho años después era puerto de recalada para las naves que venían de Europa por el estrecho de Magallanes y lugar de aprovisionamiento de los balleneros norteamericanos que volvían del sur. En 1840 estaba reputado uno de los puertos más activos del Pacífico y el que, en Sud América, tenía más trato con Oceanía. La segunda mitad del siglo XIX representó para Valparaíso un marcado progreso arquitectónico, convirtiéndose también en la primera urbe del país que tuvo ferrocarril, electricidad, tranvía, telégrafo, teléfono y gas de tubería. Fue igualmente sede de los primeros bancos y de la bolsa de valores, edificando en estilo neoclásico su iglesia matriz y tomando aires de gran puerto internacional. Frenó algo estos ímpetus el terremoto de 1906, pero se repuso de la ruina y prosiguió su marchar. Hoy, con creces, es el principal puerto de Chile y alberga una población que ronda el medio millón de almas.

Esta es la historia, breve y compacta, del puerto de Valparaíso que volveré a recorrer mañana con interés especial, porque quiero visitar y conocer, entre otros sitios, su Plaza de la Victoria.

Sábado 20 de febrero de 1988

Amaneció nublado. Desde el buque se ve a Valparaíso como si le hubiera antepuesto un tul; su parte alta, sencillamente, no se ve. Para evitar colisiones los barcos se movilizan haciendo sonar su sirena. Otros prefieren no moverse. El tráfico de lanchas se ha reducido al mínimo.

Recién a las diez y cuarenta y cinco empezamos a movernos, atracando en el muelle con facilidad. Nos esperan allí el Agregado Naval, Capitán de Navío

Francisco Quiroz Piñeiro, el Cónsul General en Valparaíso Efraín Saavedra Barrera y el diplomático Julio Romero Ojeda, que se ha quedado unos días en Santiago y dado un tiempo para venir a recibirnos. Tras ellos hay cerca de veintitrés científicos que bajaron ayer a tierra y no volvieron a dormir al buque. Unos tienen cara de mala noche y otros de nochebuena.

Al acoderamiento y saludos de bienvenida siguen las visitas de los proveedores de víveres, vendedores de vinos y compradores de dólares. En el puerto hay movimiento y los muelles están abocados al embarque de fruta.

Después del almuerzo, como era mi propósito, salí a caminar Valparaíso. Anduve por sus calles empinadas, sus hermosos miradores y sus parques de cuidada presentación. Pero entre todos los parques tenía interés especial por uno, la Plaza de la Victoria, hecha para perennizar el triunfo chileno en 1879. Voces locales me dijeron con anticipación, no vaya, le va a resultar desagradable, terminará volviendo cabizbajo, dolido... No les hice caso y marché hacia la conmemorativa plaza. La hallé con facilidad y confieso que, sin haberla visto antes, le encontré un aire familiar. Fue lo que recordé haber oído en mi casa a los viejos: los chilenos se llevaron unos leones y una fuente de bronce. Efectivamente, allí estaban las esculturas leoninas y la pila de metal, traído todo como botín de guerra e instalados los felinos sobre pedestales recios. Todo el parque estaba lleno de vegetación y bastante cuidado. No era grande, tampoco pequeño. Pero por encima de estas apreciaciones secundarias, para muchos de nosotros tenía un significado especial. Junto a esa fuente y ante esos leones habían jugado de niños nuestros abuelos, cuyos padres, por defender a la capital peruana, habían muerto. Porque Lima cayó después de dos batallas: la de San Juan y la de Miraflores. Una la dieron los militares, la otra los restos de ese ejército con los vecinos de la ciudad, y los vecinos fueron viejos, adultos y adolescentes. Me pregunto yo: ¿qué capital de América ha caído con tan heroico preámbulo? La respuesta es muy simple: ninguna.

Reconozco que Chile nos ganó en buena lid. Estaba más preparado. Sus hombres fueron más numerosos y mejor armados que los nuestros; también sus buques, cañones y fusiles eran más y más modernos. Todo eso es mérito de los chilenos y descuido de los peruanos. Lo pienso y no sonrío. Sin embargo, porque aquí hay mucho tiempo para pensar, concluyo que no todo fue tan sencillo. Luego de declararnos la guerra los chilenos se llevaron una sorpresa desagradable, por lo que su Presidente Aníbal Pinto tuvo que exclamar abrumado: "nunca debimos comprometernos en la guerra". Frase prematura pero de arrepentimiento. Y todavía faltaba mucho, porque todo no culminó con Angamos. Chile pensó que la guerra duraría cinco meses y terminó durando cinco años. Me vuelvo a

preguntar: ¿cuándo duró tanto una guerra en América? No creo exagerar si la respuesta es: nunca.

Los frutos brillantes de esta conflagración fueron sus héroes. Los tiene Chile y los tiene el Perú: ambos son países de héroes. Pero hablando sólo de los míos, tengo varios para señalar. No sólo es Grau con su campaña naval ni Bolognesi en la defensa del Morro, también está Cáceres con sus cholos mal armados que, en la Campaña de la Breña, consiguió derrotar al enemigo dos veces en Pucará, una en Marcavalle y otra en Concepción. Y hay más victorias peruanas en Pisagua, Sángrar, San Pablo, asimismo en Tarapacá. Pero nuestros héroes no son tres, suman decenas, unos murieron y otros sobrevivieron, pero todos bebieron el cáliz hasta agotarlo: Ugarte, Ferré, Espinar, Aguirre, Prado, Rodríguez, Arias Aragüez, Villavisencio, Inclán, Carvajal, Varela, Palacios, La Torre, Bustamante, Ayllón, O'Donovan, Chocano, Maldonado, de los Santos, de los Heros, los tres Cornejo, Astete, Fanning, More, Díez Canseco, Dueñas, Celendón, Ríos, Caloyeras... Esto no significa olvidarnos de tantos otros que se omiten y cuyos nombres siguen sumando decenas, de los cuales rescataremos sólo a tres: el héroe civil, García Calderón, el héroe senil, Andrés Gamarra, y el héroe infantil, Néstor Batanero, de catorce años de edad, cuyo cuerpo extenuado por la lucha y atravesado por las balas, quedó de pié, apoyado en su rifle de combate... Mi pregunta es: ¿tiene alguna nación americana tantos héroes como el Perú? La respuesta es: no.

La verdad es que si algo no le falta al Perú, son héroes. Y pueblo que llega al heroísmo es buscador permanente de la gloria. Ahora yo pensaba y sonreía. Hicimos lo que debimos y más de lo que pudimos. Por eso, lejos de retirarme dolido o cabizbajo, esta tarde partí de la Plaza de la Victoria con un sentimiento especial. Si me preguntan qué sentía al momento de regresar, les contestaré con una sola palabra: orgullo.

Domingo 21 de febrero de 1988

Toda la noche, en el muelle, hubo ruido de voces y de música tropical. Son los camioneros y estibadores que traen y descargan la fruta para luego embarcarla encajonada en barcos mercantes de diferentes banderas. A pesar de la vigilancia, algunos hurtan el cuerpo al trabajo y, apartados, juegan dinero a los naipes. Otros practican, también a escondidas, un juego parecido al de la cascada.

El movimiento es crecido. Nada más en nuestro muelle hay quince camiones entrando, cinco descargando y otros tantos saliendo. Esta fruta, de gran presencia

y sabor, expande un aroma muy agradable. Su calidad es famosa. Se trata de uvas, melones, peras, manzanas y melocotones. Los barcos a los que se sube están alumbrados con potentes luces, mientras junto a ellos se mueven como hormigas los carritos monta-cargas transportando las cajas de cartón y cajones de madera. La fruta así dispuesta es tomada por las grúas que, lentas y desgarbadas, giran 180 grados para elevar su jugosa carga.

Son las cuatro y treinta de la madrugada y los muelles están iluminados, concurridos, dados a un ininterrumpido movimiento. Pero a las cinco se termina la labor de embarque y los muelles quedan solitarios, sin voces ni música, acallados los motores, inmovilizadas y apagadas muchas luces en los barcos. Sólo los guardianes se quedan y esperan el amanecer. Los demás han terminado su faena. Es domingo y se van a descansar a sus casas.

La mañana se gasta en caminar, visitar los mercados, comprar en las tiendas, asistir a misa. No hay sol, pero el clima está sereno. El ambiente es muy dominical. Los servicios religiosos son bastante concurridos. Las iglesias católicas lanzan al aire las campanas y sus feligreses elevan himnos marianos, la iglesias reformadas (luterana, metodista, presbiteriana y evangélica) carecen de bronces, pero dejan percibir el canto de los salmos. Si hay sinagoga, sus servicios han sido ayer. Creo que no hay mezquita, pero si la hubiera, sus preces fueron el viernes.

En las calles hay gente que las recorre sin prisa. Se percibe esa calma que no se ve los días de trabajo.

Hay grupos familiares integrados por el padre, la madre y los hijos que salen a recorrer tiendas o corros de chiquillas parlanchinas que han sacado a pasear a la abuela. Se compran víveres especiales y pan grande para el almuerzo, otros adquieren pasteles y embutidos, acaso para salir de excursión. El resto de la población está en su casa o se divierte sanamente. En resumen, es domingo y Valparaíso disfruta de la paz.

Hoy por la mañana, estando yo en tierra, partieron los científicos. Me había despedido de todos, pero me hubiera gustado estar presente. Me conformo con saber que se fueron sanos y contentos. Se van primero a Santiago, luego tomarán el avión y mañana estarán en Lima. Han dejado en el buque el mejor de los recuerdos y el mayor de los vacíos. Ahora el *Humboldt* parece enorme, sobra espacio y casi no hay ruido.

Por la tarde, en el barco, se vive ambiente de reposo. Se lee, se descansa, luego se baja a tierra a caminar un rato. Valparaíso, como todo puerto en domingo, tiene poco que ofrecer. Por eso se retorna al buque, para terminar el día cenando y luego irse a dormir.

Lunes 22 de febrero de 1988

A las nueve de la mañana salió el primer grupo de tripulantes para Santiago en un moderno autobús. Se trepó la sierra por un camino orillado de eucaliptos y pinos, se pasó junto al lago de Peñuelas y su Parque Nacional, continuando por los túneles Zapata y Prado, y tomándose, entre uno y otro, un refresco en Los Hornitos.

Ingresamos a Santiago por la avenida Bernardo O'Higgins, muy llena de gente y de vehículos, de bullicio y movimiento, llegando por esta vía hasta la Plaza Bulnes, de bella presentación, para descubrir desde allí el Palacio de la Moneda, hoy Casa de Gobierno, joya de la arquitectura neoclásica que ejecutara el famoso Joaquín Toesca. Es edificio sólido, pétreo y enrejado, austero, grisáceo y simétrico, pero siempre muy armónico.

Nos detuvimos en la Plaza Constitución y desde el monumento a Diego Portales -el hombre que siempre temió al Perú- admiramos la fachada principal del Palacio de la Moneda. Puede decirse que estamos en el corazón de Santiago, entre edificios bancarios y oficinas públicas. Las construcciones son más bien modernas, en calles rectas y limpias.

Prosiguiendo nuestro paseo pasamos bajo la Torre de las Comunicaciones y bordeamos el verde y pintoresco cerro de Santa Lucía, tan ligado a los orígenes de la ciudad. Conocemos los locales de la Universidad Nacional y de la Universidad Católica, la antigua iglesia de San Francisco, que data de 1618, y el monumento al general Manuel Baquedano.

Cruzando el Mapocho y pasando frente al barrio de las embajadas subimos al cerro de San Cristóbal, casi una montaña por su elevación, y llegamos hasta el Santuario de la Virgen. Desde allí se tiene la mejor vista de la capital. La visión parece aérea y muestra a una ciudad importante y extensa. Algunos bajaron por el telesférico, los demás lo hicimos en el autobús, encontrándonos todos en la parte baja para proseguir la visita capitalina.

Luego de ésto fuimos al gran centro comercial Arauco, vasto muestrario de mercaderías chilenas y extranjeras en el interior de un conjunto de edificios llenos de luz y confort.

Recorremos después la concurrida calle Ahumada, hoy convertida en pasaje peatonal, con sus tiendas principales llenas de escaparates con linda presentación. Caminando y visitándolas llegamos a la rectangular Plaza de Armas, llamada así por los encomenderos que se reunían en ella, acercándonos a la Catedral y avistando el Municipio. La Iglesia Metropolitana es imponente más no hermosa. Tiene holgura catedralicia y grandeza basilical, pero mucha

mezcla de estilos. Es rica en mármoles, mas carece de sillería coral, de pinturas antiguas y de esculturas talladas, mostrando solamente unas pocas esculturas funerarias, todas orantes, tampoco de excelente factura. La fachada y torres del templo, eso sí, las hizo en 1785 el famoso arquitecto Toesca.

Entramos luego por la calle Puente, donde está el centro bomberil, y doblamos por la de Santo Domingo, donde la iglesia de este nombre construída en 1818, reviste su interior con una piedra blanca que nos recuerda, de primera intención, al sillar arequipeño.

La calle 21 de Mayo nos devuelve a la Plaza de Armas, pasando ahora frente al monumento de Pedro de Valdivia, el fundador de Santiago del Nuevo Extremo, nombre primero de la capital chilena. Es monumento ecuestre, casi a nivel de la plaza y ubicado en una esquina de ella; está demasiado cerca del observador, lo que hace al caballo rechoncho y al jinete deslucido.

La calle Estado nos muestra la iglesia de La Merced (1795), de corte neoclásico (como la anterior de los dominicos), y tiendas con escaparates de cristal donde se exhiben artefactos eléctricos. Hay algunas confiterías y bares, asimismo, establecimientos donde se sirve café.

Santiago es una ciudad extensa y ordenada. Es urbe de plazas y jardines, de calles anchas y monumentos cuidados. Su arquitectura predominante es la de comienzos y mediados de esta centuria, lo que la priva de esa tradición que suelen alcanzar los tres siglos anteriores. En este sentido, Santiago es ciudad fría, donde lo antiguo no pasa de ser un lujo en desuso y donde, incluso, se confunde vejez con antigüedad.

Tendrá ya cerca de 5,000,000 de habitantes y en ella reside la tercera parte de la población nacional, representa el 40% del producto geográfico bruto y el 54% de la fuerza industrial del país.

El grueso de su población es mestiza, con cercana sangre europea, habiendo encontrado en todo este día sólo una muchacha de raza negra trabajando en una tienda de la calle Ahumada. Hay, sin embargo, más rasgos negroides de los que se podría suponer, pero en todos estos casos la sangre africana es remota. Hoy predomina aquí un tipo de chileno que no abundaba hace treinta y ocho años, cuando vine a Chile por primera vez. Es trigueño y con cabello negro, procede del norte y del sur, y trae consigo apreciable cantidad de sangre india. Este mestizo emergente y provinciano, creemos, será el arquetipo racial de mañana, pues la raza blanca -como ya ocurrió con la negra- tiende a desaparecer. Lo que si no hay, ni antes hubo, son asiáticos amarillos, y los que se encuentran en la calle suelen ser turistas japoneses, viajeros chinos o marineros coreanos. Deben de ser poquísimos los hijos del extremo Oriente que viven en Santiago, no ocurriendo

lo mismo con árabes y palestinos, a quienes acá llaman turcos.

Por lo demás, Santiago es una gran ciudad. Hay fluidez en el tránsito y obediencia a los semáforos. Los vehículos son bastante nuevos. La gente está relativamente bien vestida, hay pocos mendigos y muchos ciegos. A estas horas del día la prostitución casi no se ve. En general, Santiago es urbe hermosa con ambiente de orden y progreso.

Martes 23 de febrero de 1988

Hoy, también a las nueve de la mañana, partió el segundo grupo de tripulantes a visitar Santiago. Yo me quedo en el buque, pero vuelvo a visitar Santiago a mi manera: a través de los libros. De este modo, lo que no apreció ayer lo descubro hoy. Me interesan los vínculos de Santiago con el Perú, pues en los tiempos antiguos hubo marcada relación entre lo que iba a ser o fue la capital chilena con el emperador del Cusco y el virrey de Lima.

En efecto, resulta así que la ciudad de Santiago se remonta hasta el Tahuantinsuyo, pues su origen fue "un tambo" o posada estatal incaica en el Cápac Ñan o Gran Camino del Inca. Los documentos señalan que no era un albergue más, sino un Hatun Tambo, ésto es, un alojamiento principal que llegaron a conocer los españoles, los mismos que lo describieron acertadamente como "un tambo grande". La posterior presencia en Santiago de un barrio llamado de la Chimba, ha hecho decir que los indios del lugar habían sido mitimaes de Arequipa. De ser cierto no resultaría extraño que ellos hubieran llevado el nombre de Chili, que era el de su río nativo, hasta el Mapocho, y que de allí hubiera procedido el nombre de su nuevo destino temporal: Chile. Hasta aquí el origen prehispánico.

Lo cierto es que la fundación española la efectuó Pedro de Valdivia el 12 de febrero de 1541, actuando como lugarteniente del Gobernador del Perú Francisco Pizarro. Pero en junio del año siguiente, en una maniobra entre burda y leguleya, se hizo nombrar Gobernador autónomo por el Cabildo, traicionando así a su amigo, paisano, protector y jefe. A partir de entonces, Santiago del Nuevo Extremo fue capital de gobernación, una gobernación dependiente en mucho del virrey del Perú, quien se preocupaba de enviarle corregidores, soldados y frailes, ordenanzas, armas y dinero.

Lo que sigue es una época de integración. Los indios del Perú llevaron la chicha y el charqui, los españoles el vino y la costumbre de comer la carne fresca. Pero entre indios y españoles debemos ubicar también a los mestizos y criollos

del Perú que marcharon a Chile desterrados y allí sirvieron en las guerras contra los araucanos. El primer mestizo del que se tiene noticia en este trance fue Pedro del Barco, gran arcabucero, hijo del conquistador del mismo nombre y de una princesa de la casta de los Incas.

A propósito de esto último, también debemos recordar que entre los primeros Gobernadores de Chile estuvo Martín García de Loyola, el sobrino de San Ignacio de Loyola, que casó con Beatriz Clara Coya, hija de Sairi Túpac, segundo Inca de Vilcabamba. La única hija de este enlace fue Ana María Coya de Loyola, primera marquesa de Oropesa de Indias en 1614, la cual fue nacida en Concepción, Chile, y casó con el santiaguista Juan Enríquez de Borja, nieto de San Francisco de Borja. En atención a este doble hecho, los jesuitas del Perú han perpetuado ambas bodas en un cuadro famoso del sotacoro de la Compañía del Cusco.

En 1561, Santiago se convirtió en diócesis sufragánea del arzobispado de Lima; la Audiencia santiaguina se creó en 1567 y se refundó en 1609, pero su modelo fue el de la Real Audiencia limeña; incluso en materia de Inquisición, Santiago no pasó de tener un comisario, el cual estaba sujeto al Santo Oficio de la Ciudad de los Reyes. El Seminario diocesano erigido en 1608 se inspiró en el limense de Santo Toribio y los jesuitas abrieron Convictorio en 1611 imitando el Colegio Real de San Martín que estaba en la capital peruana. Santiago tuvo dos Universidades Pontificias, pero los estudios de Derecho deberían ser cursados y rendidos en la Universidad de San Marcos de Lima; y, finalmente, en Santiago residió el Diputado del Tribunal del Consulado limeño hasta 1795, año en que se erigió el Tribunal del Consulado Santiaguino. Sólo a partir de 1798 Santiago gozó de plena autonomía política, porque en esa fecha la Capitanía General de Chile dejó de depender del virrey del Perú, quedando a éste solamente las oblicaciones de supervigilar la situación chilena, pagar el Real Situado y mantener a su cargo la isla de Chiloé.

De toda esta época que hemos tratado, hubiéramos querido tener tiempo para visitar la Casa de José Antonio Manso de Velasco, el que después fue Virrey del Perú (1730), la Casa del Corregidor, al parecer con nombre ficticio (1750), y la Casa del Prócer Mateo del Toro y Zambrano, que fue conde de la Conquista y descendiente de los Incas (1769), todas casonas dieciochescas sin duda con algo en común con sus coetáneas limeñas. También el puente de Cal y Canto sobre el Mapocho, construído en 1780, mayor que el que hiciera siglo y medio antes en Lima el virrey Montesclaros. Pero lo que lamenté de modo especial fue no haber podido ver la serie que pintara por 1765 Isidoro Francisco Moncada, maestro y Alcalde Veedor de los Pintores del Cusco, para la Recoleta franciscana

santiaguina; ella es la Vida de San Pedro Alcántara y en la escena de la muerte del santo se había auto-retratado el autor.

No es exceso recordar aquí que fueron cinco los Gobernadores o Capitanes Generales de Chile con sede en Santiago, ascendidos a Virreyes del Perú: José Antonio Manso de Velasco, Manuel de Amat y Junient, Agustín de Jáuregui y Aldecoa, Ambrosio O'Higgins y Gabriel de Avilés y del Fierro, aunque este último, desempeñó, entre uno y otro cargo, el de Virrey del Río de la Plata. El penúltimo de los nombrados, llamado cariñosamente en Lima *Ño Ambrosio el Inglés*, por ser irlandés, fue padre natural de Bernardo O'Higgins Riquelme, héroe de la Independencia de Chile y Director Supremo de su país -a quien debe Santiago la Alameda de la Delicias (1820) y el Cementerio General (1821)-, el cual se desterró voluntariamente al Perú, donde vivió los postreros dieciocho años de su vida, falleciendo en una hacienda del valle de Cañete, el año 1842.

No queremos concluir estas reflexiones sin anotar que otro gran héroe de la Independencia de Chile, José Miguel Carrera, era también descendiente de los Incas, que asimismo traen sangre de los Incas, más de doce Presidentes de la República (Federico Errázuriz Zañartu, Federico Errázzuriz Echaurren, Germán Riesco Errázuriz, Manuel Montt Torres, Jorge Montt Alvarez, Pedro Montt y Montt, Aníbal Pinto Garmendia, Domingo Santa María González, Ramón Barros Luco, Emiliano Figueroa Larraín, Jorge Alessandri Rodríguez, Eduardo Frei Montalva y Augusto Pinochet Ugarte) y numerosas familias chilenas, santiaguinas en su mayoría (Garnica, Prado, Delgado, Aguirre, Cárcamo, Cotapos, Bustamante, Guerrero, Astorga, Bruce, Gatica, Infante, Eyzaguirre, Gutiérrez, León, Luco, Lobo, Martínez, Madariaga, Carrera, Gamboa, Montt, Olave, Molina, Silva, Errázuriz, Aldunate, Sotomayor, Toro, Torres, Rivadeneira, Tuñón, Barros, Vargas, Ureta, Pinto, Santa María, Alcalde, Velasco y otras más), según investigaciones del genealogista chileno Juan Mujica de la Fuente. A su vez, el genealogista argentino Narciso Binayán Carmona ha descubierto que también descienden de los emperadores cusqueños el polígrafo José Toribio Medina, el historiador Gonzalo Bulnes y el músico y poeta José Zapiola, autor del primer Himno Nacional.

No han sido pocos, pues, los lazos de Chile con el Perú y del Perú con Chile. El acercamiento no pudo ser mayor desde los tiempos del Incario.

Miércoles 24 de febrero de 1988

Zarpamos de Valparaíso a las nueve de la mañana. En el muelle nos

despidieron el Comandante Brousset, y los Comandantes Soldi y Vargas, que viajarán a Lima con él en avión. También estuvo presente el Cónsul General del Perú en Valparaíso, siempre sonriente, amable y servicial. Los remolcadores hicieron lo suyo y el práctico ayudó a sacar el barco del puerto. Pasamos así frente a varios buques de guerra chilenos, todos los cuales caían a la banda de babor: el transporte *Maipo*, las fragatas *Condell* y *Lynch*, también el transporte *Montt*. Luego de ésto salimos mar afuera.

Un rápido recuento de la gente nos hace conocer la realidad. De los invitados y científicos quedamos los menos: Adolfo Gonzales Salas, Héctor Casanova Segovia, Felipe Huamán Solís y yo. Decidieron seguir viaje en el buque la doctora Ruth Calienes Zamudio, Jaime Morán Romero y Oscar Villena Figueroa. Como invitados siguen con nosotros el Capitán de Corbeta brasileño Geraldo Gomdim Yuacaba Filho y el Teniente de Navío ecuatoriano Víctor Hugo Yépez Valarezo. Todos los demás son peruanos marinos y pescadores.

Los tripulantes tienen la alegría de siempre. Ahora dicen: "estamos de bajada", y debe entenderse: estamos de regreso. Nos ayudan el viento y la corriente, pero aún faltan siete días que van a ser atacados por la más voraz monotonía. Han transcurrido casi dos meses y tenemos ganas de volver a casa. Todos hemos tenido viajes más largos y azarosos, pero éste nos ha dejado una sensación especial.

Y es que la Antártida no puede olvidarse después que ha sido vista. Si a mí, personalmente, me preguntaran cómo es, diría apoyado en la perspectiva del tiempo: la Antártida es fría, blanca, solitaria y silenciosa. Su belleza no es exótica ni lujuriante, sino que se apoya en lo inusual, lo inesperado, lo desconocido y quieto. Posee el sabor de lo inédito y la tentación de lo vedado. Es el continente blanco, pero sus colores de excepción son el azul turquesa de los glaciares viejos y el rojo polar de los ocasos. El verde está reducido al mínimo, casi no se ve, se aprecia en los líquenes hirsutos y en las hierbas enanas. El color negro, en cambio, es patrimonio de los musgos. No hay cantos rodados, sólo piedras partidas por el frío. Es un continente hundido, aplastado por el hielo, con ínfima vida vegetal y poca vida animal visible. No hay cuadrúpedos, reptiles, batracios, ni insectos. Tampoco microbios y sólo poquísimas bacterias. Es continente sin olores, sin ruidos, con un paisaje casi lunar. Es un mundo gélido y desértico, apartado y misterioso. Hay paz, indudablemente, pero unida a la sensación de abandono y lejanía. Es, si se me permite decirlo, una paz excesiva.

Recién ahora pareciera verse todo con mayor claridad y, quien lo creyera, con mayor frialdad. Los riesgos que allí hemos pasado tampoco son desdeñables. El del hielo estuvo representado por la posible colisión del buque con un témpano

sumergido o sobreaguado. El *Humboldt* estaba reforzado con planchas de acero, pero eso no bastaba; también accionaba día y noche el sonar y el radar, pero hubo situaciones en que ambos sistemas sufrieron deterioros. La noche oscura o un día de niebla, un error de navegación o el simple accidente pudieron ser fatales, pues un hielo flotante y a la deriva podía abrir una brecha en el casco y -aunque ahora me dicen que el buque tenía compartimentos clausurables y puertas a presión- el accidente pudo estar seguido por el hundimiento en pocos minutos, sin darnos tiempo para utilizar los salvavidas y los botes.

El riesgo del frío, a su vez, no fue menor, porque aunque hubiera habido tiempo de abordar los botes, debíamos haberlo hecho bien abrigados y secos, pues en caso contrario, cualquier hombre moriría al poco tiempo de exponerse a la intemperie. El riesgo del frío también consistió en que -como me decía un tripulante- en cualquier mar un buque puede hundirse y un náufrago quedar flotando asido a una tabla, rescatándosele por otro buque tres o cuatro días después, pero lo cierto era que por allí no pasaban otros buques, al menos en forma regular, y bastaban dos minutos en el agua fría para que el náufrago pereciera por enfriamiento y paro cardíaco.

No fue, pues, tan remoto el riesgo en nuestro navegar por el extremo septentrional del continente blanco. Finalmente, en todo momento de esta navegación nos acompañó la soledad y la soledad antártica nos hacía ver que, cualquier cosa que nos ocurriera, allí terminaba todo. No podíamos recibir ayuda de nadie, ningún país podía acudir a salvarnos, y si acudía...siempre llegaría tarde.

Por eso, en la soledad inmensa de la noche antártica, con frío y mar movida, más de una vez quisimos ver la Cruz del Sur. Pero no se le vio nunca. Sin embargo, estaba allí, porque si algún símbolo señorea el cielo austral, es el de la Redención. Esas noches hacía frío y se veían olas de varios metros, el buque se movía y crujían sus estructuras. La gente estaba recelosa, quieta en sus camarotes. A nadie se veía orar, pero varios lo estarían haciendo. Ya lo decía la copla:

"El que no sepa rezar,
que vaya por esos mares,
y verá que pronto aprende,
sin enseñárselo nadie".

Jueves 25 de febrero de 1988

Hoy hemos navegado desde Coquimbo a Huasco y se piensa pasar a las doce de la noche a la cuadra de caleta Botija. Mientras los tripulantes cumplen sus faenas de rutina, los pescadores reparan sus redes y se pasan las horas abstraídos en este menester. No se ve la costa chilena, pero sabemos que está allí y que no volveremos a verla en todo el resto del viaje.

Esta costa chilena estuvo habitada por varias naciones indias. El litoral fue poblado por los changos, que ocupaban desde Arica al río Choapa (paralelo 31.5), pero en el interior estaban los aimaras (paralelo 18 al 22), los atacamas (del 22 al 25), los diaguitas (del 26 al 32) y los picunches, que dominaron asimismo la costa desde el Choapa al Itata (del 32 al 36). Todos fueron conquistados por los Incas que desde Arica al río Maule (paralelos 18 al 35.5 al oeste y 36.5 al este) fundaron diecinueve centros civilizadores: cuatro entre los aimaras, siete entre los atacamas, cinco en los diaguitas y tres en los picunches. La acción civilizadora de los Incas fue la única importante hasta la llegada de los españoles con Diego de Almagro en 1535, el cual exploró hasta el Itata, no penetrando el país de los mapuches, acaso por el mismo motivo que tuvieron los Incas para fijar sus fronteras en el Maule: sólo había horticultores que vivían en tribus de marcada pobreza cultural y económica.

Sin embargo, por todo este territorio avanzó -como hemos visto el Gran Camino del Inca, el cual tenía varios metros de ancho y estaba orillado por tambos. Venía desde el norte y era continuación del camino longitudinal de la costa peruana. Pasaba por Pica, Quillagua (junto al río Loa), Chacance, Calama, Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama, Salar de Punta Negra, El Salvador, Finca de Chañaral y Copiapó, siguiendo así -sin duda por Cachiyuyo e Inca-huasi, "alga salada" y "casa del Inca" en lengua quechua- hasta Santiago donde, como hemos visto, existía un tambo principal, y prosiguiendo al sur en pos del Maule. Este Camino del Inca, gran obra de ingeniería vial, unía lo que hoy es Ecuador, Perú y Chile, y fue, sin opción a discutirse, el camino más largo y mejor trazado de América precolombina.

Al pasar este camino imperial por Copiapó terminaban los arenales y salares, apareciendo los valles mayores. En el valle de Copiapó, precisamente, empezaba Chile, según los cronistas del siglo XVI, pero con los años este criterio cambió y en 1793 tal límite se había trasladado al curso y desembocadura del río Loa. Hasta aquí los datos históricos y geográficos.

Como estamos navegando hacia el norte, los tripulantes han empezado a sentir calor y se han quitado las chompas. Al quedar sus brazos descubiertos,

dejan ver sus tatuajes. Los tatuajes de los hombres de mar obedecen a una costumbre muy vieja y extendida, pero el tatuaje de los marineros peruanos observa algunas particularidades.

No se hace con planchas, como en otras partes del mundo, sino con media docena de agujas y un frasquito de tinta china. Lo ejecuta un experto, por lo general otro marinero, y el solicitante le presenta un boceto hecho en papel o le lleva a un compañero para que su tatuaje sirva directamente de modelo. Se moja entonces la aguja en la tinta y se hace la punción. Esto, realizado repetidas veces con las diversas agujas, va tiñendo o pigmentando internamente la dermis y la epidermis, confeccionándose así el tatuaje en color negro, otras veces en azul, pero nunca en rojo o verde como es común entre los mareantes japoneses, malasios o australianos.

Los motivos más frecuentes de los marineros peruanos son: la fecha de ingreso a la Armada, el ancla, la cruz, el dragón, la sirena, el corazón flechado, un nombre femenino o la imagen de una mujer desnuda. Algunos marineros, no se sabe porqué, gustan de tatuarse un ataúd entre cuatro cirios encendidos. El tatuaje así hecho ya no se borra nunca, siendo falso que la savia de la higuera lo hace desaparecer.

Estos tatuajes suelen ser aislados, hechos en los brazos o antebrazos, y excepcionalmente en el pecho o espalda. Aquí no hay competencia sobre el número de tatuajes, pero en otras partes del mundo, sí. El tatuaje, en todos los casos, es un testimonio de recuerdo, compromiso, mérito o superstición.

Entre los marineros del *Humboldt* todos los tatuajes eran con tinta negra, pero los tripulantes bromeaban y decían que el Técnico de la Cruz, que era negro, quería hacerse un tatuaje con leche.

Viernes 26 de febrero de 1988

A las seis de la mañana, aún oscuro, pasamos frente a Antofagasta y a las ocho y diez frente a punta Angamos, lugar del combate famoso. Y porque hasta donde llega el Pabellón Peruano llega el nombre de Grau, ahora podemos repetirle al Gran Almirante, a modo de patriótico saludo:

"Tú resplandeces refulgente y solo
ceñido de tormentas huracánicas
en la corona antártica del polo,
más allá de las nubes magallánicas".

Estamos mar afuera, a unas 335 millas de la costa. Vamos en línea recta desde Valparaíso hasta situarnos a 200 millas a la cuadra del Callao. El sol es cada vez más fuerte y el cielo está azul, sin nubes de ninguna clase.

El almuerzo fue con los de siempre, sólo que a invitación del segundo concurrió el Comandante García Escudero. La pasamos muy bien, haciendo el recuento de mucho y reverdeciendo anécdotas. Hoy, como especial concesión al calor, el cocinero -por primera vez en el viaje- suprimió la sopa.

La tarde fue tediosa, ni siquiera se vieron aves. La brisa, muy agradable, no bastó para distraernos. Tuvimos que recurrir a los juegos electrónicos que se dan en la pantalla del televisor, también incursionamos por el juego de ejedrez. Sentados en la Cámara de Oficiales nos entretuvimos en ésto hasta la hora de cenar. Puestos a la mesa comimos y luego de ello hubo una sobremesa muy agradable y distraída. Nos acompañaron esta vez el Comandante Carlos Reátegui, el Comandante Félix Bustos y el Teniente Mauro Cacho, todos grandes amigos nuestros; no estuvo presente el Teniente Adolfo Burgos, otro gran señor de la amistad, por encontrarse de guardia.

A las seis y media de la tarde se encendió el horizonte y el sol cayó con todos los honores lumínicos. Con el horizonte en llamas seguimos navegando hacia el norte. Por la noche salió la luna y trazó en el mar un camino de plata. En el cielo oscuro Venus también brilló. Todos miramos al norte, todos tenemos algo que añorar: es la víspera de entrar al mar peruano.

Esta noche tuvo especial trabajo el Técnico Julio Pomar Martínez, que está a cargo del radio. Resulta que por aproximarnos al Callao hay más mensajes que enviar y recibir. Su persona es la que nos ha hecho posible comunicarnos con nuestras familias desde los diversos rincones antárticos. Su rostro, siempre inmutable, parecía no reparar en las noticias agradables o desagradables que nos llegaban. Y cuando no se podía lograr la comunicación por causa del mal tiempo, era su frase de consuelo: "no se preocupe, regrese mañana a esta misma hora" o si no "vaya tranquilo a dormir que, en cuanto sea posible contactar, yo le aviso". Y de verdad que nos despertaba para hablar con casa a las dos y tres de la madrugada. También tuvo un comportamiento excepcional en este terreno de las comunicaciones, el Teniente Adolfo Burgos Acha, como ya lo hicimos ver. Era gran aficionado a los contactos por radio y en el interior de su camarote llevaba instalado un equipo especial. Pero él no nos comunicaba con nuestras casas a través del Ministerio de Marina, sino que lo hacía por medio de otro radioaficionado peruano, Natan Sterenthal, persona cuya amabilidad y espíritu de servicio tampoco reconocía límites. Gracias a estas tres personas estuvimos siempre informados de los nuestros y por medio de ellos es que nos llegaban las

voces de los seres queridos. Recordar a los tres, es reavivar un sentimiento de gratitud.

En algún momento de esta noche pasaremos frente a Pisagua y eso me hace pensar en un episodio triunfal y desconocido: la primera victoria peruana en la guerra del Pacífico. En efecto, estando al mando de la pequeña guarnición de Pisagua el Coronel arequipeño Agustín Moreno Vizcarra, el 18 de abril de 1879 rechazó exitosamente dos desembarcos de la marinería enemiga, la que se reembarcó con muertos y heridos. Al protagonizar este hecho no sólo ganó el mote de *Matachilenos*, sino que se convirtió en el jefe peruano que hizo el primer disparo en la Guerra del 79, en el primer jefe peruano que logró una victoria para el Perú, y en el único jefe peruano que mereció ser reconocido Vencedor de Pisagua. Concurrió también a las batallas de San Francisco, Tarapacá y Alto de la Alianza y murió en Lima en 1895. Está sepultado en el Cementerio General limeño, en la sección de Santa Marta, y así como su triunfo merece ser conocido, así sus restos merecen ser trasladados a la Cripta de los Héroes.

Sábado 27 de febrero de 1988

Hoy, a las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada, pasamos el paralelo limítrofe entre Chile y el Perú, pero estamos tan lejos del continente que las aguas siguen siendo internacionales. Sin embargo, por quedar a la cuadra del Perú es que lo llamamos mar peruano.

Todo el día lo pasé dialogando con los pescadores del Instituto del Mar, pues desde hace tiempo tengo deseos de entrevistarlos, dado que saben muchas cosas que desconocemos los demás. Su vida es, por este motivo, muy interesante.

Resulta que estos hombres que andan por el *Humboldt* con overall naranja, casco rojo y botas negras, no siempre han estado trabajando en el Perú. Así nos enteramos que Lucio Ticca ha pescado en Angola, Mario Aguayo en Groenlandia, Simeón Boulangger en Cartagena de Indias, Rolando Romero en el Mississippi y Martín Pazos en Costa Rica y Panamá.

Todos son fuertes, rudos, curtidos, mayormente de origen norteño y cada uno de ellos, debido a su piel ennegrecida por el sol, se autodenomina "cholo quemado". Conocen el cielo por las estrellas, pero les dan diferente nombre que los marinos. Coinciden en que las Tres Marías integran una constelación, pero añaden noticias que los remontan a los chimús y a los mochicas. Trabajan con entusiasmo en preparar sus redes, esgrimiendo su aguja de madera, cosiendo con cordel trenzado y cortándolo con el cuchillo que llevan al cinto. Todos se

identifican más por su apodo que por el nombre o apellido. Pero lo verdaderamente notable en ellos es su habilidad sensorial, llevada a condiciones increíbles.

Su vista, por ejemplo, está muy desarrollada. Ticca y Fiestas eran los mejores vigías de la expedición. El Comandante García Escudero decía que prefería dos pescadores vigías a un radar funcionando. Ven muy bien en la oscuridad y de día perciben la existencia de un cardúmen por el color del agua o el vuelo de las aves. Es meritorio el proel que, echado y asomado en la proa de una barca de siete de la noche a las tres de la madrugada, distingue los bancos de peces y el tipo de pez, apreciando si formaban bolos, lanzas o hervideros. Por el desgarre de las nubes entienden el cambio de viento y por el brillar de las aguas la proximidad de las calmerías. También emplean la vista en localizar las corrientes y advertir su persistencia o variante. No gustan de pescar en agua clara, porque favorece que se escapen los peces de la red, las aguas oscuras, por el contrario, terminan confundiendo a éstos y son rápidamente apresados.

El oído lo utilizan en las neblinas, para descubrir la reventazón de las olas y por ende la presencia de una isla o playa a diez millas de distancia. Asimismo suelen hundir el remo verticalmente en el agua y aplicando el oído en el extremo saliente, el opuesto a la pala, "escuchan" lo que ocurre en el "peñerío" y constatan si hay peces en él, pues la cachema "ronca" y el tollo "estornuda".

El olfato lo emplean para detectar el viento terral y deducir la cercanía de la costa. Las islas las perciben, cuando todavía no se ven, por su olor a guano. Pero su máxima sensibilidad la lucen al oler el "yabay" o aceite que exudan los peces y que sale a flote de noche.

El gusto les sirve para comparar peces y crustáceos, probándolos y masticándolos estando aún crudos. Por eso, cuando se hizo cala de krill entre las islas Elefante y Rey Jorge, los pescadores del *Humboldt* lo mordieron, degustaron y lo hallaron con menos carne que el camarón de río, de igual consistencia gelatinosa y con sabor más ácido o amargo.

El tacto no les sirve demasiado, salvo para calcular el tipo de pez cuando pescan con anzuelo, deduciendo su identificación por la defensa que hace de su vida y fuerza con la que sacude la cuerda. De este modo, saben de qué pez se trata antes de haberlo visto. Lo cierto es que, en asuntos de pesca, los pescadores siempre actúan rápido y el éxito de su vida es ganarle al tiempo y al océano.

Estos hombres de mar piensan bien, pero tienen cierto recelo de no ser cabalmente entendidos debido a su vocabulario profesional.

Todos son muy religiosos. Reconocen por Patrón de los Pescadores al Apóstol San Pedro, para festejar al cual tienen "cofradías" en Piura y "mayordomías" en Lambayeque, cuyos delegados piden a los pescadores diaria-

mente con una canasta, peces de limosna. Estos peces se venden en el mercado y así juntan, día a día, el dinero para el 29 de junio. Otras devociones pescadoras son el Señor del Mar en el Callao, Santa Rosa en la costa lambayecana y la Cruz de Motupe en varios puntos del litoral norteño.

Son algo supersticiosos. Nunca pescan en domingo, pero sí regresan de pescar. Tampoco pescan en Semana Santa ni en las cuatro Pascuas del Año Litúrgico: Natividad, Reyes, Resurrección y Pentecostés. Creen que pescar el 31 de diciembre es de mal agüero para el año que viene. No toleran homosexuales en sus embarcaciones, porque dicen que espantan los peces o, en caso contrario, atraen una pesca maldita. Unos pocos pescadores todavía crren en la brujería y así consultan brujos en Túcume, Mórrope y Salas, los que les dan pócimas en botellas para que las aten en las proas de sus barcas.

Los pescadores, por lo general, proceden de familias pescadoras, como es el caso de Martín Pazos, que viaja en compañía de su jóven hijo Wilfredo. Hay la idea que el mejor maestro es el progrenitor, pero tampoco es un dogma. Lo que todos confiesan -y no con poca lástima- es que con los grandes barcos pesqueros con sonar y radar, también con los nuevos instrumentos de pesca, las cualidades sensitivas van pasando al olvido y, por tanto, mermando y disminuyendo en las nuevas generaciones.

De todos los pescadores del *Humboldt*, el único nacido en la sierra es Lucio Ticca, que es cusqueño de Anta. Ha sido Sargento Segundo de la División Blindada, timonel en el mar Caribe, pescador en Angola y en el Perú Técnico Maniobrista y especialista en redes de arrastre. En 1978 ingresó por concurso a la primera dotación del *Humboldt* y desde entonces está en este buque con sus amigos y colegas Simeón Boulangger y Mario Aguayo, también de la primera dotación del barco.

El pescador Juan Campos, a su vez, que hoy es contramaestre y en veces ha oficiado de patrón, es el único que ha pescado en "caballitos de totora". El "caballito" es una embarcación que ya usaron los mochicas y chimús, queriéndose decir con ésto, que se usa más de milenio y medio en la costa peruana. Es barquilla ligera, para un solo tripulante, hecha con junco de los totorales. Es de dos y de tres haces macizos de totora, mide tres metros de largo y lo construye el propio pescador en cuatro horas de trabajo. Los pescadores prefieren los "caballitos" hechos de dos haces, pues resultan más agiles y veloces; los de tres son buenos para salir pronto del mar pues se prestan para "correr olas".

El pescador lo cabalga, dejando los pies sumergidos en el agua durante los descansos o sentándose sobre sus talones en la navegación. El remo es una caña

gruesa, partida por su mitad longitudinalmente, y se llama "canaleta". Su empleo es bilateral y a una remada a babor sigue otra a estribor. El "calcal" es la caja con alforjas para el pescado, constando que la pesca de mojarrillas se hace a las tres de la madrugada y la de la cachema o allanque a distintas horas de la noche. La recolección de crustáceos se cumple con la "cangrejera". El pescador nunca pierde la costa de vista, si la pesca es con red se imponen dos pescadores con "caballito" para poder largarla y arrastrarla, y sólo si los pescadores con "caballito" pasan de cinco se puede salir mar afuera y perderse la visión del litoral.

Cuando termina la faena regresan los pescadores a tierra, por lo general semi-desnudos, pero siempre con prenda de cabeza para protegerse del sol. Llegados a la playa sacan su embarcación a cuestas y la acomodan contra una baranda de palos, con la proa hacia arriba, para que escurra el agua y pueda "dormir". Por eso es que en las caletas del norte peruano, el viajero aprecia a los "caballitos" descansando a la luz de la luna, durmiendo de pie, como los equinos de verdad.

José Fiestas, por último, es el hombre que ha pescado en "balsa de palillo". Esta pequeña embarcación es de la costa piurana y tumbesina, consta de cuatro troncos del árbol llamado palillo, un mástil de caña gruesa y una vela casi triangular de lona blanca. También lleva sólo un tripulante que la gobierna con un remo, pues la balsilla -que tiene tres metros de largo por dos de ancho- carece de timón. Sale hasta diez millas mar afuera y se emplea en la pesca de caballa, ojo de uva, lenguado, cachema y chita. Esta balsa de palillo es la única sucesora de esas otras grandes y a velamen que iban de San Martín de Sechura a Santiago de Guayaquil e isla de la Puná, siendo la más remota antepasada de todas la gran balsa a vela de los tallanes tumbesinos que topara en el mar el piloto Bartolomé Ruíz durante el segundo viaje de Francisco Pizarro. Los mochicas conocieron la balsilla de palillo, pero nunca llegaron a ponerle vela.

Domingo 28 de febrero de 1988

A las tres de la madrugada estuvimos a la cuadra del Callao, 200 millas mar afuera, continuando la navegación hasta completar el número de doce estaciones oceanográficas que realiza la doctora Ruth Calienes con Jaime Morán y Oscar Villena, para el Instituto del Mar del Perú. Por este motivo el buque se ha venido deteniendo de vez en cuando y los tres nombrados se esmeraban en cumplir fielmente su objetivo.

Esta mañana, porque me faltaba conversar con él, me acerqué a Martín Pazos Rumiche, pescador de regular antigüedad en el oficio, el cual tiene en su haber una regular experiencia en la caza de ballenas. Fue él quien, con gran sinceridad, me contó lo que sigue.

Trabajó en ello de 1952 a 1955 con la Empresa Ballenera del Norte. Fue en la costa que corre desde Ancash a Tumbes, pero especialmente en el "banco" frente a Chimbote, punto donde los cetáceos iban a retozar cuando, procedentes de la Antártida, viajaban al hemisferio boreal. Las grandes ballenas, de veinte o veinticinco metros de largo, iban solitarias o distanciadas, los cachalotes, de diez a doce metros de longitud, marchaban formando grupos. El barco ballenero zarpaba del puerto de Paita a las seis de la mañana, laboraba todo el día, sólo cesaba la persecución y caza de cetáceos a las seis de la tarde, es decir, trabajaba de sol a sol, desde el orto hasta el ocaso.

El vigía, puesto en la cofa, era el que daba la voz de alerta, gritando: "ballena a la vista!" y señalando con el brazo por la amura de babor o de estribor. Entonces todos los tripulantes corrían a sus puestos y el capitán de la nave, que servía de arponero, se apostaba detrás de un cañoncillo en la proa. Acercado el barco al animal, estando éste a cuarenta o cincuenta metros, se precisaba la puntería y se apretaba el gatillo, zumbaba el arpón en el aire seguido por la cuerda e iba a clavarse en el lomo del gigante marino. Se oía un bufido de dolor, el monstruo herido se debatía con desesperación, pero al no poderse librar del venablo dentado trataba de sumergirse y huir dejando tras sí un reguero de sangre roja y espesa. Entonces era que le soltaban cuerda, pero luego la recogían, haciendo ésto hasta tres veces y extenuando así al animal arponeado que, víctima de la hemorragia, ofrecía cada vez menos resistencia. Debilitado como estaba se le arrastraba hasta la proa del barco, pero una vez allí, como que se volvía a percatar de su desgracia y reaccionaba tratando de herir el casco con su cola horquillada, propinándole sonoros coletazos. Los de la nave, aprovechando un instante entre dos extertores, le hundían en el cuerpo un tubo acerado y le insuflaban aire por él. El cetáceo quería escapar, pero inflado como ya estaba, no podía hacerlo y se revolcaba sobre su propio cuerpo que flotaba como un boya. Imposibilitado de hundirse y dando vueltas sobre sí mismo, alguien le clavaba una banderola, también un farol encendido, con lo cual el barco se apartaba de él y se lanzaba a la persecución de otras ballenas. Terminada la cacería se regresaba por los animales muertos, los que ahora flotaban quietos en la penumbra u oscuridad con su banderola clavada y su farol encendido. Se las juntaba e infladas como estaban, las ataban a las bordas del buque para su remolque. De este modo todos los barcos regresaban a Paita, arrastrando cada uno ocho ballenas grandes o

dieciseis cachalotes.

En la factoría paiteña los destazaban, hervían su carne para extraer aceite y pulverizaban sus huesos para fabricar harina. Si eran ballenas, destinaban sus barbas para corsetería, si cachalotes, sus dientes del maxilar inferior se extraían con cincel y martillo para elaborar pequeñas esculturas. Al final, de los animales capturados no quedaba casi nada. Esta cacería de los grandes cetáceos, según me contó el pescador Pazos Rumiche, era siempre por marzo o abril.

Al comenzar la tarde de este día, que fue domingo de mucho sol, se sirvió el último almuerzo de camaradería en el buque. Fue un gran almuerzo, un almuerzo pantagruélico. Hubo ocopa arequipeña y ensalada de verduras, siendo los platos de fondo carne cocida, carne frita y carne asada. Todo se aromatizó con hierbabuena y condimentó con ají. Como ya no había cerveza se bebió pisco y algarrobina. Este almuerzo fue la versión marinera de las Bodas de Camacho.

Se efectuó en la cubierta de popa, que era la de los festejos, en medio de la brisa del mar. Hubo música peruana y concurrieron todos, excepto los que estaban de guardia. Fue un almuerzo de confraternidad en el que todos se divirtieron. Asistió el Comandante y su segundo, los oficiales, los tripulantes y los pescadores, también los científicos que quedaban a bordo. Fue un almuerzo de amigos. Hubo brindis y fotografías, bromas y chistes a granel, haciéndose una vez más el recuento del anecdotario antártico. El Oficial de Mar Julio de la Cruz recitó tres décimas con picardía mandinga, ganándose el aplauso general. Me gusta oirlo recitar sus décimas, porque es un negro que vive orgulloso de ser negro.

De algo, sí, teníamos especial pesar los asistentes: que la expedición concluyera dentro de cuarenta y ocho horas... Pero ya saldría la Segunda Expedición Peruana a la Antártida y muchos de los presentes volverían a reunirse.

En este clima de buena alegría se cumplieron las seis horas de la tarde. El *Humboldt* seguía navegando. Lo hacía lentamente pero con dirección a la costa. el sol estaba por ocultarse y el cielo se oscurecía. Recuerdo que con los últimos rayos solares marché a la cubierta de proa. Quería ver tierra, la tierra, mi tierra. Tenía muchos deseos de verla, pero todavía no era posible hacerlo. El horizonte seguía siendo circular. Entonces -defecto de historiador- fue que recordé al rebelde Arias Maldonado, ese mestizo cusqueño que volviendo de su destierro en España falleció de alegría frente a Paita al ver la tierra del Perú, su tierra que no veía desde hacía tanto tiempo. Y comprendí a mi compatriota quinientista, porque el deseo y la alegría de volver a ver la tierra natal es algo que no tiene precio en el mundo.

Lunes 29 de febrero de 1988

Amanecimos navegando y recién a las diez y media, a través de mucha bruma, divisamos la costa. Todos nos alegramos sobremanera de ver tierra que, al fin y al cabo -como decían los antiguos- la mar larga sólo es buena para los peces. Salimos a la altura de Ancón, concretamente frente a la isla grande, al sur del balneario. El panorama se fue despejando. Así aparecieron los edificios anconeros y más atrás los camiones pesados pasando por la carretera Panamericana, desvío de Pasamayo. La cordillera se veía inmensa, la costa dorada y el mar azul. Hubo alegría general. ¡Estábamos en el Perú!

Se fondeó a las once y media frente a la isla dicha, procediéndose a terminar el pintado del barco, en especial del casco, cosa que no se había podido hacer con el buque navegando. El guardián de la isla se intrigó y no entendiendo qué hacía allí un barco pintándose, más todavía de color naranja, subió al punto más alto para observar mejor. Nosotros, mientras tanto, nos entreteníamos viendo la gran roca negra cubierta de guano blanco: nos recordaba a la Antártida con sus cumbres cubiertas de nieve.

Conforme pasó el tiempo, las aves se acostumbraron a nuestra presencia y sobrevolaron el buque. Luego regresaron a la isla, donde ahora se veían la casa del guardián, el embarcadero sobre pilotes, las oficinas de la administración guanera así como cantidad de senderos y pequeños muros para acumular el excremento de los pájaros. El sol alumbraba con más decisión y la brisa refrescaba las sienes. El paisaje no era de los mejores, pero era nuestro. Esteabamos, por fin, otra vez en el Perú.

A las cinco de la tarde, más o menos, partimos rumbo al Callao. Las noticias parecían muy diversas, pero las que predominaban decían que temprano se reintegraría al *Humboldt* el Comandante Jorge Brousset para ingresar al Callao con el buque. Luego atracaríamos y se realizaría una ceremonia de recibimiento. Asistiría el Presidente de la República, también el Canciller, habría gentío, discursos, ovaciones. Seguidamente subiría el Presidente al buque, nos estrecharía la mano a todos, se le invitaría una bebida en la Cámara de Oficiales y se le pondría en el vaso un hielo azul traído exprofesamente de la Antártida. Se hablaría de esta expedición y de la próxima, del asentamiento definitivo de la Base Machu Picchu...

Lo evidente era que navegábamos. Lo hacíamos rumbo a nuestro primer puerto. Pasamos así frente a unas islillas guaneras, todas blancas como témpanos, continuando frente al balneario de Santa Rosa y el barrio de Ventanilla. La cordillera se veía enorme y la costa extensa. Viramos algo al oeste,

frente a La Pampilla, y empezamos a toparnos con los barcos que salían del Callao. El tráfico naviero era grande, sumándose a él muchas embarcaciones pesqueras y yates deportivos.

Entramos a la bahía del Callao con el sol poniente. El puerto se veía lejos, entre nosotros y el *Humboldt* habían muchos barcos fondeados. Se fueron midiendo las profundidades y se aminoró la velocidad, acercándose el buque al cabezo de la isla de San Lorenzo. Allí se dio la orden y los encargados de cumplirla largaron el ancla. El *Humboldt* se detuvo y , por efecto de la corriente, su proa quedó apuntando al sur. En el puente estaban el Comandante García Escudero, el Teniente Cacho y el Oficial de Mar Ravello. Yo estaba detrás de ellos y, llegando este momento, pude percatarme que los tres dieron un suspiro de alivio, luego se miraron, finalmente sonrieron satisfechos. El viaje, lo que se llamaba el viaje, había terminado.

Martes 1° de marzo de 1988

La noche fue muy larga, pero sobrevino la alborada y luego salió el sol. Un sol conocido y a la hora exacta, tal como estábamos acostumbrados a verle antes de ir a la Antártida. Varias bandadas de gaviotas nos salieron a recibir y les dimos los saludos de sus congéneres australes. Parece que lo entendieron, porque luego se marcharon contentas y no regresaron más.

A las siete de la mañana vino a bordo en una lancha el Comandante Jorge Brousset, para entrar con el *Humboldt* al puerto. Con él vinieron los Comandantes Soldi y Vargas Faucheux. Los marinos del buque se han uniformado de blanco, los pescadores visten su ropa naranja y los civiles están con terno y corbata. El *Humboldt*, pintado como recién salido del astillero, lanza un toque de sirena. Se manda cubrir los puestos de maniobra y la nave se comienza a desplazar. Avanza de este modo un trecho, acercándose lentamente al puerto. Luego se detiene a una distancia prudencial. Hay que esperar que sean las diez. cuando todo está listo, tanto en el *Humboldt* como el muelle, el buque se pone nuevamente en movimiento.

La mañana se vislumbra hermosa. Si no lo está, nos lo parece. Lo cierto es que todos lucen uniformados en sus puestos de formación, los civiles también en el suyo. El barco sigue lentamente su navegar con el propósito de acoderar en el muelle. Todos sentimos algo raro en el pecho, se nos seca la garganta, los ojos quieren ver cada vez más.

Estamos ya ingresando a nuestro primer puerto. Se canta con el alma aquello

de: "Callao, oh querida tierra mía...!" y se estalla mentalmente en los tres clásicos chimpunes. Ya se ven las torres de las iglesias y los torreones vireinales, la Escuela Naval de La Punta y las grúas del SIMA, asimismo el muelle de la Base repleto de gente. Bulle la sangre y se aprietan los puños, pero también se cierran sin querer los ojos recordando que ha llegado a su fin la aventura antártica.

Y como no se puede matar a la memoria, empiezan a desfilar por nuestra cabeza todos los ingredientes de la Primera Expedición Científica Peruana al continente austral, esa tierra incógnita y fantástica, la tierra de Ptolomeo.

Se presenta así la imagen del Director Ejecutivo de la Expedición, Contralmirante Alfredo Arnáiz, sereno y muy abstraído, calculando y planificando, en su escritorio de trabajo, entre papeles y cuentas, pero luego surge la del Jefe de la Expedición el Comandante Jorge Brousset, siempre delante de todos, decidiendo, ordenando, ejerciendo su naval psicología de caudillo. Tras él están el Coordinador Científico y los Jefes de Programa. El Comandante Vargas Faucheux, alegre y dicharachero, pero dispuesto a cortarle la cabeza al primer investigador incumplido; el Comandante Soldi, con su cara congestionada por el frío, dirigiendo el lanzamiento de las botellas Niskin; la doctora Ruth Calienes, inmersa en su laboratorio estudiando densidades, salinidades y opacidades del mar; la doctora Olga Gómez, lanzada a caminatas playeras en busca de poliquetos; el ingeniero Vílchez Espinoza, eufórico por encontrar krill; el Comandante del Carmen, auscultando el cielo y robándole sus secretos a la atmósfera; el Teniente Coronel Sánchez Ayala, con su andar característico de eterno hombre de las nieves y el geólogo Monge Castillo, tanteando rocas y descubriendo ocultos magnetismos.

Acuden también, y de inmediato, los integrantes de los programas científicos. Aparecen así, en primera línea, Pérez Sandoval, con su cara burlona y bigotes retorcidos, Seoane Morla, con sus diez cámaras fotográficas a cuestas, y Romero Ojeda, con su atildado vestir de diplomático sereno. Nos sorprenden luego la quietud lectora del silente Suárez Florez y el hablar polemizante de Vera Chamochumbi; la seriedad facial de Lostanau Espinosa y el rostro pícaro de Chipollini Montenegro; la erudita y dulce voz de Soledad Guzmán y el vozarrón asustador de Silva Pellegrin; el estoicismo andino de Canaviri Mujica y el afán programador de León Gallegos; el alegre apetito de Moreno Beas y el mesurado comer de Carmen Conopuma; el frío observar de Peña Gonzales ante focas y pingüinos y la curiosidad celeste del meteorólogo García Blásquez en cielos desconocidos; la discreta estatura de Huamán Solís (más conocido a bordo por *Periquito Pin Pín*) y la corpulencia canosa de Casanova Segovia; el poco hablar de Gonzales Salas y el siempre oir de Villena Figueroa; la risa fácil del aviador

Arispe Giles y el sesudo razonar del sociólogo Chicata Blancas; los ojos curiosos de Morales Cabrera y la mirada socarrona de Marrou Adrianzén; también la pericia de Lozano Rubio lanzando la red bongo a las profundidades oceánicas. Cerrarían el desfile, marcando paso, las figuras de los Capitanes Solano, Merino, Jibaja, Mogrovejo y Fitzcarrald, quedándose intencionalmente para lo último Morón Antonio y Morán Romero, con su "conversación de borrachos" a la hora de medir la salinidad marina en el estrecho de Bransfield:

- Dame la botella
- Faltan dos botellas
- Pide cuatro más
- Toma la vacía
- Dame a mí la llena
- Estas botellas son pocas
- ¡Que se traigan más botellas!

A todos, absolutamente a todos, se les recuerda con aprecio y se les ve -ahora que entramos por la bocana del puerto- ceñidos al uso antártico con su azul "ropa de frío" entre hielos crepitantes, con su anaranjada "ropa de agua", a bordo de la ballenera, o con el chaquetón de caperuza verde en la cubierta del *Humboldt*. Allí están sobre la nieve blanca de la isla Rey Jorge y sobre la nieve negra de la isla Decepción, escalando los volcanes que tienen corazón de fuego o admirando los glaciares que muestran su rostro helado. Allí están con sus gorros de lana negra, arrastrando la piedra grande aquella tarde de enero o con sus gorrillas de visera saludando militarmente al tiempo que se iza el Pabellón y se canta el Himno Nacional...Ellos fueron los hombres que de uno u otro modo, alcanzaron cientificidad a la expedición. Son los que -junto con los marinos, marineros y pescadores- merecen llamarse "austronautas", como yo los llamo, no porque hayan hecho nada excepcional sino, sencillamente, porque fueron los primeros peruanos que salieron juntos en pos del sexto continente y navegaron el océano austral con la bandera enarbolada, exhibiendo los derechos del Perú y afirmándolos para siempre. Partieron aguerridos, llegaron entusiastas y volvieron victoriosos. En otras palabras, si algún día hay Antártida Peruana o frutos antárticos nacen para la Peruanidad, eso se deberá al esfuerzo patriótico de quienes integraron esta Primera Expedición Científica.

Estamos por llegar al muelle, próximo a atracar, ya no hay casi tiempo para pensar más o decir mucho. Por eso, a todos los "austronautas" -científicos, marinos, marineros y pescadores- sólo me queda darles un abrazo espiritual y decirles, arrogándome el pensar de la Patria: gracias, muchas gracias, en nombre del Perú.

Nota: Los versos que a propósito del primer puerto chileno hemos transcrito parcialmente, pertenecen a Angel Parra (*Valparaíso en la noche*), Sergio Vesely (*Valparaíso*) y Tito Fernández (*Valparaíso*), todos poetas chilenos, así como Eduardo Vargas Puch, a quien se debe la poesía *El viento de Punta Arenas*, de la que se expone también un fragmento. Las estrofas que se refieren a Miguel Grau y que aparecen en el tornaviaje, pertenecen al poeta peruano Fernando Velarde.

PARTICIPANTES EN LA PRIMERA EXPEDICION CIENTIFICA PERUANA A LA ANTARTIDA ABORDO DEL BIC *HUMBOLDT*

JEFE DE LA EXPEDICION
Capitán de Navío Jorge BROUSSET Barrios

Dotación del BIC *HUMBOLDT*

Comandante	C. de F. Ricardo GARCIA Escudero
2° Comandante	C. de C. Luis AMAT y LEON Negri
Jefe de Sanidad	C. de C. SN Félix BUSTOS Laimito
Jefe de Admón y Cbta.	C. de C. Carlos REATEGUI Aguilar
Jefe de Ingeniería	Tte. 1° Manuel BURGOS Acha
Jefe de Naveg. y Comunic.	Tte. 1° Mauro CACHO De Armero

Departamento de Sanidad

T3 Enf.	Carlos GUERRERO Pichilingue
OM1. Enf.	Gustavo VARGAS Toro

Departamento de Administración y Cubierta

OM1.Fur.	Orlando VILLACORTA Tafúr
OM2. Oes.	Luis GUTIERREZ Aguilar
OM2. Oes.	José CASTILLO Mori
OM2. May.	Rafael MENDIZABAL Igidio
OM2. Lav.	Gerardo GUERRA Mendoza
OM2. Pan.	Víctor CUEVA Flores

OM2. Coc.	Juan VASQUEZ Vásquez
OM3. Coc.	Inocencio TORRES Collahua
OM3. Coc.	Teófilo PERALTA Gutiérrez
CB1. May.	José DELGADO Rivera
CB1. May.	Elio CARHUAYO Lupaca
Contram.	Simeón BOULANGGER Saavedra
Patrón	Juan CAMPOS Bonilla
Pesc.	Mario AGUAYO Cárdenas
Pesc.	Lucio TTICA Ccahua
Pesc.	Martín PAZOS Rumiche
Pesc.	Rolando ROMERO Rodríguez
Pesc.	José FIESTAS Rumiche
Pesc.	Wilfredo PAZOS Fiestas
May.	Eduardo MANGUINURI Pizango

Departamento de Ingeniería

TS.2. Máq.	Dagofredo CAYCHO Porras
T2. Mot.	Eleazar COLAN Changanaquí
T3. Mec.	Víctor CENEPO Chihuala
T3. Mot.	Julio DE LA CRUZ Chacaltana
OM1. Mot.	Carlos GONZALES Carrillo
OM1. Ele.	Rafael AYALA Arias
OM1. Mot.	Eugenio TITO Luque
OM1. Mot.	Darío ALDUNATE Talaverano
OM3. Mot.	Luis BLAS Sánchez
Asesor	Rolf Christian ROEDER

Departamento de Navegación y Comunicaciones

T2. Rad.	Julio POMAR Martínez
T2. Hid.	Fortunato JIMENEZ Jiménez
T2. Hid.	Julián CANDELA Sánchez
T3. Rad.	Jaime SANDOVAL Castillo
OM2. Señ.	Silvino RAVELLO García
Ing.	Walter CASTAÑEDA Cóndor

Personal Científico y Técnico

Coordinador Científico

C. de F. (I) César VARGAS Faucheux

Programa Oceanografía Física

Jefe prog.	C. de F. Héctor SOLDI Soldi
Ing.	Octavio MORON Antonio
Ing.	Víctor SUAREZ Flores
Ing.	Benjamín VERA Chamochumbi
Ing.	Gustavo LAOS Cruzado
Est.	Jaime MORAN Romero

Programa Oceanografía Química

Jefe Prog.	M. S. Ruth CALIENES Zamudio
M. S.	Máximo MORENO Beas
Ing.	Carmen CONOPUMA Rivera
Ing.	Nelson LOSTANAU Espinoza

Programa Biología

Jefe Prog.	Biol. Olga GOMEZ Caballero
Biol.	Soledad GUZMAN Cárdenas
Biol.	Andrés CHIPOLLINI Montenegro
Prof.	Gregorio PEÑA Gonzales
Técn.	Oscar LOZANO Rubio
Est.	Oscar VILLENA Figueroa

Programa Meteorología

Jefe Prog.	C. de C. César DEL CARMEN de la Torre
Cap. FAP	Marcial GARCIA BLASQUEZ García
Ing.	Felipe HUAMAN Solís

Programa Acústica

Jefe Prog.	Ing. Ricardo VILCHEZ Espinoza
Ing.	Adolfo GONZALES Salas
Ing.	Nikita MORALES Cabrera
Técn.	Héctor CASANOVA Segovia

Programa Magnetismo

Jefe Prog.	Fís. Félix MONGE Castillo
Fis.	Roque CANAVIRI Mujica
Ing.	Eduardo PEREZ Sandoval
Cap. EP.	Fernando FITZCARRALD Guerrero
Cap. EP.	Oscar MOGROVEJO Paredes
Cap. EP.	Walter JIBAJA Alcalde
Cap. EP.	José SOLANO Espósito

Programa Logística

Tte. Crnl. EP.	Fernando SANCHEZ Ayala
Cap. EP.	Luis MERINO Amand
Cap. FAP.	José ARISPE Giles
Dr.	Horacio CHICATA Blancas

Personal de Apoyo

Tte. 1°	José MARROU Adrianzén
Prog.	José LEON Gallegos

Invitados Nacionales

Historiador	José Antonio DEL BUSTO Duthurburu
1er. Sec. RREE	Julio ROMERO Ojeda
Periodista	Jorge SEOANE Morla
Camaróg.	Miguel SILVA Pellegrin

Invitados Extranjeros

Biol.	Miguel RITACCO Guerrero (Argentina)
C. de C.	Fihlo GONDIN Yuacaba (Brasil)
Ing.	José BLANCO García (Chile)
Tte. Nav.	Víctor YEPEZ Valarezo (Ecuador)

INDICE DE PERSONAS

A
Aguayo, Mario, 69, 110, 140, 159, 161, 172
Aguirre, Elías, 147
Aguirre Cerda, Pedro, 97
Aldunate Talaverano, Darío, 172
Alessandri Rodríguez, Jorge, 153
Almagro, Diego de, 143, 144, 156
Amat y Junient, Manuel de, 153
Amat y León Negri, Luis, 27, 33, 65, 131, 140, 171
Anaximandro, 65
Anderson Noriega, Oscar, 21, 22
Arctowski, Henryk, 111
Arellano, Olga, 33
Arellano Greenfield, José, 33
Arias Aragüez, Justo, 147
Arias Maldonado, 164
Arispe Giles, José, 62, 168, 174
Amáiz Ambrosiani, Alfredo, 12, 21, 22, 61, 126, 127, 130, 131, 133, 167
Arriaga y Gurbista, Juan Antonio de, 136
Arróspide Mejía, Ramón, 15
Ascue Sarmiento, Javier, 133
Astete, Luis Germán, 147
Atahualpa, 60
Avilés y del Fierro, Gabriel de, 153
Ayala Arias, Rafael, 172
Ayllón, Juan E., 147

B
Baquedano, Manuel, 149
Barco, Pedro del, 152
Barros Luco, Ramón, 153
Batanero, Néstor, 147
Beatriz Clara Coya, 152
Bellingshausen, Fabian von, 88
Benavente Mercado, Roberto, 45
Benalcázar Coz, Emilio, 126
Binayán Carmona, Narciso, 153
Blanco Encalada, Manuel, 32
Blanco García, José Luis, 48, 95, 174
Blas, Luis, 110, 172
Bolognesi, Francisco, 147
Borgatello, Mayorino, 47
Boric, Vladimiro, 47
Boulangger, Simeón, 69, 159, 161, 172
Bransfield, Edward, 89
Bridges, Thomas, 125
Brousset Barrios, Jorge, 11, 12, 21, 22, 29, 33, 34, 38, 46, 48, 52, 61, 73, 74, 75, 78, 79, 81, 93, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 107, 108, 109, 116, 118, 126, 127, 131, 140, 154, 165, 166, 167, 171
Bulnes, Gonzalo, 153
Burgos Acha, Alonso, 27, 68, 115, 140, 158, 171
Buse de la Guerra, Hermann, 11
Bustamante, Mariano, 147
Busto Duthurburu, José Antonio del, 5, 7, 10, 11, 12, 14, 174
Bustos Laimito, Félix, 27, 33, 35, 96, 108, 158, 171

C
Cáceres, Andrés Avelino, 147
Cacho de Armero, Mauro, 27, 68, 95, 99, 113, 114, 131, 158, 166, 171

Calienes Zamudio, Ruth, 62, 74, 95, 126, 140, 154, 162, 167, 173
Caloyeras, Atanasio, 147
Campos Bonilla, Juan, 69, 73, 161, 172
Canaviri Mujica, Roque, 49, 62, 63, 79, 131, 137, 167, 174
Candela, Julián, 84, 101, 172
Carbajal, Gutierre de, 60
Carcelén Basurto, José, 5, 15
Carhuayo Lupaca, Elio, 35, 172
Carlos III, rey de España, 145
Carlos V, rey de España, 60
Carmen de la Torre, César del, 62, 73, 75, 95, 110, 111, 116, 126, 131, 132, 133, 167, 173
Carmona, Germán, 34
Carrera, José Miguel, 153
Carvajal, Melitón, 147
Carvalho Ferraz, Luis Antonio de, 73
Casanova Segovia, Héctor, 34, 62, 69, 110, 154, 167, 173
Castagneto, Alfonso, 34
Castañeda Cóndor, Walter, 35, 112, 113, 115, 134, 172
Castilla, Gabriel de, 61
Castillo Mori, José, 73, 130, 171
Castro Hart, Juan Manuel, 15
Caycho Porras, Dagoberto, 130, 172
Celendón, José, 147
Celis Cornejo, Raúl, 33
Cenepo, Víctor, 65, 172
Céspedes de Rumié, Lily, 33
Cicala, Juan Carlos, 131, 133
Cieza de León, Pedro, 142
Cochrane, Lord Thomas, 32, 145
Colán Changanaquí, Eleazar, 172
Colón, Cristóbal, 89
Condell de la Haza, Carlos, 32
Conopuma Rivera, Carmen, 62, 91, 100, 131, 167, 173
Cornejo, Medardo y Benigno, 147
Crates de Malos, 66, 78
Cruz Chacaltana, Julio de la, 130, 157, 164, 172
Cueva Flores, Víctor, 35, 171
Culliksen, Hans A., 97

CH
Chicata Blancas, Javier Horacio, 11, 49, 62, 95, 168, 174
Chipollini Montenegro, Andrés, 62, 167, 173
Chocano, Francisco, 147

D
Darwin, Charles, 126
Delgado Rivera, José, 172
Díaz, Bartolomé, 66
Díez Canseco, Fermín, 147
Drake, sir Francis, 136
Dueñas, Nicolás, 147

E
Enríquez de Borja, Juan, 152
Errázuriz Echaurren, Federico, 153
Errázuriz Zañartu, Federico, 153
Espinar, Ladislao, 148
Eucht, Vicente van, 39

F
Fagnano, José, 47
Fanning, Juan Manuel, 147
Favero, Marco, 118
Fernández de Quiros, Pedro, 8, 61
Fernández, Tito, 169
Fernández Puyó, Gonzalo, 8, 11
Ferré, Diego, 147
Fiestas, José, 67, 68, 69, 160, 162, 172
Figueroa Larraín, Emiliano, 153
Fitz Roy, Robert, 125
Fitzcarrald, Fermín, 138
Fitzcarrald Guerrero, Fernando,109, 138, 168, 174
Fontana, Roberto, 118
Francisco de Borja, san, 152
Frei Montalva, Eduardo, 153

G
Gálvez, José de, 145
Gama, Vasco de, 66
Gamarra, Andrés, 147
García Blásquez García, Marcial, 35, 62, 167, 173
García Calderón, Francisco, 147
García de Castro, Lope, 38
García de Loyola, Martín, 152

García Escudero, Ricardo, 22, 27, 33, 68, 84, 99, 107, 124, 131, 140, 158, 160, 166, 171
García Pérez, Alan, 21, 79
Gastelumendi de Santín, Elena, 130
Gherritz, Dirck, 61
Gomdim Yuacaba Filho, Geraldo, 35, 74, 95, 154, 174
Gomes Queiroz, Antonio José, 74
Gómez Caballero, Isabel Olga, 62, 74, 100, 111, 126, 131, 167, 173
Gonzales Carrillo, Carlos, 172
Gonzales Salas, Manuel Adolfo, 34, 62, 69, 154, 167, 173
González Videla, Presidente chileno, 9, 93
Grau, Miguel, 26, 27, 30, 141, 157, 169
Guerra, Gerardo, 142, 171
Guerrero Pichillingue, Carlos, 108, 171
Gusinde, Martín, 58
Gutiérrez, Aguilar, Luis, 73, 110, 113, 171
Guzmán Cárdenas, Soledad, 62, 91, 111, 167, 173

H
Heros, Carlos de los, 147
Hoces, Francisco de, 60
Hoz, Pedro Sancho de la, 60
Huamán Solís, Felipe, 35, 62, 154, 167, 173
Huayna Cápac, 60
Humboldt, Alexander von, 26

I
Ignacio de Loyola, san, 152
Inclán, José Joaquín, 147
Indacochea Queirolo, Alberto, 5, 15

J
Jara Márquez, Arturo, 47
Jaúregui y Aldeoca, Agustín de, 153
Jelves, Carlos, 33
Jibaja Alcalde, Walter, 62, 79, 138, 168, 174
Jiménez, Fortunato, 68, 84, 100, 172
Jorge V, rey de Inglaterra, 110
Juan Pablo II, Papa, 111

L
La Torre, Manuel C., 147,
Lang Yingjie, 116
Laos Cruzado, Gustavo, 61, 131, 173
Ledesma Escalante, Domingo Nemesio, 118
León Gallegos, José, 63, 167, 174
Loaisa, García Jofré de, 60
López Albújar, Enrique, 21, 22
López Rubio, Sergio E., 33
Lostanau Espinoza, Nelson, 62, 167, 173
Loyola, Ana María Coya de, 152
Lozano Rubio, Oscar, 62, 168, 173

M
Magallanes, Hernando de, 44, 46, 60, 66, 77, 136
Magnano, sub-oficial, 130
Mahu, Jacobo, 61
Maldonado, Alcibíades, 147
Manguinuri Pizango, Eduardo, 35, 36, 172
Manso de Velasco, José Antonio, 152, 153
Mao Tse Tung, 117
Marchand Stens, Luis, 33
Marino de Tiro, 66
Marrou Adrianzén, José, 50, 63, 79, 131, 132, 137, 168, 174
Martín de Porras, san, 23
Medina, José Toribio, 153
Mendes Correia, 77
Mendizábal Igidio, Rafael, 35, 171
Menéndez, José, 47
Merino Amand, Luis, 62, 109, 138, 168, 174
Mogrovejo Paredes, Oscar, 62, 79, 138, 168, 174
Molina, Cristóbal de, 143
Moncada, Isidoro Francisco, 152
Monge Castillo, Félix, 62, 95, 126, 131, 167, 174
Monstesclaros, Juan de Mendoza y Luna, 152
Montt Alvarez, Jorge, 153
Montt y Montt, Pedro, 153
Montt Torres, Manuel, 153
Montoya, Jerónimo de, 45
Morales Cabrera, Nikita, 62, 168, 173
Morán Romero, Jaime, 58, 61, 71, 154, 162, 168, 173
More, Juan Guillermo, 147
Moreno Beas, Tomás, 49, 62, 131, 167, 173
Moreno Vizcarra, Agustín, 159, 173
Morón Antonio, Octavio, 61, 71, 168, 173
Mugica Martínez, Ramón, 9

Mujica de la Fuente, Juan, 153
Murga, José, 104

N
Nekao, faraón, 60
Neptuno, 83, 139, 140
Nereidas, 139, 140
Nieto Chipoco, Manuel R., 8
Niño de Zepeda, Arturo, 33
Nuñez, Carlos, 34

O
O'Donovan, Ricardo, 147
O'Higgins, Ambrosio, 153
O'Higgins Riquelme, Bernardo, 153
Orellana, Francisco de, 11

P
Pachacutec, 60
Palacios, Enrique, 147
Palmer, Nathaniel B., 86, 88, 89
Pardo, piloto chileno, 107
Parra, Angel, 169
Pazos, Wilfredo, 69, 161, 172
Pazos Rumiche, Martín, 69, 110, 159, 161, 163, 164, 172
Pedro, Apóstol san, 160
Pedro Alcántara, san, 153
Peña Gonzales, Mario Gregorio, 49, 62, 71, 167, 173
Peralta Gutierrez, Teófilo, 172
Peralta y Rivera de las Roelas, José Antonio de, 133
Perez Sandoval, Eduardo, 49, 62, 167, 174
Petersen Gaulke, Georg, 9
Pfeifer, Gustavo, 33
Pigafetta, Francisco Antonio, 136
Pinochet Ugarte, Augusto, 153
Pinto Garmendia, Aníbal, 146, 153
Pizarro, Francisco, 60, 84, 151, 162
Plinio, 83
Pomar Martínez, Julio, 158, 172
Pomponio Mella, 66
Portal, Nicolas del, 134
Portales, Diego, 149
Prado, Leoncio, 147
Prat, Arturo, 30, 106, 141
Presler, Piot, 110, 111
Pritchard, profesor, 58
Ptolomeo, Claudio, 23, 45, 55, 66, 167

Q
Quiroz Piñeiro, Francisco, 29, 33, 146

R
Ravello, Silvino, 84, 166, 172
Reátegui Aguilar, Carlos, 27, 63, 68, 69, 74, 140, 158, 171
Ribera, Alonso de, 143
Riesco Errázuriz, Germán, 153
Ríos, Tiburcio, 147
Ritacco Guerrero, Miguel, 48, 95, 119, 132, 174
Rivet, Paul, 77
Robins, Rob, 86
Rodríguez, José Melitón, 147
Roeder, Rolf Christian, 48, 64, 65, 132, 133, 134, 172
Romero Ojeda, Julio, 49, 95, 132, 133, 146, 167, 174
Romero Rodríguez, Rolando, 70, 73, 113, 140, 159, 172
Rosa de Lima, santa, 23
Ruiz, Bartolomé, 162

S
Saavedra Barrera, Efraín, 29, 33, 38, 146
Sairi Tupac, 152
Salmón de la Jara, Federico, 14, 15
San Martín, José de, 32, 127, 145
Sánchez Ayala, Fernando, 49, 62, 63, 73, 75, 79, 95, 104, 109, 116, 126, 131, 137, 138, 167, 174
Sánchez Romero, Jorge, 10
Sandoval, Jaime, 99, 172
Santa María González, Domingo, 153
Santillán Rodríguez, Isabel, 67
Santos, Mariano de los, 147
Sarmiento de Gamboa, Pedro, 7, 10, 11, 19, 23, 44, 45, 55, 60, 66, 77, 121, 136
Seoane Morla, Jorge, 5, 50, 73, 74, 75, 78, 93, 94, 97, 109, 131, 132, 133, 167, 174
Sigall, Oriana, 33
Silva Pellegrín, Miguel, 50, 73, 97, 109, 167, 174
Solano Espósito, Alfonso, 62, 79, 138, 168,

174
Soldi Soldi, Héctor, 29, 33, 34, 38, 61, 71, 73, 75, 81, 84, 92, 95, 109, 116, 126, 131, 140, 154, 166, 167, 173
Soria Díaz, Juan, 9, 67
Sterenthal, Natan, 115, 158
Suárez Flores, Víctor, 61, 71, 167, 173

T
Tapia, Oscar, 107
Teixeira Rivarola, Jorge, 10
Thales de Mileto, 65
Tia Genzheng, 117
Ticca, Lucio, 68, 69, 159, 160, 161, 172
Tito Luque, Eugenio, 172
Toesca, Joaquín, 149, 150
Toledo, Francisco de, 38
Toro y Zambrano, Mateo del, 152
Torres Collahua, Inocencio, 172
Torres, Fausto, 33
Tupac Amaru, 136
Tupac Yupanqui, 60, 143

U
Ugarte, Alfonso, 147
Ui-Te-Rangiora, 60
Ulloa Sotomayor, Alberto, 8
Unger, Tomás, 86
Urenda, Beltrán, 33

V
Valdivia, Pedro de, 150, 151
Vallejo, César, 79
Varela, Marcelino, 147
Vargas Caballero, Luis Ernesto, 10, 15
Vargas Faucheux, César, 49, 61, 73, 75, 94, 106, 110, 116, 126, 131, 132, 141, 144, 154, 166, 167, 173
Vargas Puch, Eduardo, 169
Vargas Toro, Gustavo, 108, 171
Vásquez, Juan, 35, 172
Velarde, Fernando, 169
Vera Chamochumbi, Benjamín, 49, 61, 71, 131, 140, 167, 173
Vesely, Sergio, 169
Vílchez Espinoza, Ricardo, 34, 62, 65, 69, 95, 126, 134, 167, 173
Villacorta Tafur, Orlando, 130, 140, 171
Villalobos, Juan de, 60
Villalobos Urquiaga, Jorge, 11, 15
Villar, Manuel, 141
Villavisencio, Manuel, 147
Villena Figueroa, Oscar, 62, 154, 162, 167, 173
Villena Gutiérrez, Luis Felipe, 15

W
Wagner Tizón, Allan, 22
Williams Rebolledo, Juan, 141

Y
Yépez Valarezo, Víctor Hugo, 35, 154, 174

Z
Zapiola, José, 153
Zhang Kuncheng, 116

INDICE TOPONIMICO

A
Abtao, 141
Achao, 38
Adella, isla, 77
Africa, 9, 60
Alaska, 106
Aldachildo, 39
Alemania, 26, 34, 57, 70
Almirantazgo, bahía del, 72, 74, 75, 82, 107, 109, 110, 111, 116, 137
Alto de la Alianza, 159
Amazonas, río, 9, 11, 25
Amberes, isla, 82, 92
América, 9, 24, 26, 34, 58, 66, 77, 145, 146, 147, 156
Ancash, 163
Ancón, 165
Ancud, 34, 38, 102, 141
Andes, cordillera de los, 28, 139
Angamos, punta, 12, 26, 36, 146, 157
Angasmayo, río, 143
Angola, 159, 161
Angostura Inglesa, canal, 137
Anta, 161
Antártico, océano glacial, 60, 63, 70, 86, 110
Antártida, 5, 9, 10, 11, 12, 13, 21, 22, 23, 24, 26, 28, 33, 34, 38, 42, 46, 48, 51, 53, 55, 60, 61, 63, 65, 66, 67, 72, 74, 75, 77, 78, 81, 85, 86, 89, 92, 94, 95, 96, 100, 102, 103, 105, 106, 108, 110, 116, 118, 119, 125, 126, 129, 131, 134, 139, 140, 154, 163, 164, 165, 166, 168
Antofagasta, 157
Aplao, 30
Arctowski, base polaca, 110, 111, 114
Arequipa, 35, 133, 151
Argentina, 9, 34
Arica, 102, 156
Artico, océano Glacial, 66, 86, 111
Arturo Prat, base chilena, 106, 107
Asia, 66
Atacama, San Pedro de, 156
Atilio, isla, 40
Atlántico, océano, 7, 34, 43, 44, 59, 66, 109, 136
Auckland, islas, 77
Auquis, ensenada de los, 116
Australia, 11, 61, 77
Azores, islas, 60

B
Ballenero, canal, 57
Ballestas, islas, 24
Barranco, isla, 40
Beagle, canal, 57, 58, 125, 126, 129
Beleny, isla, 77
Bélgica, 86
Bellavista (San Martín), 67
Bellingshausen, base rusa, 116
Bellingshausen, mar de, 77, 85
Bernard, isla, 101
Bernardo O'Higgins, base chilena, 9
Bío Bío, río, 143
Biscoe, base británica, 97
Bismarck, estrecho de, 92

Bogotá, 95
Bolivia, 102
Botija, caleta, 156
Brabante, isla, 82
Bransfield, estrecho, 61, 62, 68, 71, 72, 82, 95, 96, 100, 107, 108, 111, 168
Brasil, 34, 35, 63
Brunswick, península, 46, 57
Buena, bahía, 45
Buena Esperanza, cabo, 66
Buenos Aires, 35, 126
Bulnes, fuerte, 45, 46

C
Cabo Verde, 60
Cachiyuyo, 156
Cádiz, 133
Calama, 156
Callao, 7, 11, 13, 19, 21, 23, 26, 28, 34, 44, 46, 48, 59, 61, 79, 112, 145, 158, 161, 162, 165, 166, 167
Campbell, isla, 77
Canadá, 102
Canalad, isla, 40
Cañete, 153
Caraz, 108
Caribe, mar, 84, 161
La Carraca, 133
Cartagena de Indias, 95, 159
Castilla y León, reinos, 7
Castro, 38
Cerro, 38
Cerro Chena, 143
Cockburn, canal, 44, 57
Colbún, lago de, 142
Colombia, 95, 143
Collingwood, estrecho, 44, 136
Concepción, canal de la, 136
Concepción (Perú), 147
Concepción (Chile), 48, 142, 143, 152
Cóndor, punta del, 96
Connecticut, 88
Constitución, 142
Copiapó, 156
Coquimbo, 156
Corcovado, golfo, 40, 141
Corea, 70, 118
Costa Rica, 159
Cuernos del Diablo, 96, 101
Cusco, 60, 136, 151, 152

CH
Chacabuco, canal, 40
Chacance, 156
Chacao, canal de 38, 39
Chaiten, 39
Chañaral, 156
Chaulines, 39
Chauques, 39
Chelín, 39
Chile, 9, 25, 28, 34, 36, 38, 39, 46, 60, 70, 102, 121, 134, 141, 142, 143, 145, 146, 147, 150, 151, 152, 153, 156, 159
Chiloé, isla de, 38, 39, 40, 141, 152
Chimbote, 163
China, 117
Chiu-Chiu, 156
Choapa, río, 156
Chonchi, 38
Chorrillos, 49

D
Dalcahue, 39
Darwin, canal, 141
Decepción, base argentina, 97
Decepción, isla, 82, 96, 99, 168
Desertores, 39
Desolada, bahía, 57
Detif, 39
Dinamarca, 48
Drake, paso, 59, 60, 63, 123, 125

E
Ecuador, 33, 67, 156
Elefante, isla, 68, 69, 160
Escocia, 34, 93
Esmeralda, isla, 77
España, 7, 39, 44, 45, 94, 133
Esperanza, base argentina, 64, 104, 105
Esperanza, bahía, 104
Estados Unidos de América, 28, 66, 70, 102
Europa, 40, 66, 128, 134, 145

F
Ferraz, base, 73, 78, 82

Fildes, bahía de, 116
Flandes, bahía de, 92
Flensburg, 48
Foster, bahía de, 96, 97, 99, 100
Francia, 70, 102
Froward, cabo, 44

G
Galápagos, islas, 10
Georgia del Sur, islas, 80
Gerlache, estrecho, 92
Graham, tierra de, 77
Gran Muralla, base china, 116, 117, 118
Greenwich, isla, 82, 102, 106
Groenlandia, 106, 159
Gualicho, cueva de, 77
Guayaquil, 162

H
Hambre, paso del, 45
Hesperionceras, cabo, 66
Holanda, 40
Hornos, cabo de, 59, 60, 85
Huacho, 108
Huasco, 156
Huaylas, callejón de, 43
Huayna Cápac, montaña, 116
Hunter, isla, 44
Huyar, 39

I
Incahuasi, 156
Incas, bahía de los, 116
India, 9, 66
Indico, océano, 66
Inglaterra, 34, 70, 110
Inglés, paso, 43, 106, 107
Inocentes, canal de los, 136
Iquique, 25, 30, 36
Iquitos, 35
Irlanda, 93
Italia, 34, 57
Itata, río, 143, 156

J
Japón, 70
La Joya, 35
José Artigas, base uruguaya, 116
José Jubany, base argentina, 118, 119

L
Lagui, península, 38
Lambayeque, 161
Lennox, isla, 59
Lima, 14, 23, 26, 28, 38, 39, 44, 48, 49, 58, 83, 101, 115, 121, 126, 132, 133, 136, 141, 144, 145, 148, 151, 154, 159
Livingston, isla, 82, 101
Loa, río, 156
Lockroy, base inglesa, 92
Londres, 58
Llau-Llao, 39

M
Mac Farlane, estrecho, 101
Mac Quarie, isla, 77
Mackaller, ensenada, 79, 80, 116
Madeira, isla de, 34
Magallanes, estrecho de, 7, 40, 43, 44, 59, 60, 134, 143, 145
Magdalena, canal, 45
Mapocho, río, 149, 151, 152
Marcavalle, 147
Maule, río, 142, 143, 156
Mejillones, bahía, 58
Melanesia, 11
Membrillo, caleta, 144
Messier, canal de, 43, 137
México, 66
Mississippi, río, 159
Mocha, isla, 36
El Monolito, peñasco, 96, 101
Moraleda, canal, 40, 141
Mórrope, 161
Motupe, 161

N
Napo, río, 11
Navarino, isla, 58
Nelson, isla, 82, 107
Nercón, 39
Nombre de Jesús, 45
Noruega, 34, 61
Nueva, isla, 59
Nueva Granada, virreinato, 134

Nueva Zelanda, 60, 124
Nuevas Hébridas, islas, 61

O
O'Brien, isla, 69
O'Brien, canal, 57
Oceanía, 61, 145
Ocopa, 39
Orcadas, islas, 61
Oropesa, 152
Osorno, 40, 142, 143

P
Paccaicasa, 24
Pacífico, océano, 9, 41, 43, 44, 46, 59, 60, 66, 114, 134, 141, 145, 159
Pachacútec, barrera glaciar, 116
Paita, 164
Palmer, base norteamericana, 82, 86, 89, 91, 118
Palmer, bahía, 86, 88, 92
Panamá, 46, 159
Paracas, 24
Paraguay, 40
Pargua, 38
Pasamayo, 165
Pascua, isla de, 30, 124
Pasto, 142
Patagonia, 57, 58, 136
Patía, río, 143
Paucarpata, 32
Pedro Aguirre Cerda, base chilena, 97
Penas, golfo de, 39, 41, 44, 83, 137, 139
Peñuelas, lago de, 149
Perú, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 22, 24, 25, 29, 32, 33, 34, 37, 38, 42, 43, 44, 46, 59, 60, 61, 65, 74, 81, 93, 95, 102, 116, 118, 119, 127, 133, 134, 136, 141, 145, 147, 151, 152, 153, 156, 159, 164, 165, 168
Pica, 156
Picton, isla, 59, 125
Piedra Feliz, 144
Pilar, cabo, 44
Pin, punta, 101
Pisagua, 147, 159
Pisco, 23, 24
Piura, 160
Plasencia, 60
Polinesia, 11
Polonia, 70, 111
Portobelo, 145
Portugal, 34
Presidente Gonzales Videla, base chilena, 93
Pucará, 143, 147
Puerto Edén, 43
Puerto Montt, 39
Pulluche, canal, 40
Puná, isla, 162
Punta, 23, 167
Punta Arenas, 34, 38, 42, 44, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 132, 133, 134, 144
Punta Pejerrey, 23

Q
Quehui, 39
Quenac, 39
Quetalco, 39
Quicavi, 39
Quilquico, 39
Quillagua, 156
Quinchao, 39
Quintil, 144

R
Rapa Nui, 30
Refugio, isla, 40
Rey Don Felipe, 45
Rey Jorge, isla, 63, 68, 72, 79, 100, 104, 107, 109, 110, 116, 137, 160, 168
Rilán, 39
Río de la Plata, 153
Robert, isla, 82, 102, 107
Roca, lago, 129
Rodolfo Marsh, base chilena, 67, 116
Roma, 59, 85
Rumanche, ventisquero, 57, 132
Rusia, 70, 88

S
Sahara, desierto del, 67
Salar de Punta Negra, 156
Salas, 161
Salvador, (Chile), 156
San Brandán, isla, 109
San Cristóbal, cerro, 149

San Francisco, 159
San Juan, río, 45
San Julián, bahía, 136
San Lorenzo, isla, 22, 166
San Martín, departamento, 67
San Pablo, 147
Sángrar, 147
Santa Lucía, cabo de, 60
Santa Lucía, cerro, 149
Santa Rosa, balneario, 165
Santiago de Chile, 9, 38, 48, 141, 142, 143, 145, 146, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 156
Sao Paulo, 82
Sarmiento, canal, 44, 136
Schlitz, 48
Sechura, 162
Shetland, islas, 61, 68, 82, 85, 88, 100, 119
Siberia, 106
Skyring, península, 41
Smyth, canal, 44, 136
Soberanía, puerto, 106
Spitzberg, isla, 111
Suecia, 102

T
Tahuantinsuyo, 84, 151
Taitao, península, 43, 139
Talca, 142
Talcahuano, 36, 142
Tamar, isla, 44
Tarapacá, 147, 159
Tarapoto, 63
Tasmania, 77
Tenaún, 39
Thomas, cabo, 111
Tierra del Fuego, 45, 60, 66, 128, 129
Tinta, 136
Titicaca, lago, 101
Todos los Santos, estrecho, 66
Tordesillas, 60
Tormentoso, cabo, 66
Tortuga, isla de la, 144
Tres Montes, península, 43
Trinidad, isla, 96
Trujillo de Extremadura, 84
Túcume, 161
Tumbes, 163
Tupac Yupanqui, montaña, 116

U
Ushuaia, 58, 126, 127, 129, 130, 131, 132

V
Valdivia, 142
Valparaíso, 24, 28, 29, 32, 33, 34, 38, 42, 134, 141, 142, 144, 145, 146, 148, 153, 154, 158, 169
Vaureal, cabo, 72
Ventanilla, 165
Vilcabamba, 152
Villipulli, 39
Viña del Mar, 29, 30, 31, 33, 144
Voxtok, base rusa, 67

W
Washington, 133
Wellington, isla, 43
Wide, canal, 137
Wiencke, isla, 92
Williams, puerto, 58

Z
Zach, península, 44

INDICE DE BUQUES

A
América, corbeta peruana, 141
Apurímac, fragata peruana, 141

B
Barao de Teffé, buque brasilero, 63
Beagle, buque inglés, 125
Blijde Bootschap, buque holandés, 61

C
Caleuche, barco, 39
Capitán Leonidas, barco griego, 43, 137
Capitán Luis Alcázar, motonave chilena, 102, 116
Condell, fragata chilena, 154
Coronel Bolognesi, B. A. P., 21
Cotopaxi, vapor inglés, 43
Covadonga, goleta chilena, 141

G
Glengley, vapor inglés, 134

H
Huáscar, monitor peruano, 12, 26, 36
Humboldt, B. I. C., 5, 11, 12, 14, 21, 22, 23, 25, 26, 28, 29, 33, 34, 35, 37, 38, 43, 45, 47, 48, 50, 52, 58, 59, 62, 65, 68, 72, 78, 79, 80, 82, 88, 92, 96, 97, 99, 101, 102, 104, 105, 107, 110, 112, 114, 115, 118, 119, 129, 130, 131, 133, 134, 137, 139, 141, 144, 148, 155, 157, 159, 160, 162, 165, 166, 168

I
Inca I, zodiac, 73
Inca II, zodiac, 73
Independencia, B. A. P., 11, 21

L
Loa, crucero peruano, 134
Logos, barco librería, 59
Lynch, fragata chilena, 154

M
Maipo, transporte chileno, 154
Montt, transporte chileno, 154

P
Piloto Pardo, buque de guerra chileno, 116
Polar Duke, baroo norteamericano, 82
Profesor W. Bernard, barco brasilero, 82

S
Santa Leonor, vapor inglés, 44, 135
Santa María de la Cabeza, fragata española, 133

T
Te-Ivi-O-Atea, embarcación maorí, 60

U
Unión, corbeta peruana, 134, 141

INDICE

PAG

Palabras preliminares 5
Prólogo 7
Agradecimiento 15

Primera parte: *El Viaje* 19
Lunes 4 de enero de 1988 21
Martes 5 de enero de 1988 23
Miércoles 6 de enero de 1988 24
Jueves 7 de enero de 1988 25
Viernes 8 de enero de 1988 26
Sábado 9 de enero de 1988 28
Domingo 10 de enero de 1988 29
Lunes 11 de enero de 1988 33
Martes 12 de enero de 1988 34
Miércoles 13 de enero de 1988 36
Jueves 14 de enero de 1988 37
Viernes 15 de enero de 1988 40
Sábado 16 de enero de 1988 42
Domingo 17 de enero de 1988 44
Lunes 18 de enero de 1988 46
Martes 19 de enero de 1988 48
Miércoles 20 de enero de 1988 50
Jueves 21 de enero de 1988 52

Segunda parte: *La Antártida* 55
Viernes 22 de enero de 1988 57
Sábado 23 de enero de 1988 63
Domingo 24 de enero de 1988 67
Lunes 25 de enero de 1988 72
Martes 26 de enero de 1988 79
Miércoles 27 de enero de 1988 82
Jueves 28 de enero de 1988 84
Viernes 29 de enero de 1988 89
Sábado 30 de enero de 1988 92
Domingo 31 de enero de 1988 94
Lunes 1° de febrero de 1988 96
Martes 2 de febrero de 1988 100
Miércoles 3 de febrero de 1988 102
Jueves 4 de febrero de 1988 106
Viernes 5 de febrero de 1988 108
Sábado 6 de febrero de 1988 110
Domingo 7 de febrero de 1988 115
Lunes 8 de febrero de 1988 116

Tercera parte: *El Tornoviaje* 121
Martes 9 de febrero de 1988 123
Miércoles 10 de febrero de 1988 124
Jueves 11 de febrero de 1988 125
Viernes 12 de febrero de 1988 129
Sábado 13 de febrero de 1988 132
Domingo 14 de febrero de 1988 133
Lunes 15 de febrero de 1988 135
Martes 16 de febrero de 1988 137
Miércoles 17 de febrero de 1988 139
Jueves 18 de febrero de 1988 141
Viernes 19 de febrero de 1988 143
Sábado 20 de febrero de 1988 145
Domingo 21 de febrero de 1988 147
Lunes 22 de febrero de 1988 149
Martes 23 de febrero de 1988 151
Miércoles 24 de febrero de 1988 153
Jueves 25 de febrero de 1988 156

Viernes 26 de febrero de 1988 157
Sábado 27 de febrero de 1988 159
Domingo 28 de febrero de 1988 162
Lunes 29 de febrero de 1988 165
Martes 1° de marzo de 1988 166

Participantes de la Primera Expedición..... 171

Indice de Personas 175

Indice Toponímico 180

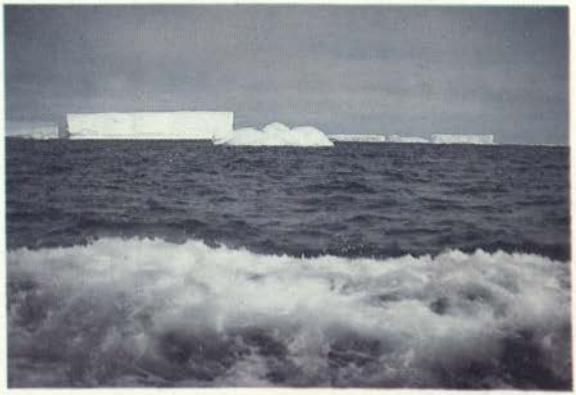
Indice de Buques 185



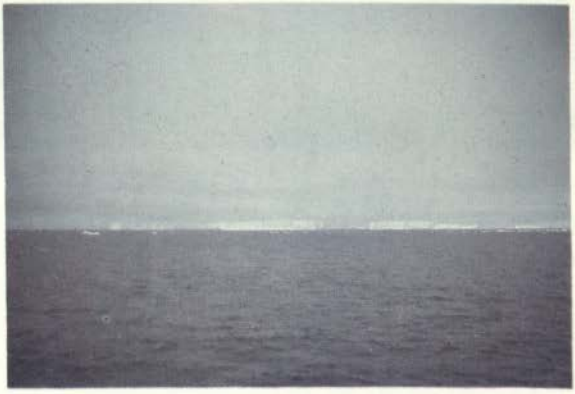
El *Humboldt*, barco histórico que hizo posible la Primera Expedición Científica Peruana al continente austral.



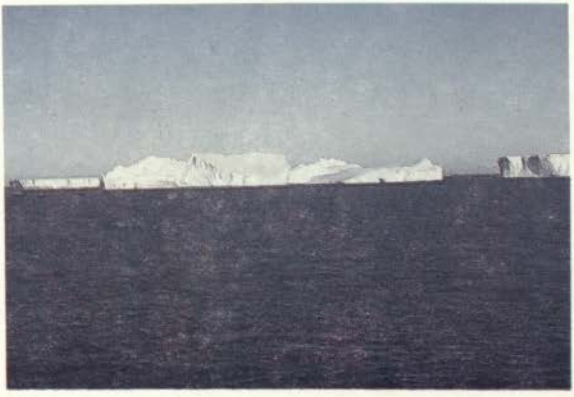
El pescador-vigía fue el primero en avistar los grandes hielos flotantes.



Los hielos parecían unidos por un cinturón de blancura,



pero luego fueron cobrando independencia



y algunos tomaron formas caprichosas.



A partir de entonces, los hielos a la deriva fueron nuestros grandes compañeros de viaje.



La misión científica empezó con la primera cala de krill.



El *Humboldt* se detuvo para la maniobra.



Los pescadores ya estaban organizados



y se lanzaron a trabajar.



Se hizo la tarea en conjunto



y al esfuerzo siguió la recompensa:



la primera muestra de krill.



Esa misma tarde desembarcamos en la Isla Rey Jorge,
archipiélago de las Shetland,

y lo primero que
hicimos fue enarbolar nuestro pabellón.





Luego asentamos la piedra del Ande con los versos de Vallejo



y se comenzó a instalar el campamento para los cinco peruanos.



De este modo, cuando anocheció, teníamos el campamento listo



y nuestro pabellón al tope.



A partir de ese día, todo fué investigación científica por el Estrecho de Bransfield.

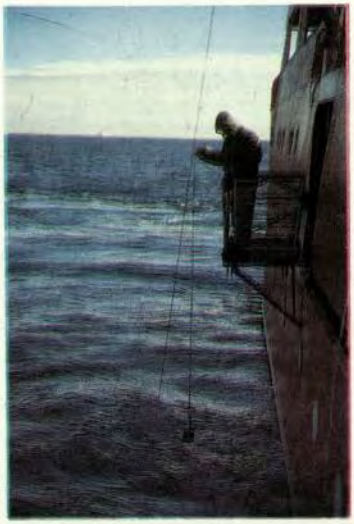
Lanzamiento de botellas niskin



y lanzamiento de redes bongo,



medición de temperaturas



y muestras para calcular la salinidad del agua de mar.



Se observó la vida marina



y las corrientes oceánicas,



se anotaron las características del clima



verificando las frias condiciones que dan lugar a grandes barreras de hielo.



Se trabajó de día



y se estudió de noche.



También se expusieron las primeras conclusiones.

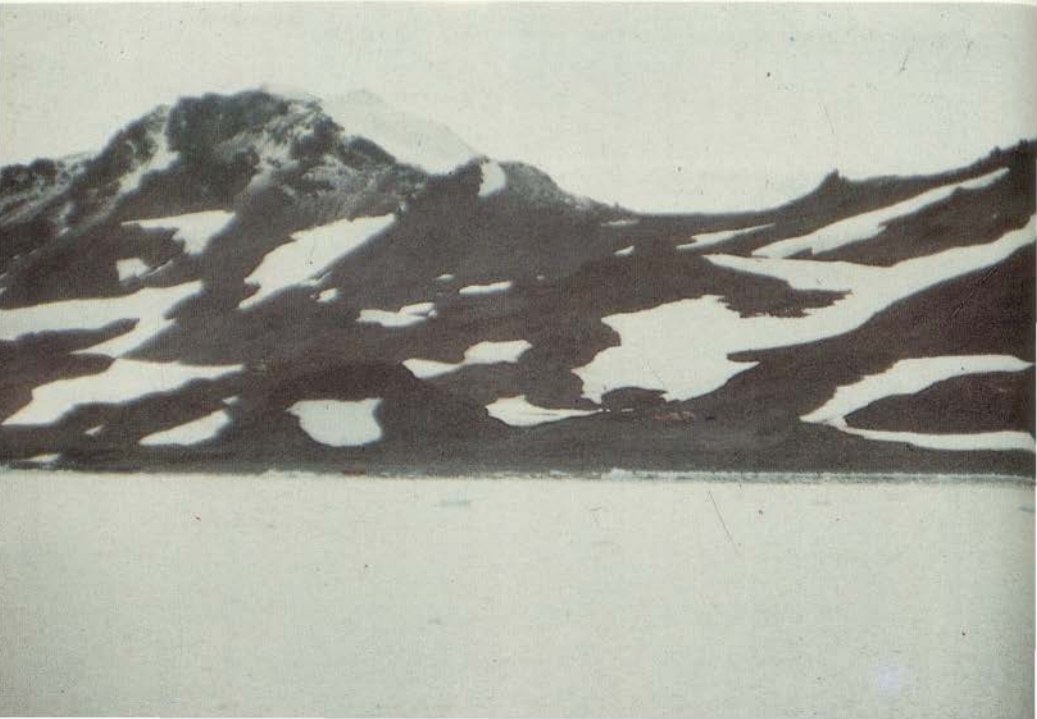
Y el *Humboldt* prosiguió su navegar,

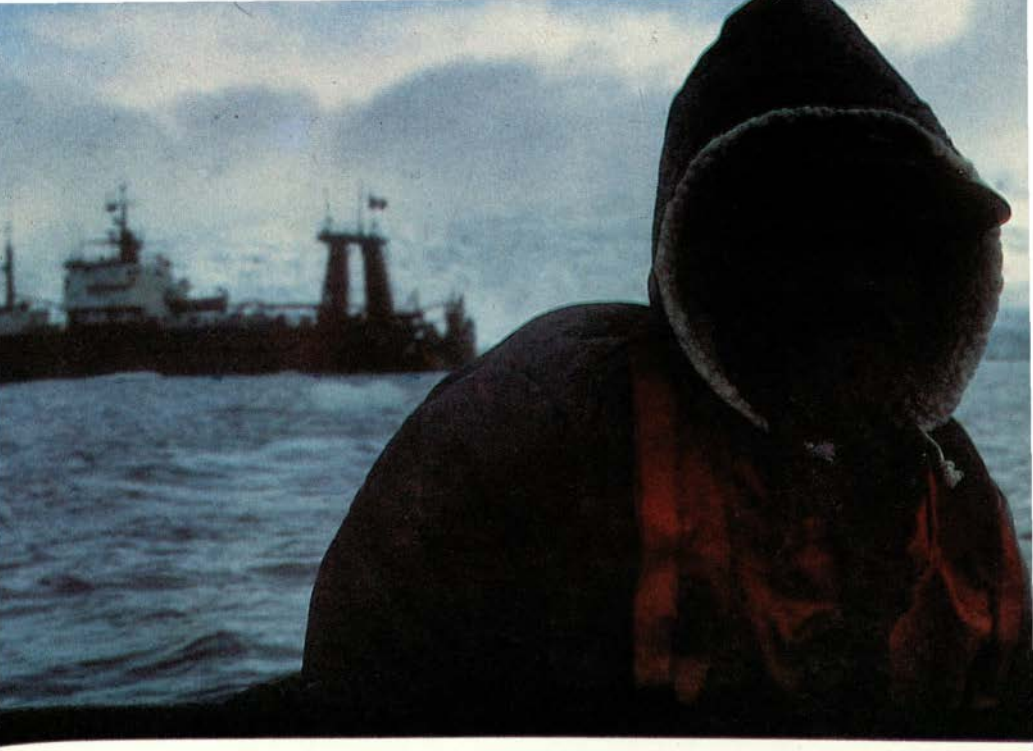




no siempre con el mar tranquilo,

pero sí avistando tierras
insulares y penínsulas continentales.





Los desembarcos eran casi a diario.



Los hacíamos con el atuendo del caso,



unas veces en la barca ballenera,



más frecuentemente en las balsillas inflables de goma (botes zodiac).



Allí donde bajamos, nuestra bandera nos acompañó.



En todo momento el *Humboldt* fue nuestro único hogar.



Un hogar que avanzaba por el mar helado, llevando un mensaje de peruanidad.



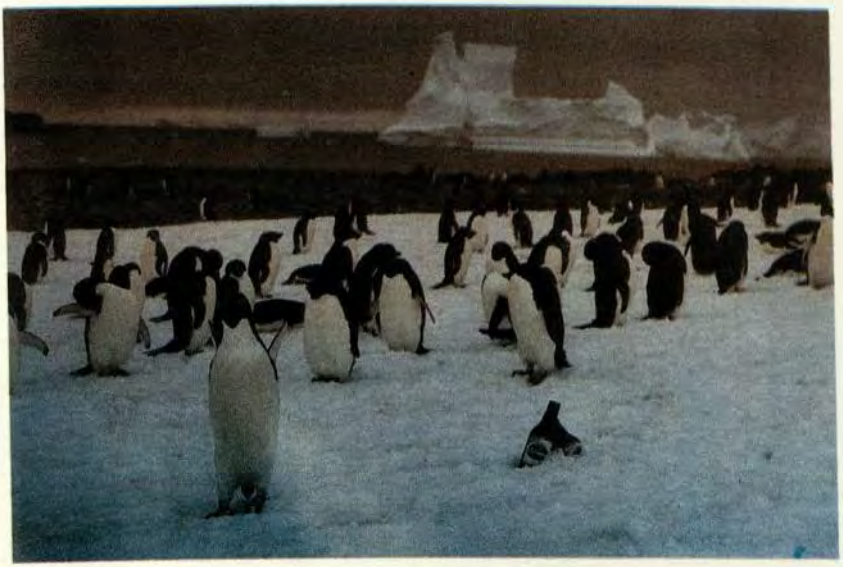
Siempre velamos por la ecología



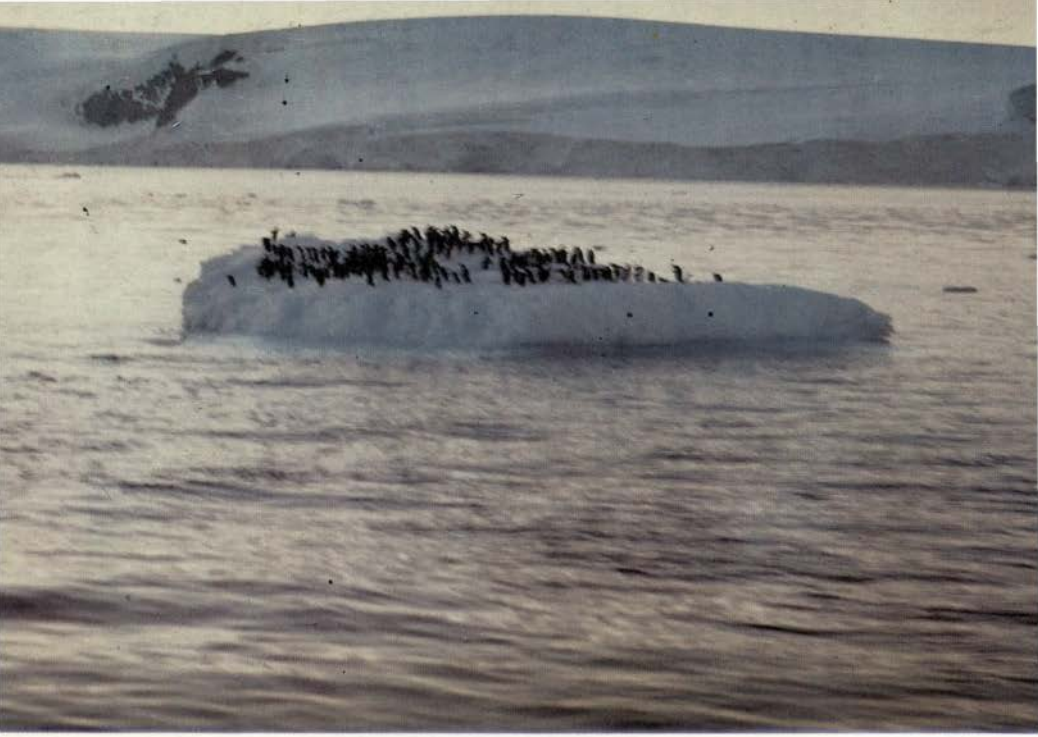
y de modo especial cuando visitábamos las pingüineras.



Algunos pingüinos cuidaban a sus polluelos en las playas pedregosas,



pero otros preferian estar solos, gozando de la nieve.



Los que partían a buscar comida solían descansar encima de los "bandejones".



El pingüino de barboquejo fue el
que más se detuvo a mirarnos,



pero luego como que se aburrió
y la emprendió a sucesivos
bostezos.



Las aves, en general, eran pacíficas y no se asustaban con la presencia del hombre, mas el skúa era ave agresiva y llegó a atacarnos varias veces lanzando gritos de guerra.





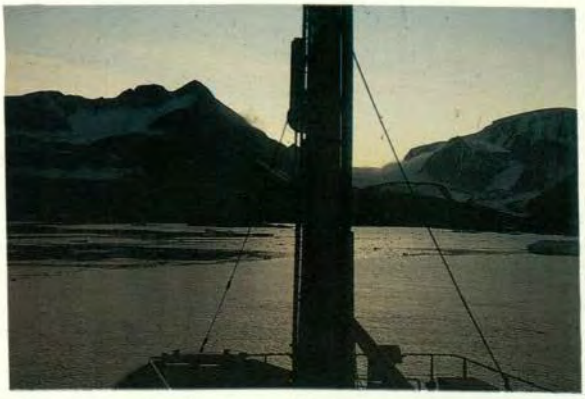
Aún así, los elefantes marinos dormian con placidez



y sólo despertaban cuando nuestras voces comentaban su amorfa presencia.



Otros fócidos ni siquiera se movieron y siguieron durmiendo
en sus lechos flotantes de hielo y escarcha.



El sol, aproximadamente, salía a las tres de la madrugada,



brillaba veinte horas en el firmamento



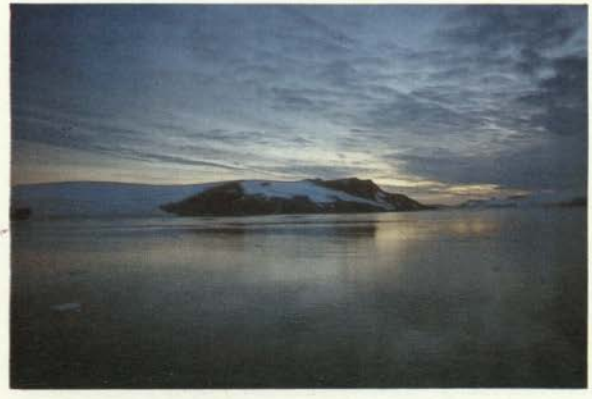
y se ocultaba a las once de la noche.



Hubo crepúsculos hermosos,



como este orto bañado de acero



o este ocaso teñido de morado.



Lo cierto es que volvimos con la misión cumplida y
dejamos la puerta abierta para regresar.

Este libro de *los Peruanos en la Antártida*, se terminó de imprimir el 15 de Mayo de 1989 en los talleres offset de la Dirección de Hidrografía y Navegación de la Marina de Guerra del Perú.

